

CIENCIA FICCIÓN

Samuel R. Delany

# DHALGREN-I

## Prisma, espejo, lentes

Primero fue Forastero en tierra extraña; luego Dune; y ahora por fin, la más importante novela de amor y terror en los confines del tiempo. —Frederik Pohl.



grandes éxitos  
**BOLSILLO**

Lectulandia



Con un pie descalzo, sus deformes manos y su mente en una nube, llegó a la Ciudad. Ni siquiera sabía su propio nombre, ni cómo ni porqué había llegado hasta allí. Lo desconocía todo sobre Bellona y la extraña cualidad que le convertía en algo distinto de todo el resto del mundo. ¿Qué le había ocurrido a la metrópolis? ¿Una catástrofe, un ataque nuclear, una plaga? Nadie lo sabía, y al parecer a nadie le importaba. Pero Bellona estaba allí: restos de un pasado que se fue, un enigma abierto ante él, que ni siquiera sabía quién era ni cómo se llamaba. Pero en su mente flotaban insistentemente una palabras: «He venido a herir la ciudad otoñal...».

Lectulandia

Samuel R. Delany

# Prisma, espejo, lentes

Dhalgren I

ePub r1.0

Banshee 28.12.13

Título original: *Dhalgren*  
Samuel R. Delany, 1975  
Traducción: Domingo Santos  
Ilustración de portada: Antoni Garcés

Editor digital: Banshee  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

**NOTA IMPORTANTE sobre la versión digital.** Este libro tiene una particular composición (son dos textos diferentes en la misma página, por lo que si se va a leer en pantalla hay que hacerlo en Vista Diseño de Impresión, en cualquier otra Vista puede ‘desaparecer’ el texto secundario (es una forma de hablar). En esta edición ePub estos textos se han colocado en cursiva.

Otra característica singular de este libro es que muchas veces el texto queda como colgando, sin haber acabado el párrafo con su punto y aparte convencional y luego empieza otro nuevo sin mayúsculas, no debes preocuparte, no es un error de escaneo o corrección, el texto es así.

Este libro acerca de muchas cosas tiene que ser para muchas personas.

Algunas de ellas son:

Joseph Cox, Bill Brodecky, David Hartwell, Liz Landry, Joseph Manfredini, Patrick Muir, John Herbert McDowell, Jean Sullivan, Janis Schmidt, Charles Naylor, Ann O'Neil, Baird Searles, Martin Last, Bob y Joan Thruston, Richard Vriali y Susan Schweers y Judy Ratner y Oliver Shank, y también Thomas M. Disch, Judith Merrill, Michael Perkins, Joanna Russ, Judith Sherwin y Marilyn Hacker.

«Habéis confundido lo verdadero y lo real.»

GEORGE STANLEY / *In conversation*

# I

## Prisma, espejo, lentes



... herir la ciudad otoñal.

Aullarlo así para que el mundo le dé un nombre.

La absoluta oscuridad respondió con viento.

Todo lo que vosotros sabéis lo sé yo: tambaleantes astronautas y empleados de banca mirando el reloj antes de la comida; actrices arreglándose el pelo delante de espejos rodeados de luces y operadores de montacargas aplastando pellas de grasa sobre la manija de acero; revueltas estudiantiles; sé que las sombrías mujeres en los sótanos agitaban la cabeza la semana pasada porque en seis meses los precios han subido desorbitadamente; cómo sabe el café después que lo has mantenido en tu boca, frío, durante todo un minuto.

Durante todo un minuto permaneció en cuclillas, aplastando los guijarros con su pie izquierdo (el desnudo), escuchando el sonido de su respiración caer por los rebordes.

Más allá de un tapiz de hojas palpitaba la reflejada luna.

Se frotó las palmas contra el dril. Allá donde estaba, todo permanecía quieto. En algún otro lugar gemía el viento.

Las hojas hicieron guiños.

Lo que había sido viento se transformó en un movimiento entre los matorrales, allá abajo. Su mano fue en busca de la roca que tenía detrás.

Ella se puso en pie unos seis metros más abajo, allá delante, recubierta sólo por las sombras que derramaba la luna desde el arce; se movió, y las sombras se movieron sobre ella.

El miedo hormigueó en su costado, allá donde la camisa (le faltaban los dos botones del medio) se hinchaba con la brisa. Un músculo se tensó descendiendo por la parte posterior de su mandíbula. El negro pelo intentó ocultar los surcos que el miedo labraba en su frente.

Ella susurró algo que era todo aliento, y el viento trajo las palabras y se llevó el significado.

—Ahhhhh... —de ella.

Él expulsó violentamente el aire: fue casi una tos.

—... Hhhhh... —de nuevo ella. Y una risa; que tenía una docena de filos, un alegre gruñir bajo la luna— ...hhHHhhhh... —con más sonido del que parecía, quizá incluso fuera su nombre. Pero el viento, el viento...

Ella avanzó.

El movimiento redispuso las sombras, desnudando un pecho. Un rombo de luz incidió sobre un ojo. Tobillo y pantorrilla se iluminaron ante las hojas.

En la parte inferior de su pierna había una cicatriz.

Él apartó el pelo de su frente y lo echó hacia atrás. Observó como el de ella caía hacia delante. Avanzaba al compás de su pelo, pisando las hojas secas, los dedos de los pies abiertos sobre la piedra, como de puntillas, abandonando las sombras más densas.

Acuclillado sobre la roca, él ascendió las manos a lo largo de sus muslos.

Sus manos eran horribles.

Ella pasó junto a otro árbol más próximo. La luna arrojaba monedas de oro sobre sus pechos. Sus oscuras areolas eran amplias, sus pezones pequeños.

—¿Tú...? —Dijo esto de una forma suave, a tres pasos de distancia, con la vista baja; y él *aún* no podía captar su expresión por entre el moteado de las hojas; pero sus pómulos eran orientalmente altos. *Era* oriental, se dio cuenta, y aguardó otra palabra, a la espera del acento. (Podía distinguir el chino del japonés.)— ¡Has venido! —Era un acento estándar del medio oeste—. ¡No sabía si vendrías! —La sonoridad de su voz (una clara y susurrante soprano) decía que algo de lo que él había creído que era movimiento entre las sombras había sido sólo miedo—. ¡Estás aquí! —Se dejó caer de rodillas entre un rumor de follaje. Sus muslos, duros delante, más suaves (podía afirmarlo) en los lados, con una columna de oscuridad entre ellos, estaban a pocos centímetros de sus encallecidas rodillas.

Ella tendió una mano hacia delante, con dos dedos extendidos, echó hacia atrás cruda lana y tocó su pecho; deslizó sus dedos hacia abajo. Pudo oír su propio e hirsuto pelo.

La risa hizo alzar el rostro de ella hacia la luna. Se inclinó hacia delante; el olor a limones llenó el espacio sin brisa. Su redondo rostro era apremiante, sus cejas no orientalmente densas. Calculó que tendría unos treinta años, pero las únicas arrugas eran unas, muy pequeñas, en torno a su boca.

Giró su propia boca, abierta, hacia la de ella, y alzó las manos en busca de los lados de su cabeza hasta que el pelo las cubrió. Los cartílagos de sus orejas eran ardientes curvas en sus palmas. Sus rodillas resbalaron entre las hojas; eso la hizo parpadear y reír de nuevo. Su aliento era como la luna y olía a limones...

La besó; ella sujetó sus muñecas. La carne unida de sus bocas cobró vida. La forma de los pechos de ella, su mano medio sobre su pecho y medio sobre la lana; se sintió perdido con el peso de ella apoyado contra él.

Sus dedos se encontraron y se enredaron a la altura de su cinturón; un jadeo burbujeó en mitad de su beso (su corazón latía fuertemente), escapó al aire.

Se tendieron.

Ella agitó rudamente con la punta de los dedos la cabeza de su miembro contra su

hirsuto pelo, mientras un músculo de su pierna se agitaba debajo de él. De pronto, él se deslizó dentro de su ardor. La sujetó firmemente por los hombros cuando los movimientos de ella empezaron a hacerse violentos. Uno de sus puños permanecía como una pequeña roca encima de uno de sus pechos. Y hubo un rugir, un rugir: en el largo y sorprendente orgasmo, las hojas susurraron al compás a todo su alrededor.

Más tarde, tendidos de lado, crearon un rincón cálido con sus mezcladas respiraciones. Ella murmuró:

—Eres apuesto, creo. —Se echó a reír, sin abrir los labios. Miró de cerca uno de sus ojos, miró el otro (él parpadeó), observó su barbilla (tras sus labios, él apretó los dientes para encajar su mandíbula), luego su frente. (Le encantaba el olor a limón de ella)—. Apuesto —repitió.

Preguntándose si sería cierto, él sonrió.

Ella alzó su mano hacia la calidez, una mano con pequeñas uñas blancas, acarició con un dedo el lado de su nariz, murmuró algo contra su mejilla.

Él sujetó su muñeca.

Ella preguntó:

—¿Tu mano...?

Él la colocó tras el hombro de ella para atraerla más cerca.

Ella se retorció.

—¿Le ocurre algo a tu...?

Él agitó la cabeza contra el pelo de ella, húmedo, frío, lo lamió.

A sus espaldas el viento era frío. Bajo el pelo, la piel de ella estaba más caliente que su lengua. Colocó sus manos en la cálida cavidad entre los dos cuerpos.

Ella se apartó.

—¡Tus *manos*...!

Venas como lombrices serpenteaban por entre el vello. La piel era seca como cemento; los nudillos gruesos y callosos, llenos de costras. Los deformados pulgares descansaban entre los pechos de ella como sapos.

Ella frunció el ceño, alzó sus propios nudillos hacia los de él, se detuvo.

Bajo la luna, en el mar del cuerpo femenino, los dedos de él eran sarmentosas penínsulas. Hundido en el promontorio de cada uno de ellos había un casi inexistente, profundamente mordisqueado, quitinoso pecio.

—¿Tú...? —empezó a decir él.

No, las de ella no estaban deformadas. Pero eran... *¡feas!* Alzó la vista. Los ojos de ella parpadearon, brillantes.

—¿...sabes mi...? —Su voz se endureció—. ¿Quién soy?

El rostro de ella no era sutil; pero su sonrisa, pesarosa y situada casi toda en un lugar entre sus cejas y sus párpados, confundía.

—Tú —dijo, con voz fuerte y formal (pero el viento seguía borrando los

armónicos)— tienes un padre. —Su cadera era cálida contra el vientre de él. El vello que había creído suave era ahora una hoja que mantenía a raya sus ingles—. ¡Tienes una *mmmadrrr!* —Eso fue la mejilla de él contra su boca. Pero ella apartó el rostro—. Eres... —colocó su pálida mano sobre la enorme de él (Unas manos *tan grandes* para un pequeño mono como él, había dicho alguien cariñosamente; lo recordaba muy bien) que descansaba sobre sus costillas— apuesto. Has venido de algún lado. Vas a algún lado. —Suspiró.

—Pero... —Tragó las cosas que ascendían por su garganta (no era *tan* pequeño) —. He perdido... algo.

—Las cosas te han hecho lo que eres —recitó ella—. Lo que eres te convertirá en lo que serás.

—¡Quiero que vuelva algo!

Ella se echó hacia atrás para apretarse más contra él. El frío pozo entre el vientre de él y la rabadilla de ella desapareció.

—¿Qué es lo que no tienes? —Le miró por encima del hombro—. ¿Cuál es tu edad?

—Veintisiete.

—Tienes el rostro de alguien más joven. —Dejó escapar una risita—. *Creí* que tenías... *¡dieciséis!* Pero tus manos son las de alguien mucho más viejo...

—¿Y miserable?

—... y cruel de lo que creo que eres. ¿Dónde naciste?

—En la parte norte del estado de Nueva York. No conocerás la ciudad. No estuve mucho tiempo allí.

—No, probablemente no la conoceré. Estás muy lejos de allí.

—He estado en Japón. Y en Australia.

—¿Eres instruido?

Él se echó a reír. Su pecho sacudió el hombro de ella.

—Un año en Columbia. Casi otro en una universidad comunitaria en Delaware. Ningún título.

—¿Qué año naciste?

—Mil novecientos cuarenta y ocho. También he estado en América Central. México. Acabo de regresar de México y...

—¿Qué quieres cambiar en el mundo? —siguió recitando ella, mirando hacia otro lado—. ¿Qué deseas preservar? ¿Qué es lo que estás buscando? ¿De qué huyes?

—Nada —dijo él—. Y nada. Y nada. Y... de nada, al menos que yo sepa.

—¿No tienes ninguna finalidad?

—Quiero llegar a Bellona y... —Se echó a reír—. Mi finalidad es la misma que la de todo el mundo; en la vida real, al menos; dejar transcurrir el siguiente segundo, conscientemente intacto.

El siguiente segundo transcurrió.

—¿De veras? —preguntó ella, lo suficientemente real como para hacer que él se diera cuenta de la artificialidad de lo que había dicho (pensando: hay un peligro en el transcurso de cada uno)—. Entonces alégrate de no ser solamente un personaje garabateado en el margen del perdido bloc de notas de algún otro: te sentirías mortalmente aburrido. ¿No tienes *ninguna* razón para estar aquí?

—Llegar a Bellona y...

Cuando no dijo nada más, ella prosiguió:

—No tienes que decírmelo. ¿Así que no sabes quién eres? Averiguar eso tiene que ser mucho más fácil que bajar todo el camino desde la parte norte del estado de Nueva York, pasando por el Japón, hasta aquí. Ahhh... —y se detuvo.

—¿Qué?

—Nada.

—¿Qué?

—Bueno, si hubieras nacido en el mil novecientos cuarenta y ocho, tendrías que tener más de veintisiete años.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Oh, demonios —dijo ella—. No tiene importancia.

Él empezó a sacudir su *brazo*, lentamente.

Ella dijo:

—Yo nací el mil novecientos cuarenta y siete. Y tengo *muchos* más de veintiocho años. —Parpadeó de nuevo hacia él—. Pero eso no tiene realmente imp...

Él rodó sobre sí mismo encima de las densas hojas.

—¿Sabes quién soy? —La noche tenía un color entre diáfano y nublado—. Viniste aquí a mi encuentro. ¿No puedes decirme cuál es mi nombre?

El frío se extendió como mantequilla por su costado, allá donde había estado ella.

Ella giró la cabeza.

—¡Ven! —Mientras se sentaba, su pelo serpenteó hacia él. Un puñado de hojas le golpeó el rostro.

Él se sentó también.

Pero ella ya había echado a correr, y sus pies pisaban y pisaban los charcos de luna.

Él se preguntó dónde se habría hecho aquella cicatriz.

Tomó sus pantalones, metió los pies en ellos, *agarró* su camisa y su única sandalia, se puso en pie...

Ella estaba dando ya la vuelta al reborde rocoso.

Hizo una pausa para subirse la cremallera y sujetar las dos hebillas gemelas del cinturón. Ramitas y grava mordisquearon sus pies. ¡Ella corría tan aprisa!

La alcanzó cuando ella miraba hacia atrás, apoyó su mano en la piedra..., y la

retiró: la superficie de la piedra estaba húmeda. Contempló la apelmazada tierra en el amarillo muslo y talón.

—Aquí... —Ella señaló hacia el interior de la cueva—. ¿Puedes verlo?

Él fue a tocar su hombro, pero no.

Ella dijo:

—Adelante. Entra.

Dejó caer su sandalia: un rumor de matorrales. Dejó caer su camisa: eso amortiguó el rumor.

Ella le miró expectante, se apartó a un lado.

Entró: musgo en sus talones, roca húmeda en las yemas de los dedos. Bajó el otro pie: roca húmeda.

Su aliento se estremeció. Algo seco rozó su mejilla en la gelatinosa oscuridad. Alzó la mano: una planta trepadora, muerta, de crujientes hojas. Se tambaleó: cosas desconocidas resonaron horriblemente muy por encima de su cabeza. Con visiones del mortal reborde, deslizó su pie hacia delante. Sus dedos hallaron: un tronco de corteza suelta..., un montón de hojas húmedas..., el estremecimiento del agua... Otro paso, el agua lamió su pie. Otro paso más:

Sólo roca.

A su izquierda, un flamear.

Un paso más, y el flamear fue naranja en torno al borde de algo: la pared de un nicho de roca, con sombras como techo al siguiente paso.

Más allá de una rama muerta, un cuenco de cobre ancho como un neumático de coche había ardido casi por completo en cenizas. Algo en el fuego que aún quedaba restalló, derramando chispas sobre la húmeda piedra.

Allá delante, donde el flamear se filtraba hacia arriba hasta la estrecha cortadura, algo atrapó y empujó hacia atrás el centelleo.

Trepó rodeando un peñasco, hizo una pausa; el eco de su respiración y el fuego arrojaban indicaciones del tamaño de la caverna. Calibró el ancho de una hendidura, dio un salto, cayó en el lado contrario. Algo se soltó bajo sus pies. Oyó el quejido de piedras pequeñas rebotando roca abajo, como un tartamudeo, como susurros..., y silencio.

Luego: ¡un chapoteo!

Encajó los hombros; había supuesto que sólo tenía un metro o así de profundidad.

Tuvo que trepar largo rato. Una pared, de cinco metros de altura, lo retuvo por un tiempo. Fue hacia un lado y trepó por los cada vez más desiguales salientes. Halló un grueso reborde que, se dio cuenta cuando se izó a él, era en realidad una raíz. Se preguntó qué tipo de raíz, y alcanzó el borde.

Algo hizo ¡Hiiic! suavemente, a quince centímetros de su nariz, y se escurrió por entre viejas hojas.

Tragó saliva, y el hormigueo que se había apoderado de sus hombros menguó. Se izó el resto del camino, y se puso en pie:

La vio en una hendidura que se inclinaba hacia unas sombras sin techo.

Un extremo rodeaba un penacho de helechos.

Tendió la mano hacia ella; su cuerpo bloqueó la luz del brasero de abajo: el resplandor cesó.

Sintió una aprensión distinta a la de lo inesperado que había visto antes o se le había revelado accidentalmente detrás. Buscó algún signo físico que la convirtiera en algo real: una respiración acelerada, un corazón latiendo más lento. Pero lo que captó era tan insustancial como una disyunción del alma. Alzó la cadena; un extremo cloqueó y destelló sobre la piedra. Se volvió con ella para captar el resplandor naranja.

Prismas.

Algunos de ellos, al menos.

Otros eran redondos.

Hizo deslizar la cadena por su mano. Algunos de los redondos eran transparentes. Allá donde cruzaban los espacios entre sus dedos, la luz resultaba distorsionada. Alzó la cadena para mirar a través de una de las lentes. Pero era opaca. Inclinandola, vio paso, penumbra y centímetros distantes en el círculo, su propio ojo estremeciéndose en el estremecido cristal.

Todo permanecía en silencio.

Enrolló la cadena en torno a su mano. La disposición al azar tenía casi tres metros. En realidad, eran tres trozos unidos. Cada uno de los tres extremos se enrollaba sobre sí mismo. En el lazo mayor había una pequeña plaquita de metal.

Se inclinó en busca de más luz.

El centímetro de cobre (los eslabones que unían los trozos ópticos eran de cobre) tenía inscrito: *producta do Brazil*.

Pensó: ¿qué maldito tipo de portugués es éste?

Permaneció inclinado un momento más, contemplando las resplandecientes tiras.

Intentó reunir las todas juntas para meterlas en el bolsillo de sus pantalones, pero los tres enmarañados metros se derramaron sobre sus palmas. Se puso en pie, encontró el lazo más grande e inclinó la cabeza. Puntas y bordes pellizcaron su cuello. Unió los pequeños anillos bajo su barbilla y (pensando: como malditos palos) cerró el último eslabón con los dedos.

Contempló los lazos de luz de la cadena entre sus pies. Tomó el extremo más corto de la altura de su cadera. El lazo aquí era más pequeño.

Aguardó, conteniendo la respiración..., luego enrolló la cadena dos veces en torno a su brazo, otras dos veces en torno a su antebrazo, y cerró el último eslabón en su muñeca. Aplastó su palma sobre los eslabones y piezas duras como plástico o



metal. El pelo de su pecho hormigueó en los dobleces entre eslabón y eslabón.

Pasó el extremo más largo en torno a su espalda; las piezas depositaron fríos besos en sus omoplatos. Luego cruzando su pecho; de nuevo su espalda; su estómago. Sujetando la tira con una mano (seguía colgando hasta la piedra), se soltó el cinturón con la otra.

Con los pantalones en los tobillos, rodeó la última tira una vez en torno a sus caderas; y luego en torno a su muslo derecho; y otra vez; y aún otra. Cerró el último eslabón en su tobillo. Se subió los pantalones, fue al reborde, se ató el cinturón y se volvió para iniciar el descenso.

Era consciente de sus ataduras. Pero, con el pecho apretado contra la roca, eran simples líneas y no cortaban.

Esta vez fue hasta donde la hendidura tenía sólo treinta centímetros de ancho y se adentraba más allá del borde. La boca de la cueva era una lambda de niebla lunar, orlada de hojas como un encaje.

Las rocas lamieron las plantas de sus pies. En una ocasión, mientras su mente vagaba, fue devuelto a la realidad cuando sus pies se hundieron en agua fría; y los eslabones eran cálidos en torno a su cuerpo. Se detuvo para sentir algo más de calor; pero la cadena era sólo peso neutro.

Sus pies pisaron moho.

Su camisa estaba encima de un matorral, con su sandalia, la suela hacia arriba, debajo.

Deslizó los brazos en las mangas de lana: su muñeca derecha resplandecía con la manilla. Se ató la sandalia: el suelo mojó su rodilla.

Se puso en pie, miró a su alrededor, y entrecerró los ojos en las sombras.

—¿Hey...? —Se volvió hacia la izquierda, hacia la derecha, y se rascó la clavícula con un ancho pulgar—. Hey, ¿dónde...? —Se volvió de nuevo hacia la derecha, hacia la izquierda, deseando poder interpretar las huellas de pasos y las ramitas rotas. Ella debía haberse alejado del camino por el que habían venido...

Abandonó la boca de la cueva y penetró en la guijarrosa oscuridad. ¿Podía haberse ido ella por allí?, se preguntó tras dar tres pasos. Pero siguió adelante.

Reconoció la carretera a la luz de la luna en el momento mismo en que su pie calzado con la sandalia pisó el lodo. Su pie desnudo se posó sobre la grava del arcén. Se detuvo tambaleante en el asfalto, con un pie resbalando sobre cuero empapado, inspiró de modo sibilante y miró a su alrededor.

A la izquierda, la carretera ascendía entre los árboles. Echó a andar hacia la derecha. El camino que bajaba le conduciría hacia la ciudad.

Un lado era bosque. En el otro, se dio cuenta tras una docena de resbaladizas zancadas, sólo había un seto de árboles. Al cabo de otra docena los árboles desaparecieron. Detrás, la hierba le susurró, murmurante.

Ella estaba de pie en el centro del prado.

Juntó los pies..., el uno calzado y enfangado, el otro descalzo y polvoriento; de pronto sintió latir su corazón; oyó su sorprendida respiración responderle al susurro de la hierba. Cruzó la cuneta hacia los mal guadañados rastrojos.

Es demasiado alta, pensó, acercándose.

El pelo se agitó en los hombros de ella; la hierba susurró de nuevo.

*Había* sido más alta que él, pero no como...

—¡Hey, conseguí la...! —Ella mantenía los brazos alzados por encima de su cabeza. ¿Estaba de pie sobre el pedestal de algún tocón?—. Hey...

Ella se retorció desde la cintura.

—¿Qué demonios *estás* haciendo aquí?

Al principio pensó que estaba manchada de lodo de las caderas para arriba.

—Pensé que tú... —Pero era tan oscuro como sangre seca.

Ella bajó la vista hacia él, con ojos pestañeantes.

¿Lodo? ¿Sangre? No era el color de ninguna de las dos cosas.

—¡*Vete!*

Dio otro paso, fascinado.

—¿Qué *estás haciendo* aquí? ¡*Vete!*

Las manchas debajo de sus pechos, ¿eran costras?

—¡Mira, la conseguí! Ahora, ¿no puedes decirme mi...?

Sus alzadas manos aferraban hojas. ¡Tenía las manos alzadas *tan* alto! Las hojas caían en torno a sus hombros. Sus largos, largos dedos se estremecieron, y una quebradiza oscuridad cubrió uno de sus costados. Su pálido vientre se tensó con una profunda inspiración.

—¡No! —Se inclinó apartándose de él cuando intentó tocarla; y siguió inclinada. Un brazo, como una rama a tres metros sobre él, derramaba una red de sombras sobre la hierba.

—¡Tú...! —fue la palabra que intentó pronunciar; lo único que brotó fue su aliento.

Alzó la vista por entre las ramitas de las orejas de ella. De sus cejas asomaban hojas. Su boca era un grueso y retorcido tronco, como si alguna gruesa rama hubiera sido abatida por un rayo. Sus ojos —abrió incrédulo la boca cuando inclinó la cabeza para verlos— desaparecieron, primero uno, allá arriba, luego el otro: los costrosos párpados se sellaron.

Retrocedió por entre la rígida hierba.

Una hoja se estrelló contra su sien, como una polilla carbonizada.

Con unos torpes dedos aplastando sus labios, se tambaleó, se dio la vuelta, corrió hacia la carretera, miró una vez más al lugar donde el retorcido tronco alzaba cinco ramas a la luna, medio corrió hasta que se vio obligado a caminar, caminó —

jadeando— hasta que pudo pensar. Luego corrió de nuevo.

NO es que yo no tenga pasado. Más bien se fragmenta constantemente sobre el terrible y vivido efímero del ahora. En el largo país, cortado por la lluvia, de algún modo no hay ningún lugar donde empezar. Corriendo y cojeando en las rodadas, era más fácil no pensar en lo que ella había hecho (en lo que le había sido hecho, le había sido hecho, hecho), intentando en vez de ello reconstruir lo que es a una cierta distancia. Oh, pero no hubiera sido tan terrible si un tobillo no hubiera exhibido (si yo hubiera mirado de más cerca, hubiera sido una cadena de pequeñas heridas con momentos de carne entre ellas; yo mismo me lo hice de un manotazo en un jardín más allá de una rosa) ese gran rasguño.

El asfalto lo arrojó contra la cuneta de la carretera. Los rotos bordes del pavimento ocultaron las visiones de sus ojos. Oyó el rugido que avanzaba hacia él sólo cuando hubo pasado. Miró hacia atrás: los rojos ojos traseros del camión se hundieron juntos. Caminó durante otra hora, no vio ningún otro vehículo.

Un tipo con una camioneta con remolque eructó a seis metros detrás de él, se detuvo bamboleante seis metros más allá. Ni siquiera le había hecho una señal con el dedo. Corrió hacia la portezuela abierta, se izó al interior, la cerró. El conductor, alto, rubio, lleno de acné, de aspecto impasible, soltó el embrague.

Iba a decir gracias, pero tosió. ¿Quizás el conductor deseaba a alguien con quien charlar? ¿Por qué otra razón pararse para alguien que simplemente estaba andando por la carretera?

No sentía deseos de hablar. Pero uno tiene que decir algo:

—¿Qué es lo que lleva?

—Alcachofas.

Las luces que se acercaban hacían resaltar los rasgos del rostro del conductor.

La camioneta con remolque avanzaba bamboleándose por la carretera.

No podía pensar en nada más excepto: Sólo estaba haciendo el amor con esta mujer, y nunca llegarías a sospechar... No, ese asunto de Dafne no ha terminado...

¡Era él quien deseaba hablar! El conductor se contentaba con pasar de agradecimientos y charla. ¿La independencia del oeste? Había hecho el suficiente auto-stop por aquella parte del país como para decidir que era maníaco terror.

Echó la cabeza hacia atrás. Deseaba hablar y no tenía nada que decir.

Pasado el miedo, la ironía de todo aquello forzó la arquitectura de una sonrisa a la que sus labios se resistieron.

Veinte minutos más tarde vio las alineadas luces del puente de peaje y se echó hacia adelante en su asiento para observar el desvío. Miró al conductor, que simplemente tenía los ojos vueltos hacia otro lado. Los frenos zumbaron y el vehículo redujo la marcha a sacudidas.

Se detuvieron. El conductor hundió sus magras mejillas, le miró, siempre inexpresivo.

Asintió, esbozó algo parecido a una sonrisa, trasteó con la portezuela, bajó a la carretera; la portezuela se cerró tras él y el camión reanudó su marcha mientras él aún estaba preparándose para decir gracias; tuvo que apartarse para no ser golpeado por la esquina del remolque.

El vehículo se alejó gruñendo por el desvío.

Sólo hablamos una frase tras otra.

Qué extraño intercambio ritual agotar la comunicación. (¿Es eso terror?) ¿Qué sorprendentes y cautivadores rituales estamos practicando ahora? (Estaba de pie a un lado de la carretera, riendo.) Qué torsión y tensión en la boca reír así en aquel ventoso, ventoso, ventoso...

Un paso subterráneo y otro elevado se cruzaban allí. Caminó... ¿orgullosamente? Sí, orgullosamente, junto al bajo murito.

Al otro lado del agua parpadeaba la ciudad.

En los muelles, a un kilómetro más abajo, las llamas alzaban espirales de humo al cielo y arrojaban reflejos sobre el río. Aquí, ningún coche cruzaba el puente. Nadie seguía adelante.

Aquella cabina de peaje, como todas las demás de la hilera, estaba a oscuras. Entró: el cristal delantero estaba roto, el asiento volcado, no había cajón en la registradora..., un tercio de los interruptores estaban partidos; algunos doblados. Otros simplemente faltaban. ¿Aplastados por una *maza*, un martillo, un puño? Pasó los dedos por encima de ellos, los escuchó hacer *clic*, luego salió del suelo de caucho sembrado de cristales al pavimento.

Unos escalones de metal conducían al paso para peatones. Pero como no había tráfico, caminó por entre dos carriles vacíos —una rejilla metálica embutida en el asfalto brillaba allá donde los neumáticos la habían pulido— para seguir la rota línea blanca, el pie calzado con la sandalia a un lado, el desnudo al otro. Las vigas y traviesas iban quedando atrás, a derecha e izquierda. Más allá, la ardiente ciudad se achaparraba sobre las difusas e invertidas imágenes de sus fuegos.

Miró al otro lado de la extensión de agua nocturna agitada por el viento, y husmeó en busca del olor a fuego. Una ráfaga abrió el pelo en su nuca; el humo se estaba alejando del río.

—¡Hey, usted!

Alzó la vista ante la inesperada luz de la linterna.

—¿Eh...? —En el paso para peatones, junto a la barandilla, otra y otra luz puntuaron la oscuridad.

—¿Va a Bellona?

—Correcto. —Frunció el ceño e intentó sonreír. Primero una, luego otra, las luces avanzaron unos pasos, se detuvieron. Dijo—: Ustedes... ¿se marchan?

—Ajá. Ya sabe que hay restricciones ahí dentro.

Asintió.

—Pero no he visto ni soldados ni policía ni nada. Simplemente hice auto-stop hasta aquí.

—¿Qué tal le fue?

—Sólo vi dos camiones en los últimos treinta kilómetros. El segundo me llevó.

—¿Qué hay del tráfico de salida?

Se encogió de hombros.

—Sospecho que las chicas no tendrán demasiados problemas. Quiero decir, si pasa un coche, seguramente las recogerá. ¿Adónde van?

—Dos de nosotras quieren ir a Nueva York. Judy quiere llegarse a San Francisco.

—Yo simplemente quiero ir a *algún* lugar —murmuró una voz aguda—. ¡He pillado una fiebre! Tendría que estar en la cama. *Estuve* en la cama durante los últimos tres días.

—Pueden ir en cualquier dirección.

—¿No le ocurrió nada a San Francisco...?

—¿...o a Nueva York?

—No. —Intentó ver detrás de las luces—. Los periódicos ni siquiera hablan ya de lo que está ocurriendo aquí.

—¡Pero, Jesús! ¿Qué hay de la televisión? O la radio...

—Estúpida, nada de eso funciona ahí fuera. Así que, ¿cómo van a saberlo?

—Pero... Oh, vaya...

Él dijo:

—Cuanto más te acercas, menos y menos gente hay. Y la poca que te encuentras es... rara. ¿Cómo es ahí dentro?

Una se echó a reír.

Otra dijo:

—Es más bien duro.

La que había hablado primero añadió:

—Pero como usted ha dicho, las chicas lo tienen un poco mejor.

Rieron todas.

Él se les unió.

—¿No hay nada que puedan contarme? Quiero decir, ¿que pueda serme útil? ¿Puesto que yo voy allí?

—Sí. Vinieron algunos hombres, dispararon contra la casa donde estábamos viviendo, destrozaron el lugar, nos echaron fuera y lo quemaron.

—Ella estaba haciendo su escultura —explicó la voz aguda—, esa gran escultura. De un león. Toda ella de metales de desecho y cosas así. Era hermosa... Pero tuvo que dejarla.

—Vaya —murmuró él—. ¿Realmente es así?

Una corta y seca risa.

—Sí. Y nosotras lo tuvimos fácil.

—Háblale de Calkins. O de los escorpiones.

—Ya lo aprenderá por sí mismo. —Otra risa—. ¿Qué puedes decirle?

—¿Quiere un arma para llevar consigo?

Eso le hizo sentir de nuevo miedo.

—¿La necesito?

Pero estaban hablando entre ellas:

—¿Vas a dársela?

—Sí, ¿por qué no? No quiero llevarla más conmigo.

—Bueno, de acuerdo. Es tuya.

Hubo un sonido de metal sobre cadena mientras una preguntaba:

—¿De dónde viene usted? —Las linternas se apartaron, revelando una imagen fantasmal del grupo. Una que estaba de perfil cerca de la barandilla resultó momentáneamente lo bastante iluminada como para poder ver que era muy joven, muy negra, y estaba muy embarazada.

—Del sur.

—No *suen*a como si fuera usted del sur —dijo una.

—No soy *del* sur. Pero estaba en México.

—Oh, hey. —Era la embarazada—. ¿Dónde exactamente? Conozco México.

El intercambio de media docena de ciudades terminó en un decepcionado silencio.

—Aquí tiene su arma.

Las linternas siguieron el revolotear en el aire, el resonar sobre la rejilla metálica del pavimento.

Con los haces de luz en el suelo (y no en sus ojos), pudo ver que había media docena de mujeres en el andén para peatones.

—¿Qué... —El motor de un coche retumbó al extremo del puente; pero no había faros cuando miró. El sonido murió en algún desvío— ...es esto?

—¿Cómo lo llaman?

—Una orquídea.

—Sí, eso es.

Avanzó unos pasos, se inclinó bajo la luz del triple haz.



—Llévela metida en su muñeca. Con las hojas apuntando hacia delante. Como un brazalete.

Siete hojas, entre los veinte y los treinta centímetros, se curvaban fuertemente hacia delante desde una muñequera ajustable de metal. En su interior había un arnés de cadena y cuero para sujetar firmemente el conjunto a los dedos. Las hojas estaban afiladas en su parte exterior.

La recogió.

—Póngasela.

—¿Es usted diestro o zurdo?

—Ambidextro... —lo cual, en su caso, significaba torpe con ambas manos. Hizo girar la «flor»—. Pero escribo con la izquierda. Normalmente.

—Oh.

La colocó en torno a su muñeca derecha, la cerró.

—Supongo que no llevarían esto en un autobús atestado. Podrían herir a alguien —y se dio cuenta de que su ocurrencia no tenía ninguna gracia. Cerró el puño para observar el efecto en las hojas, lo abrió lentamente y, detrás del curvado acero, acarició dos romas y córneas coronas con la yema de su grueso pulgar.

—No hay demasiados autobuses en Bellona.

Pensando: Peligrosos, brillantes pétalos inclinados sobre una deformada y medio podrida raíz.

—Es fea —dijo, no a ellas—. Espero que usted no la vaya a necesitar.

—Espero que usted tampoco —dijo una—. Puede dársela a alguien cuando se marche.

—Sí. —Se puso en pie—. Seguro.

—Si se marcha —dijo otra, y se rió.

—Hey, será mejor que sigamos.

—Oí un coche, Probablemente vamos a tener que esperar mucho rato de todos modos. Así que mejor empecemos.

Gritando:

—No sonó como si fuéramos a conseguir fácilmente que nos llevaran.

—Echemos a andar. ¡Hey, el camino es largo!

—Muy largo. —Los haces de luz se movieron—. Y gracias. —¿Alcachofas? Pero no pudo recordar de dónde había venido la palabra para sonar tan fuerte en su mente. Alzó la orquídea tras ellas. Su deformada mano, encerrada entre pétalos, se vio silueteada en el relumbre del río que se extendía entre los puntales del puente. Mientras las observaba alejarse, sintió el vago aleteo del deseo. Sólo una de sus linternas estaba encendida. Luego uno de los cuerpos bloqueó su luz. Hubo sonido de pasos sobre las placas de metal; el eco de alguna risa; murmullos...

Caminó de nuevo, manteniendo la mano pegada a su costado.

Esta reseca tarde sazona la noche con recuerdos de lluvia. Muy pocos sospechan la existencia de esta ciudad. Es como si no sólo los medios de comunicación, sino también las propias leyes de la percepción, hubieran rediseñado el conocimiento y la percepción para pasar de largo junto a ella. El rumor dice que prácticamente no hay energía allí. No funcionan ni las cámaras de televisión ni la radio en directo: ¡que una catástrofe como ésta debe ser opaca, y en consecuencia apagada, para la nación eléctrica! Es una ciudad de discordancias internas y distorsiones retínicas.

MÁS allá de la boca del puente, el pavimento estaba destrozado.

Una farola encendida iluminaba a cinco apagadas..., dos de ellas con los globos rotos. Trepó por una losa inclinada de asfalto de tres metros que osciló una vez bajo él, rugiendo como algo vivo, y vio piedras desmoronarse de su borde, las oyó cliquetear contra fugitivas cañerías, luego chapotear en algún lugar en la oscuridad... Recordó la cueva y buscó un suelo más sólido, cuyas cuarteaduras estuvieran unidas con el mortero de la nudosa hierba.

Ninguna luz en ninguno de los edificios cercanos; pero allá abajo en las calles del puerto, más allá de los velos de humo..., ¿era un fuego aquello? Acostumbrado ya al olor, tuvo que inspirar profundamente para captarlo. El cielo era todo bruma. Los edificios parecían apuñalarlo y desaparecían.

¿Luz?

Pasó diez minutos explorando en la esquina de un callejón de poco más de un metro..., sólo porque la farola funcionaba. Al otro lado de la calle pudo ver unos escalones de metal, un portal de carga bajo una marquesina, unas puertas. Había un camión volcado al final de la manzana. Más cerca, tres coches, con las ventanillas orilladas de cristales rotos, permanecían agazapados sobre sus neumáticos deshinchados, como sapos vueltos milagrosamente ciegos.

Su pie descalzo era lo bastante calloso como para resistir la grava y los cristales. Pero la ceniza efectuaba su trabajo entre su pie y la sandalia que le quedaba, reduciéndose a la más fina de las arenas, hacía su trabajo y se mezclaba con su sudor. Su talón era casi una llaga.

Junto a la puerta al final del callejón halló una pila de latas vacías, un fajo de periódicos aún atados con un alambre, ladrillos dispuestos para formar un fuego, con una disposición de tubos encima para los humos. A un lado había raciones del ejército, con la parte interior de las latas exhibiendo moho viejo. Algo junto a su pie crujió al moverlo.

Se inclinó para cogerlo. Uno de los pétalos de la orquídea se interpuso; recogió un paquete de... ¿pan? El envoltorio estaba prietamente cerrado. Bajo la farola, lo hizo girar entre sus dedos, rodeados por las hojas, y abrió el papel celofán.

Había pensado en comida.

Había pensado en dormir.

Pero ahora conoció la parálisis de la sorpresa.

La primera rebanada tenía una indentadura en una esquina del tamaño de una moneda de diez peniques, de un verde deprimente; la segunda y la tercera, lo mismo. La indentadura, supuso, atravesaba todo el paquete. La rebanada de encima estaba seca por uno de los lados. Nada más estaba malo..., excepto la indentadura verde; y sólo era moho. Podía comer lo demás.

No tenía hambre.

Volvió a colocar las rebanadas en su lugar, dobló el celofán, regresó al sitio de antes y encajó el paquete detrás de la pila de periódicos.

Cuando regresó junto a la farola, su pie calzado con la sandalia golpeó una lata, definiendo el silencio. Se apartó rápidamente, alzó la vista en busca de un atisbo de la brumosa luna...

El ruido de un cristal rompiéndose devolvió sus ojos al nivel de la calle.

Sintió miedo, y al mismo tiempo curiosidad; pero el miedo había sido algo tan constante que ahora era una emoción torpe y cansada; la curiosidad seguía viva:

Avanzó hacia la pared más cercana, caminó a lo largo de ella, revisando sus aprensiones de todas las cosas terribles que podían ocurrir. Pasó un portal, se agachó instintivamente, y llegó a la esquina. Ahora sonaban voces. Y más cristales rompiéndose.

Se asomó por la esquina del edificio y miró.

Tres personas salían de un escaparate con el cristal roto para reunirse con otras dos que aguardaban. Un perro les seguía por la acera, ladrando. Uno de los hombres deseaba volver; lo hizo. Otros dos echaron a andar manzana abajo.

El perro se dio la vuelta, corrió en su dirección...

Se echó hacia atrás, con la mano libre arañando los ladrillos.

El perro, agazapado defensivamente y agitándose a tres metros de distancia, ladró, y ladró, y ladró de nuevo.

La débil luz reflejó la lengua y los dientes del can. Sus ojos (tragó saliva, a duras penas) tenían un brillante color rojizo, sin blanco ni pupila, lisos como cristales carmesíes.

El hombre volvió a salir del escaparate. Uno de los del grupo se volvió y gritó:

—¡Muriel! —(Podía ser una mujer.) El perro se dio la vuelta y se alejó.

Otra farola, a varias manzanas de distancia, les dotó de una silueta momentánea.

Mientras se apartaba de la pared, con su respiración rompiendo el silencio, se sintió tan impresionado como si alguien le hubiera llamado... ¿por su nombre? Reflexionando, cruzó la calle hacia la esquina del portal de carga. Una serie de ganchos de carnicero, unos de metro, otros de metro y medio, oscilaban suavemente de unos rieles en el techo... pese a que no había viento. De hecho, reflexionó, se necesitaría un viento un poco fuerte para hacer que *empezaran* a oscilar...

—¡Hey!

Sus manos, la libre y la protegida por la flor, saltaron para proteger su rostro. Se volvió, al tiempo que se agazapaba.

—¡Tú, el de ahí abajo!

Alzó la vista, con los hombros encogidos.

El humo envolvía la parte superior del edificio, ocho pisos más arriba.

—¿Qué estás haciendo, eh?

Bajó las manos.

La voz era ronca, sonaba casi como ebria.

—¡Nada! —gritó; y deseó que su corazón callara un poco—. Sólo daba una vuelta.

Detrás de las volutas de humo había alguien de pie en la cornisa.

—¿Qué haces por aquí a estas horas?

—Nada, ya te lo he dicho. —Inspiró profundamente—. Acabo de llegar, cruzando el puente. Hará una media hora.

—¿Dónde has conseguido la orquídea?

—¿Eh? —Alzó de nuevo la mano. La farola goteó luz de una de las hojas—. ¿Esto?

—Ajá.

—Unas mujeres me la dieron. Cuando cruzaba el puente.

—Te vi observando el jaleo desde la esquina. No pude verlo desde aquí..., ¿eran escorpiones?

—¿Eh?

—He dicho: ¿eran escorpiones?

—Era un grupo de gente intentando asaltar un almacén, creo. Tenían un perro con ellos.

Tras un silencio, sonó una risa como de ultratumba.

—¿Realmente no llevas mucho tiempo aquí, amigo?

—Yo... —se dio cuenta de que se repetía— ...acabo de llegar.

—¿Vas a seguir explorando solo? ¿O prefieres un poco de compañía por un tiempo?

El tipo, pensó, debía tener una vista malditamente buena.

—Compañía..., supongo.

—Estaré ahí en un minuto.

No lo vio desaparecer; había demasiado humo. Y después de estar observando varias puertas durante unos interminables minutos, supuso que el hombre había cambiado de opinión.

—Aquí me tienes —desde la puerta que había elegido para agazaparse—. Me llamo Loufer. Tak Loufer. ¿Sabes qué significa Loufer? Lobo Rojo; o Lobo de Fuego.

—O Lobo de Hierro. —Entrecerró los ojos—. Hola.

—¿Lobo de Hierro? Bueno, sí... —El nombre emergió, impreciso en el escalón superior—. No sé si me gusta. Lobo Rojo. Éste es mi preferido. —Era un hombre realmente grande.

Bajó dos escalones; sus botas de mecánico, al golpear los peldaños, sonaban como sacos de arena dejados caer. Llevaba los téjanos negros medio metidos en sus cañas. La gastada chaqueta de motorista estaba llena de cremalleras. Una hirsuta barba rubia atrapaba la luz de la farola en su mentón y mejillas. Pecho y estómago, desnudos entre los aleteantes dientes de la cremallera, eran una maraña de cobrizo vello. Sus dedos eran enormes, moteados...

—¿Cómo te llamas?

... pero limpios, con unas uñas bien cortadas y acicaladas.

—Hum..., bueno, te lo diré: no lo sé. —Sonaba extraño, de modo que se echó a reír—. No lo sé.

Loufer se detuvo, un escalón por encima de la acera, y también se echó a reír.

—¿Y por qué demonios no lo sabes? —La visera de su gorra de cuero cubría de sombras la parte superior de su rostro.

Se encogió de hombros.

—Simplemente no lo sé. De momento... no tengo ninguno.

Loufer bajó el último escalón, hasta la acera.

—Bueno, Tak Loufer ha conocido a gente con historias más extrañas que ésta. ¿Eres algún tipo de chalado o algo así? ¿Quizá has estado en una institución mental?

—Sí... —Se dio cuenta de que Loufer había esperado un *No*.

Tak inclinó la cabeza. Las sombras se alzaron para mostrar el borde de las aletas de una nariz ancha como la de un negro encima de una boca extremadamente caucasiana. La mandíbula parecía una roca recubierta de heno.

—Sólo un año. Hará unos seis o siete años.

Loufer se encogió de hombros.

—Yo estuve tres meses en la cárcel..., hará unos seis o siete años. Pero eso es lo más cerca a lo que llegué. ¿Así que eres un chico sin nombre? ¿Cuántos años tienes, diecisiete? ¿Dieciocho? No, apuesto a que...

—Veintisiete.

Tak inclinó la cabeza hacia el otro lado. La luz mostró sus pómulos.

—Fatiga neurótica, ocurre constantemente. ¿Has observado a esa gente con depresiones serias, el tipo que duerme durante todo el día? Casos de hospital, me refiero. Siempre parecen diez años más jóvenes de lo que son.

Asintió.

—Entonces te llamaré Chico. Eso bastará como nombre. Puedes ser... El Chico, ¿de acuerdo?

Tres regalos, pensó: armadura, arma, nombre (como los prismas, lentes, espejos

de la propia cadena).

—De acuerdo... —con la repentina convicción de que éste tercero iba a ser, con mucho, por el que más tendría que pagar. Recházalo, le advirtió algo—. Sólo que no soy ningún chico. De veras: tengo veintisiete años. La gente siempre piensa que soy más joven que eso. Tengo un rostro infantil, eso es todo. Incluso me han salido algunas canas, si quieres verlas...

—Mira, Chico... —Tak alzó su visera con sus dedos índices—, tenemos la misma edad. —Sus ojos eran grandes, profundos y azules. El pelo encima de sus orejas, no más largo que la barba de una semana, sugerían un severo corte bajo la gorra—. ¿Hay alguna cosa que quieras ver particularmente por aquí? ¿Algo de lo que hayas oído hablar, desde fuera, quiero decir? ¿Qué dice la gente de nuestra ciudad?

—No mucho.

—Sospecho que no. —Tak desvió la vista—. ¿Has entrado aquí por accidente, o lo hiciste a propósito?

—A propósito.

—¡Buen Chico! Me encantan los hombres con un propósito. Ven arriba. Esta calle se convierte en Broadway tan pronto como se aleja del agua.

—¿Qué *hay* aquí para ver?

Loufer lanzó un gruñido que pretendía ser una risa.

—Depende de lo que salga. —Aunque tenía un principio de barriga, los músculos bajo el vello de su estómago eran recios—. Si tenemos *realmente* suerte, quizá... —el cuero color ceniza, en su aleteo cuando Loufer se volvió, dejó entrever un atisbo de una hebilla circular de cobre que mantenía sujeto un corraje de cinco centímetros de ancho—, no nos encontremos absolutamente con nada. Vamos, ven. —Echaron a andar.

—... chico. El Chico.

—¿Eh? —preguntó Loufer.

—Estoy pensando en ese nombre.

—¿Te va?

—No lo sé.

Loufer se echó a reír.

—No voy a presionarte con él, Chico. Pero creo que es tuyo.

Su propia risa fue parte negación, parte amistad.

El gruñido de respuesta de Loufer fue un eco a la amistad.

Caminaron por entre bajas volutas de humo.

Hay algo delicado en este Lobo de Hierro, con su rostro como un gorila germánico de nariz respingona. No es ni su forma de hablar ni su porte, con toda su rudeza, sino la forma en que lo asume, como si la superficie donde afloran habla y porte estuviera de algún modo inflamada.



—Hey, Tak.

—¿Sí?

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

—Si me dices qué día es hoy, podré calcularlo. Pero ya lo he dejado correr. Hace mucho. —Al cabo de un momento, Loufer preguntó, con un tono extraño y menos fanfarrón—. ¿Sabes qué día es hoy?

—No, yo... —Lo extraño de la pregunta le asustó—. No, no lo sé. —Agitó la cabeza mientras su mente corría alocada hacia otro tema—. ¿Qué es lo que haces? Quiero decir, ¿en qué trabajas aquí?

Tak bufó.

—En ingeniería industrial.

—¿Trabajabas aquí antes de... todo esto?

—Cerca de aquí. A unos veinte kilómetros más abajo, en Helmsford. Había una fábrica que envasaba mantequilla de cacahuete. La estábamos convirtiendo en una fábrica de vitamina C. ¿Y tú que haces...? No, no tienes aspecto de haber trabajado demasiado. —Loufer sonrió—. ¿Correcto?

Asintió. Era tranquilizador ser juzgado por las apariencias, cuando el juez era a la vez preciso y amigable. Y, de todos modos, su periplo había terminado.

—Vivía en Helmsford —prosiguió Loufer—. Pero solía subir muy a menudo a la ciudad. Bellona era una buena ciudad. —Tak miró hacia un portal que estaba demasiado oscuro como para ver si estaba abierto o cerrado—. Quizá aún siga siéndolo, ¿sabes? Pero un día vine a ella. Y todo estaba así.

Una escalera de incendios, sobre una farola que pulsaba lentamente como un corazón agonizante, tenía el aspecto de una serie de tabloncillos carbonizados, algunos aún ardiendo.

—¿Simplemente así?

Su reflejo se deslizó en la luna de un escaparate como pequeñas oías sobre aceite.

—Había algunos lugares más que todavía no habían sido alcanzados por el fuego; también había más gente que aún no se había ido..., y tampoco habían llegado los nuevos.

—Entonces, ¿has estado aquí desde el principio?

—Oh, no vi el desmoronamiento ni nada de eso. Como te he dicho, cuando llegué aquí todo estaba más o menos como está ahora.

—¿Dónde está tu coche?

—Aparcado en la calle con el parabrisas hecho añicos, los neumáticos desaparecidos..., junto con la mayor parte del motor. Al principio dejé que pasaran una serie de cosas estúpidas. Pero *agarré* las riendas al cabo de un tiempo. —Tak hizo un gesto amplio con ambas manos..., y desapareció antes de terminarlo: habían pasado a una completa oscuridad—. Se supone que ahora hay como unas mil

personas aquí. Antes eran casi dos millones.

—¿Cómo lo sabes? Quiero decir, la población.

—Eso es lo que publican en el periódico.

—¿Por qué te quedas?

—¿Quedarme? —La voz de Loufer se acercó a aquel otro tono intranquilizador—. Bueno, en realidad, he pensado mucho sobre esto. Creo que tiene algo que ver con, he elaborado recientemente la teoría, la libertad. ¿Sabes?, aquí —delante se movió algo— eres libre. No hay leyes: ni para seguirlas, ni para quebrantarlas. Puedes hacer todo lo que quieras. Lo cual significa mucha diversión. De una manera muy rápida, sorprendentemente rápida, te conviertes —se acercaban a otra farola medio encendida; lo que se movía se convirtió en humo, que brotaba del alféizar de una ventana con dientes de cristal como un fuego fatuo extinguido— exactamente en lo que eres. —Y Tak fue visible de nuevo—. Si estás preparado para ello, aquí es donde lo encontrarás.

—Tiene que ser más bien peligroso. Saqueadores y gente así.

Tak asintió.

—Por supuesto que es peligroso.

—¿Hay muchos asaltos callejeros?

—Algunos. —Loufer hizo una mueca—. ¿Sabes algo acerca del crimen, Chico? El crimen es algo curioso. Por ejemplo, ahora, en la mayoría de las ciudades americanas, Nueva York, Chicago, St. Louis, los crímenes, el noventa y cinco por ciento he leído, son cometidos entre las seis de la mañana y la medianoche. Eso significa que estás más seguro caminando por la calle a las tres de la madrugada que yendo a la sesión de las siete y media del teatro. Me pregunto qué hora será ahora. Un poco pasadas las dos, supongo. No creo que Bellona sea mucho más peligrosa que cualquier otra ciudad. Es una ciudad muy pequeña, ahora. Eso es una especie de protección.

Una hoja que había olvidado arañó sus pantalones.

—¿Llevas un arma?

—Meses de detallado estudio sobre lo que ocurre y dónde, los movimientos y variaciones de nuestra ciudad. Miro mucho a mi alrededor. Por aquí.

No había edificios al otro lado de la calle: los árboles se elevaban por encima del muro del parque, negros como la pizarra. Loufer se encaminó hacia la entrada.

—¿Es seguro ahí dentro?

—Parece más bien alarmante. —Tak asintió—. Probablemente mantendrá a cualquier criminal con un ápice de sentido común en casa. A nadie que no sea un asaltante se le ocurrirá entrar ahí. —Miró hacia atrás, sonrió—. Lo cual probablemente signifique que todos los asaltantes se habrán cansado de aguardar en vano y hará rato que se habrán ido a la cama. Vamos.

Leones de piedra flanqueaban la entrada.

—Es curioso —dijo Tak; pasaron entre ellos—. Muéstrame un lugar del que se diga que las mujeres deben permanecer alejadas de noche debido a todos los hombres malvados y horribles que hay allí acechando para hacerles cosas malvadas y horribles; ¿y sabes qué encontrarás?

—Maricones.

Tak alzó la vista, se bajó la visera de la gorra.

—Ajá.

La oscuridad les envolvió y les acompañó a lo largo del sendero.

No es en absoluto segura la oscuridad de esta ciudad, y además hiede. Bueno, he rechazado toda petición de seguridad viniendo aquí. Es mejor discutirlo como si yo lo hubiera elegido. Eso mantiene la trama de la cordura ante el más horrible de los escenarios. ¿Quién puede decir más?

—¿Por qué estuviste en prisión?

—Por actos contra la moral —dijo Tak.

Ahora estaba a varios pasos detrás de Loufer. El sendero, que había empezado siendo de cemento, era ahora de tierra. Las hojas de los árboles le golpeaban. Tres veces su pie descalzo se clavó en ásperas raíces; en una ocasión su oscilante brazo rozó ligeramente dura corteza.

—En realidad —dijo Tak a la oscuridad que los separaba— fui absuelto. La situación, supongo. Mi abogado creyó que era mejor que permaneciera en la cárcel, sin fianza, durante noventa días, como una falta leve. Algo se perdió en los registros. Luego, en el tribunal, lo sacó todo a la luz, hizo que la acusación fuera cambiada a escándalo público; yo ya había cumplido la sentencia. —El resonar de las cremalleras sugirió un encogerse de hombros—. Teniéndolo todo en cuenta, funcionó. ¡Mira!

El negro carbón de las hojas se desgarró, dejando ver el color normal de la noche urbana.

—¿Dónde? —Se habían detenido entre árboles y altos matorrales.

—¡Quieto! Ahí...

Su lana siseó contra el cuero de Tak. Susurró:

—¿Dónde...?

Fuera en el sendero, repentino, luminoso y artificial, un dragón de dos metros se agitaba doblando un recodo, seguido por una mantis igual de alta y un grifo. Avanzaban bamboleándose, como plásticos elegantes, iluminados interiormente y brumosos. Cuando dragón y mantis se bamboleaban el uno hacia el otro... ¡se fundían!

Pensó en las imágenes, ligeramente desenfocadas, de una pantalla de cine, saltando fuera de cuadro.

—¡Escorpiones! —susurró Tak.

El hombro de Tak empujó el suyo.

Tenía una mano apoyada en el tronco de un árbol. Las sombras de las ramas se trezaban en su antebrazo, el dorso de su mano, la corteza. Las figuras se acercaban; el trezado se deslizó. Las figuras pasaron; el trezado desapareció. Se dio cuenta de que eran tan perturbadoras para el ojo como las imágenes de una tarjeta postal tridi..., con el mismo estriado colgando, como una pantalla, justo delante, o quizá fuera justo detrás de ellos.

El grifo, el que iba detrás, parpadeó:

Un joven flaco de granujientos hombros, en medio de un cauteloso, arqueado paso..., luego un grifo de nuevo. (El recuerdo de un pelo rubio en punta; manos tendidas hacia delante a la altura de la moteada pelvis.)

La mantis se volvió en redondo para mirar atrás, desapareció momentáneamente:

Éste, al menos, llevaba *algunas* ropas..., un joven moreno de aspecto brutal; las cadenas que colgaban como collares de su cuello resonaban bajo su palma mientras se acariciaba con aire ausente el pecho izquierdo.

—¡Vamos, Baby! Mantén tu culo en movimiento —cuando las palabras brotaron, era de nuevo la mantis.

—Mierda, ¿crees que estarán aquí? —del grifo.

—Oh, claro. ¡Tienen que estar aquí! —Hubiera sido fácil confundir la voz del dragón por la de un hombre; y sonó negra.

Suspendido entre el asombro y la confusión, escuchó la conversación de las extraordinarias bestias.

—¡Mejor que estén! —gruñeron las desvanecidas cadenas.

El grifo parpadeó una vez más: hundidas nalgas y sucios talones desaparecieron tras llameantes escamas.

—Hey, Baby, *supón* que todavía no hayan llegado.

—¡Oh, mierda! Adam...

—Vamos, Adam, sabes que tienen que estar aquí —aseguró el dragón.

—¿De veras? ¿Cómo lo sé? ¡Oh, Dragón Lady! ¡Dragón Lady, eres demasiado!

—Oh, vamos. Callaos los dos, ¿eh?

Bamboleándose al unísono y desacompasados, doblaron otro recodo.

Ahora no podía ver en absoluto su mano, de modo que la dejó caer del tronco.

—¿Qué..., qué *son*?

—Ya te lo he dicho: escorpiones. Una especie de pandilla. Quizá sean más que una pandilla. Realmente, no lo sé. Puedes llegar a apreciarlos al cabo de un tiempo, si sabes cómo permanecer fuera de su camino. Si no puedes..., bien, o te unes a ellos, supongo, o te zurren. Al menos, así es como lo descubrí.

—Quiero decir..., ¿los dragones y los demás?

—Curioso, ¿verdad?

—¿Qué son?

—¿Sabes qué es un holograma? Son proyectados a partir de esquemas de interferencia de un láser muy pequeño y de muy baja energía. No es complicado. Pero su aspecto es impresionante. Ellos los llaman escudos de luz.

—Oh. —Volvió la vista hacia su hombro, donde Tak había apoyado su mano—. He oído hablar de hologramas.

Tak lo condujo fuera del escondite de matorrales, de nuevo al cemento. Unos pocos metros sendero abajo, en la dirección de la que habían venido los escorpiones, se agitaba una lámpara. Echaron a andar hacia allá.

—¿Hay más de ellos por los alrededores?

—Quizá. —La parte superior del rostro de Tak estaba de nuevo enmascarado—. Sus escudos de luz no les escudan realmente de nada..., excepto de nuestros ojos fisgones para aquellos que quieran ir con el culo al aire. Cuando llegué aquí, todo lo que veías eran escorpiones. Poco después empezaron a aparecer los grifos y los otros tipos. Pero el nombre primitivo prevaleció. —Tak se metió las manos en los bolsillos de los téjanos. Su chaqueta, unida en la parte de abajo por el carro de la cremallera, se alzó por delante, formando unos inexistentes pechos. Tak los miró mientras caminaban. Cuando volvió a alzar la vista, su sonrisa no tenía ojos encima—. Olvidas que la gente no sabe acerca de escorpiones. Acerca de Calkins. Son famosos aquí. Bellona es una gran ciudad; con algo más famoso que en cualquier otra ciudad del país, porque imagino que la gente en Los Ángeles, Chicago, Pittsburgh, Washington, lo dejará caer sobre la moqueta en todos los cócteles, ¿no? Pero han olvidado que nosotros estamos aquí.

—No. No lo han olvidado. —Aunque no podía ver los ojos de Tak, supo que se habían entrecerrado.

—De modo que envían a alguien que ni siquiera sabe su propio nombre. ¿Como tú?

Se echó a reír, secamente; sonó como un ladrido.

Tak devolvió el ronco sonido que era su propia risa.

—¡Oh, sí! Eres realmente un chico. —La risa se arrastró y murió.

—¿Adónde vamos ahora?

Pero Tak bajó la barbilla y echó a andar.

De este juego de noche, luz y cuerpo, ¿puedo permitirme tomar una identidad? ¿Cómo puedo recrear este quemado parque en alguna matriz significativa? Equipado con visiones contradictorias, una fea mano enjaulada en hermoso metal, observo una nueva mecánica. Soy el maquinista loco, el pasado destruido, reconstruyendo el presente.

—¡TAK! —llamó ella desde el otro lado del fuego; se levantó y agitó su melena color fuego—. ¿A quién traes? —Rodeó los ladrillos de cenizas que delimitaban el hogar y avanzó, una silueta ahora, pasando por encima de sacos de dormir, mantas enrolladas, un prado de formas tendidas. Dos de ellas alzaron la vista y la miraron, luego se dieron la vuelta. Otros dos roncaban en tonos diferentes.

Una muchacha sobre una manta, sin camisa y con unos pechos realmente bonitos, dejó de tocar su armónica, la golpeó contra su palma para eliminar la saliva, y volvió a soplar de nuevo.

La pelirroja rodeó a la que tocaba la armónica y sujetó a Tak por el puño, lo suficientemente cerca ahora como para ver de nuevo su rostro.

—¡Hace días que no te vemos! ¿Qué ha ocurrido? Acostumbrabas a presentarte a la hora de cenar prácticamente cada noche. John estaba preocupado por ti. —Era un hermoso rostro, a la media luz.

—Yo no estaba preocupado. —Un hombre alto y de pelo largo con una chaqueta peruana se puso en pie junto a la mesa de picnic—. Tak viene. Tak se va. Ya sabes cómo es Tak. —En torno a las llamas en miniatura reflejadas en sus gafas, incluso a aquella luz, su bronceado sugería productos químicos o lámparas solares. Su pelo era pálido y fino, y parecía como si el sol del día hubiera dejado prendidos en él alguno de sus rayos—. Estás más cerca de la hora del desayuno que de la cena —(¿John?) golpeó un periódico enrollado contra su muslo.

—Oh, vamos. Cuéntame, Tak. —Ella sonrió; su rostro se orló de profundas sombras—. ¿A quién nos has traído a John y a mí esta vez? —mientras John alzaba la vista (dos llamas gemelas se deslizaron fuera de sus gafas) en busca de los primeros indicios del amanecer.

—Éste es el Chico —dijo Tak.

—¿Chicco? —preguntó ella.

—*Chico*.

—¿Chic... co?

—Ajá.

—Chic... co —repitió ella, frunciendo tentativamente el ceño—. Oh, *Chicco*.

Si había alguna expresión en el rostro de Tak, no pudo apreciarla.

Pensó que era encantador, sin embargo; aunque había algo inquietante en ello.

Ella echó los hombros hacia atrás y parpadeó.

—¿Cómo estás, Chicco? ¿Eres nuevo? ¿O llevas escondiéndote en las sombras meses y meses? —A Tak—: ¿No es sorprendente la forma en que encontramos siempre a gente así? Crees conocer a todo el mundo al que hay que conocer en la ciudad, y luego, de pronto, alguien que siempre ha estado ahí, espiándote desde los matorrales, asoma la nariz y...

—Así es como conocimos a Tak —dijo John. A Tak—: ¿No es así, Tak?

—Es nuevo —dijo Tak.

—Oh. Bien —dijo John—, tenemos unas ciertas normas aquí. ¿Quieres explicárselas, Mildred?

—Bueno, hemos pensado... —los hombros de Mildred se echaron, oficialmente, hacia delante—. Hemos pensado que tenemos que sobrevivir juntos de alguna manera. Quiero decir que no podemos echarnos los unos a la garganta de los otros como animales. Y que sería muy fácil que una situación como ésta —estuvo seguro de que su gesto, al pronunciar la palabra «ésta», no incluía nada más allá de la luz del fuego— degenerara en algo..., ¡bueno, horrible! Así que hemos establecido lo que podríamos llamar una comuna. Aquí, en el parque. La gente consigue comida, trabaja unida, sabe que tiene una especie de protección. Intentamos ser tan orgánicos como resulta posible, pero eso se está volviendo cada vez más y más difícil. Cuando viene gente nueva a Bellona, tiene la posibilidad de aprender cómo funcionan las cosas aquí. No aceptamos a todo el mundo. Pero cuando lo hacemos, lo aceptamos plenamente. —Había un tic en algún lugar (no estaba seguro de si en él o en ella, y empezó a preocuparle), como una muesca en un alambre tensado al máximo—. ¿Realmente *eres* nuevo? Siempre nos alegra encontrar a alguien nuevo.

Asintió, mientras su mente se aceleraba, intentando decidir: ¿él? ¿ella?

Tak dijo:

—Muéstrale el lugar, Milly.

John dijo:

—Buena idea, Mildred. Tak, quiero hablar contigo de algo —palmeando de nuevo el periódico—. Oh, por cierto —a él—. Quizá quieras echarle una mirada a esto.

—¿Qué? Oh... —¡Uno *no puede* preocuparse tanto por cosas como ésa! A menudo, sin embargo, tenía que recordárselo a sí mismo—. Gracias. —Tomó el periódico doblado.

—De acuerdo, Tak. —John y Tak se dieron la vuelta—. Bien, ¿cuándo vas a empezar esos cimientos para nosotros? Puedo proporcionarte...

—Mira, John —Tak apoyó una mano en el hombro de John mientras se alejaban—. Todo lo que necesitas son los planos, y tú mismo puedes...

Luego sus voces estuvieron fuera del alcance de sus oídos.

—¿Tienes hambre?



—No. —*Era* hermosa.

—Bien, por si acaso tuvieras..., ven, pongámonos aquí..., empezamos a cocinar el desayuno tan pronto como hay un poco de luz. Ya no falta mucho.

—¿Estáis despiertos toda la noche? —preguntó.

—No. Pero cuando te vas a la cama al ponerse el sol, sueles despertarte temprano.

—Entiendo.

—Hacemos un montón de trabajo aquí —deslizó las manos en sus bolsillos de atrás; sus téjanos, con las vueltas dobladas varias veces, se apretaban altos contra sus caderas— durante el día. No nos limitamos a permanecer sentados. John tiene una docena de proyectos en marcha. Resulta bastante difícil dormir con gente martilleando y construyendo y todo lo demás. —Sonrió.

—Yo llevo despierto toda la noche; pero no estoy cansado. Cuando lo estoy, puedo seguir durmiendo pase lo que pase. —Bajó la vista hacia las piernas de ella.

Mientras caminaban, la luz a su alrededor empezó a despertar.

—Oh, a nosotros no nos importa si realmente quieres dormir. No queremos obligar a nadie. Pero tenemos que mantener algún tipo de esquema, ¿entiendes?

—Sí, lo entiendo. —Había estado golpeando suavemente el periódico contra su propio muslo. Lo alzó.

—¿Por qué vas por ahí llevando una orquídea? —preguntó ella—. Por supuesto, con la ciudad en el estado en que se halla, supongo que tiene sentido. Y, realmente, aquí aceptamos muchos estilos de vida. Pero...

—Me la dieron. —Le dio la vuelta al periódico.

## PROBLEMAS CON EL AGUA

Desplegó el periódico.

## PELIGRO DE ESCASEZ

La fecha decía: martes, 12 de febrero de 1995.

—¿Qué demonios es *esto*?

Ella pareció preocupada.

—Bueno, no hay mucha gente por aquí que sepa cómo mantener las cosas funcionando. Y todos hemos estado esperando que el agua se convirtiera en un auténtico problema cualquier día. No tienes ni idea de cuánta usaron cuando intentaban apagar los incendios.

—Me refiero al 1995.

—Oh. *Eso* es sólo Calkins. —En la mesa de picnic había una caja de cartón llena con comida enlatada—. Creo que es sorprendente que incluso tengamos un periódico.

—Se sentó en el banco y le miró, expectante—. Las fechas no son más que su pequeño chiste.

—Oh. —Se sentó a su lado—. ¿Tenéis tiendas aquí? ¿Algún lugar donde cobijaros? —pensando todavía: ¿1995?

—Bueno, estamos más bien orientados hacia el aire libre. —Ella miró a su alrededor, mientras él intentaba sentir la ciudad más allá de la gruta de hojas iluminada por el fuego—. Por supuesto, Tak... ha prometido proporcionarle a John algunos planos sencillos. De cabinas. John quiere que Tak dirija todo el proyecto. Cree que sería bueno para él. Ya sabes, Tak es tan extraño. De alguna manera tiene la impresión de que no lo aceptamos. Al menos eso es lo que creo. Tiene una imagen muy importante de sí mismo como un solitario. Quiere entregarnos los planos, es ingeniero, ¿sabes?, y dejar que nosotros nos encarguemos del resto. Pero el valor de algo como esto no es solamente la casa, o la cabaña, que resulte de ello. Tiene que ser algo interior, creativo, para el constructor. ¿No lo crees así?

Para hacer algo encajó los dientes, apretadamente.

—¿Estás seguro de que no tienes hambre?

—Oh. No.

—¿No estás cansado? Puedes echarte unas horas si quieres. El trabajo no empieza hasta después del desayuno. Puedo proporcionarte una manta si lo deseas.

—No.

A la luz del fuego, creyó poder contar veinticinco años en el firme y limpio rostro de ella.

—No tengo hambre. No tengo sueño. Ni siquiera sé por qué Tak me ha traído aquí.

—Es un lugar estupendo. De veras. La sensación de comunidad es como mínimo tan cálida. —Probablemente sólo veinte.

La que tocaba la armónica empezó a tocar de nuevo.

Alguien, en un capullo color verde oliva, se revolvió al otro lado del fuego.

Las zapatillas de tenis de Mildred estaban a un palmo de la tapada cabeza del más cercano de los durmientes.

—Me gustaría que no llevaras eso —dijo ella. Se echó a reír.

Él abrió sus grandes dedos bajo el metal.

—Quiero decir, si piensas quedarte aquí. Si lo haces, quizá no necesites llevarla.

—No tengo por qué llevarla —pero decidió conservarla.

La armónica dejó escapar una falsa nota.

Alzó la vista.

De entre los árboles, una luz más brillante que el fuego y de color verde arrojó sombras de hojas sobre sacos de dormir y mantas enrolladas. Luego, unas garras flotantes y una cola translúcida y llena de púas se colapso.

—Hey, ¿habéis preparado esa mierdecita para nosotros?

Un montón de cadenas colgaban de su cuello. Tenía una enorme costra (con otras más pequeñas debajo) en el hueco de su hombro, como un pegote de cemento. Llevaba otras cadenas enrolladas en torno a una bota; tintineaban cuando caminaba.

—Oh, vamos, vamos. ¡Dame esa jodida mierda! —Se detuvo junto al fuego. Las llamas lustraron sus amplios brazos, su pequeño rostro. Uno de sus dientes de delante estaba roto—. ¿Es eso? —Hizo un torpe gesto hacia la mesa de picnic, apartó el enmarañado y negro pelo, medio trenzado, que caía sobre su hombro, y avanzó.

—¡Hola! —dijo Mildred, con la más sorprendente de las sonrisas—. ¡Pesadilla! ¿Cómo estás?

El escorpión bajó la mirada hacia ella, con el húmedo labio alzado sobre el diente roto, y dijo lentamente:

—Mierda —lo cual podía significar un montón de cosas. Se metió entre ellos—. Sal del mal... —vio la orquídea— ...dito camino, ¿quieres? —y atrajo la caja de comida enlatada de la mesa hasta su barriga, donde unos sucios y arrugados téjanos se habían fruncido hasta tan abajo que uno podía ver el vello de su estómago hacerse denso y convertirse en púbico. Miró por encima de su grueso brazo hacia el arma, cerró la boca, agitó la cabeza—. Mierda —dijo de nuevo, y—: ¿A qué jodida cosa estás mirando? —Entre los pliegues de la desgastada chaqueta de Pesadilla, prismas, espejos y lentes resplandecían entre oscura cadena de bicicleta, brillantes eslabones de acero y cobre de quincallería.

—A nada.

Pesadilla inspiró aire por entre los dientes, disgustado, y tropezó con un saco de dormir.

—¡*Muévete*, maldita sea!

Una cabeza se asomó entre la tela; era un hombre viejo, que empezó a hurgar debajo de las gafas que probablemente llevaba puestas para dormir, luego contempló al escorpión que se movía pesadamente por entre los árboles.

Vio cosas moverse tras el rostro de Milly, estuvo momentáneamente seguro de que iba a decir adiós. La zapatilla de tenis de ella rascó el suelo.

En la parte inferior de su pierna había una cicatriz.

Frunció el ceño.

Ella dijo:

—Ése era Pesadilla. ¿Has oído hablar de los escorpiones?

—Tak me contó algo.

—Es sorprendente lo bien que puedes llevarte con la gente sólo con ser amable. Por supuesto, su idea de corresponder a la amabilidad es un poco extraña. Acostumbraban a ofrecerse voluntarios para pegar a la gente por nosotros. Siguen queriendo que John encuentre a alguien para ellos al que puedan trabajar un poco...

alguien que nos esté incordiando, por supuesto. Sólo que nadie lo hace. —Se encogió de hombros.

—¿Sospecho —ofreció a través de la estructura equívoca de su sonrisa— que a veces tenéis problemas con ellos?

—A veces. —La sonrisa de ella fue perfecta—. Me hubiera gustado que John hubiese estado aquí. John es muy bueno con ellos. Creo que Pesadilla le tiene un poco de miedo a John, ¿sabes? Hacemos mucho por ellos. Compartimos con ellos nuestra comida. Creo que consiguen mucho de nosotros. Si simplemente reconocieran su necesidad, sin embargo, sería mucho más fácil ayudarles.

La armónica guardó silencio: la muchacha con los pechos desnudos se había marchado de su manta.

—¿Dónde te hiciste esa cicatriz?

—Fue un accidente. Con John. —Se encogió de hombros—. En realidad, fue una de éstas. —Señaló con la cabeza la orquídea—. No es nada.

Él se inclinó para tocar la herida, alzó la vista para mirarla; ella no se movió. De modo que apoyó su dedo índice en la espinilla y lo fue bajando lentamente. La línea de costra le dio la sensación de una pequeña lima bajo su calloso dedo.

Ella frunció el ceño.

—Realmente no es nada. —Enmarcado en llameante rojo había un suave fruncimiento de ceño—. ¿Qué es eso? —señaló—. En tu muñeca.

La manilla se había asomado por debajo de la manga de la camisa al inclinarse.

Se encogió de hombros. La confusión fue como luchar por encontrar la manera correcta de acomodarse dentro de su piel.

—Algo que encontré. —Se preguntó si ella habría oído el interrogante en su frase, pequeño como un punto.

El movimiento de las cejas de ella dijo que sí: lo cual le regocijó.

El cristal óptico llameó sobre su nudosa muñeca.

—¿Dónde la conseguiste? He visto a mucha gente llevar ese... tipo de cadena.

Él asintió.

—Simplemente la encontré.

—¿Dónde? —urgió su suave sonrisa.

—¿Dónde te hiciste esa cicatriz?

Aún sonriendo, ella le devolvió una sorprendida mirada.

Él la había estado esperando. Y desconfió de ella.

—Yo... —dijo él, y el pensamiento se resolvió en una modulación interna—: ¡... quiero saber más de ti! —Se sintió repentina y sorprendentemente feliz—. ¿Llevas mucho tiempo aquí? ¿De dónde procedes? ¿Mildred? ¿Mildred qué? ¿Por qué viniste aquí? ¿Cuánto tiempo piensas quedarte? ¿Te gusta la comida japonesa? ¿La poesía? —Se echó a reír—. ¿El silencio? ¿El agua? ¿Que alguien pronuncie tu nombre?

—Hum... —Vio que ella se sentía inmensamente complacida—. Mildred Fabián, y la gente *me llama* Milly, como hace Tak. John cree que tiene que ser formal cuando aparece gente nueva. Estaba aquí, en la Universidad del Estado. Pero procedo de Ohio..., Euclid, Ohio.

Él asintió de nuevo.

—Pero el Estado tiene un departamento policientífico malditamente bueno aquí. Tenía, al menos. Así que vine. Y... —bajó los ojos (castaños, se dio cuenta con una memoria de medio segundo mientras miraba sus bajadas pestañas color maíz..., castaños con un asomo de cobre, cobre como su pelo)— ...me quedé.

—¿Estabas *aquí* cuando ocurrió?

—... sí. —Oyó un interrogante allí mayor que cualquier signo tipográfico.

—¿Qué... —y cuando hubo dicho— ...ocurrió? —no deseó una respuesta.

Los ojos de ella se abrieron mucho, luego los volvió a bajar; hundió los hombros; su espalda se encorvó. Tendió una mano hacia la de él en su jaula, apoyada entre los dos en el banco.

Cuando tomó la punta de una resplandeciente hoja entre dos dedos, él fue consciente de la suspensión de su palma en su arnés.

—¿Puede...? Siempre he... Bueno, ¿puedes hacer que...? —Dobló la punta hacia un lado (él sintió la presión en su muñeca y tensó la mano), la soltó: sonó un ahogado *Dmmmmmm*—. Oh.

Él se sintió desconcertado.

—Me preguntaba —explicó ella— si era posible hacerla sonar. Como un instrumento. Todas las hojas tienen una longitud distinta. Pensé que si producían notas, quizá uno pudiera... hacer música con ellas.

—¿Con hojas de acero? No lo creo, parecen más bien frágiles. Las campanas y esas cosas son de hierro.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado.

—Las cosas tienen que ser frágiles si quieres que suenen. Como el cristal. Los cuchillos son duros, por supuesto; pero también son flexibles.

Al cabo de un momento alzó la cabeza.

—Me gusta la música. Iba a graduarme en música. En la Estatal. Pero el departamento policientífico era *tan* bueno. No creo haber visto ningún restaurante japonés en Bellona, desde que llegué a la universidad de aquí. Pero había algunos restaurantes chinos muy buenos... —Algo le ocurrió a su rostro, una relajación, en parte cansancio, en parte desesperanza—. Hacemos todo lo que podemos, ¿sabes...?

—¿Qué?

—Hacemos todo lo que podemos. Aquí.

Él asintió brevemente con la cabeza.

—Cuando ocurrió —dijo ella suavemente—, fue terrible. —El «terrible» sonó

perfectamente llano, pronunciado de la misma forma en que él recordaba que un hombre con traje marrón había dicho en una ocasión «ascensor». Es ese tono, pensó, recordando cuando había desnudado el habla de Tak. Ella siguió—: Nos quedamos. Me quedé. Creo que sentí que tenía que quedarme. No sé cuánto tiempo... Quiero decir, no sé cuánto voy a quedarme. Pero tenemos que hacer algo. Puesto que estamos aquí, tenemos que hacerlo. —Inspiró profundamente. Un músculo se tensó en su barbilla—. ¿Tú...?

—¿Yo qué?

—¿A ti te gusta, Chicco? ¿El que alguien pronuncie tu nombre?

Sabía que la pregunta era inocente; pero se sintió irritado de todos modos. Sus labios iniciaron un *Bueno*, pero sólo brotó el aliento.

—¿Silencio?

El aliento se convirtió en un siseo; el siseo se convirtió en:

—... a veces.

—¿Quién eres? ¿De dónde procedes tú?

Dudó, y observó que los ojos de ella captaban algo de aquella duda.

—Tienes miedo porque eres nuevo aquí..., creo. Yo tengo miedo, creo, porque llevo aquí... ¡un tiempo terriblemente largo! —Miró el campamento a su alrededor.

Dos jóvenes de largo pelo estaban de pie junto a los ladrillos de cenizas. Uno alzó las manos, para calentarlas o simplemente para sentir el calor.

Es una mañana cálida. No reconozco ninguna protección en esta hojosa ampolla. No hay articulación en la unión de objeto y sombra, ningún ángulo fijo entre combustible y llama. ¿Dónde situarían sus refugios, con los cimientos hundidos en las cenizas, con las puertas y ventanas hundiéndose en los tizones? No hay nada en qué confiar excepto en lo que calienta.

Los labios de Mildred se abrieron, sus ojos se entrecerraron.

—¿Sabes lo que hizo John? Creo que también fue valiente. Acababa de construir este fuego; entonces sólo éramos unos pocos aquí. Alguien fue a encenderlo con un mechero para cigarrillos. Pero John dijo, espera; luego fue todo el camino hasta el lago Holland. Entonces los incendios eran mucho peores que ahora. Y trajo de vuelta un tizón... un viejo palo, seco y ardiendo. De hecho tuvo que transferir el fuego a varios otros palos a lo largo del camino de vuelta. Y con ese fuego —hizo un gesto hacia donde uno de los jóvenes estaba removiendo ahora los troncos con un palo de escoba roto— encendió el nuestro. —El otro aguardaba con un trozo de madera en los brazos—. Creo que fue muy valiente. ¿Tú no? —El trozo de madera cayó. Un geiser de chispas brotó de la parrilla, hasta más arriba de las ramas más bajas.

—¡Hey, Milly!

Las chispas remolinearon, y él se preguntó por qué todos hablaban tan alto cuando había tantos durmiendo.

—¡Milly! Mira lo que he encontrado.

Se había puesto una camisa de trabajo azul, aún desabrochada. En una mano estaba su armónica, en la otra un bloc de notas en espiral.

—¿Qué es? —respondió Milly.

Mientras pasaba junto al fuego, la muchacha agitó el bloc por entre las chispas; se convirtieron en girándulas y se hundieron.

—¿Pertenece a alguien de por aquí? Está quemado. La tapa.

Se sentó con él, entre ellos, los hombros hundidos, con el ceño concentradamente fruncido.

—Es el libro de ejercicios de alguien. —El cartón de la tapa estaba completamente ennegrecido en una esquina. El calor había manchado la mitad de la contratapa.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Milly.

Hizo un gesto: su hombro y su cadera se movieron al unísono. Él se corrió hacia un lado del banco para dejarle sitio, consideró por unos momentos volver a su posición de antes pero, en vez de ello, tomó el periódico y lo abrió —las hojas de la orquídea desgarraron un lado— por la segunda página.

—¿Quién ha arrancado las primeras páginas? —preguntó Milly.

—Así es como lo encontré.

—Pero aún puedes ver sus restos entre las vueltas del alambre.

—La letra es preciosa.

—¿Puedes descifrar lo que dice?

—No con esta luz. Leí algo junto a la farola del parque. Vayamos junto al fuego.

La página que él estaba mirando parpadeaba con la luz de atrás, dejando ver lo impreso en ambos lados. Todo lo que pudo descifrar fue la cabecera en letras góticas:

BELLONA TIMES

Y debajo:

Roger Calkins,  
Editor y director.

Cerró el periódico.

Las muchachas habían ido junto al fuego.

Se puso en pie, dejó el periódico en el banco, avanzó unos pasos, primero uno, luego otro, sobre tres sacos de dormir y una manta enrollada.

—¿Qué dice?

La armónica seguía aún en su puño.

Su pelo era corto y denso. Sus ojos, cuando le miró directamente, eran muy verdes. Apoyando el bloc sobre la articulación del brazo, giró hacia atrás el cartón de la tapa para que él pudiera ver la primera página. Restos de laca verde destellaron en sus uñas.

En una escritura perfecta, una frase interrumpida ocupaba la primera línea:

*herir la ciudad otoñal.*

*Aullarlo así para que el mundo le dé un nombre.*

Aquello le hizo poner la carne de gallina.

*La absoluta oscuridad respondió con viento. Todo lo que vosotros sabéis lo sé yo: tambaleantes astronautas y empleados de banca mirando el reloj antes de la comida; actrices arreglándose el pelo delante de espejos rodeados de luces y operadores de montacargas aplastando pellas de grasa sobre la manija de acero*

Ella bajó el bloc de notas para mirarle, sus ojos verdes parpadearon. Mechones de pelo arrojaron astillas de sombra sobre su mejilla.

—¿Qué te ocurre?

Él tensó el rostro hacia una sonrisa.

—Esto es..., bueno, ¡es algo realmente extraño!

—¿Qué hay de extraño en ello? —Cerró la tapa—. Tú pareces extraño.

—Yo no... Pero... —Su sonrisa no era la correcta. Lo único de lo que disponía para desalojarla se hallaba en el tercer extremo de un triángulo cuyos vértices de base eran el reconocimiento y la incompreensión—. Sólo que era tan... —No, empieza de nuevo—. Pero era tan... —Sé mucho sobre astronautas, quiero decir. Acostumbraba a examinar las previsiones de lanzamientos y salir por la noche a buscarlos. Y tenía un amigo que era empleado de banca.

—Conocí a alguien que trabajaba en un banco —dijo Milly. Luego, a la otra muchacha—: ¿Tú no?

Él dijo:

—Y yo trabajaba en un teatro. Era en el segundo piso y siempre teníamos que subir cosas en el montacargas... —*Esos recuerdos eran tan simples de recuperar...*—. Precisamente hace un rato, esta noche, pensé en él..., en el que operaba el montacargas.

Seguían mirándole desconcertadas.

—Simplemente era algo muy familiar.

—Bueno, sí... —Ella movió su pulgar sobre la brillante armónica—. Debo haber subido a un montacargas, al menos una vez. Demonios, participé en una obra en la escuela, y había luces alrededor del espejo del camerino. Eso no lo hace extraño.

—Pero la parte acerca de las revueltas estudiantiles. Y los sótanos... Acabo de



venir de México.

—No dice nada de revueltas estudiantiles.

—Sí lo dice. Yo estuve en una revuelta estudiantil, una vez. Te lo mostraré. —Tendió la mano hacia el cuaderno (ella se apartó secamente de la orquídea), abrió su mano libre sobre la página (ella se acercó de nuevo, su hombro rozó el brazo de él. Pudo ver su pecho dentro de la camisa sin abrochar. Sí), y leyó en voz alta:

—«... pellas de grasa sobre la manija de acero; happenings estudiantiles con Volkswagens llenos de spaghetti, amanecer en Seattle, atardecer automatizado en Los Ángeles». —Alzó la vista, confuso.

—¿También has estado en Los Ángeles y en Seattle, mañana y noche? —La sonrisa de sus ojos verdes parpadeó junto a las llamas.

—No... —agitó la cabeza.

—Yo sí. Y sigue sin ser extraño. —Aún parpadeando, frunció el ceño ante el fruncimiento de él—. No habla de ti. A menos que tú lo dejaras caer en el parque... Tú no lo escribiste, ¿verdad?

—No —dijo él—. No. No lo hice. —Perdida (había sido más fuerte y más extraño que cualquier otro *deja vu*), la sensación lo azaraba—. Pero hubiera jurado que *sabía*... —Sentía el fuego más ardiente a través del agujero en su rodilla; bajó una mano para rascarse; las hojas se engancharon en la tela y rasgaron jirones. Apartó la orquídea de un tirón; los jirones aletearon. Usando la otra mano, se rascó la rótula con engarfiados dedos.

Milly había tomado el bloc y había pasado a una página posterior.

La chica de los ojos verdes se inclinó sobre su hombro:

—Lee esa parte cerca del final, acerca del rayo y las explosiones y la revuelta y todo eso. ¿Crees que estaba escribiendo sobre lo que ocurrió *aquí*..., en Bellona, quiero decir?

—Lee esa parte al principio, acerca de los escorpiones y los niños atrapados. ¿Supones que estaba escribiendo sobre *allí*?

Se inclinaron juntas a la luz del fuego.

Se sintió incómodo y miró el claro a su alrededor.

Tak pasó por encima de un saco de dormir y dijo a John:

—Los tuyos quieren que trabaje demasiado duro. Tú simplemente te niegas a comprender que trabajar para uno mismo es algo en lo que no veo ninguna virtud.

—Oh, vamos, Tak. —John palmeó su mano contra su muslo, ausente, como si aún sujetara el enrollado periódico.

—Te daré los planos. Puedes hacer lo que quieras con ellos. Hey, Chico, ¿cómo van las cosas? —Las llamas *arañaron* la prominente mandíbula de Tak, capturaron sus pálidos ojos en su luz, parpadearon en su visera de cuero—. ¿Todo va bien?

Tragó saliva, con los dientes apretados; así, su asentimiento fue más rígido de lo

que había pretendido.

—Tak, ¿vas a dirigir la construcción del proyecto de los refugios para nosotros...? —las gafas de John relumbraron.

—Mierda —dijo Tak, recordando a Pesadilla.

—Oh, Tak... —Milly agitó la cabeza.

—He estado discutiendo con él toda la noche —dijo John—. Hey. —Miró por encima de la mesa de picnic—. ¿Vino Pesadilla a buscar el material?

—Ajá —alegremente.

—¿Cómo está?

Ella se encogió de hombros..., menos alegremente.

Él oyó la armónica, miró:

De vuelta a su manta, la otra muchacha estaba inclinada sobre su instrumento. Su pelo era un casco de bronce manchado en torno a su inclinada cabeza. Su camisa se había deslizado de uno de sus afilados hombros. Con el ceño fruncido, golpeó una vez más los agujeros en la palma de su mano. El bloc de notas yacía sobre sus rodillas.

—Tak y yo hemos ido a echar un vistazo al lugar donde quiero poner los refugios. Ya sabes, arriba en las rocas.

—¿Habéis cambiado oír a vez el sitio? —preguntó Milly.

—Ajá —dijo Tak—. Él lo ha hecho. ¿Qué te parece este lugar, Chico? Es un buen sitio, ¿no?

—Nos alegra tenerte —dijo John—. Siempre nos alegra tener gente nueva. Hay un montón de trabajo por hacer; necesitamos todas las manos voluntarias que podamos conseguir. —La mano que palmeaba su muslo se pegó a él, se inmovilizó allí.

Dejó escapar un gruñido para liberar algo en su garganta.

—Creo que voy a seguir mi camino.

—Oh... —Milly sonó decepcionada.

—Vamos. Quédate a desayunar. —John sonó ansioso—. Luego prueba con uno de nuestros proyectos de trabajo. Elige el que te guste. ¿Sabes?, hay algunas extrañas calles ahí fuera. Nunca sabes lo que vas a encontrar en ellas.

—Gracias —dijo—. Pero voy a irme...

—Lo llevaré de vuelta a la avenida —dijo Tak—. De acuerdo, hasta luego, chicos.

—Si cambias de opinión —dijo Milly (John estaba palmeándose de nuevo el muslo)—, siempre puedes volver. Es posible que lo desees dentro de un par de días. Simplemente ven. Nos alegrará recibirte de nuevo.

En el camino de cemento, le dijo a Tak:

—Realmente son buena gente, ¿no? Sólo que creo que yo... —se encogió de

hombros.

Tak gruñó:

—Sí.

—Los escorpiones... ¿es alguna especie de protección lo que hacen pagar a la gente de la comuna?

—Podría llamarse así. Pero de este modo están protegidos.

—¿Contra todo el mundo excepto los escorpiones?

Tak gruñó de nuevo, roncamente.

Él lo reconoció como una risa.

—Simplemente no quiero meterme en algo así. Al menos no de este lado.

—Te llevaré de vuelta a la avenida, Chico. Llega hasta el centro de la ciudad. Las tiendas de los alrededores han sido completamente despojadas de comida. Pero nunca se sabe lo que se puede encontrar en ellas. Francamente, creo que estarás mejor en las casas. Pero tienes que correr el riesgo: alguien puede estar esperándote con una escopeta. Como te he dicho, quizá queden un millar de los dos millones de habitantes de la ciudad: sólo una de cada cien casas debería estar ocupada..., las posibilidades no están mal. Sólo que yo me he encontrado ya un par de veces frente a una escopeta. Luego tienes a los escorpiones para preocuparte... ¿El grupo de John? —La ronca y áspera risa tenía una cualidad ebria que el resto del comportamiento de Tak desmentía—. Me gustan. Pero yo tampoco deseo pegarme demasiado a ellos. Y no lo hago. Pero les echo una mano. Y no es un mal lugar para quedarte..., durante uno o dos días.

—No, creo que no... —pero era un «no» meditabundo.

Tak asintió en muda conformidad.

Este parque está vivo con oscuridad, texturas de silencio. Los tacones de las botas de Tak tatúan el camino. Puedo divisar cómo deja una línea de puntos tras él. Y alguien puede agarrar la noche por el borde, rasgarla a lo largo de las perforaciones, estrujarla y echarla a un lado.

Sólo dos de las cuarenta y pico farolas del parque (había empezado a contarlas) funcionaban. La cubierta noche enmascaraba todo asomo de amanecer. En la siguiente luz encendida, a la vista ya de los leones que flanqueaban la entrada, Tak se sacó las manos de los bolsillos. Dos cabezas de aguja de luz puntearon la oscuridad en algún lugar encima del color arena de su labio superior.

—Si quieres, puedes volver a mi casa...

—... DE acuerdo.

Tak dejó escapar el aliento.

—Estupendo... —y giró. Su rostro se volvió completamente negro—. Por aquí.

Siguió el tintinear de las cremalleras con paso vacilante. Las ramas, negras sobre el sendero, aparecieron bruscamente de un cielo que se volvía gris dentro de una V de techos que recedían.

Cuando se detuvieron junto a los leones, contemplando una amplia calle, Tak se rascó dentro de su chaqueta.

—Sospecho que la mañana está a punto de llegar.

—¿Por qué lado sale el sol?

Loufer rió.

—Sé que no te lo vas a creer —echaron a andar de nuevo—, pero cuando vine aquí por primera vez hubiera podido jurar que la luz empezaba siempre por allí. —Mientras bajaban de la acera, señaló con la cabeza hacia la izquierda—. Pero como puedes ver, hoy la luz está viniendo —hizo un gesto hacia el frente— de ahí.

—¿Debido al cambio de estación?

—No creo que haya cambiado tanto. Pero quizá sí. —Tak bajó la cabeza y sonrió—. Aunque tal vez yo nunca le haya prestado demasiada atención.

—¿Por qué lado está el este?

—Por donde empieza la luz —Tak señaló hacia delante—. ¿Pero qué harás si mañana la luz sale por otro lugar distinto?

—Oh, vamos. Puedes decirlo por las estrellas.

—Has visto cómo está el cielo. Ha sido así o peor cada noche, Y cada día. No he visto las estrellas desde que estoy aquí..., ni lunas ni soles.

—Sí, pero...

—He pensado: quizá no sean las estaciones las que cambian. Quizá seamos nosotros. Toda la ciudad cambia, gira, se dispone cada día de un modo distinto. Constantemente. Y nos cambia a nosotros... —Se echó a reír—. Hey, te estoy tomando el pelo, Chico. Sigamos. —Tak se rascó de nuevo el estómago—. Te lo tomas todo demasiado en serio. —Volvió a subir al bordillo y se metió las manos dentro de los bolsillos de piel—. Pero que me condene si no hubiera jurado que la mañana solía empezar por ahí. —Señaló de nuevo con la cabeza, con los labios fruncidos—. Todo eso significa que no estaba prestando atención, ¿verdad? —Y en la

siguiente esquina preguntó—: ¿Por qué estuviste en una institución mental?

—Depresión. Pero eso fue hace mucho tiempo.

—¿De veras?

—Oía voces; tenía miedo de salir fuera; no podía recordar cosas; algunas alucinaciones... Todo el cuadro. Fue inmediatamente después de que terminara mi primer año de universidad. Cuando tenía diecinueve años. También bebía mucho.

—¿Qué decían las voces?

Se encogió de hombros.

—Nada. Cantaban... mucho, pero en algún otro idioma. Y me llamaban. No era como si oyeras una auténtica voz...

—¿Era dentro de tu cabeza?

—Algunas veces. Cuando cantaban. Pero había un sonido auténtico, como un coche poniéndose en marcha, o quizás alguien cerrando una puerta en otra habitación: y al mismo tiempo creías que alguien había pronunciado tu nombre. Sólo que nadie lo había hecho. Luego, a veces pensabas que era en tu mente, cuando alguien te llamaba de verdad; y no respondías. Cuando te dabas cuenta, te sentías muy incómodo.

—Apuesto a que sí.

—En realidad, me sentía incómodo casi todo el tiempo... Pero en realidad eso fue hace muchos años.

—¿Qué te llamaban las voces..., cuando te llamaban?

En medio de la siguiente manzana, Tak dijo:

—Simplemente pensé que podía funcionar. Se me ocurrió.

—Lo siento. —La torpeza y sinceridad de la terapia amateur de Tak le hizo sonreír—. No por ahí.

—¿Tienes alguna idea de por qué ocurrió? Quiero decir, por qué te sentiste... deprimido y tuviste que ir al hospital.

—Por supuesto. Cuando salí de la escuela secundaria, allá al norte del estado, tuve que trabajar durante todo un año antes de poder ir a la universidad. Mis padres no tenían dinero. Mi madre era una cherokee pura sangre..., aunque eso hubiera valorado mi vida si se lo hubiera dicho a esos chicos ahí en el parque, por la forma en que todo el mundo reacciona ante los indios hoy en día. Murió cuando yo tendría unos catorce años. Conseguí entrar en Columbia, en la ciudad de Nueva York. Tuve que someterme a una entrevista especial, porque aunque mis notas en la escuela secundaria eran buenas, no eran excelentes. Fui a la ciudad y conseguí un trabajo en una tienda de artículos para bellas artes..., eso les impresionó a todos en la entrevista. De modo que me concedieron una beca especial. Al final del primer período había conseguido todo B y una D..., en lingüística. Al final del segundo período, sin embargo, no sabía lo que iba a ocurrir al año siguiente. Quiero decir acerca del dinero. No podía hacer nada en Columbia *excepto* ir a la universidad. Tienen todo

tipo de cursos extraacadémicos, y eso cuesta dinero. Si esa D hubiera sido una A, tal vez hubiera conseguido otra beca. Pero no lo era. Y como te he dicho, bebía mucho. No creerías que un chico de diecinueve años pueda beber así. Y mucho menos beber y hacer *algo*. Poco antes de los exámenes finales sufrí una crisis. No podía salir fuera. Me asustaba ver a la gente. Estuve a punto de matarme un par de veces. No quiero decir suicidio. Sólo con cosas estúpidas. Como subirme a la cornisa exterior de la ventana cuando estaba realmente borracho. Y en una ocasión eché una radio a una fregadera llena de agua de lavar los platos. Cosas así. —Inspiró profundamente—. Eso fue hace mucho tiempo. Nada de eso me preocupa ahora en realidad, ya no.

—¿Eres católico?

—No. Papá era un pequeño metodista georgiano, rechoncho y de ojos azules... —lo vivido de aquel recuerdo le sorprendió también—, cuando era algo. De todos modos, nunca vivió en el sur. Estuvo casi todo el tiempo en las Fuerzas Aéreas, cuando yo era niño. Luego voló en aviones piratas durante casi un año. Tras lo cual no hizo mucho de nada. Pero eso fue después de que mamá muriera...

—Curioso. —Tak agitó la cabeza en autoreproche—. La forma en que asumes a todos los pequeños hermanos morenos es simplemente católica. Yo crecí luterano. ¿Qué hiciste después del hospital?

—Trabajé por un tiempo en la parte alta del estado. La DRV, la División de Rehabilitación Vocacional, tenía que ayudarme a volver a la universidad tan pronto como me hubiera salido de aquello. Pero yo no lo deseaba. En una ocasión me largué en coche con un amigo, y nuestro viaje terminó con yo pasando casi un año cortando árboles en Oregon. En Oakland trabajé como tramoyista en un teatro. ¿No te he contado acerca de...? No, fue a la chica en el parque. Viajé mucho; trabajé en barcos. Intenté la universidad un par de veces más, por mi propia cuenta..., una vez en Kansas, durante un año, donde conseguí trabajo como encargado en un edificio para estudiantes. Luego otra vez en Delaware.

—¿Hasta dónde llegaste?

—El primer período fue bien, en ambos lugares. Al segundo se jodió todo. No sufrí otra depresión ni nada parecido. Ni siquiera bebí. Simplemente las cosas se jodieron. No el trabajo, de todos modos. Sólo los estudios. Seguí trabajando. Y viajando. Leí mucho. Luego viajé más: Japón. Abajo hasta Australia..., aunque eso no fue demasiado bien. Barcos de cabotaje por todo México y América Central. —Se echó a reír—. Así que ya ves, no estoy loco. No del todo, al menos. No he estado loco desde hace mucho tiempo.

—Pero estás aquí, ¿no? —El germánico rostro de Tak (con su sorprendente nariz negroide) mostró una suave burla—. Y no sabes quién eres.

—Sí, pero eso sólo es porque no puedo recordar mi...

—De vuelta a casa, de vuelta a casa. —Tak se metió en un portal y subió los

escalones de madera; miró hacia atrás justo antes de alcanzar el de arriba—. Anda, vamos.

No había farola en ninguna de las esquinas.

Al final del bloque, un coche había volcado en medio de un estallido de cristales. Más cerca, dos camionetas descansaban sobre sus ejes sin ruedas: una furgoneta de reparto Ford y un taxi GM, con los parabrisas y las ventanillas destrozados. Al otro lado de la calle, encima de la marquesina, los ganchos de carnicero seguían oscilando suavemente, colgados de sus raíles.

—¿Vamos a entrar por el mismo camino por el que saliste?

El humo en torno a la parte superior del edificio era luminoso con el amanecer.

—No te preocupes —sonrió Tak—. Te acostumbrarás a ello.

—Recuerdo que saliste por el *otro* lado del... —Miró hacia allá de nuevo, a la plataforma de cemento de un metro que se extendía delante de la abertura en el lado opuesto del edificio.

—Vamos. —Tak dio otro paso—. Oh..., una cosa. Tienes que aparcar tu arma en la puerta. —Señaló de forma vaga la orquídea—. No te ofendas. Es sólo una regla de la casa.

—Oh, por supuesto. Claro. —Siguió a Tak escalones arriba—. Aquí está, sólo un segundo.

—Déjala ahí detrás. —Tak señaló dos gruesos tubos cubiertos de asbesto en la parte interior de la puerta—. Estará ahí cuando salgas.

Soltó la banda de su muñeca, deslizó los dedos fuera del arnés, se inclinó para dejar el dispositivo en el suelo, junto a los tubos.

Tak, ya a la cabeza de una oscura escalera, empezó a bajar.

Se apresuró tras él.

—Quince escalones. —Tak era ya invisible un poco más abajo—. Está muy oscuro, así que mejor cuenta.

No había pasamanos, de modo que mantuvo una mano en la pared. Le hormigueaba la muñeca allá donde había estado el collar de la orquídea. El vello, que ahora se estaba secando, tiraba de su piel. A cada paso su pie desnudo golpeaba el borde del escalón, el talón contra rasposo mármol, la planta y los dedos colgando. Las botas de Tak golpeaban un poco más abajo... Trece... catorce... El último escalón le sorprendió pese a todo.

—Por aquí.

Le siguió a través de la oscuridad. El cemento bajo su pie desnudo estaba muy caliente.

Los escalones ante él cambiaron de timbre.

—Ahora suben...

Disminuyó la marcha.

—... no te pierdas.

Esta vez encontró un pasamanos.

Pudo anticipar los rellanos por las variaciones en el andar de Loufer. Después del tercer tramo, unas débiles líneas casi a la altura de su cabeza señalaron puertas.

El ritmo es lo único seguro. En esta oscuridad, subiendo, recuerdo las estrellas del Pacífico. Este ascenso ritual ocurre en una ciudad que las ha borrado y ha ensombrecido completamente su sol. Lobo de Hierro tiene algo. Lo deseo, sin que importen las definiciones. La peligrosa iluminación, la luz en el ojo que estalla, no es para esta otra ciudad.

—El último tramo...

Habían subido nueve rellanos.

—... y ya estamos.

Una puerta de metal chirrió en su marco.

Mientras Tak salía delante de él al alquitranado techo, volvió la cabeza, apartándola del amanecer nubosamente coloreado. Después de la oscuridad, seguía siendo demasiado brillante. Su rostro se frunció contra la luz; se detuvo en el umbral, una mano en la jamba, la otra sujetando la acanalada y remachada puerta.

El humo se estancaba en el aire hasta la cintura.

Relajó su rostro, sin dejar de parpadear.

Más allá de la balaustrada de ladrillos, tejados y tejados se sumían en la bruma. El hueco de aquel lado debía ser el parque. Más allá había una colina, salpicada de edificios.

—Jesús. —Miró con el ceño fruncido en la otra dirección—. No me había dado cuenta de que este lugar estuviera tan lejos del puente. Acababa de salir de él cuando me llamaste desde el fondo de la calle.

Tak soltó una risita.

—No, vagabundeaste bastante rato.

—Apenas puedo ver un atisbo —se puso de puntillas— del río. —Volvió a descansar sobre sus talones—. *Pensé* que estaba a sólo dos o tres manzanas de distancia.

La risita de Tak se convirtió en una auténtica carcajada.

—¡Hey!, ¿dónde perdiste una sandalia?

—¿Eh? —Bajó la vista—. Oh..., fui perseguido. Por perros. —Aquello sonaba también curioso; de modo que se echó a reír—. Sí, así fue realmente. —Alzó el pie, lo apoyó sobre su otra rodilla para examinar la dura y callosa planta. El córneo borde estaba agrietado por ambos lados. Su tobillo, nudoso y ahuecado, era de un color gris terroso. Talón, planta, empeine, y cada uno de los polvorientos dedos tenían el negro pavonado del cañón de una pistola. Agitó los dedos: soltaron tierra—. Calculo que fue... —Alzó la vista, con el ceño fruncido—, quizá hará un par de días... —y volvió



a bajar el pie—. Era alrededor de las tres. De la madrugada. Estaba lloviendo. No había ningún coche. Así que di una cabezada en el porche de alguien. Hacia las cinco, cuando empezaba a clarear, volví a la carretera para hacer auto-stop. Pero aún seguía lloviendo. Así que me dije, demonios, vuelve atrás y da otra cabezada una o dos horas más, porque no hay coches. Sólo que, cuando volví, allí estaba aquel maldito perro, que había estado durmiendo debajo del porche durante todo el tiempo que yo había estado dormitando encima. Ahora estaba despierto. Y empezó a ladrar. Luego me persiguió de vuelta a la carretera. Corrí. Corrió. Mi sandalia se rompió y fue a parar a algún lugar..., no me preocupé por averiguar dónde. Mientras corría apareció aquel viejo coche azul..., con una corpulenta y vieja dama al volante, su flaco marido al lado, y el asiento de atrás lleno de niños. Salté dentro, librándome de la lluvia, ¡y fuimos directos cruzando la frontera hasta Louisiana! Iban a pasar el día con otra gente como ellos que estaban en alguna base del ejército. —Se apartó del umbral—. Me dieron un buen desayuno también. —La puerta se cerró con un chasquido a sus espaldas—. Imagino que fue entonces cuando *me di cuenta* por primera vez de que no podía recordar mi nombre. Ella me lo preguntó y no supe decírselo... pero imagino que hacía ya tiempo que no lo sabía. —Ya casi se había adaptado a la luz—. Quiero decir, uno no va por ahí pensando en sí mismo por su nombre, ¿verdad? Nadie lo hace..., a menos que alguien te llame por él, o te pregunte cuál es. No he estado con gente que me conozca desde hace..., bueno, bastante tiempo. Así que no había pensado en mi nombre desde hacía mucho, y de alguna manera..., sospecho que se me fue de la cabeza. —Miró de nuevo la punta de sus pies, ambas sucias, una cubierta por las cintas de las zapatillas, la otra desnuda—. Esto no me preocupa. El que me falte una sandalia, quiero decir. He ido descalzo durante mucho tiempo.

—¿Como un hippie?

Se encogió de hombros.

—Sí, cuando estoy en una ciudad tipo hippie. —Miró de nuevo el brumoso horizonte—. ¿Duermes aquí arriba?

—Ven. —Tak se volvió. Un soplo de brisa apretó un faldón de su chaqueta contra su estómago, hizo ondear el otro—. Ésta es mi casa.

Probablemente había sido construida como un cobertizo de mantenimiento, erigido en el tejado para guardar herramientas. Unas cortinas de bambú cerraban unos paneles recientemente acristalados. La puerta —el papel embreado había sido desgarrado en una esquina del grisáceo pino— estaba entreabierta.

Rodearon una claraboya. Tak golpeó la puerta con el talón de la mano (¿como si esperara sorprender a alguien...?). La puerta se abrió hacia dentro. Tak entró: clic. Se encendieron las luces.

—Entra, considérate en tu casa.

Siguió al ingeniero a través del umbral.

—¡Hey, esto es precioso!

Tak se inclinó para examinar el interior de una chisporroteante estufa de queroseno.

—Es confortable... Ahora sé que no tengo que irme de aquí y dejar esta cosa en marcha. Algún día voy a volver a casa y encontraré que todo el lugar no es más que un montón de cenizas... Por supuesto, en Bellona esto es algo que puede ocurrir en cualquier momento, me vaya yo de aquí o no. —Se alzó, sacudiéndose las manos—. Hace un poco de frío aquí por las mañanas. De modo que voy a seguir dejándola encendida.

—¡Cristo, tienes un montón de libros!

Una serie de estantes cubrían la pared del fondo, desde el suelo hasta el techo, llenos con libros de bolsillo.

—¿Es esto un equipo de onda corta?

—Parte de uno. El resto está en la otra habitación. De modo que puedo sentarme en la cama y rastrear las ondas..., si puedo conseguir algo aparte estática. Las interferencias por aquí son algo terrible. Además, puede que haya algo mal en el equipo. He conseguido mi propia fuente de energía: un par de docenas de baterías de ácido en la parte de atrás. Y un cargador de gasolina. —Se dirigió hacia el escritorio que había en un rincón, dejó que la chaqueta se deslizara por la dorada alfombra de su espalda, y la colgó de una percha en la pared. (Seguía llevando puesta la gorra.) Enmascarados en rubio, su antebrazo exhibía un dragón, su bíceps alguna insignia naval. En un hombro había sido tatuada una esvástica, que luego había sido borrada no muy eficientemente—. Siéntate. —Tak tomó una silla giratoria de frente al escritorio, le hizo dar la vuelta, y se sentó él. Con las rodillas apartadas, metió la mano bajo su cinturón para arreglarse los genitales, allá donde los apretaba el tiro de los pantalones—. Utiliza la cama..., allí.

Había un incongruente cobertor de piel sobre el suelo de tablas. Otro con un estampado indio cubría lo que creyó que era un sofá cama. Pero cuando se sentó en él se dio cuenta de que era solamente un delgado colchón puesto encima de alguna especie de armario volcado; o en cualquier caso sólo una plancha elevada. De todos modos, parecía confortable.

—Te las arreglas un poco mejor que esos chicos en el parque.

Tak sonrió, se quitó la gorra y la dejó caer sobre el escritorio.

—Supongo que sí. Pero tampoco es tan difícil. —El pelo militarmente corto no encajaba con la barba sin afeitar.

El escritorio, excepto la gorra, estaba desnudo.

Los estantes que había encima contenían binoculares, reglas de cálculo, compases de dibujo y plumas, dos calculadoras de bolsillo, curvas y plantillas, polígonos de colores, varios geodos cortados y pulidos, una hilera de dagas ornamentales en un

marco de exhibición, un montón de partes de cajas de plástico, un soldador...

—Hey... —Tak se dio una palmada en la rodilla—. Voy a hacer un poco de café. También tengo algo de jamón en lata. Muy bueno. Y pan. —Se puso en pie y se dirigió a una puerta, de la que colgaban, como en las ventanas, varillas de bambú—. Tú simplemente relájate. Tómalo con calma. Quítate la ropa y ponte cómodo, si quieres. —La burbujeante estufa se reflejó en las partes que aún brillaban de la maltratada piel de sus botas—. Estaré de vuelta en un minuto. Me alegra que te guste el lugar. A mí también me gusta. —Se inclinó debajo del bambú.

En una de las paredes (no le había prestado atención hasta entonces) había tres pósters fotográficos a todo color, de un metro de alto:

En uno, un adolescente levantador de pesas, germánico como Tak, llevando sólo unas botas y una chaquetilla de dril sin mangas, estaba recostado contra una moto, con sus fornidas manos apoyadas planas sobre sus piernas desnudas.

En el segundo, un musculoso negro, llevando lo que podrían haber sido la chaqueta, la gorra y las botas de Tak, se exhibía de pie contra un fondo púrpura indistinto, las piernas separadas, un puño delante de su desnudo muslo, el otro contra su desnuda cadera.

En el tercero, un joven muy moreno —¿mexicano, indio quizá?—, sin camisa ni zapatos, se sentaba sobre una roca bajo un estrellado cielo azul, con los pantalones bajados hasta las rodillas.

Sus desnudos genitales eran enormes.

Las fotos habían sido tomadas también al nivel de las ingles, para hacerlos parecer más prominentes aún.

Oyó el resonar de sartenes en la otra habitación; un armario se abrió y cerró.

Junto a la cabecera de la cama, sobre una mesita cerca de una lámpara extensible, había una pila irregular de libros:

Un montón de *Los Ángeles del Infierno*: Thompson, y Reynolds McClure; cuatro volúmenes de bolsillo de a dos dólares, mal encuadernados: *Ángeles sobre ruedas* y *Fin de semana en el infierno, la auténtica historia de los Ángeles tal como la contó Millicent Brash...* Leyó el primer párrafo mal impreso, agitó la cabeza y lo volvió a dejar. Un libro titulado *Zorra motorizada* era al parecer la secuela (la misma portada/distinto autor) de *Bastardo motorizado*. Debajo de ellos estaban *Los poemas de Rimbaud*, con la traducción inglesa al pie de las páginas; luego una edición de bolsillo de *Cartas seleccionadas de Keats*; al lado, el *Deliverance* de Dickey; un libro verde de tapa dura de logaritmos y funciones trigonométricas, con el punto marcado por una regla de cálculo circular esmaltada en blanco. Luego ciencia ficción de Russ (algo llamado *El hombre hembra*), Zelazny y Disch. El último libro que tomó tenía en la portada una reproducción en púrpura y oro de una pintura de Leonor Fini: *Compañeros diabólicos*. Lo abrió por la mitad, leyó desde el principio de la página de

la izquierda hasta el final de la de la derecha, lo cerró con el ceño fruncido, se dirigió al bambú y lo apartó a un lado.

—¿Habías visto antes uno de éstos en la casa de alguien? —Tak dio una palmada al aparato de color gris que tenía al lado—. Es un horno microondas. Son estupendos. Puedes hacer todo un rustido en diez, veinte minutos. Cuestan unos seiscientos dólares. Al menos ése es el precio que decía la etiqueta en la tienda de donde me llevé éste. Sólo que no me gusta utilizarlo porque gasta mucha energía. Algún día, de todos modos, voy a dar una cena para treinta o cuarenta personas. La daré fuera en el tejado. Para todos mis amigos de la ciudad. Haré que se les caigan los ojos con todas las cosas que soy capaz de hacer. —Se volvió hacia la encimera.

En dos quemadores de un hornillo de campaña de tres fuegos, unas pálidas llamas de fuego envasado lamían el esmalte de un pote de café y una sartén de hierro. Alineados en la parte de atrás de la encimera había varios garrafrones de vino, blanco y tinto, y una docena de botellas de whisky, licores y coñacs.

—Esto es algo así como mi cuarto de trabajo. —Los músculos de su espalda se agitaron bajo la velluda piel—. Probablemente pase más tiempo aquí que en la parte delantera. —*Había* más estanterías con libros allí; más componentes de onda corta; un banco de trabajo con un soldador, spaghetti de alambre esparcido, trozos de tablero perforado en el que habían sido embutidos docenas de pequeños transistores, resistencias y condensadores de todos los colores; varios chasis desarmados. Una sola silla giratoria, con el relleno asomando por entre los desgastados hilos de los brazos, acababa de atestar la estancia. Encima de la fregadera de estaño, el bambú había sido apartado del cristal. (El pote de la masilla estaba abierto sobre el alféizar, con un cuchillo de cocina metido en él; los paneles de cristal estaban limpios, salvo algunas huellas de dedos manchados de masilla.) Fuera, dos pares de téjanos y un montón de calcetines colgaban de una cuerda—. ¿Buscas el lavabo, Chico? Yo utilizo el tejado. Fuera hay una lata de café vuelta boca abajo con un rollo de papel higiénico debajo. No hay desagüe. Todo va abajo por el borde.

—No, está bien. —Cruzó la puerta. El bambú cliqueteó detrás de él—. Imagino que aquí, en un lugar como Bellona, puedes conseguir casi todo lo que desees. Quiero decir, sólo tienes que entrar y tomarlo de las tiendas.

—Sólo —Tak echó un puñado de algo en la sartén— que no deseo mucho. —El vapor, silbando, hizo que la habitación oliera, y sonara, agradablemente—. Voy a preparar un desayuno completo para los dos. Estoy hambriento.

—Sí... —Ante la intensidad del tomillo y el hinojo, la cavidad debajo de su lengua se inundó—. Supongo que si quisieras podrías vivir aquí casi tan bien como quisieras. —Y romero...

En una tabla de cortar junto al horno había una hogaza de pan color caoba entre un montón de migas.

—La comida fresca es malditamente difícil de encontrar. Sobre todo la carne. Pero hay en la ciudad suficiente comida enlatada como para que dure hasta... —Tak frunció el ceño por encima de su hirsuto hombro—. La verdad es que no sé hasta *cuándo* puede durar. Tuve la suerte de descubrir un par de lugares bien aprovisionados que nadie parece haber encontrado todavía. No tardarás mucho en descubrir que la gente *no* es muy práctica por aquí..., si lo fuera, supongo que no seguirían en este lugar. Pero cuando alguien termine descubriendo alguna de mis secretas fuentes de comida, en un lugar como Bellona no puedes decir: «Lárgate o llamaré a la policía.» No hay ninguna policía a la que llamar. Toma un poco de pan. Otra cosa en la que tuve suerte: encontré a esa mujer que hornea hogazas y hogazas de pan cada semana, y simplemente se las da a quien vaya a buscárselas. Por alguna razón que no acabo de comprender, no utiliza ni azúcar ni sal, así que, pese a su buen aspecto, uno acaba por cansarse de él. Pero llena el estómago. Vive en la zona de abajo del parque Cumberland..., supongo que está loca. Es muy amable y me alegra haberla conocido, pero recibe a todo tipo de gente, mucha de la cual no es de ley. —Tak terminó de cortar una rebanada, se volvió y se la tendió—. La margarina está ahí; hace tiempo que no encuentro mantequilla congelada. La buena mermelada se conserva, sin embargo. Es de fabricación casera, hecha por alguien en su sótano el otoño pasado.

Cogió el pan, tomó un cuchillo de cocina, y quitó la tapa de una caja de plástico de margarina.

—Eso te permitirá aguantar hasta el desayuno, que —Tak removió la sartén con una espátula— estará en tres minutos.

Bajo la mermelada y la margarina, el pan se deshizo sobre su lengua, sorprendentemente insípido. Sin embargo, apaciguó su apetito.

Mientras masticaba, examinó los periódicos apilados en un lado del atestado banco de trabajo.

BELLONA TIMES

Sábado, 1 de abril de 1919

BELLONA TIMES

Miércoles, 25 de diciembre de 1933

BELLONA TIMES

Jueves, 25 de diciembre de 1940

BELLONA TIMES

Lunes, 25 de diciembre de 1879

Los titulares del último decían:

¡ROBERT LOUIS STEVENSON  
ABANDONA MONTERREY POR FRISCO!

—¿Calkins siente alguna debilidad hacia las Navidades?

—Eso fue la semana *pasada* —dijo Tak—. Hace un par, todos los ejemplares tenían fecha de 1984.

La siguiente media docena de periódicos iban del 14 de julio de 2022 al 7 de julio de 1837. (Titulares: ¡SOLO CIEN AÑOS HASTA LA MUERTE DE HARLOW!)

—Es un acontecimiento cuando saca dos periódicos con fechas consecutivas. Nunca hay dos seguidos con el mismo año. Pero a veces se despista y el jueves sigue realmente al miércoles..., ¿o es al revés? Bueno, me sorprende que la gente no haga apuestas; intentar averiguar cuál será la siguiente fecha del *Times* podría ser el equivalente en Bellona de la lotería. Oh, pone auténticas noticias ahí dentro..., artículos sobre problemas de evacuación, escorpiones aterrorizando a los ciudadanos que se han quedado, lo que ocurre en las comunidades más pobres, súplicas de ayuda del exterior..., incluso algún ocasional artículo sobre recién llegados. —Tak hizo una inclinación de cabeza hacia él—. Pero es el único periódico que se puede leer por aquí. Yo lo leo aquí arriba. John, Wally, Mildred, Jommy..., también lo leen ahí abajo en el parque. De todos modos, me hace sentir increíblemente hambriento de ver un auténtico periódico, ¿sabes? Sólo para descubrir cómo se las arregla el resto del mundo sin nosotros.

¿Derivó la voz de Tak, una vez más, hacia aquel inquietante tono? Sólo por sugestión, se dio cuenta; y se dio cuenta también: cuanto más tiempo permanecía allí, menos oía aquel tono. Cualquiera que fuese la petición de complicidad, en cualquier laberinto de desesperación, que se hiciera al oyente, cualquier demanda de alivio ante situaciones que eran por definición inaliviables, esas peticiones, esas demandas, sólo podían ser hechas a los muy nuevos en aquellos laberintos, en aquellas situaciones. Y el tiempo, incluso mientras masticaba insípido pan, iba borrando aquel status.

—El resto del país está bien.

Tak se volvió, con el cuchillo en la mano.

Dio un salto, aunque sabía que Lobo de Fuego se hallaba solamente en mitad de algún corte doméstico.

—Ayer, al menos, creo que lo estaba: durante un trecho me llevó un tipo que tenía un periódico de Los Angeles en su coche. No ocurre nada en la Costa Oeste. Luego, más tarde, me recogieron dos mujeres; y tenían un periódico de Filadelfia. La Costa Este también está bien. —Contempló de nuevo los periódicos en el banco de trabajo, los manoseó con sus gruesos dedos de mordisqueadas uñas, dejando en ellos migas, rastros de margarina, manchas de mermelada—. *Éste* es el único lugar donde... —Se encogió de hombros, preguntándose si Tak se tomaría aquello como una buena o una

mala noticia, o siquiera si lo creería— ...supongo.

—¿Por qué no sirves un poco de café? —dijo Tak.

—De acuerdo. —Rodeó la silla de brazos, tomó el pote esmaltado del quemador; el mango hormigueó en sus nudillos mientras lo servía.

En las tazas, una tras otra, brotaron discos resplandecientes, negros, sin traslucencia.

—Comeremos dentro. —Encima de los platos de huevos, el jamón y el pan, dos copas ámbar se alzaban en la bandeja entre los pulgares de Tak. Cuando Tak se volvió hacia el bambú, la luz destelló en los coñacs.

Dentro, sentado de nuevo sobre la cama, colocó su plato entre sus rodillas hasta que ardieron. Alzándolo por un lado, luego por el otro, ensartó trozos de jamón de la salsa, o los empujó hacia el tenedor con el pulgar.

—Es sorprendente lo que puede hacer la Worcestershire con los huevos deshidratados —dijo Tak en medio de un bocado—. Gracias a Dios.

Mordió un pequeño diente de ajo; los entremezclados sabores florecieron en su sensibilizada boca; la confusión de sabores le recordó muchas cosas buenas, pero no proporcionó ningún sabor básico (su plato estaba ya medio vacío) que pudiera fijar en su lengua.

—Puesto que esto es a la vez una cena y un desayuno —sentado en su escritorio, Tak se sirvió otro vaso—, imagino que el coñac es lo correcto.

Asintió, con el bulbo ambarino perdido en sus enormes dedos.

—Es realmente bueno. —Miró su plato y deseó descubrir en él algo de verdura; incluso un poco de lechuga.

—¿Tienes algún plan acerca de dónde ir? —Tak terminó su segunda copa, se sirvió otra, y tendió la botella.

Agitó negativamente la cabeza a la bebida y se encogió de hombros a la pregunta.

—Puedes dormir un poco aquí.

Ociosamente, pensó: alcachofas. Luego miró a los posters.

—¿Realmente estás metido en este asunto, eh? —Esperó que la comida en su boca amortiguara un poco su comentario.

—¿Hum? —el café de Tak castañeteó entre sus dientes mientras daba un sorbo—. Depende de con quién esté. —Depositó su taza sobre el escritorio, abrió el cajón de un lado, buscó en su interior—. ¿Has visto alguna vez una como ésta?

Era una orquídea.

Las hojas, dos veces más largas que las de la suya, con una curvatura mayor, eran de cobre. En la adornada banda, hojas, conchas y remaches de cobre sujetaban las bases de las damasquinadas hojas.

Tak situó las puntas en torno a su pezón izquierdo, apretó, hizo una mueca..., dejó caer el arma sobre su regazo.

—No es la tuya, ¿eh? —En el rubio vello, unos puntos rojizos orlaron su pecho—. Es un objeto hermoso. —Sonrió, agitó la cabeza, y volvió a guardarla en el cajón.

—¿Puedo echarme mi coñac en el café?

—Puedes hacer todo lo que quieras.

—Oh, sí. —Vertió la copa sobre la humeante negrura—. Esto..., gracias. —Alzó la taza. El coñac humeó ante su rostro. Una profunda inspiración hizo que su lengua se tambaleara en su garganta—. Es un estupendo desayuno. —Unos ojos entrecerrados le observaron desde más allá del fondo de la taza.

Bebió, dejó la taza en el suelo, clavó ayudándose con el pulgar el último trozo de jamón en su tenedor; masticando aún, depositó el plato junto a la taza.

—¿Más coñac?

—No, gracias.

—Oh, vamos. —Tak se sirvió una tercera copa—. Relájate. Quítate la camisa.

Había sabido lo que estaba viniendo desde que había aceptado la invitación en el parque. En otra ocasión, hubiera sentido algo al respecto. Pero los sentimientos habían cambiado en él; las cosas habían derivado hasta esto sin que él las hubiera tomado realmente en consideración. Intentó pensar en algo que decir, no pudo, así que soltó los tres botones, tiró de los faldones hacia arriba para liberarlos de sus pantalones.

Tak alzó las cejas ante la cadena óptica.

—¿Dónde conseguiste eso?

—En mi camino aquí.

—¿Fuera de la ciudad?

—Dice «Hecho en Brasil»..., creo.

Tak agitó la cabeza.

—Bellona se ha convertido en una ciudad de *extraños* —hizo que la palabra sonara burlesca arrastrando las sílabas— artesanos. ¡Ah, las ideas que se han maquinado aquí! Orquídeas, escudos de luz, esa cadena que llevas..., nuestro arte folklórico local.

—¡No voy a quitármela! —La convicción le sorprendió; su articulación le asombró.

Tak se echó a reír.

—No iba a pedirte que lo hicieras. —Miró su pecho, pasó su dedo índice por entre el vello, de un punto rosado al siguiente..., aún visibles allá donde había apretado las garras de la orquídea—. Te has puesto un tanto nervioso pensando que estabas aun más loco que todos los demás.

Su camisa descansaba a su lado en la cama. Juntó sus manos sobre sus rodillas, dedos y nudillos retorcidos unos en torno a otros..., se rascó el oscuro y sucio estómago con el pulgar.



—Mira, acerca de..., estar chalado. —Se sintió farisaico y tímido, contempló el doblado puño de carne, vello, uñas y callosidades apretado contra su ingle; de pronto pareció que los huesos que contenía adquirirían un peso específico—. Tú no lo estás, y nunca lo has estado. Eso significa que ves, y oyes, y sientes, y piensas..., piensas que es tu mente. Pero la auténtica mente es invisible: eres menos consciente de ello, mientras piensas, de lo que lo eres de tu ojo mientras miras..., hasta que algo va mal en ella. *Entonces* eres consciente de ella, con todas sus piezas dislocadas y su ruidoso funcionamiento, de la misma forma que eres consciente de tu ojo cuando te entra una mota en él. Porque *duele*... Y, por supuesto, distorsiona las cosas. Pero lo más extraño, lo que nunca puedes explicarle a nadie, excepto a otro chalado o, si tienes suerte, a un doctor que posea una cantidad excepcional de buen sentido, cosa más extraña que las alucinaciones, o las voces, o la ansiedad, es la *forma* en que empiezas a experimentar los bordes de la *propia* mente..., de una forma que el resto de la gente simplemente no puede. —Depositó la camisa a los pies de la cama, liberó su pie de la sandalia—. ¿Entiendes? —Era mucho más consciente de la textura de las planchas del suelo con el pie que había estado desnudo.

—De acuerdo. —Tak habló de una forma suave y apaciguadora—. ¿Por qué no te quitas el resto de la ropa?

—Mira, estoy terriblemente sucio... —Alzó los ojos—. Es probable que huela como el infierno. Si no quieres...

—Sé exactamente como hueles —dijo Tak—. Adelante.

Hizo una profunda inspiración, de pronto encontró todo aquello divertido, se dejó caer hacia atrás sobre el duro colchón, desabrochó su cinturón y cerró los ojos.

Oyó a Tak gruñir. Primero una bota, luego la otra, resonaron sobre el suelo.

Un momento más tarde una cálida cadera hizo presión contra la suya. Palmas y dedos apretaron su estómago; los dedos se abrieron. Tak deslizó sus manos a la cintura de los téjanos, empujó hacia abajo.

Con talones y hombros apretados contra el duro colchón, alzó las nalgas.

Tak deslizó los téjanos hacia sus pies y...

—¡Jesucristo, hombre! ¿Qué te ocurre..., qué es todo eso sobre tu aparato?

—¿Qué... eh? —Abrió los ojos, apoyó los codos bajo su cuerpo, se miró—. ¿A qué te...? —Entonces sonrió—. No tiene importancia. ¿Qué pasa contigo?

—¿Tienes caspa en las ingles?

—No es caspa. Estuve con una mujer. Justo antes de encontrarte. Sólo que no tuve oportunidad de lavarme.

—¿Estaba *ella* enferma?

—No. ¿Nunca has jodido a una mujer?

Tak adoptó una extraña expresión.

—Seré honesto: puedo contar los intentos con los dedos de una mano. —Apretó

aún más su ya delgada boca.

—Si mis malditos *pies* no te han hecho huir, puedes estar seguro de que *esto* no va a hacerte ningún daño. —Se adelantó para sacudirse el rizado pelo de sus ingles—. Parece sólo... esperma seca o algo así. —La cadena destelló a su través—. Ocurre con algunas mujeres, cuando están muy húmedas. No es nada malo. —Dejó de sacudirse, volvió a apoyarse sobre los codos—. Apuesto a que te excita.

Tak agitó la cabeza, luego se echó a reír.

—Adelante —dijo él.

Tak bajó la cabeza, alzó la vista una vez, con unos brillantes ojos azules.

—A *tí* te excita, ¿no?

Descendió la mano desde el velludo hombro, apretó:

—Adelante.

Unos recios brazos se unieron bajo su cintura. Con los puños apretados entre sus riñones, Tak apoyó su cerdosa barbilla contra su cuello. Empujó a Tak, apartándole; la rechoncha cabeza descendió por su pecho y vientre. El cálido anillo de la boca de Tak cayó sobre su pene; lo engulló; el anillo se alzó; y cayó de nuevo. La frente de Tak golpeó suave contra su estómago. Tuvo que cruzar los tobillos y tensarse, la boca abierta, los ojos cerrados, la cadena clavándose en su pecho. Piensa en ella, será más fácil. (El rostro de Tak apretó puntas de cristal contra su vello púbico.) El interior de sus labios eran plateados como la luna, recorridos por protuberancias como ramas. Un recuerdo de hojas agitadas se convirtió repentinamente en cabello apartándose del rostro de ella, ojos apretados, boca inspirando pequeñas bocanadas de aire. Jadeó ante el creciente calor, y eyaculó. Un momento más tarde Tak alzó la cabeza, gruñó.

—Sí... —y empapó sus húmedos y sensitivos genitales.

Apretó los dientes.

Tak se empujó con los codos hasta su lado, atrajo su espalda.

Su frente se apretó contra el brazo de Tak. Desde su ojo izquierdo, el pecho de Loufer era un oscilante prado. (El derecho estaba cerrado contra carne.)

—¿Quieres que haga algo? —No sentía deseos de hacer nada. Estaba cansado.

Tak alzó su cabeza y la atrajo contra él.

El vello de su pecho se agitó entre sus dedos.

—Muérdeme el pezón —dijo Tak—. El derecho. Fuerte.

—De acuerdo. ¿Dónde está...? Oh. —Aferró el pequeño botón entre sus dientes.

Tak empujó su mano hasta el hinchado escroto, apretó sus dedos contra la arrugada piel.

—Adelante. Realmente fuerte.

El puño de Tak cayó y cayó sobre el talón de su mano. Tomó un largo tiempo.

Apretó el pezón de Tak entre sus dientes, barbilla y nariz rozando vello. Apretó los testículos de Tak varias veces, manteniendo su presa tanto como pudo; el ritmo de

Tak se aceleró. Y su propia boca notó sabor a sal; no quiso ver si era sangre.

Algo caliente estalló contra su cadera y rodó entre ellos. Soltó dientes y dedos, cerró los ojos, se volvió. Un pesado brazo se deslizó en torno a su pecho. La barbilla de Tak golpeó varias veces su hombro, buscando una posición en la delgada almohada; dio un apretón al antebrazo de Tak, una sola vez, y se acurrucó, soñoliento y confortable, en el soporte del cuerpo de Tak.

Y durmió.

De tanto en tanto, sintió a Tak girarse y girarse en la cama individual. En una ocasión despertó por completo ante una mano que acariciaba su hombro; pero se durmió de nuevo antes de que cesara el movimiento. En otro momento se dio cuenta de que Tak no estaba en la cama; en otro lo sintió volver a trepar a ella. A lo largo de todos esos sucesos no se movió, sino que permaneció de cara a la pared, con los párpados cerrados, la *cabeza* apoyada en su antebrazo, una rodilla levantada, un pie sobresaliendo por la parte de abajo del colchón, emergiendo a la superficie y volviendo a sumergirse en el sueño.

Más tarde, despertó sintiendo un calor interno en sus ingles. Mientras parpadeaba, la sexualidad se resolvió en una urgencia de orinar. Se volvió de espaldas, se semilevantó apoyado sobre los codos.

Loufer, probablemente incapaz de sentirse cómodo con dos personas en un espacio tan angosto, estaba sentado, profundamente hundido, en la silla giratoria, las rodillas separadas, la cabeza colgando hacia delante sobre un moteado hombro, las manos cruzadas sobre los muslos.

Un plato sobre el escritorio, libros esparcidos sobre la mesa; un plato y una taza de café en el suelo, junto con las botas de Tak, su propia sandalia, y los pantalones de ambos..., la habitación, antes escrupulosamente arreglada, tenía ahora un aspecto de desorden.

Cuando se sentó, su pie arrastró la manta al suelo. No había sábana sobre el colchón. En él, anillos de manchas se superponían los unos a los otros. Se liberó de la manta con una patada, miró la cadena sujeta a su tobillo, ascendiendo en espiral por su pierna, ingle, estómago y muslo... Tocó, en el hueco de su clavícula, el eslabón que cerraba la cadena en torno a su cuello. Extendió su brazo, lo giró hacia uno y otro lado: la luz saltó de cristal en cristal en los eslabones unidos en torno a su muñeca. Luego se inclinó para examinar uno de los espejos contra su vientre: estaba azogado por ambos lados. Inclinado allá sobre la cama, sintió arder su vejiga.

Se puso en pie, se dirigió a la puerta.

Calidez.

Grisor.

Una bruma humosa se enroscó en torno a su cuerpo mientras caminaba hacia la balaustrada. Se pasó dos córneos dedos por la comisura interna de sus ojos para

eliminar las legañas. La pared de contención le golpeó a medio muslo. Sin mirar abajo, dejó escapar su agua. Trazó un arco hacia delante, perfectamente silenciosa, mientras se preguntaba si habría algún tráfico...

Desde un edificio a una manzana de distancia, sorprendentes ondulaciones alzaban una torre torcida.

Cuando hubo terminado, se inclinó sobre la salpicada piedra.

El callejón era un torrente gris en el que no podía ver el fondo. Lamiéndose los sarrosos dientes, regresó al cobertizo, cruzó la puerta cubierta de papel embreado.

—Hey, puedes volver a la cama; yo voy a...

En la habitación en penumbra, el pecho de Tak se alzó suavemente en un gruñido subvocal.

—Me iré ahora... —pero lo dijo con voz más baja; dio unos pocos pasos hacia el desnudo ingeniero, dormido en la silla.

Los largos dedos de los pies de Tak se abrían sobre las planchas del suelo. Entre sus nudillos, un corto y grueso pene con su glande circuncidado permanecía casi oculto en pelo encima de un largo y pesado escroto que rivalizaba con los de los pósters. La única arruga que formaba su estómago, justo encima del ombligo, se suavizaba con cada respiración.

Buscó alguna señal de herida en el pezón; no había ninguna.

—Hey, voy a irme... —El cajón del escritorio estaba ligeramente entreabierto; dentro, entre las sombras, brillaba el cobre.

Se inclinó para contemplar los relajados labios de Tak, las anchas aletas de su nariz agitándose a cada inspiración...

Y sintió que sus dientes se encajaban. Retrocedió unos pasos, deseó volver a acercarse, retrocedió de nuevo: su talón golpeó una taza de café..., el café frío se derramó en torno a la planta. Siguió sin mirar a otro lado.

En su rostro inclinado, los ojos de Tak estaban completamente abiertos.

Sin blanco ni pupila, los globos oculares eran completamente carmesíes.

Con la boca aún cerrada, se oyó a sí mismo emitir un ahogado rugir.

Su costado izquierdo relumbró con piel de gallina.

*Miró* de nuevo, inclinándose violentamente hacia delante, casi golpeando las rodillas de Tak.

Loufer siguió con su tranquila respiración, con sus ojos escarlata.

Retrocedió de nuevo, pisó piel húmeda, intentó despejar su garganta. La piel de gallina de su rostro, costados y nalgas se arrastró trepando por todo su cuerpo.

Cuando salió fuera se había puesto los pantalones. Se detuvo para reclinarsse contra la pared mientras se esforzaba en sujetarse la zapatilla. Mientras rodeaba la claraboya metió un brazo dentro de una manga de lana, tiró hacia sí de la puerta de metal, y penetró en el oscuro pozo mientras intentaba meter su otro puño en la otra

manga.

Con la oscuridad en los ojos, el rojo recuerdo era peor que el descubrimiento.

En el tercer rellano resbaló y cayó, aferrándose a la barandilla, todo el siguiente tramo. Sin embargo, no frenó su marcha. Recorrió los corredores del fondo (cálido cemento bajo su pie descalzo) en medio de un recuerdo cinestético. Subió la escalera sin barandilla, manteniendo la mano pegada a la pared, hasta que vio la puerta delante, se dirigió hacia ella a paso de carga; salió bajo la marquesina, corriendo, y casi se empaló con los colgantes ganchos.

Apartó el rostro y los barrió con el brazo..., dos de ellos resonaron, agitándose en sus raíles. Al mismo tiempo, su pie descalzo pisó más allá del borde de cemento del porche de carga.

Por un luminoso instante, mientras caía, pensó que iba a darse de barriga contra el pavimento, a un metro más abajo. De alguna forma, consiguió aterrizar acuclillado, arañándose una mano y ambas rodillas (mientras agitaba la otra mano para mantener el equilibrio) antes de volver a ponerse en pie, tambaleándose en el bordillo.

Jadeando, se volvió para mirar al porche de carga.

Bajo la abertura, los ganchos de carnicero de metro y metro y medio oscilaban en sus rieles.

A manzanas de distancia, un perro ladró, y ladró, y ladró de nuevo.

Jadeando todavía, se volvió y echó a andar hacia la esquina, a veces con el pie calzado con la sandalia en la acera, casi siempre con los dos en la calzada.

Cerca de la esquina se detuvo, alzó la mano, contempló las hojas de acero que se curvaban de la lisa banda de su muñeca para encerrar sus retorcientes dedos. Volvió la vista hacia el porche de carga, frunció el ceño; volvió a mirar la orquídea en su mano: notó el fruncimiento desde dentro; un retorcerse de su carne facial que no podía controlar.

Recordó haberse puesto precipitadamente los pantalones. Y la camisa. Y la sandalia. Recordó haber bajado la oscura escalera. Recordó haber vuelto a subir y salido al porche, haberse golpeado con los ganchos, su caída...

Pero en ningún momento de los últimos instantes recordaba haber buscado detrás de dos tuberías cubiertas de asbesto, haber metido los dedos dentro del arnés, haber cerrado la banda en torno a su muñeca...

Revisó los acontecimientos: pantalones, camisa, sandalia, la oscura escalera..., abajo, a través, arriba. Luz procedente de la puerta; los oscilantes ganchos; la palma que le escocía.

Miró su mano libre; la arañada piel estaba estriada de gris... Miró manzana abajo. No había ningún vehículo en la calle...

No. Vuelve.

Cálido cemento bajo sus pies. Su sandalia crujiendo. Palmear la pared; subir. Ver

el portal. ¡Ver las tuberías...! Estaban a la *izquierda* del portal. ¡El ampollado recubrimiento estaba sujeto con abrazaderas metálicas! En la más gruesa de ellas, cerca del techo, ¿no había habido alguna especie de válvula? Y había corrido más allá de ella, hacia el cemento, casi se había hecho una herida; la había golpeado con su antebrazo..., aún le dolía. Estaba cayendo...

Estaba volviéndose; su pie falló el bordillo, se tambaleó; agitó la cabeza, alzó la vista.

La placa en la esquina de la calle, junto a la farola, decía: *Broadway*.

—... entra en la ciudad y... —Alguien había dicho eso. ¿Tak?

Pero no...

... ver la luz. Correr hacia la puerta. Los ganchos...

Los músculos de su rostro esbozaron una mueca sobre su barbilla y pómulos. De pronto las lágrimas inundaron sus ojos. Agitó la cabeza. Había lágrimas en su mejilla. Echó a andar de nuevo, a veces mirando hacia un lado, a veces hacia el otro. Cuando finalmente dejó caer los brazos, las hojas silbaron junto al tejano que cubría uno de sus muslos...

—No...

Lo dijo en voz alta.

Y siguió andando.

Tomar sus ropas del suelo, meter los pies en los pantalones; detenerse justo fuera del cobertizo (reclinado contra la pared de papel embreado) para ponerse la sandalia. Rodear la claraboya; una manga. En la oscuridad; la otra. Correr escaleras abajo..., y caer una vez. Luego el fondo de la escalera; el cálido corredor; subir; palmear la pared; había visto la luz antes de llegar arriba, había girado el último recodo, y allí estaba el portal iluminado por la luz diurna (la tubería grande y la tubería pequeña a un lado); había corrido hacia delante, salido al porche, golpeado contra los ganchos; había apartado dos de un manotazo mientras su pie descalzo pisaba el vacío. Por un intenso momento había caído...

Miró sus manos, la una libre, la otra enjaulada; miró los cascotes que le rodeaban; caminó; miró sus manos.

Expulsó el aliento, rugiente, entre apretados dientes. Inspiró de nuevo.

Mientras vagaba, imprecisa manzana tras imprecisa manzana, oyó de nuevo al perro, esta vez un aullar que se retorció, ascendió, tembló y cesó.

## **II**

### **Las ruinas de la mañana**

ESTOY aquí y no estoy. Este círculo en todo, este cambio que cambia en un no invierno, un círculo de alborada con una imagen en él, un cambio otoñal con un cambio de bruma. Un error de dos imágenes, una y otra. No. Sólo en las estaciones de poca luz, sólo en los atardeceres muertos. No enfermaré de nuevo. No. Tú estás aquí.

Se retiró al fondo de los salones de su memoria, hirviendo.

Encontró, con un confort definitivo y banal... ¿Madre?

Recordó la primera vez que se dio cuenta de que era cinco centímetros más alto que su padre, y que algunas personas lo encontraban extraño. Con el pelo trenzado, Madre era tolerante severidad, era más fácil jugar con ella que con su padre, estaban los viajes a Albany, estaba la risa (¿estaba la muerte?) cuando salían a pasear por el parque, estaba su piel oscura como la vieja madera. Muy a menudo ella le advertía que no se alejara demasiado dentro de la ciudad, que no se alejara entre los árboles.

¿Padre? Un hombre bajo, sí; casi siempre de uniforme; bueno, no tan bajo... había vuelto a las Fuerzas Armadas, después de estar mucho tiempo fuera. ¿Dónde estaba ahora? En una de tres ciudades, en uno de dos estados. Papá era silencios, Papá era ruidos, Papá era ausencias que terminaban con regalos.

—Oh, vamos, jugaremos contigo más tarde. Ahora déjanos solos, ¿eh?

Mamá y Papá eran palabras, corriendo y jugando en el pequeño y soleado patio. Escuchó y no escuchó. Madre y Padre, eran un ritmo.

Empezó a cantar:

—Annnnnnnnnnnnnnnnnnnnn... —Eso tenía algo de la caída de las palabras a su alrededor—. Annnnnnn...

—¿Ahora *qué* estás haciendo, si puede saberse?

—No he visto a tu mamá en dos semanas. Sé un buen chico y vete a otro lado, ¿eh?

Así que, sin detenerse, se llevó su *Anmmnnnn* sendero abajo junto a la casa donde las hojas de los setos golpeaban sus labios y hormigueaban en ellos de modo que inspiró profundamente y sonó como una ahogada risa.

RUGIDO y RUGIDO, RUGIDO: alzó la vista. Los aviones trazaban costillas en el cielo. Las cuentas plateadas cubrían el sol. La puerta cristalera de su casa le cegó, de modo que —Annnnnnnnn...— hizo el ruido y le dio el sonido de los aviones allá arriba alejándose calle abajo, caminando y saltando con él, en sus zapatillas de deporte, y bajó los escalones al lado de la calle, la cruzó. Su sonido zumbaba en toda



la máscara de su rostro. Las sombras se deslizaban sobre él: cambió el sonido. Las sombras se deslizaron alejándose: lo cambió de vuelta. El sol calentaba las protuberancias óseas encima de sus ojos; cambió de nuevo; y de nuevo cuando los pájaros (caminaba por entre los árboles que penetraban como una gran lengua cinco manzanas dentro de la ciudad; pronto llevó entre ellos un cuarto de hora) se posaron sobre las ramas, luego dejaron caer sus notas. Una nota era bastante aproximada; la captó con su voz, y eso lo arrojó hacia otra. Sol y frescor (la primavera acababa de empezar) le azotaron, y cantó, notando como las agujas de pino se metían dentro de sus zapatillas de lona (no llevaba calcetines) y el pelo le hacía cosquillas en la nuca cuando soplaba el viento.

Trepó por las rocas: su respiración hacía jadeantes pausas en el sonido y aquello era interesante, de modo que cuando llegó arriba apartó a un lado las hojas y emitió cada nota tan baja como un suspiro verde...

Tres de los cinco estaban desnudos.

Esto lo detuvo.

Y una de las chicas llevaba sólo una pequeña cruz en torno a su cuello. La plata se inclinaba sobre la ladera interior de uno de sus pechos. Se alzó cuando ella inspiró una bocanada de aire.

Parpadeó y susurró otra nota.

La plata destelló al sol.

El nombre que aún llevaba pantalones alzó un puño en el follaje (los pantalones estaban desabrochados, el cinturón colgaba libre con la hebilla suelta, balanceándose junto a su cadera), bajó su otra mano como para rascar algo, agitando sus caderas más y más, arañando el verdor...

La muchacha que tenía la piel más oscura aún que su madre rodó sobre el costado; el pelo rubio de alguien que no era ella cayó de su espalda y se desparramó. Y sus manos sobre el rostro del hombre se vieron bruscamente ocultadas por las manos de él sobre las de ella (en el montón de ropas reconoció otro uniforme, pero azul oscuro donde el de su padre era verde), y ella se estaba moviendo ahora contra él, y había una hoja de hierba junto a su tobillo que se deslizaba primero hacia un lado, luego hacia el otro.

Contuvo la respiración, olvidó que la estaba conteniendo: luego la soltó con una sorprendente brusquedad que no fue ninguna nota en absoluto. De modo que hizo entrar más aire en sus pulmones y empezó otra.

—¡Hey, mirad! —de la otra desnuda, apoyada sobre sus codos y riendo—. ¡Tenemos compañía! —señalando.

Así que su sonido, que había empezado entre canción y suspiro, terminó en risa; corrió de vuelta por entre los arbustos, extrayendo música de su risa hasta que fue de nuevo canción. Medio galopó sendero abajo.

Por el sendero aparecieron algunos muchachos (aquella parte del bosque estaba concurrido como cualquier parque), los pulgares en sus téjanos, el pelo todo puntas y líneas y aceite. Dos de ellos estaban discutiendo (vio también, cuando se acercaron, que uno de ellos era una chica), y uno con el pelo color zanahoria y unos ojos pequeños le miró llameante.

Se encorvó resueltamente, y no miró hacia atrás cuando hubieron pasado, aunque deseaba hacerlo. Eran chicos malos, decidió. Papá le había dicho que se mantuviera lejos de los chicos malos.

De pronto se volvió y cantó tras ellos, intentando hacer que la música fuera furtiva y angular hasta que se convirtió de nuevo en risa. Había llegado al terreno de juegos que separaba el bosque de la ciudad.

Mezcló su música con los gritos al otro lado de la verja. Hizo ondular sus dedos en los rombos de alambre, y caminó y miró a través de ellos: los niños se apiñaban en los toboganes. Pero sus forcejeos se habían convertido en gritos.

Más allá estaban los sonidos de la calle. Caminó por entre ellos y dejó que su canción los realzara. Coches, y dos mujeres hablando de dinero, y algo que martilleaba en el gran edificio con las paredes de chapa ondulada: emergiendo de todo eso, el rítmico ruido de pies. (Hombres de la construcción con cascos le miraron.) Aquello le hizo cantar más fuerte.

Caminó colina arriba hacia donde las casas eran más grandes, con montones de roca entre ellas. Finalmente (había estado deslizándose los dedos a lo largo de los barrotes de hierro de la puerta), se detuvo para mirar realmente dentro (ahora le llegaba un Hummmm, y hmmmmm, hmmmm, y hmmmmm), al césped señalado con losas cuadradas, y una casa que era muy grande y casi toda ella cristal y ladrillo. Había una mujer sentada entre dos robles. Le vio, inclinó la cabeza con curiosidad, sonrió..., así que cantó para ella Ahhhhhhhh, y ella frunció el ceño. Corrió calle abajo, colina abajo, cantando.

Las casas ya no eran tan grandes otra vez.

Las costillas del día crujían en el cielo. Pero esta vez no alzó la vista hacia los aviones. Y había mucha más gente.

Escaparates: y encima de los escaparates, letreros: y encima de los letreros, cosas que giraban al viento: y encima de éstas, azul donde el viento que no podías ver empujaba...

—Hey, vigila donde...

Retrocedió trastabillando ante un hombre con los puños más sucios que jamás hubiera visto. El hombre repitió:

—Vigila donde andas, maldita sea... —a nadie, y se alejó tambaleante.

Tragó su canción hasta que burbujeó en su boca. Se dispuso a dar la vuelta y correr por la siguiente calle abajo...

Los ladrillos estaban cuarteados. Una de las planchas había caído de la ventana. La basura se amontonaba al lado de la puerta.

No había viento, y hacía calor; la calle estaba llena de voces y maquinaria, tan fuertes que apenas podía captar el ritmo de su canción.

Sus sonidos —ahora largos y perezosos sobre su lengua— eran bajos, y los oía debajo, no encima, del ruido general.

—Hey, mira por donde...

—¿Qué...?

—Hey, ¿has visto que...?

No lo había visto.

—¿Adónde vas...?

La gente se volvió. Alguien corrió junto a su lado, muy cerca, sus negros mocasines palmeando contra el suelo.

—¡Esos bastardos de la reserva!

—Ése es también uno de sus chicos.

No lo era; y tampoco lo era su madre: ella era de... De cualquier modo, intentó cantar aquello también, pero ahora estaba preocupado. Giró la esquina, a un callejón atestado de holgazanes calentándose al sol.

Dos mujeres, huesudas y satisfechas, estaban de pie a la entrada.

Una:

—¿Has visto *eso*?

La otra rió fuertemente.

Él sonrió; eso cambió de nuevo su sonido.

Gorda y entre harapos, con el rostro tan sucio como los puños del borracho, la mujer salió del siguiente portal, llevando un bolso de paño en una mano y golpeando la basura con la otra. Se volvió, caminando pesadamente por entre los montones, le miró parpadeante.

Sus músculos se estremecieron, pero se dominó. Se apresuró de vuelta a la avenida, esquivó siete monjas, echó a correr, pero se volvió para mirarlas.

Caminaban lentamente y hablaban con rapidez, con voces secas y agudas. Faldones blancos caían sobre sus pechos y tobillos; los dedos de sus pies, enfundados en negro, se asomaban rítmicamente por los blancos dobladillos.

La gente se apartaba a su paso.

—Buenos días, hermanas.

Las hermanas asentían y sonreían, probablemente porque ya era avanzada la tarde. Caminaban en línea recta, barriendo y barriendo la acera.

Intentó encajar el ritmo de su andar en su música. Miró la calle a su alrededor, se apresuró, haciendo sus sonidos más y más largos; se apresuró hasta que estuvo corriendo, y cada nota ocupaba media manzana.

Giró corriendo otra esquina.

Y *todo su aliento salió* silbando por entre sus dientes.

La palma de la mano del hombre se alzó, las puntas de sus dedos cayeron para trazar líneas húmedas en el pavimento, antes de rodar sobre sí mismo para mostrar la mayor parte de la herida. El que estaba de pie se tambaleaba y sudaba. Cuando la mujer en la otra esquina empezó a gritar: «¡Oh Dios mío, oh Dios mío!», el hombre de pie echó a correr.

Lo miró correr, y gritó, un poco, dos veces.

El hombre tendido en la calle estaba gruñendo.

Alguien que venía caminando tropezó con él y retrocedió unos pasos con otro sonido; luego él echó a correr también, y lo que había empezado como música fue ahora un gemido. Corrió hasta que tuvo que caminar. Caminó hasta que tuvo que parar de cantar. Entonces corrió otra vez: con la garganta en fuego, gimió de nuevo.

Pasó junto a un grupo de hombres sin afeitar; uno señaló hacia él, pero otro puso una botella en su mano manchada de púrpura.

Corrió.

Gritó.

Atajó cruzando la esquina del bosque. Corrió un poco más.

Corrió por la amplia calle bajo el costillar de la tarde. Las luces se encendieron como gargantillas gemelas desenrolladas bruscamente avenida abajo, con los faros y las luces traseras del tráfico entre ellas. Chirrió. Y huyó de la calle porque la gente estaba mirando.

Esta calle era más familiar. El ruido le dolió en su garganta. Afiladas luces en sus ojos; matorrales desfigurados por la oscuridad. Y ahora estaba rugiendo...

—¡Por el amor de Dios...!

¡Se sumergió violentamente entre sus brazos! Madre, e intentó aferrarse a ella, pero ella le echaba hacia atrás.

—¿Dónde has estado? ¿Qué te *ocurre*, gritando por la calle de esa manera?

Su boca se encajó. El sonido murió en el silencio detrás de sus dientes.

—¡Llevamos buscándote hace casi medio día!

Nada de lo que había dentro escapó. Estaba jadeando. Ella tomó su brazo y lo guió.

—Tu padre —que en estos momentos estaba doblando la esquina— viene a casa por primera vez en dos semanas, ¡y *tú* decides ir a dar una vuelta!

—¡Aquí está! ¿Dónde lo has encontrado? —y su padre se echó a reír, y eso al menos fue un sonido. Pero no suyo.

Le recibieron con ceñudo afecto. Pero más vívida fue la ardiente energía que él no pudo liberar. Deseando llorar, tuvo que guardar silencio, morderse los nudillos, las palmas, las cutículas, y lo que quedaba de sus uñas.

Estos recuerdos intactos resolvían poco, bordeados como estaban de huecos. Pero emergía de ellos tranquilizado.

Los perseguía en busca de su nombre. En una ocasión, quizá, su madre llamándole desde el otro lado de la calle...

No.

Y el recuerdo era desechado:

¿Cómo puedo decir que *ésa* es mi posesión más valiosa? (No se desvanecen, como tampoco lo hacen estos edificios o aquéllos.) Quizá lo que sabemos como real arde en un calor invisible. Lo que nos preocupa es más insustancial. No sé. Es tan simple como eso. Por centésima vez, no sé y no puedo recordar. No deseo ponerme enfermo de nuevo. No deseo ponerme enfermo.

¿Esa sonrisa lítica?

No en los leones entre los que había caminado la noche pasada con Tak.

Pensó vagamente que había estado caminando sin darse cuenta hacia el río. Pero alguna casualidad, o una memoria corporal, lo había devuelto al parque.

Al otro lado de la entrada había cenicienta hierba; unos árboles imprecisos poblaban la cresta.

Se metió el dedo índice en la nariz, lo hizo girar, lo llevó a la boca en busca de la sal, luego se echó a reír y apretó su palma contra la mandíbula de piedra; movió la mano. La suciedad se escurrió entre sus dedos. El cielo —se echó a reír, alzó la cabeza— no parecía infinitamente lejano; más bien era un suave techo, a unos engañosos diez, cincuenta metros. Oh, sí, la risa era buena. Sus ojos se llenaron con el impreciso cielo y las lágrimas; movió la mano sobre la picada mandíbula. Cuando apartó la palma del denso braille, estaba respirando afanosamente.

Ningún soplo de brisa agitaba aquella hierba. Su respiración era pequeña, ronca, sugiriendo flemas y obstáculos y venas. Sin embargo, había reído.

El escultor había horadado agujeros por ojos, demasiado profundos para descubrir el fondo.

Se metió de nuevo el dedo en la nariz, lo chupó, lo mordisqueó; una explosiva risa, y cruzó la leonina puerta. Es fácil, pensó, poner sonidos con el blanco (quizá el tono puro de un generador audio; y el otro, su opuesto, que era llamado ruido blanco), el negro (grandes gongs, enormes campanas) o los colores primarios (la variedad de la orquesta). El gris pálido es silencio.

Un buen viento podía despertar aquella ciudad. Mientras caminaba hacia el interior del parque, los edificios cayeron tras él por debajo del muro que lo delimitaba. (Se preguntó qué los había puesto a dormir.) Los árboles aguardaban.

Este parque se extiende sobre despojos de silencio.

En su mente había algunas docenas de visiones de la ciudad. Las recorrió intermitentemente. Su cuerpo sentía con pesadez su cadera. Su lengua descansaba

como un gusano en su boca. La respiración, en la cavidad, imitaba al viento; escuchó el aire en su nariz, puesto que esto era todo lo que había para escuchar.

En su jaula, su puño se marchitó, suelto como una pesada flor.

Las mañanas después del sexo le proporcionaban normalmente la sensación de he-estado-comiendo-lotos-de-nuevo, de Oh-todo-blando-y-flotante, de vuelto-del-revés, donde el dolor es todo lo que hay en el mundo y el cuerpo hormiguea y uno se siente bien. ¿Demorado? Pero allí estaba. ¿La comuna? Debatendo si perseguirles o evitarles, encontró la fuente.

Escupió grumos ambarinos estriados con sangre. El agua los arrastró de la guijosa pileta. Los siguientes fueron verdosos y aún maculados con sangre. Agitó el agua, sintiendo el amargor que había debajo de su lengua, a través de los dientes, y escupió y escupió hasta que sus escupitajos fueron claros. Le hormigueaban los labios. Sí, y se sentía mejor.

Abandonó la fuente, mirando hacia el grisor, sintiendo frío en el vientre, las hojas susurrando contra sus téjanos. A través del damasco de duda y vacilación había una inesperada alegría como plata.

De algún modo..., había sobrevivido.

Caminó colina arriba, alegremente ajeno a corazón y entrañas y al resto de la estrepitosa maquinaria. Penetró en aquel suave, aquel extático verde, sintiendo agitar su cadena, saboreando el dulce humo, levitando sobre polvorienta hierba.

La larga y metálica nota se curvó, se quebró a otra. Alguien estaba tocando la armónica... ¿plata? ¿Alcachofas? La curiosidad se curvó y se abrió camino, presionó hacia abajo ambas comisuras de su boca.

Como algún color fuera de aquel abanico gris, la música se derramó por entre los árboles. Refrenó su marcha y caminó inquisitivamente hacia ellos. Sus pies hollaron siseantes charcos de hierba. Frunció el ceño a derecha e izquierda y se sintió muy feliz. Las notas se anudaban en las ramas superiores.

¿En un árbol? No..., sobre una colina. Rodeó los peñascos que iniciaban la ascensión. La música bajaba de arriba. Alzó la vista entre el gris de las hojas y las ramas. Imagen: el instrumento abandonando los labios, y la respiración (abandonando los labios) se convirtió en risa.

—Hola —dijo ella, riendo.

—Hola —dijo él, y no pudo verla.

—¿Has estado vagando toda la noche?

Se encogió de hombros.

—Algo así.

—Yo también.

Mientras se daba cuenta de que no tenía la menor idea de su distancia, ella rió de nuevo, y eso se convirtió de nuevo en música. Tocó de una forma extraña, pero bien.

Él se detuvo fuera del sendero.

Agitando su mano derecha (enjaulada), agarrándose a árboles jóvenes con la izquierda (libre), siguió subiendo, tambaleante, la ladera.

—¡Hey...! —porque resbaló, y ella se interrumpió.

Recuperó el equilibrio y siguió subiendo.

Ella volvió a tocar.

Se detuvo cuando las primeras hojas se apartaron ante ella.

Ella alzó sus ojos color manzana..., verde manzana. Con la cabeza bajada, apoyó sus labios contra el órgano de metal.

Raíces gruesas como sus brazos sujetaban el terreno a su alrededor. Su espalda estaba apoyada en un grueso tronco. Las hojas ocultaban completamente uno de sus lados.

Llevaba puesta la camisa. Sus pechos seguían siendo hermosos.

Notó que su garganta se anudaba. Sintió de nuevo entrañas y corazón; y todos los pequeños dolores que definían su piel. Es estúpido tener miedo... de los árboles. Sin embargo, deseaba haberla encontrado entre las piedras. Dio otro paso, los brazos abiertos para mantener el equilibrio, y ella quedó libre del follaje..., excepto una hoja amarrada apoyada contra su zapatilla de tenis.

—Hola...

Al lado de ella había una manta. Las vueltas de sus téjanos estaban raídas. Su camisa, se dio cuenta, *no tenía* botones (ojales plateados perforados en la tela). Pero ahora los llevaba unidos con una lazada. Miró el hueco entre la cinta que los unía. Sí, muy hermosos.

—¿No te gustó el grupo de la otra noche? —Ella hizo un gesto con la barbilla hacia una ambigua parte del parque.

Él se encogió de hombros.

—No si van a despertarme y ponerme a trabajar.

—No lo hubieran hecho, si tú fingías estar dormido. Realmente no tienen mucho que hacer.

—Mierda. —Rió y dio otro paso—. No lo pensé así.

Ella apoyó los brazos sobre sus rodillas.

—Pero son buena gente.

Él contempló su mejilla, su oreja, su pelo.

—Hallar tu camino en Bellona resulta un poco extraño al principio. Y ellos llevan tiempo aquí. Tómalos con una pizca de sal, mantén los ojos abiertos, y te enseñarán muchas cosas.

—¿Cuánto tiempo llevas con ellos? —pensando: Me yergo como una torre sobre ella, sólo que ella me mira como si yo fuera demasiado bajo para ser una torre.

—Oh, yo ando por ahí. Me dejo caer entre ellos de tanto en tanto sólo por unos

días..., como Tak. Pero llevo ya con ellos unas semanas. Unas semanas bastante ajetreadas. —Miró hacia fuera a través de las hojas. Cuando él se sentó sobre el tronco, sonrió—. ¿Fuiste con Tak la otra noche?

Asintió.

—Una noche bastante ajetreada.

Algo dentro del rostro de ella luchó por una sonrisa.

—¿Cómo... te llamas?

—Lanya Colson. Tú nombre es Chicco, ¿no?

—¡No, mi nombre no es Chicco! No sé *cuál* es mi nombre. No he sido capaz de recordar mi nombre desde..., no sé. —Frunció el ceño—. ¿No crees que es una locura?

Ella alzó las cejas, juntó las manos (él recordó los restos de laca; así que debía habérselas pintado de nuevo aquella mañana; sus uñas eran tan verdes como sus ojos) para sacudir la armónica.

—El Chico es como intentó llamarme Lobo de Hierro. Y la muchacha en la comuna intentó añadirle otra «c». Pero no es mi nombre. No recuerdo mi maldito nombre.

Ella dejó de sacudir el instrumento.

—Es como para volverse loco. He olvidado montones de otras cosas. ¿Qué opinas de ello? —Y no supo si ella había podido interpretar tampoco su inflexión de desánimo.

—No lo sé, de veras —dijo ella.

Tras el puente de silencio, él dijo:

—Bueno, ¡pero *tienes* que pensar algo!

Ella rebuscó en la enrollada manta y extrajo... ¿el bloc de notas? Reconoció la chamuscada tapa.

Mordiéndose el labio, empezó a pasar páginas. De pronto se detuvo, se lo tendió:

—¿Es tuyo alguno de estos nombres?

La lista, cuidadosamente escrita a bolígrafo, llenaba dos columnas:

*Geoff Rivers Arthur Pearson*

*Chicco Plumaoscura Earlton Rudolph*

*David Wise Phillip Edwards*

*Michael Roberts Virginia Colson*

*Jerry Shank Hank Kaiser*

*Frank Yoshikami Garry Disch*

*Harold Redwing Alvin Fischer*

*Madeleine Terry Susan Morgan*

*Priscilla Meyer William Dhalgren*

*George Newman Peter Weidon*

*Ann Harrison Linda Evers*

*Thomas Sask Prestan Smith*

—¿Qué es esta mierda? —preguntó él, angustiado—. El segundo nombre suena a indio: Chicco Plumaoscura. Pero no dice Chico; dice Chicco.

—¿Es acaso tu apellido?

—No. Y no, no es mi nombre.

—Parece como si fueras parte indio.



—Mi madre era india. No mi padre. No es mi nombre. —Volvió a mirar el papel —. Tu nombre está aquí.

—No.

—¡Colson!

—Mi *apellido*. Pero mi nombre es Lanya, no Virginia.

—¿No tienes nadie en tu familia llamado Virginia?

—Tenía una bisabuela llamada Virgilia. De veras. Vivía en Washington D. C., y sólo la vi una vez, cuando tenía siete u ocho años. ¿Puedes recordar los nombres de alguien de tu familia? ¿De tu padre?

—No.

—¿De tu madre?

—Recuerdo su aspecto, pero..., eso es todo.

—¿Hermanos o hermanas?

—No tuve.

Tras un silencio, él agitó la cabeza.

Ella se encogió de hombros.

Él cerró el cuaderno y buscó algo que decir.

—Supongamos —y se preguntó qué había en el bloque de escritura debajo de la lista— que estamos en una ciudad, una ciudad abandonada. Está ardiendo, ¿ves? Toda la electricidad se ha ido. No pueden enviar cámaras de televisión ni radios aquí dentro, ¿correcto? De modo que todo el mundo fuera se olvida de ella. Ninguna noticia sale. Ninguna noticia entra. Fingimos que todo está cubierto de humo, ¿de acuerdo? Pero ni siquiera puedes ver el fuego.

—Sólo el humo —dijo ella—. Supongamos...

Él parpadeó.

—... que tú y yo estamos sentados en un parque gris en un día gris en una ciudad gris. —Le frunció el ceño al cielo—. Una ciudad perfectamente ordinaria. La polución del aire es terrible aquí. —Sonrió—. Me gustan los días grises, los días como éste, los días sin sombras... —Entonces observó que él había clavado su orquídea contra el tronco.

Amarrado a la madera, su puño se agitaba entre las hojas.

Ella se puso de rodillas a su lado.

—Te diré lo que vamos a hacer. ¡Vamos a sacarte esto! —Tiró del cierre de la muñeca. El brazo de él se agitó entre los dedos de ella—. Ya está. —Su mano quedó libre.

Estaba respirando trabajosamente.

—Esto —miró al arma, aún clavada por tres puntos— es algo maligno. Dejemos que se joda sola aquí.

—Es una herramienta —dijo ella—. Puedes necesitarla. Sólo tienes que aprender

a utilizarla. —Estaba masajeando su mano.

El corazón de él empezó a latir más lentamente. Hizo otra y profunda inspiración.

—Deberías tener miedo de mí, ¿sabes?

Ella parpadeó.

—Lo tengo. —Y se echó hacia atrás, sentándose sobre sus talones—. Pero quiero probar algunas cosas a las que les tengo miedo. Ésa es la única razón de que esté aquí. ¿Qué te *ha ocurrido* hace un momento? —preguntó.

—¿Eh?

Ella apoyó tres dedos en su frente, luego le mostró las relucientes yemas.

—Estás sudando.

—Me sentí..., repentinamente me sentí muy feliz.

Ella frunció el ceño.

—¡Creí que estabas mortalmente asustado!

Él carraspeó, intentó sonreír.

—Era como..., bueno, como sentirse repentinamente muy feliz. Me sentí feliz cuando entré caminando en el parque. Y luego, de pronto... —se dio cuenta de que estaba acariciando la mano de ella.

Ella se echó a reír.

—De acuerdo. Eso suena bien.

Él tenía la mandíbula encajada. La relajó y gruñó:

—¿Quién..., qué *tipo* de persona eres?

El rostro de ella se abrió, a la vez con sorpresa y pena:

—Veamos. Brillante, encantadora... Sólo me sobran cuatro... *dos* kilos para ser sorprendentemente espectacular... Me gusta decirme a mí misma: mi familia tiene todo tipo de dinero y contactos sociales, pero en este preciso momento me he rebelado contra todo ello.

—De acuerdo.

Su rostro era más bien cuadrado, pequeño, en absoluto espectacular, y era hermoso también.

—Eso suena ajustado.

El humor la abandonó, y sólo hubo sorpresa.

—¿Entonces me crees? ¡Eres un encanto! —Le besó, repentinamente, en la nariz, sin parecer en ningún momento azarada, más bien como si estuviera siguiendo los pasos de algún ritual importante:

Que fue tomar su armónica y lanzarle notas a la cara. Los dos se echaron a reír (él se sintió asombrado detrás de su risa, y sospechó que lo había dejado entrever), mientras ella decía:

—Vamos.

—¿Tu manta...?

—Déjala aquí.

Él tomó el bloc de notas. Caminaron por entre las hojas, con paso ligero. En el sendero, él se detuvo y miró su cadera.

—¿Oh...?

Ella le observó por encima del hombro.

—¿Recuerdas —preguntó él lentamente— haberme visto tomar la orquídea y ponérmela aquí en el cinturón?

—Yo la puse ahí. —Quitó una mota de su armónica con el pulgar—. La ibas a dejar atrás, así que metí una hoja por una de las trabillas de tu cinturón. De veras, *puede* ser peligroso por aquí.

Con la boca ligeramente abierta, él asintió mientras, el uno al lado del otro, alcanzaban los senderos sin sombras.

Él dijo:

—*Tú* la metiste ahí. —En algún lugar una brisa, sin fuerza, se abrió camino por entre el verdor. Captó el olor a humo durante un par de inspiraciones antes de que se desvaneciera inadvertidamente—. ¿Encontraste a esa gente del parque así, simplemente por ti misma?

Ella le lanzó una mirada de tienes-que-estar-loco.

—En realidad vine con un grupo. Fue divertido; pero después de un par de días se habían quedado por el camino. Quiero decir que es estupendo tener un coche. Pero cuando te quedas tirado por falta de gasolina... —Se encogió de hombros—. Antes de llegar aquí, Phil y yo hacíamos apuestas acerca de si este lugar existía realmente o no. —Su repentina y sorprendente sonrisa era todo ojos y muy poca boca—. Gané yo. Durante un tiempo me quedé con el grupo con el que había venido. Luego me aparté de ellos. Unas cuantas noches con Milly, John y el resto. Luego he estado saliendo y entrando, corriendo aventuras..., hasta hace unas cuantas noches, que volví.

Pensando: Oh...,

—¿Tenías algo de dinero cuando llegaste aquí?

... Phil.

—El grupo con el que vine sí. Para lo que les sirvió. Quiero decir, ¿durante cuánto tiempo debes vagar por una ciudad como ésta antes de encontrar un hotel? No, tuve que dejarles. Se alegraron de librarse de mí.

—¿Se fueron?

Ella miró sus zapatillas y se echó a reír, una ominosa burla.

—La gente se marcha de aquí —dijo él—. La gente que me dio la orquídea se marchaba cuando yo llegué.

—Alguna gente se marcha. —Ella se rió de nuevo. Era una risa tranquila, y segura de sí misma, e intrigante e inquietante.

—¿Qué tipo de aventuras corriste? —preguntó él.

—Observé algunas luchas de escorpiones. Fue algo extraño. Los viajes a las pesadillas no son lo mío, pero este lugar es tan pequeño que no puedes ser tan selectivo. Pasé unos cuantos días sola en una encantadora casa en los Altos: lo cual me envió finalmente al otro lado del muro. Me gusta vivir al aire libre. Luego estuvo Calkins, durante un tiempo.

—¿El tipo que publica el periódico?

Ella asintió.

—Pasé unos días en su casa. En la casa de campo de fin de semana permanente de Roger, sólo que dentro de los límites de la ciudad. Mantiene a alguna gente interesante a su alrededor.

—¿Tú eras parte de esa gente interesante?

—En realidad creo que Roger sólo me consideraba decorativa. Para divertir a los interesantes. Él se lo perdió.

*Era hermosa de una manera un tanto áspera...*, quizá rayana a «encantadora».

Asintió.

—El contacto con la civilización me fue bien, sin embargo. Luego volví a vagabundear un poco sola. ¿Has estado fuera en el monasterio, en los alrededores de Holland?

—¿Eh?

—Yo nunca he estado allí, pero he oído que algunas personas muy sinceras han establecido allí alguna especie de retiro religioso. Sigo sin poder saber si empezaron *antes* de que todo esto ocurriera, o si se trasladaron allí después. Pero suena igual de impresionante. Al menos lo que una oye.

—John y Mildred parecen completamente sinceros.

—*¡Touché!* —Sopló un acorde, luego le miró curiosamente, rió, y dio un manotazo a las altas ramas. Él miró; y los ojos de ella, aguardando a que él dijera algo, eran más verdes de lo que permitía la bruma a ninguna de las hojas que les rodeaban.

—Parece una pequeña ciudad —dijo él—. ¿Hay alguna otra cosa que hacer aparte chismorrear?

—Realmente no. —Volvió a dar otro manotazo a las ramas—. Lo cual es un alivio, si lo miras de este modo.

—¿Dónde vive Calkins?

—¡Oh, te *gusta* el chismorreo! Por un momento me asustaste. —Se detuvo, azotando los tallos de los hierbajos—. ¡La oficina de su periódico es horrible! Nos llevó allí a algunos, directamente al lugar donde lo imprimen. Gris y tétrico y desmoralizador y lleno de ecos. —Su rostro y sus hombros y sus manos se estremecieron—. ¡Ahhhh! Pero su casa... —todo dejó de estremecerse—. Espléndida. Justo encima de los Altos. Montones de terreno. Puedes ver toda la

ciudad. Imagino que debía ser un espectáculo impresionante cuando todas las luces de las calles estaban encendidas por la noche. —Ahora un pequeño fruncimiento de ceño—. Intenté averiguar si siempre había vivido allí, o si se había trasladado luego y había tomado posesión de *todo*. Pero una no hace preguntas como ésa.

Él se volvió, y ella le siguió.

—¿Dónde está su casa?

—Creo que la dirección exacta es Brisbain South.

—¿Cómo le conociste?

—Estaban dando una fiesta. Yo estaba vagabundeando por allí. Alguien al que conocía me invitó a entrar. En realidad, *Phil*.

—Eso suena fácil.

—Oh, fue muy difícil. ¿Quieres subir hasta allá arriba y conocer a Calkins?

—Bueno, todo parece bastante poco interesante aquí abajo. Puedo vagabundear un poco hasta allá arriba y ver si alguien me invita. —Hizo una pausa—. Por supuesto, tú eres una chica. Te lo pasaste bien, ¿no? Siendo... decorativa.

Ella alzó las cejas.

—No necesariamente.

Él la miró a tiempo de captar la devolución de su mirada. La idea le pareció divertida.

—¿Ves ese sendero detrás de los palos de fútbol?

—Sí.

—Sale directamente a Brisbain North. Que gira hacia Brisbain South poco después.

—¡Hey! —Le sonrió, luego dejó que su cabeza cayera hacia un lado—. ¿Qué ocurre?

—Me entristece que te vayas. Estaba preparada para una tarde peligrosa y excitante, vagando por ahí contigo, tocando mi armónica para ti.

—¿Por qué no vienes?

Su mirada exhibía a la vez azaramiento y connivencia.

—Ya he estado.

Tras ellos sonó un martilleo.

Ante el fruncimiento de ceño de él, ella explicó:

—Uno de los proyectos de trabajo de John. Ahora vuelven para comer. Sé que hay comida de sobra. El chico que se ocupa de la mayor parte de la cocina, Jommy, es amigo mío; ¿quieres comer?

—No. —Agitó la cabeza—. Además, no he decidido si quiero...

—Sí, lo has decidido. Pero te veré cuando vuelvas. Toma esto. —Le tendió el bloc de notas—. Tendrás algo para leer por el camino.

Por un momento él permitió que su rostro reflejara que comprendía que ella

deseaba que se quedara.

—Gracias..., de acuerdo.

—Ésa es una de las cosas buenas de este lugar —respondió ella a su comprensión—; cuando vuelvas, te *veré*. —Alzó la armónica hasta su boca—. Aquí nunca te pierdes a nadie. —En el metal, sus ojos y las aletas de su nariz eran una inmensa oscuridad en medio de carne plateada, bruscamente cortada, sin labio ni pestaña ni límite, junto a verde y verde. Lanzó una nota discordante y se alejó.

Mientras abandonaba los leones sin ojos, se le ocurrió: No puedes emitir esa discordancia en una armónica.

No en ninguna armónica que él hubiera tenido nunca.

LLEVABA recorridas tres manzanas cuando vio, en mitad de la cuarta, la iglesia.

Dos relojes (de presumiblemente cuatro) eran visibles en el campanario. Cuando se acercó, vio que les faltaban las manecillas.

Se frotó la frente con el dorso de la muñeca. La mugre rodó entre piel y piel. Todo aquel hollín...

Se le ocurrió un pensamiento: ¡tengo un aspecto inmejorable para ser invitado a una fiesta!

De la puerta de la iglesia brotaba la música de un órgano. Recordó que Lanya había dicho algo acerca de un monasterio... Preguntándose si su rostro reflejaba la curiosidad, avanzó cuidadosamente —con el bloc de notas sujeto con firmeza bajo su brazo— hacia el embaldosado vestíbulo.

Al otro lado de una segunda puerta, en una oficina, dos de las cuatro bobinas del rostro de aluminio de una grabadora de cinta giraban. No había ninguna luz encendida.

Sólo la registró cuando se dio la vuelta (y, una vez registrada, no supo qué hacer con la imagen): clavado con chinchetas encima del tablero de anuncios de la oficina había el póster central de la pared de Loufer: el negro con la gorra, la chaqueta y las botas.

Otra puerta (¿que conducía a la capilla en sí?) estaba entreabierta a la oscuridad.

Retrocedió a la acera...

—¡Hey, aquí!

El viejo llevaba unos pantalones acampanados marrones, gafas con montura de oro; bajo una gastada chaqueta de pana, un brillante jersey rojo de cuello cisne; barba, boina. Sujetaba un fajo de periódicos bajo el brazo.

—¿Cómo vamos en este perlino atardecer?

—Hola.

—Bueno... Apuesto que se está preguntando qué hora es. —El viejo tendió su correoso cuello—. Déjeme ver. —Miró al campanario—. Déjeme ver. Deben ser aproximadamente... las once... y veinticinco. —Bajó la cabeza en resollante risa—. ¿Qué le ha parecido eso, eh? Un buen truco, ¿eh? (¿Quiere un periódico? ¡Tome uno!) Es un truco. Le mostraré cómo hacerlo. ¿Qué le pasa? El periódico no le costará nada. ¿Quiere una suscripción?

—Debajo de su barba..., ¿dónde consiguió eso que tiene en el cuello?

—¿Quiere decir... —la mano libre del viejo se movió hacia el áspero pelo que descendía sin interrupción desde la parte superior de su cabellera hasta su barbilla. Soltó el collar, que cayó como una serpiente de diamante— ...esto? ¿Dónde consiguió usted el suyo?

Pensó en el collar y la manilla que él llevaba.

—De camino hacia aquí. Dice que viene de Brasil.

El viejo acercó el extremo de la cadena a sus ojos para ver:

—¿...Japón? —Luego le tendió el extremo para que lo viera.

En la plaquita de latón había unas letras estampadas: *ade in Japan*. Delante de *ade* había un garabato que era indudablemente una *m*.

El viejo volvió a colocarse la cadena en torno al cuello y finalmente consiguió asegurarla con una mano.

Miró los periódicos: pudo leer, junto al arrugado puño de la chaqueta del viejo:

BELLONA TIMES

Miércoles, 1 de abril de 1979

¡UN NUEVO CHICO EN LA CIUDAD!

Frunció el ceño ante aquello.

—No había visto su cadena —siguió el hombre, en una no pedida explicación—. Pero no hubiera preguntado si usted no hubiera tenido una también, ¿verdad?

Asintió, principalmente para hacer que el viejo chiflado prosiguiera..., una incitación innecesaria.

—Imagino que es algo así como un premio a una iniciación. ¿Sólo que no sabe dónde fue iniciado? Y apuesto a que esto le altera.

Asintió de nuevo.

—Me llamo Faust —dijo el viejo—. Joaquim Faust.

—¿Joaquim...?

—Veo que lo pronuncia bien. Por su acento, sin embargo, hubiera apostado que se habría equivocado con la *m* final.

Tendió su mano en busca de la extendida de Joaquim: Joaquim la aferró y le dio una seca sacudida.

—¿Dice —Joaquim frunció el ceño antes de soltarla— que consiguió la suya de camino hacia aquí? ¿Fuera de Bellona?

—Exacto.

Joaquim agitó la cabeza y dijo:

—¿Hummmm? —mientras un rumor que llevaba varios segundos acumulándose estalló ahora sobre ellos. Alzaron la vista. No se veía nada en la bruma. Los chorros duraron un tiempo inquietantemente largo, luego se alejaron. El órgano grabado sonó



blando después de ellos.

—La hora en punto —dijo Joaquim—. La cara delantera. Ese pequeño muñón era la minutería. Puede verse aproximadamente hacia donde apunta.

—Oh. ¿Qué hay de la de las horas?

Joaquim se encogió de hombros.

—Abandoné la oficina alrededor de las once. Al menos supuse que eran las once. No he estado fuera tanto tiempo.

—¿Qué les ocurrió a las... manecillas?

—Los negros. Sospecho que fue la primera noche. Cuando hubo todo ese relampagueo. Se volvieron locos. Estaban por todos lados. Rompieron un montón de cosas por ahí..., en Jackson, justo un poco más abajo.

—¿Jackson?

—La avenida Jackson es donde viven la mayor parte de los negros. Vivían. ¿Es usted nuevo?

Asintió.

—Vea si puede conseguir el periódico de aquel día. La gente dice que nunca había visto fotos como aquéllas antes. Estaban locos. Y tenían escaleras también, y entraban por todas las ventanas. Ese tipo me dijo que había una foto de ellos trepando por la iglesia. Y rompiendo las manecillas del reloj. Haciéndose pedazos los unos a los otros también. Se supone que hay toda una serie de fotos; de ese enorme macho cabrío, echándose encima de la muchachita blanca..., tienen que ser unas fotos *hediondas*. «Violación» es la sucia palabra que utilizaron en el periódico, y eso es lo que fue. La gente dijo que Calkins no hubiera debido publicarlas. ¿Pero sabe usted lo que hizo él? —El retorcido rostro de Joaquim pedía una respuesta.

—No —cedió, cautelosamente—. ¿Qué?

—Bajó y buscó al negro en las fotos, y de alguna manera lo entrevistó; y lo publicó *todo*. Ahora, si usted me lo pregunta, lo que no hubiera tenido que publicar era esa entrevista. Quiero decir, Calkins está interesado en los derechos civiles y todo eso. Realmente lo está. La gente de color de esta ciudad tenía mal las cosas, sospecho, y él estaba preocupado por ello. Realmente preocupado. Pero ese negro tenía la boca más sucia que jamás haya escuchado, y no decía más que suciedades. No creo que supiera ni lo que era una entrevista para un periódico. Quiero decir, sé que la gente de color lo pasó mal. Pero si uno quiere ayudar, no publiques una foto del más enorme y negro macho cabrío del mundo sobando a una muchachita rubia de diecisiete años, y luego incluir dos páginas de él diciendo lo bueno que estuvo, con palabras como «mierda» y «joder» y «huau», como si estuviera dispuesto a volver a hacerlo tan pronto como pudiera, y lo fácil que es hacerlo sin polis por los alrededores. Quiero decir, no si lo que pretendes es ayudar, ¿no cree? Y a causa del artículo, ese Harrison, su nombre es George Harrison, se ha convertido en una

especie de héroe para todos los negros que quedan en Jackson; y uno llega a pensar que también para todos los demás. Lo cual le demuestra el tipo de gente que tenemos aquí.

—¿Pero *usted* no lo vio, sin embargo?

Faust alejó aquella pregunta con un gesto de la mano.

—Está ese otro hombre de color del sur, el de los derechos civiles, una persona militante..., ¿un tal señor Paul Fenster? Llegó aquí más o menos en el momento en que ocurrió. Calkins le conoce también, imagino, y escribe que está haciendo un montón de cosas. Sospecho que ese tipo tiene probablemente algunas intenciones decentes; ¿pero cómo va a poder hacer algo con todo ese asunto de George Harrison, eh? Quiero decir, se trata de que simplemente —miró a su alrededor— no ha quedado demasiada gente a quien le sigan importando esas cosas. O que han quedado demasiados negros en Jackson.

Resolvió irritación y curiosidad con una educada pregunta:

—¿Qué fue lo que lo inició? El tumulto, quiero decir.

Joaquim inclinó mucho la cabeza hacia un lado.

—Bueno, ¿sabe?, nadie conoce exactamente la historia. Se cayó algo.

—¿Eh?

—Algunos dicen que una casa se derrumbó. Otros dicen que se estrelló un avión, aquí mismo, en medio de Jackson. Otros más hablan de un tipo que se subió al tejado del edificio del Second City Bank y desde allí le disparó a alguien.

—¿Alguien resultó *muerto*?

—Ajá. Se supone que el que estaba en el tejado era un tipo blanco y el que recibió los disparos un negro. Así que ellos lo empezaron todo.

—¿Qué dijo el periódico?

—Casi todo lo que le acabo de decir. Nadie sabe con exactitud lo que ocurrió.

—Si se estrelló un avión, alguien tendría que saberlo.

—Eso ocurrió al principio de todo. Las cosas eran malditamente más confusas entonces. Un montón de edificios ardían. Y el tiempo era completamente distinto. La gente aún intentaba salirse de aquello. Había mucha más gente aquí que ahora. Y estaba asustada.

—¿Usted estaba aquí por aquel entonces?

Joaquim apretó los labios hasta que el bigote se le mezcló con la barba. Agitó la cabeza.

—Sólo me enteré de las noticias por el artículo del periódico. Y por las fotos.

—¿De dónde vino usted?

—¡Ahhhhh! —Faust agitó un dedo libre en burlona reprobación—. Tiene que *aprender* a no hacer preguntas como ésta. No es educado. Yo no le he preguntado nada sobre usted, ¿verdad? Le dije mi nombre, pero no le pregunté el suyo.

—Lo siento. —Había sido tomado por sorpresa.

—Conocerá usted a un montón de personas que se sentirán tremendamente heridas si empieza a hacerles preguntas sobre antes de que llegaran a Bellona. Quiero advertírselo antes de que se meta usted en problemas. Especialmente —Faust alzó su barba y apoyó un dedo en el cuello— con personas que lleven una de éstas. Como usted. Apuesto a que si llego a preguntarle su nombre, o tal vez su edad, o por qué lleva una orquídea en el cinturón..., cualquier cosa así, se hubiera puesto furioso conmigo. Ahora bien, ¿por qué no debo decírselo?

Captó la incomodidad, vaga como un dolor recordado, en sus entrañas.

—Vengo de Chicago, ésa fue mi última parada. Antes de eso fue Prisco. —Faust bajó una mano para sujetar una pernera de sus pantalones acampanados—. Un abuelo yippie, ¿eh? Soy un filósofo viajero. ¿Le basta eso?

—Siento haber preguntado.

—Olvídelo. Oí que Bellona estaba aquí donde está. Tenía que estar, al menos. De modo que vine. ¿Es eso suficiente?

—Sí. Mire, no pretendí...

—Ahora algo sobre usted, muchacho. Algo que no me gusta. Vea... —Sus párpados se abrieron y cerraron bajo sus gafas enmarcadas en oro—. Usted *no es* de color, ¿sabe? Quiero decir, es usted bastante oscuro. Pero no del todo. Entienda, yo *puedo* decir «moreno» como cualquiera de ustedes, los jóvenes. Pero cuando vine aquí, *cuando* vine aquí, había negros. Sigue habiendo negros; son negros para mí, y con ello no quiero decir más que eso. Deseo todo lo mejor para ellos.

—Soy indio americano —decidió, con una rabia resignada.

—Oh. —Joaquim inclinó la cabeza una vez más, en plan apreciativo—. Bien, si no es usted negro, tiene que sentir una gran simpatía hacia los negros. —Puso mucho énfasis en la palabra para borrar de ella todo sentido peyorativo—. Yo también la siento. Sólo que ellos nunca me lo creerán. Como tampoco me lo creería yo si fuera ellos. Chico, tengo que ir a repartir mis periódicos. Vamos... tome uno. Ajá; así está bien. —Faust enderezó el fajo bajo su brazo—. Está usted interesado en los tumultos de los negros, exactamente igual que todo el mundo... —el ejemplar de un lado del fajo fue entregado teatralmente—, así que mejor échele un vistazo a esas antiguas ediciones. Aquí tiene su periódico, reverenda. —Cruzó la acera y le tendió otro periódico al sacerdote negro con una sotana hasta el suelo que estaba de pie en la puerta de la iglesia.

—Gracias, Joaquim. —La voz era... ¿contralto? Había un asomo de... pechos bajo la ropa oscura. El rostro era redondeado, lo bastante suave como para una mujer.

El sacerdote le miró entonces a él, mientras Joaquim se alejaba calle abajo.

—Faust y yo jugamos a un pequeño juego —explicó ella (era ella) ante su asombro—. No debe dejar que le desconcierte. —Sonrió, hizo una inclinación con la

cabeza y se volvió para entrar de nuevo.

—Discúlpeme..., reverenda...

Ella se volvió.

—¿Sí?

—Esto... —Intensamente curioso, no podía enfocar su curiosidad sobre ningún tema—. ¿Qué tipo de iglesia es ésta? —se decidió, aunque notando que sonaba impotentemente falso. Sobre lo que deseaba preguntar realmente era, por supuesto, sobre el póster.

Ella sonrió.

—Multirreligiosa, multirracial. Hemos conseguido celebrar servicios tres veces por semana desde hace un tiempo. Nos sentiremos muy felices si está usted interesado en acudir. El domingo por la mañana, por supuesto. Y luego también el martes y el jueves próximos. Todavía no tenemos una congregación muy grande. Pero estamos reuniendo nuestro rebaño.

—¿Usted es la reverenda...?

—Amy Taylor. En realidad soy una predicadora laica. Éste es un proyecto que he desarrollado por mí misma. Y que está funcionando muy bien, teniéndolo en cuenta todo.

—¿Simplemente entró en la iglesia y se hizo cargo de ella?

—Después de que la gente que estaba a su cuidado la abandonara. —No se sacudió las manos. Tendió una. Hubiera podido ser el mismo gesto—. *Me alegra conocerle.*

La estrechó.

—A mí también.

—Espero que acuda a nuestros servicios. Éste es un tiempo de tensiones para todo el mundo. Necesitamos toda la ayuda espiritual que podamos obtener..., ¿no lo cree así?

Su apretón de manos (como el de Joaquim) fue largo. Y firme.

—Hey, ¿sabe usted qué día es hoy?

Ella miró al periódico.

—Miércoles.

—Pero..., ¿cómo saben ustedes cuándo es domingo?

Ella se echó a reír. Era una risa muy segura de sí misma.

—Celebramos los servicios del domingo cuando el periódico dice que es domingo. El señor Calkins confunde las fechas, lo sé. Pero nunca hay más de un domingo cada siete días. Ni un martes tampoco. Sin embargo, los jueves suelen fallar. Tengo que verle respecto a eso. Es un hombre muy educado. Y muy preocupado por lo que ocurre en esta ciudad, pese a lo que alguna gente considera como un irritante sentido del humor. He estudiado yo misma la frecuencia de los domingos. Él ha

explicado lo de los martes; pero se guarda lo referente a los arbitrarios jueves. Se ha ofrecido amablemente a declarar un jueves cada vez que yo se lo pida..., siempre que se lo diga con veinticuatro horas de antelación. —Su perfecta seriedad se quebró con una sonrisa. Y dejó caer la mano—. Todo el asunto es divertido. Me resulta tan extraño mientras se lo cuento como se lo debe resultar a usted mientras lo oye, estoy segura. —Su pelo natural, su redondo y bronceado rostro; le gustaban—. ¿Intentará venir a nuestros servicios?

Él sonrió.

—Lo intentaré. —Lamentó vagamente su mentira.

—Estupendo.

—¿Reverenda Taylor?

Sus finas cejas se alzaron cuando miró hacia atrás.

—Esta calle..., ¿conduce hasta el señor Calkins?

—Sí, su casa está a poco más de un kilómetro. Tiene que cruzar usted Jackson. Hace dos días algunas almas valerosas consiguieron que un autobús hiciera el trayecto de ida y vuelta por Broadway. Sólo un autobús. Pero claro, no tiene que enfrentarse a ningún tráfico. No sé si todavía funciona. Pero si lo hace le llevará hasta la oficina del periódico. No hasta su casa. Supongo que puede usted caminar hasta ella. Yo lo hice.

—Gracias. —La dejó, sonriendo tras él desde el umbral. No, decidió. Eso probablemente *no era* el monasterio. Imaginó la cinta girando y girando mientras la música disminuía, acorde tras acorde, brotando de las resplandecientes bobinas.

La avenida Jackson era una calle ancha, pero las apiñadas casas, difuminadas por el humo del mediodía, eran en su mayor parte de madera. Los cables del tranvía que se cruzaban en una intersección habían caído, y reposaban burlescamente en el pavimento de la esquina. Dos manzanas habían desaparecido, y sus restos aún humeaban. Las ráfagas de aire dejaban ver intermitentemente las carbonizadas vigas.

A una manzana en la otra dirección, una pesada figura con una bolsa de la compra se detuvo a medio camino entre esquina y esquina para observarle mientras él observaba. Aunque era una arbitraria tarde de miércoles, tuvo la sensación de que era alguna ominosa mañana de domingo.

NO hay una resonancia articulada. El problema común, supongo, es tener más que decir de lo que permiten el vocabulario y la sintaxis. Por eso estoy cazando en estas calles disecadas. El humo oculta la variedad del cielo, mancha deliberadamente, cubre el holocausto con algo seguro e insustancial. Protege de mayores llamas. Señala fuego, pero oscurece la fuente. No es una calle útil. Muy poco aquí se acerca a la imagen de lo hermoso.

¿Cuál es el aspecto de un *buen* vecindario en Bellona?

Las ventanas de la planta baja estaban rotas en la casa blanca de aquel lado; las cortinas colgaban fuera.

La calle estaba limpia.

Pie descalzo y sandalia, pie descalzo y sandalia: observó el granulado del pavimento deslizarse bajo ellos.

Una puerta a su lado estaba abierta de par en par.

Siguió caminando. Es fácil pensar que todos estos edificios están deshabitados, que su soledad me da licencia para saquear allá donde quiera... No saquear. Tomar prestado. Sin embargo, es inquietante.

Loufer había dicho algo acerca de escopetas.

Pero después de todo tenía hambre, de modo que pronto iba a tener que... tomar prestada algo de comida.

Rompió una ventana con un palo que encontró un poco más atrás calzando la puerta de un garaje (ocho frascos de café instantáneo en el estante de la cocina), y se sentó en la mesa del desayuno para comer una lata fría (un abrelatas en el cajón) de *Pepperpot* de Campbell's. (¡Fácil!) Maravillándose entre bocados de sopa sin diluir (¡salada!), pasó del periódico que había tomado de Faust al bloc de notas que le había dado Lanya. Se preparó una taza de café con agua caliente —tras dejarla correr diez segundos, humeó y escupió— del grifo. Finalmente, abrió el libro de notas al azar y leyó, escrito con el terriblemente claro bolígrafo:

No es que yo no tenga futuro. Más bien se fragmenta constantemente sobre el insustancial e indistinto efímero del ahora. En el veraniego país, punteado por los relámpagos, de algún modo no hay ninguna forma de terminar...

Alzó la vista hacia los crujidos. Pero sólo era algún movimiento de la casa. Nadie, subvocalizó, vive aquí ahora. (La cocina estaba muy limpia.) Sin comprender particularmente lo que leía (o no comprendiéndolo, de hecho), las notas del ausente

periodista, unidas a los crujidos, hicieron que se le erizara el vello de la nuca.

*Deja vu* es una ilusión óptica.

Era como leer unas líneas que hacían eco a alguna conversación que hubiera escuchado ociosamente en una ocasión en una calle atestada. El cuaderno sugería que prestara atención a parte de su mente que ni siquiera podía localizar.

*bilidad, no afectación; un rasgo auténtico y común. Pero si intentara poner por escrito lo que digo mientras me traslado del habla*

Pasó más páginas. Sólo estaban escritas las de la derecha. Las de la izquierda estaban en blanco. Cerró el cuaderno. Dejó la taza de café en la fregadera, la lata en el vacío cubo de la basura: cuando se descubrió haciéndolo, se echó a reír, luego intentó una silenciosa justificación: podía quedarse para siempre allí, convertir aquel lugar en algo más acogedor que lo de Tak.

Eso hizo que volviera a erizársele el vello de la nuca.

Tomó el bloc de notas y, con el periódico doblado a su lado, volvió a salir por la ventana.

Se arañó con los cristales rotos, pero sólo se dio cuenta de ello cuando ya llevaba recorrida una manzana, cuando bajó la vista para ver la gota de sangre que resbalaba por la tapa del cuaderno, un rojo amarronado sobre el chamuscado negro. Recogió la nueva mancha púrpura con la yema del pulgar, y sintió un hormigueo. De modo que lo olvidó y se apresuró Brisbane arriba. Sólo era... un *arañazo*.

¿Distancia? ¿O destino?

No tenía idea de esperar ninguna de las dos cosas. Aquellos céspedes y fachadas necesitaban la luz del sol, o al menos una ligera lluvia, para ser hermosos. Los árboles de la esquina puede que fuesen de un puro color verde. Pero la bruma los empañaba ahora.

Extraño que los elementos de placer fueran tantos grises, tanto miedo, tantos silencios. Esa casa de ahí, bostezando a través de melancólicas cortinas con asomos de alfombras aún en julio..., alguien había *vivido* allí. Un letrero de Médico colgaba al lado de la puerta de esa otra: pensó en los medicamentos encerrados en armarios tras las persianas venecianas. Bien, quizás en el camino de vuelta...

Una pila de carbón, como cuerpos de escarabajos, se amontonaba bajo la brillante pared de la esquina más alejada. La intensidad del tapizado carbonizado se sobreponía al fuerte hedor de la calle. A través de la ventana de un sótano, rota, una gris voluta de humo se deslizaba por la acera para vaporizarse en la rendija de la cloaca. A través de otra ventana, intacta, vacilantes llamas... El incendio aislado entre las docenas de edificios intactos era lo más extraño que hubiera visto nunca.

Cruzó rápidamente a la siguiente manzana.

El relajado ritmo del día lo arrastró a través de las calles. En una ocasión se le ocurrió que estaba cansado. Más tarde, buscó el cansancio y descubrió que se había

dispersado, como las volutas de humo.

Aquello tenía que ser los Altos.

Echó a andar por la empinada calle, junto a una ventana llena de latón: tres capas de puertas de cristal en un vestíbulo: la cabeza de una estatua blanca tras un alto seto..., toda aquella vulnerable y sombría elegancia le irritó. ¿Forzar la entrada en busca de otra taza de café? Se preguntó por qué las imágenes de escopetas detrás de las cortinas eran más fuertes allí. Pero se rió de ellas de todos modos.

Avanzó, y el movimiento fue una sucesión de sonidos entre las cavidades de su cuerpo. Se palmeó la cadera con el periódico y el cuaderno, pensando en Lanya, en Milly, en John. La orquídea osciló en su otra cadera. Encadenado por lo que veía, siguió avanzando, un vándalo inquieto, sufriendo por el pillaje que su mente realizaba entre las fabulosas fachadas. Avanzó, un punto de tensión, junto a casas que debían ser lujosas a la luz del sol.

No estaba seguro de por qué decidió explorar más allá de la avenida.

En el centro de la calle secundaria había un roble, encajado en un círculo de adoquines, rodeado por una verja decorativa. Su corazón latió más aprisa.

Pasó junto a él.

La parte de atrás del tronco estaba cubierto de cenizas. En vez de denso verdor, las hojas de aquel lado eran de un negro arrugado.

Con los ojos muy abiertos ante la visión, se volvió y retrocedió. Luego miró las casas.

A ambos lados las paredes estaban quebradas por muebles destrozados, vigas y ladrillos amontonados. La demarcación entre muebles y calle desaparecía junto a los escombros. Seis metros más allá, los adoquines estaban reventados. Frunció el rostro ante la destrucción.

¿Bulldozers?

¿Granadas?

No pudo imaginar qué había causado aquello. Los adoquines del pavimento estaban aplastados, sueltos o volcados sobre la tierra de debajo, de modo que ni siquiera estaba seguro de dónde empezaba la siguiente calle. Caminó con el ceño fruncido entre todos aquellos restos, coronó un montón de libros, buscando vagamente el origen de una pequeña columna de humo que oscilaba quince metros más allá, luego dejando de verla de pronto.

Recogió un reloj. El cristal cayó, tintineando. Lo dejó caer y recogió un bolígrafo, limpió la ceniza contra sus pantalones, sacó y volvió a meter la punta. Medio escondido bajo un montón de yeso había un baúl de madera, un poco más grande que una maleta. Abrió la tapa con la punta de su sandalia. Un polvo blanco remolineó sobre tenedores, cucharas y cuchillos depositados sobre terciopelo púrpura. Dejó que la tapa volviera a cerrarse y regresó apresuradamente a la avenida.



Prácticamente corrió las siguientes tres manzanas de Brisbain, pasando junto a casas vacías y elegantes. Pero ahora era consciente de extensiones de césped a los lados con informes masas entre ellos, de ventanas que, más allá de las pálidas cortinas, estaban iluminadas como el cielo tras ellas.

Aún seguía sacando y metiendo la punta del bolígrafo. Lo guardó en el bolsillo de su camisa. Luego, en la siguiente esquina, lo volvió a tomar y se detuvo, muy inmóvil. Si ahora soplabla una ráfaga de viento, pensó, y producía algún sonido en aquella melancólica calle, iba a echarse a gritar.

No hubo viento.

Se sentó en el bordillo de la acera, abrió la primera página del bloc de notas.

*herir la ciudad otoñal*

Leyó una vez más. Volvió rápidamente la página hacia el lado en blanco. Miró hacia las cuatro siguientes calles, miró hacia las casas de la esquina. Inspiró aire entre encajados dientes, sacó la punta del bolígrafo y empezó a escribir.

En mitad de la tercera línea, sin apartar el bolígrafo del papel, volvió atrás para tachar todo lo que había escrito. Luego, cuidadosamente, copió dos palabras en la línea siguiente. La segunda era «yo». Muy cuidadosamente ahora, siguió escribiendo, palabra tras palabra. Tachó otras dos líneas, de las que salvó «tú», «giratorio» y «pavimento», incluyéndolas en una nueva frase que no tenía ningún parecido particular con las de la que procedían.

Entre líneas, mientras apretaba la punta de su bolígrafo contra el papel, su ojo se extravió hacia lo escrito en la página de al lado:

Es nuestra desesperación hacia las insuficiencias texturales del lenguaje la que nos conduce a realzar las estructurales hacia

—¡Annn! —en voz muy alta. No era una palabra hermosa en el contexto. Cubrió rápidamente aquella página del cuaderno con el periódico para evitar distracciones.

Manteniendo las dos últimas líneas en su cabeza, miró de nuevo a los edificios. (¿Por qué *no* vivir peligrosamente?) Escribió las últimas líneas de forma apresurada, anotándolas antes de que se dispersaran.

Escribió al principio: «Brisbain».

Alzó el bolígrafo de la «n» y se preguntó si la palabra tenía algún otro significado que el nombre de la avenida. Esperando que así fuera, empezó a copiar, con una letra tan clara como le fue posible, lo que había puesto. Alteró unas palabras en las últimas dos líneas («no me es posible» se convirtió en «no puedo») y cerró el cuaderno, desconcertado ante lo que había hecho.

Luego se puso en pie.

Golpeado por un vahído, vaciló y bajó del bordillo. Agitó la cabeza, y finalmente

consiguió mantener el mundo a sus pies en el ángulo correcto. Tenía agarrotadas la parte de atrás de las piernas: había estado sentado en una posición casi fetal durante prácticamente media hora.

El vahído pasó, el agarrotamiento siguió con él durante dos manzanas. También notaba dificultad en respirar. Aquello le puso en contacto con otra docena de pequeñas incomodidades que hasta entonces había ignorado. Así que no fue hasta después de otra manzana que se dio cuenta de que no sentía miedo.

¿El tirón en la parte de atrás de su tobillo derecho, o la inquietud mental? Desistió de ponderar lo preferible, miró el letrero de la calle, y observó que *Brisbain N* se había convertido en *Brisbain S*.

Clic-clic, clic-clic, clic-clic: se dio cuenta de lo que estaba haciendo y se metió el bolígrafo en el bolsillo de la camisa. A lo largo de la calle, a su lado, había un muro de piedra. Las casas al otro lado, con porches y césped y espaciosas y columnadas, tenían todas las ventanas rotas.

El coche —una cosa roma y marrón con al menos veinte años a cuestas— gruñó a sus espaldas.

Se sobresaltó, sorprendido, y se volvió.

Pasó por su lado, sin dejar ver ningún atisbo del conductor. Pero, dos manzanas más adelante, giró hacia una puerta.

Los ladrillos encima de él quedaban ocultos por las colgantes ramas de los sauces. Caminó de nuevo, pasando dos dedos a lo largo del mortero de unión.

La puerta era de mohoso latón, con púas en la parte superior, y cerrada. A diez metros más allá de los barrotes, el camino subía en una curva entre los pinos más hirsutos que jamás hubiera visto. La placa de latón, estriada de rosa por un reciente pulimento, decía: RoGER calkins.

Miró hacia los pinos. Volvió la vista hacia las otras casas. Finalmente siguió andando.

La calle terminaba en maleza. Siguió la pared, girando una esquina y metiéndose entre arbustos. Las ramas le pinchaban en la parte de atrás de las correas de su sandalia. Su pie desnudo se las apañaba mejor.

En el claro, alguien había apilado dos cajas, una sobre otra, contra el ladrillo: ¿unos niños detrás de fruta o para hacer alguna trastada?

Mientras trepaba (el bloc de notas y el periódico abandonados en el suelo), dos mujeres al otro lado del muro rieron.

Hizo una pausa.

La risa se acercó, se convirtió en una ahogada conversación. Un hombre lanzó una seca carcajada; la doble soprano recomenzó y se alejó flotando.

Apenas podía agarrarse al borde. Tiró de su cuerpo hacia arriba, flexionando los codos. Era mucho más difícil de lo que hacían en las películas. Los dedos de sus pies

arañaron el ladrillo. Se rascó rodillas y barbillas.

Sus ojos se asomaron por el borde.

El muro estaba cubierto de agujas de pino, ramitas, y una capa de vidrios rotos. Entre revoloteantes mosquitos vio las romas copas de los pinos y las redondeadas cabezas de los olmos. Aquella cosa gris, ¿era la cúpula de una casa?

—¡Oh, no puedo creerlo! —exclamó una invisible mujer, y rió de nuevo.

Le hormigueaban los dedos; sus brazos estaban temblando.

—¿Que jodida mierda crees que estás haciendo, chico? —dijo muy despacio alguien a sus espaldas.

Estremeciéndose, se bajó, y la hebilla de su cinturón se encalló en un saliente y se clavó en su estómago; los dedos de sus pies tocaron el borde de las tablas, luego la caja: trastabilló.

Y se apoyó contra la pared, mirando de soslayo.

Un tritón, una araña y algún monstruoso insecto, enorme y fuera de foco, le miraban con llameantes ojos como bulbos.

Inició un interrogativo:

—¿*Qu...*? —pero no pudo llegar a definir la última vocal.

—Sabes condenadamente bien —la araña del centro se extinguió; el alto pelirrojo dejó caer una pecosa mano de las cadenas que colgaban en torno a su cuello hasta su vientre— que se supone que no tienes que estar aquí arriba. —Su rostro era chato, su nariz ancha como la de un boxeador, sus labios abiertos, sus ojos como huevos rubios con deslustradas monedas de oro en su centro. Su otra mano, con las pecas ocultas entre pálido vello, sujetaba el extremo de un trozo de tubería.

—No estaba intentando entrar.

—Mierda —brotó del tritón de la izquierda, con un acento negro mucho más ominoso que el del pelirrojo.

—*Seguro* que no —dijo el pelirrojo. Su piel, muy bronceada, estaba salpicada por una galaxia de pecas. Pelo y barba eran puro rizo—. Sí, seguro. *Apuesto a* que no. —Agitó el trozo de tubería, golpeando su brazo al final del arco: las cadenas de su cuello resonaron—. Será mejor que bajes de aquí, chico.

Se dejó caer, con una mano aún en las cajas.

El pelirrojo agitó de nuevo la tubería: las apariciones que lo flanqueaban se acercaron, bamboleándose.

—¡Sí, será mejor que saltes!

—De acuerdo, ya estoy abajo. ¿Está bien así?

El escorpión rió, agitó la tubería, avanzó.

La bota recubierta de cadenas aplastó la esquina del bloc de notas, hundiéndola en la blanda tierra. La otra desgarró una de las esquinas del periódico.

—¡Vamos, ven...!

Se imaginó a sí mismo lanzándose hacia delante. Pero permaneció completamente inmóvil..., hasta que vio que la tubería, en su siguiente arco, iba a golpearle en la cadera... Se *lanz*ó hacia delante.

—¡Cuidado! ¡Se ha puesto su orquídea...!

Lanzó una cuchillada con su mano armada; el escorpión retrocedió; tritón y escarabajo giraron. No tenía la menor idea de dónde estaban debajo de sus aspectos. Lanzó su puño contra la escamosa simulación..., el puño penetró en ella y conectó brutalmente contra algo. Acuchilló con sus ojos al escarabajo en retirada. La araña se lanzó contra él. Se tambaleó en medio de centelleantes luces. Una mano alcanzó su mejilla. Parpadeando, vio un segundo y repentino rostro negro aparecer entre las escamas del tritón. Luego, algo golpeó su cabeza.

—¡Hey, te cortó, Escupitajo, hombre! —Era el fuerte acento negro, muy lejos ahora—. ¡Oh, hey, Escupitajo! ¡Realmente te cortó, Escupitajo! ¿Estás bien?

Él no estaba en absoluto bien. Estaba cayendo a un agujero negro.

—¡El hijo de madre! Le voy a dar por esto...

Golpeó el fondo.

Manoteando en aquel fondo lleno de hojas, halló finalmente los restos de un pensamiento: su orquídea colgaba de su cinturón. No había tenido tiempo de cogerla y...

—¿Se encuentra... bien?

... deslizar sus deformes dedos dentro del arnés, cerrar el collar en torno a su nudosa muñeca...

Alguien le sacudía por el hombro. Su mano se cerró sobre hojas húmedas. La otra estaba suspendida. Abrió un ojo.

El atardecer golpeó tan fuerte su sien que sintió náuseas.

—Joven, ¿se encuentra bien?

Abrió de nuevo los ojos. El pulsante atardecer se concentró en una cuarta parte de su cabeza. Se esforzó por alzarse.

El hombre, vestido de sarga azul, estaba sentado sobre sus talones.

—¡Señor Fenster, creo que está consciente!

Un poco más allá, un negro con una camisa deportiva estaba de pie en el borde del claro.

—¿No cree que deberíamos llevarle dentro? Mire su cabeza.

—No, no creo que debamos. —El negro se metió las manos en los bolsillos de sus pantalones.

Agitó la cabeza..., sólo una vez: dolía demasiado.

—¿Fue atacado, joven?

—Sí —dijo, con voz pastosa. Un asentimiento de cabeza le hubiera dado cinismo a su respuesta, pero no se atrevió.

El cuello blanco entre las solapas de sarga estaba adornado con una corbata extraordinariamente delgada. Unas sienes blancas bajo un pelo gris: el hombre tenía un acento inquietantemente próximo al británico. Recogió el bloc de notas. (El periódico se deslizó sobre las hojas.)

—¿Es suyo?

Otro espeso:

—Sí.

—¿Es usted estudiante? Es terrible, la gente atacada de este modo en pleno día y al aire libre. ¡Terrible!

—Creo que será mejor que vayamos dentro —dijo el negro—. Nos estarán esperando.

—¡Sólo un momento! —las palabras brotaron con sorprendente autoridad. El caballero le ayudó a sentarse en el suelo—. Señor Fenster, creo realmente que deberíamos llevar a este pobre hombre dentro. Es imposible que el señor Calkins ponga alguna objeción. Esto es una circunstancia excepcional.

Fenster se sacó unas oscuras manos de los bolsillos y se acercó.

—Me temo que no tiene nada de excepcional. Ya lo hemos comprobado, ahora volvamos dentro.

Con una fuerza sorprendente, Fenster tiró de él para ayudarlo a ponerse en pie. Su sien derecha estalló tres veces por el camino. Se agarró un lado de la cabeza. Había sangre seca en su pelo; y sangre húmeda en su patilla.

—¿Puede mantenerse en pie? —preguntó Fenster.

—Sí. —La palabra era como pastosa masa en su boca—. Oh..., gracias por mi... —casi agitó de nuevo la cabeza, pero recordó—... cuaderno.

El hombre de la corbata parecía sinceramente perplejo. Apoyó en su hombro una mano muy blanca.

—¿Está seguro de que se encuentra bien?

—Sí —automáticamente. Luego—: ¿Podría conseguir un poco de agua?

—Por supuesto. —Y luego, a Fenster—: Seguro que podemos llevarle dentro para darle un vaso de agua.

—No —Fenster habló con impaciente resignación—, no *podemos* llevarle dentro para darle un vaso de agua. —Terminó con la mandíbula encajada, los pequeños músculos claramente definidos en la oscura piel—. Roger es muy estricto. Tendrá que olvidarlo. Por favor, volvamos dentro.

El hombre blanco —¿cincuenta y cinco años? ¿sesenta?— inspiró profundamente.

—Yo..., lo siento... —Luego se dio la vuelta.

Fenster —¿cuarenta? ¿cuarenta y cinco?— dijo:

—Éste no es un buen vecindario para que permanezca en él, joven. Yo volvería al

centro tan pronto como pudiera. Lamento todo esto.

—Está bien —consiguió decir—. Me encuentro bien.

—Lo lamento de veras. —Fenster se apresuró tras el caballero mayor.

Les observó llegar a la esquina, doblarla. Alzó su enjaulada mano, la contempló entre las hojas. ¿Era por eso por lo que ellos...? Volvió a mirar hacia la calle.

Su cabeza pulsó gratuitamente.

Recogió el periódico y lo puso junto al bloc de notas, murmurando imprecaciones, y echó a andar.

Al parecer habían cruzado la puerta. Y la habían cerrado a sus espaldas. Hijos de madre, pensó. Las sombras se estaban condensando. Empezó a preguntarse cuánto tiempo llevaba fuera del parque. ¿Cuatro o cinco horas? Su cabeza le dolía terriblemente. Y se estaba haciendo oscuro.

También parecía como si fuera a llover... Pero el aire era seco y neutral.

Brisbain South acababa de convertirse en Brisbain North cuando vio, a una manzana de distancia, a tres personas correr de un lado de la avenida hasta el otro.

Estaban demasiado lejos para distinguir si llevaban cadenas en torno a sus cuellos. De todos modos, sintió que se le ponía la carne de gallina. Se detuvo con una mano apoyada a un lado de una farola. (El globo era una corona invertida de dentadas puntas de cristal, en torno al más pequeño y roto collar de la bombilla.) Notó que sus hombros se encajaban involuntariamente. Miró al cielo cada vez más oscuro. Y el terror de la vandálicamente destrozada ciudad lo asaltó: su corazón latió atronadoramente.

Sus sobacos estaban húmedos.

Respirando fuertemente, se sentó con la espalda apoyada contra la base de la farola.

Tomó el bolígrafo de su bolsillo y empezó a sacar y meter la punta. (Él *no había* puesto la orquídea en...) Al cabo de un momento, se detuvo para sacar el arma de su muñeca y volver a colocarla en una de las trabillas de su cinturón: caminar armado por las calles podía ser provocativo...

Miró de nuevo a su alrededor, abrió el bloc de notas, giró rápidamente, pasando «Brisbain», hasta una página en blanco, más o menos a la mitad.

«El carbón,» escribió, en letra pequeña, «como los cuerpos de escarabajos quemados, se apilaba debajo de la brillante pared negra de la casa en la esquina más alejada.» Se mordió el labio y siguió escribiendo: «La húmeda nitidez de la tapicería carbonizada cortaba el pungente hedor general de la calle. Del irradiante agujero en la ventana del sótano una gris voluta de humo se enroscaba en la acera, dispersada antes» en este punto tachó las dos últimas palabras y las sustituyó, «se vaporizaba en la cloaca. A través de otra ventana» y tachó *ventana*, «aún intacta, algo parpadeaba. Este único edificio ardiendo en medio de docenas de otros edificios intactos era,» se

detuvo y empezó a escribirlo todo de nuevo:

«Carbón, como los cuerpos de escarabajos, se apilaba debajo de la brillante pared. La nitidez de la tapicería carbonizada cortaba el pungente hedor de la calle.» Luego volvió atrás y tachó «los cuerpos de», y siguió: «De la rota ventana de un sótano, una voluta gris se enroscaba en la acera para vaporizarse en la cloaca. A través de otra, intacta, algo parpadeaba. Este edificio incendiado,» tachó esto para sustituirlo. «Este incendio singular en medio de docenas de edificios intactos,» y sin interrumpir el movimiento de su mano rasgó repentinamente toda la página del cuaderno.

Sostuvo bolígrafo y arrugado papel en la mano; respiraba pesadamente. Al cabo de un momento, alisó el papel y, en una nueva página, empezó a copiar otra vez:

«El carbón, como escarabajos apilados bajo la brillante pared...»

Dobló el arrugado papel en cuatro y lo metió en la parte de atrás del bloc de notas cuando hubo terminado la siguiente revisión. En la otra cara, el anterior propietario del cuaderno había escrito:

*... primero salir. No refleja mi vida diaria. La mayor parte de lo que ocurre hora tras hora es quietud y silencio. Permanecemos sentados la mayor parte del tiempo*

Hizo otra mueca y cerró la tapa.

La bruma se había vuelto azulada. Se levantó y echó a andar calle adelante.

Varias manzanas más tarde identificó la extraña sensación: Aunque estaba haciéndose definitivamente de noche, el aire no se había enfriado en lo más mínimo. Un frágil humo le envolvía como una manta neutralizadora.

Delante, pudo ver los edificios más altos. El humo había mordisqueado los pisos superiores. Furtivamente, descendió por la herida ciudad.

Esta bruma no me ofrece ninguna protección; es más bien una rejilla refractaria a través de la cual ver la violenta máquina, explorar la tecnocracia del propio ojo, hacer espeleología del canal semicircular. Estoy viajando por mi propio nervio óptico. Cojeando en una ciudad sin origen, buscando un día sin sombra, ¿me siento engañado por el inconstante emblema? No me gusta el dolor. Con tal desorientación no hay forma de medir el ángulo entre unas líneas de visión paralelas tan juntas, cuando enfocas hacia algo a una distancia tan grande.

—¡Aquí estás! —Corrió entre los leones, cruzó la calle.

Él se volvió, sorprendido, junto a la farola.

Ella tomó su mano entre las dos suyas.

—No creí volver a verte antes de... ¡Hey! ¿Qué te ocurrió? —Su rostro se crispó en las sombras. Perdió el aliento.

—Me golpearon.

Ella soltó su mano; alzó los dedos, rozó su rostro.

—Ay...

—Será mejor que vengas conmigo. ¿Qué demonios te hicieron?

—¡Nada! —aventó algo de su indignación.

Ella tomó de nuevo su mano para conducirlo.

—Hiciste *algo*. A la gente no la golpean por nada.

—En esta ciudad —se dejó llevar— sí.

—Por aquí. No. Ni siquiera en esta ciudad. ¿Qué ocurrió? Hay que lavarte esto. ¿Llegaste hasta Calkins?

—Sí. —Caminó a su lado; la mano de ella en torno a la suya estaba casi dolorosamente apretada..., luego, como si se diera cuenta del hecho, aflojó la presión

—. Estaba mirando por encima del muro cuando me descubrieron esos escorpiones.

—¡Ohhh! —Aquello pareció explicarlo todo para ella.

—¿«Oh» qué?

—A Roger no le gustan los curiosos.

—¿Así que pone escorpiones para que patrullen su fortaleza?

—No me sorprendería. A veces les pide protección.

—¡Hey! —Se soltó; ella se dio la vuelta. En las sombras, sus ojos, al mirarle, eran tan vacíos como los de los leones. Intentó formular una protesta, pero ella simplemente se puso a su lado. Echaron a andar de nuevo, sin tocarse en la oscuridad.

—Aquí dentro.

—¿Aquí dentro dónde?

—¡Aquí! —Le hizo dar la vuelta, con una mano en su brazo.

Y abrió a su lado una puerta que él no había visto. Alguien que no era más que una parpadeante silueta dijo:

—Oh, eres tú. ¿Qué ocurre?

—*Mírale* —respondió Lanya—. Escorpiones.



—Oh. —Chaqueta de cuero, gorra... y pantalones de cuero: unos largos dedos cerraron la puerta—. Llévalo dentro. Pero no armes mucho follón, ¿eh?

—Gracias, Teddy.

Sonaban voces al final del salón. Los destellos de luz en los adornos de la ropa de Teddy procedían de velas en candelabros de hierro.

La siguió.

Al extremo de la barra el gritito de una mujer estalló en una risa. Tres de los hombres que la rodeaban, riendo también, se abrieron como brillantes pétalos negros: cuatro quintas partes de los presentes llevaban cuero, entre dispersas chaquetas de dril. La mujer se había puesto a charlar con un hombre alto que vestía un abultado suéter púrpura. La luz de las velas ponía tonos alheña en su pelo y ensombrecía sus ojos.

Otra mujer que sujetaba un vaso con ambas manos, con un mono y botas de constructor, avanzó insegura entre ellos, reconoció a Lanya y entonó:

—Cariño, ¿dónde has estado toda la semana? Oh, no sabes cómo ha bajado la clase de este lugar. Los chicos me han dejado hecha unos zorros. —Y siguió su vacilante camino.

Lanya le condujo a través de la concentración de cuero. Un grupo que se dirigía hacia el bar les empujó contra una de las mesas de un lado.

—Hey, chicos —Lanya se apoyó sobre sus nudillos—, ¿podemos sentarnos aquí un minuto?

—¿Lanya...? Por supuesto —dijo Tak, y entonces le reconoció a él—. ¡Jesús, Chico! ¿Qué demonios te ha *ocurrido*? —Se inclinó hacia delante en su silla—. Vamos, ven. Siéntate.

—Sí... —se sentó.

Lanya estaba abriéndose camino entre la gente:

—Tak, Chicco... ¡vuelvo en seguida!

Depositó el bloc de notas y el periódico encima de la mesa de madera, metió las manos entre las sombras que arrojaban las velas entre sus candelabros de hierro, hundió su pie desnudo en aserrín.

Tak, tras mirar a Lanya mientras se alejaba, se volvió hacia él.

—¿Te dieron una paliza? —La visera de su gorra seguía enmascarando la parte superior de su rostro.

Asintió a un rostro sin ojos.

Tak apretó los labios bajo la sombra de la visera. Agitó la cabeza.

—¿Escorpiones?

—Sí.

El joven al otro lado de la mesa tenía las manos apoyadas sobre sus piernas.

—¿Qué consiguieron de ti? —preguntó Tak.

—Nada.

—¿Qué esperaban conseguir?

—No lo sé. Mierda. Supongo que simplemente deseaban pegarle un poco a alguien.

Tak agitó la cabeza.

—No. Eso no tiene sentido. No con los escorpiones. Todo el mundo por aquí está demasiado atareado intentando sobrevivir para dedicarse a golpear a la gente por pura diversión.

—Subí hasta la casa de Calkins, y estaba intentando mirar por encima del muro. Lanya dijo que el hombre mantiene a esos bastardos patrullando sus malditos muros.

—Oh, sí. —Loufer agitó un dedo por encima de la mesa—. Es exactamente lo que te estaba diciendo, Jack. Éste es un extraño lugar, quizá más extraño que cualquier otra cosa que hayas visto en tu vida. Pero tiene sus reglas. Lo único que necesitas es descubrirlas.

—Mierda —repitió, indignado ante el hecho de que todo el mundo le preguntara sobre el incidente—. Me dejaron suave.

—Parece que sí. —Tak se volvió en la mesa—. Jack, quiero que conozcas al Chico. Jack acaba de llegar a la ciudad esta tarde. El Chico vino ayer.

Jack se inclinó hacia delante y tendió un brazo.

—Hola. —Estrechó la pequeña y bronceada mano de Jack.

—Jack es un desertor del ejército.

Ante aquellas palabras Jack miró a Tak con desánimo, luego lo cubrió con una azarada sonrisa.

—Oh..., hola —dijo con una voz recién salida de Arkansas. Su camisa deportiva de manga corta estaba muy planchada. El pelo, cortado muy corto al estilo militar, casi desaparecía en las sienes—. Sí, soy un maldito desertor, como él dice.

—Esto es estupendo. —Entonces se dio cuenta de lo estúpido que sonaba aquello, y él también se sintió azarado.

—Tak ha estado intentando contarme cómo son las cosas por aquí —señaló Jack. O bien no se había sentido ofendido, o simplemente no había escuchado—. Tak es mucho más listo que yo, ¿sabes? Resultan curiosas las cosas aquí, ¿no crees?

Asintió.

—Iba a ir a Canadá. Pero alguien me habló de Bellona. Dijo que era un lugar realmente interesante, ¿sabes? De modo que pensé que valía la pena pararme en él. De camino. —Miró a su alrededor, escrutando todo el bar. La mujer chilló de nuevo: el angora púrpura la había abandonado. Su chillido se transformó predeciblemente en otra risa, y se sentó, sola, agitando su pelo rojo oscuro sobre su bebida—. Nunca había visto un lugar como éste. ¿Y tú? —Jack le traspasó la conversación.

—Oh, apuesto a que no —interceptó Tak—. Bueno, ¿sabes?, el Chico, aquí, tiene

mi edad. Probablemente habrás pensado que era más joven que tú. Jack tiene veinte años. Ahora, seriamente, ¿cuántos años dirías que tiene el Chico?

—Hum..., oh, no sé —dijo Jack, y pareció confuso.

(Deseaba mirar de nuevo al rostro en sombras del ingeniero, pero todavía no.)

—¿Dónde demonios te fuiste esta mañana, de todos modos?

Un perro ladró en alguna parte del bar.

A punto de volverse para contestarle a Tak, miró hacia el ruido. Unas pezuñas arañaron el suelo; luego, emergiendo por entre las piernas de la gente cercana a ellos, asomó un negro hocico y unos hombros.

Alzó un brazo ante los ladridos.

Al mismo tiempo llegó Lanya:

—¡Hey, vamos, muchacha!

Algunas otras personas se habían vuelto para contemplar al animal ladrar hacia su mesa.

—Vamos. Tranquila. —Lanya acarició la agitada cabeza, el negro hocico—. ¡Estáte quieta! Tranquila, ahora. —La perra intentó liberar su cabeza. Ella sujetó su mandíbula y la agitó afectuosamente—. ¿Por qué armas tanto escándalo? Chiss, ¿me oyes? ¡Chiss! —La perra apartó sus ojos castaños de la mesa, miró a Lanya, de nuevo a la mesa. Los puntos brillantes de las velas se deslizaron en sus negras pupilas. Lamió la mano que la sujetaba—. Así. Estáte quieta. —En la otra mano llevaba un fajo de húmedas toallitas de papel. Se sentó, las depositó sobre la mesa; gotearon en la madera.

Las manos de Jack volvían a estar sobre sus piernas.

Tak alzó su gorra; la sombra descubrió sus grandes ojos azules. Agitó la cabeza y chasqueó desaprobadoramente la lengua.

—Oh, *vamos* —dijo una vez más Lanya a la perra.

El animal aguardó debajo de la mesa, jadeando.

Tendió la mano hacia la negra cabeza. El jadeo se detuvo. Pasó sus dedos por el áspero pelo, las hirsutas cejas. La perra se volvió para lamer la yema de su pulgar.

—Ajá —dijo él—. Tranquila.

—¿Os está molestando Muriel? —Angora Púrpura inspiró una silbante bocanada de aire—. Le dije —hizo un gesto a la mujer en la barra— que no debía traerla *dentro*. Muriel aún no está bien entrenada. Se excita fácilmente. Pero ella la *trae* aquí dentro cada noche. Espero que no os haya molestado.

Lanya adelantó de nuevo una mano para acariciar la cabeza de la perra.

—¡Es una vieja amiga! No molesta a nadie.

—Bien, gracias. —Angora Púrpura se inclinó para arrastrar a Muriel detrás de la barra por el collar. Miró una vez hacia ellos, con el ceño fruncido...

—Veamos si podemos limpiar un poco todo esto que tienes en el rostro —dijo

Lanya, frunciendo el suyo.

—¿Eh? Oh, sí. —Tomó una toallita y la llevó a su sien; escoció. El agua rodó por su cara.

Se limpió la sangre de su mejilla. Tomó otra toallita (la primera tenía ahora un color completamente púrpura) y se limpió de nuevo el rostro.

—Hey —dijo Jack—. Creo que estás... —con un gesto vago.

—¡Señor! —dijo Lanya—. Traeré más toallitas.

—¿Eh? ¿Estoy sangrando de nuevo?

Tak sujetó su mandíbula y le hizo volver el rostro.

—Claro que sí —y apretó otra toallita contra su cabeza.

—¡Hey! —Tendió una mano hacia el brazo de Lanya—. Mira, déjame ir simplemente al lavabo de caballeros. Lo arreglaré.

Ella volvió a sentarse.

—¿Estás seguro...?

—Sí. Volveré en un momento. —Con una mano sujetó la toallita de papel contra su rostro; con la otra tomó el bloc de notas. («¿Qué le ocurrió?», estaba preguntando Tak a Lanya. Y Lanya se inclinaba hacia él para responder.) Se abrió camino entre la gente que le rodeaba, en dirección al lugar donde tenían que estar los servicios de caballeros.

Tras él empezó a sonar música, llena de estática como en una vieja radio; sonaba como si alguien hubiera puesto en marcha un tocadiscos antiguo. Se volvió frente a la puerta del lavabo.

Se habían encendido unas luces de neón en una jaula suspendida detrás de la barra. (El rostro pelirrojo —¿cuarenta y cinco años? ¿cincuenta?— tenía un color amarillo jabón bajo el resplandor: «¡Muriel! ¡Vamos, Muriel, estáte quieta!» La ladrante fugitiva se inmovilizó, y Jersey Púrpura volvió a sentarse.) A través de la negra cortina surgió un muchacho con un taparrabo de lame plateado. Empezó a bailar en la jaula, agitando las caderas, moviendo las manos, alzando los pies. Su pálido pelo color ceniza estaba moteado con brillantes destellos, que caían por su húmeda frente. Sonreía ampliamente, con la boca abierta, los labios temblando con la danza, a los clientes que se apiñaban junto a la barra. Sus cejas estaban pintadas de plata.

La música, se dio cuenta entre la estática, era un popurrí de Dylan interpretado por algo parecido a la orquesta de cuerda de Melachrino. El «muchacho» podía tener entre los quince y unos flacos treinta y cinco años. En torno a su cuello colgaban brillantes tiras de espejos, prismas, lentes.

Entró en el cuarto de baño en el momento en que un fornido hombre con una chaqueta militar salía subiéndose la cremallera de los pantalones.

Cerró por dentro la puerta, depositó su bloc de notas sobre el cuarteado bidé de

porcelana (había dejado las toallitas sobre la mesa), se miró al espejo y dijo:

—*Cristo...*

Abrió del todo el grifo, el agua fría sólo goteó sobre el manchado lavabo. Tiró de las toallitas de papel, que protestaron rasposamente en su contenedor, y las dejó empapar. Unos minutos más tarde el lavabo estaba completamente manchado de sangre; el desgastado linóleo mostraba salpicaduras; pero su rostro estaba libre de sangre seca y goteante.

Sentado en el water, con los pantalones en torno a sus tobillos, la camisa abierta, giró hacia arriba un pequeño espejo a la altura de su estómago y miró a un fragmento de su rostro con un ojo en él. El agua perlaba sus pestañas.

Parpadeó.

Su ojo se abrió para ver caer la gota, rosada con sangre diluida, y golpear el cristal, esparciéndose por los callosos dedos que lo sujetaban.

Dejó el espejo a un lado, cogió el bloc de notas del bidé, lo apoyó sobre sus muslos y tomó el bolígrafo. El alambre del lomo se apretó contra su piel:

«*Murielle*»

Dudó respecto a la forma cómo se escribía, pero siguió:

«Vistos a través de la sangre, sus claros ojos...» Tachó metódicamente «claros», hasta que fue una gruesa barra. Frunció el ceño, releyó, volvió a escribir «claros», y siguió. Agitó la cabeza, se inclinó hacia delante. Su pene golpeó contra la fría porcelana. De modo que se echó hacia atrás en el asiento; volvió a escribir toda la línea.

Alzó una vez la vista: una vela encima de la repintada ventana estaba goteando.

«La vela,» escribió, «me hace recordar lo que he visto a la luz de la luna...» Frunció el ceño, y lo sustituyó por un pensamiento completamente distinto.

—¡Hey! —Unos golpes en la puerta le hicieron alzar la vista—. ¿Estás bien ahí dentro, Chico?

—¿Tak?

—¿Necesitas ayuda? Lanya me ha enviado a ver que no te hubieras caído. ¿Estás bien?

—Sí, muy bien. Saldré dentro de un minuto.

—Oh. Estupendo. De acuerdo.

Volvió a mirar la página. De pronto garabateó en la parte de abajo: «No me dejarán terminar este maldito...» Se detuvo, rió, cerró el cuaderno y devolvió el bolígrafo a su bolsillo.

Se inclinó hacia delante sobre sus rodillas y se relajó: los prolongados chapoteos le sorprendieron. No había papel higiénico.

De modo que utilizó una toallita mojada.

La luz destellaba en las caderas del bailarían, en su oscilante pelo, en su sudoroso

rostro. Pero la gente había reanudado sus conversaciones.

Se abrió camino entre ella, mirando a la jaula.

—Bueno, realmente tienes un aspecto *mucho* mejor —dijo Lanya.

Jack dijo:

—Hey, os he pedido a ti y a tu amiga una cerveza. Una para ti también, porque no quería que pensaras..., bueno, ya sabes.

—Oh —dijo—. Claro. Gracias.

—Quiero decir que Tak no me ha dejado pedir nada durante toda la tarde. Así que pensé que podía ofrecerlos a ti y a tu amiga una cerveza.

Asintió y se sentó.

—Gracias.

—Sí, gracias —dijo Lanya.

—Es una chica encantadora.

Lanya le lanzó una breve mirada de Y-bien-qué-puedes-hacer-tú por encima de la mesa y bebió.

La música gruñó y se detuvo en medio de una frase: la gente aplaudió.

Jack señaló la jaula con la cabeza, donde el bailarín jadeaba.

—Juro que nunca había visto un lugar como éste. Realmente es demasiado, ¿sabéis? ¿Tenéis muchos lugares así en Bellona?

—*Teddy's* es el único e inimitable —dijo Tak—. No hay ningún otro lugar como él en todo el Mundo Occidental. Era un bar normal y corriente antes. La forma en que ha mejorado es algo increíble.

—Realmente increíble, sí —repitió Jack—. Simplemente, nunca había visto nada así.

Lanya dio otro sorbo a su botella.

—Después de todo, no vas a morirte por ello. —Sonrió.

Él saludó con la suya y la vació de un tercer sorbo.

—Espero que no.

De pronto, Tak se volvió en su silla.

—¡Esto es insoportable! Este maldito lugar es un horno. —Se quitó la chaqueta, la colgó en la parte de atrás del banco, luego apoyó un tatuado brazo en la mesa—. Ahora está un poco mejor. —Se frotó el velludo prado de su pecho y bajó la mirada—. Estoy sudando como un cerdo. —Se deslizó hacia delante, con el fruncido estómago contra el sobre de la mesa, y dobló los brazos—. Sí, esto está un poco mejor. —Seguía llevando su gorra.

—Jesús —dijo Jack, mirando a su alrededor—. ¿Te dejan hacer esto aquí?

—Me dejarían quitarme los malditos pantalones y bailar sobre la jodida mesa —dijo Tak—, si quisiera. ¿No me dejarían, Lanya, chiquilla? Díselo.

—Tak —dijo Lanya—, me gustaría ver eso. Realmente me gustaría. —Se echó a

reír.

—¡Huau! —dijo Jack.

El bailarín estaba bajando de la jaula a la barra; hizo un chiste con alguien de abajo; alguien le tendió una mano, y *saltó con ligereza*.

En la puerta había un grupo que acababa de entrar.

Un par de hombres vestidos con cuero escoltaban a un negro alto con una camisa caqui: incluso a la luz de las velas, el sudor manchaba los costados de su camisa. Otros negros a su alrededor llevaban trajes y corbatas. Había gente uniendo mesas.

La risa pelirroja cruzó la barra. Apoyó sus manos en los amplios hombros caqui del negro. Él la abrazó; ella se debatió bajo su *abrazo*, aún riendo. Muriel ladró entre sus rodillas.

El sepulcral Teddy, como una planta enfundada en cuero, trajo botellas, retiró sillas. El negro alto se dejó caer sobre una; sus puños golpearon como piedras el sobre de la mesa. Otros se sentaron a su alrededor. Se echó hacia atrás, estiró los brazos, y cogió a la mujer con el mono con uno y al resplandeciente bailarín con el otro. Todos rieron. La mujer intentó no derramar su bebida y empujó la tosca y negra cabeza. El bailarín chilló: «¡Ooooo!». Su taparrabo se rompió. Tiró de la cuerda en torno a su blanca cadera, apartó a un lado el trozo de tela, y giró, soltándose del brazo que le sujetaba. Una negra mano dio una palmada a sus posaderas blancas como el yeso. El bailarín hizo una finta, lanzó hacia atrás una mirada venenosa que terminó con un guiño, se echó la plateada tela sobre el hombro y se alejó contoneando las nalgas.

—¡Jesús! —dijo Jack desde el otro lado de la mesa.

El rizado vello encima de los bamboleantes genitales del bailarín estaban espolvoreados con algo centelleante.

Teddy avanzó por entre las unidas mesas, sirviendo. Otras personas se acercaban para charlar, se iban para beber.

Lanya, ante su desconcertada mirada, le explicó:

—Ése es George Harrison. ¿Sabes...?

Asintió.

—Oh.

—¡Jesús! —repitió Jack—. Tenéis todo tipo de gente en un lugar como éste, ¿sabéis? Quiero decir, todo tipo. Eso no podría ocurrir allí de donde vengo. Es —miró a su alrededor— encantador, ¿no? —Bebió más cerveza—. Todo el mundo tan amistoso.

Tak apoyó la bota en el banco y puso su brazo encima de su rodilla.

—Hasta que empiecen a hacer pedazos el lugar. —Alzó la botella, dejando que el líquido cayera en cascada en su abierta boca—. Hey, ¿queréis venir a mi casa? Sí, ¿por qué no venís todos conmigo? —Dejó la cerveza—. Jack, Lanya, tú también,

Chico.

La miró para ver si ella deseaba ir.

Pero Lanya estaba bebiendo de nuevo cerveza.

—Sí, vamos. —Tak apuntó un dedo hacia ella, de modo que cuando bajó la botella de su boca, ella miró al ingeniero y frunció el ceño—. No *vas* a quedarte sentada *aquí* toda la noche y competir con las Trotonas del Cañón Emboscado, ¿no?

Lanya se echó a reír.

—Bueno, si realmente quieres que vaya, de acuerdo.

Tak dio una palmada sobre la mesa.

—Estupendo. —Se inclinó hacia delante y susurró—: ¿Sabéis?, es realmente una zorra orgullosa. Cuando acostumbraba a merodear por aquí, no hubiera permitido ser vista ni muerta con tipos como yo. Pero después de que empezamos a conocernos, las cosas no fueron tan malas. —Sonrió por encima de la mesa.

—Tak, *no soy* orgullosa. ¡*Siempre* he hablado contigo!

—¡Sí, sí, al igual que tu viejo! —Tak apuntó con un dedo—. ¿Es *él* ahora tu viejo? —Se echó a reír—. Vamos. Una cena de última hora en casa de Tak Loufer. Tak Loufer va a dar una fiesta. Jack, hablabas de lo hambriento que estabas.

—Bueno —dijo Jack—, no sé si...

Lanya se volvió bruscamente hacia él.

—¡Oh, vamos! *Tienes* que venir con nosotros. Acabas de llegar. Tak quiere enseñarte el lugar. —Radiaba.

—Bueno... —Jack le sonrió a la mesa, a Tak, a los candelabros.

—Te daré algo de comer —dijo Tak.

—Demonios, no estoy tan...

—¡Oh, vamos! —insistió Lanya.

(Apoyó sus manos sobre el bloc de notas, manchado de sangre y carbón, hasta donde el periódico se asomaba por los bordes...) Lanya se inclinó sobre la mesa y apoyó la punta de un dedo sobre su calloso pulgar. Él alzó la vista. Tak se estaba poniendo en pie para irse. Jack:

—Bien, de acuerdo —terminando su cerveza. Tak tomó su chaqueta del banco. Lanya se levantó.

Tomó el periódico y el bloc de notas y se puso en pie también, al lado de ella. Jack y Tak (observó de nuevo la yuxtaposición de sonidos) abrieron la marcha. Ella le dio un apretón en el brazo y susurró:

—Diría que acabo de ganarme mi cena, ¿no crees?

Pasaron junto al grupo de Harrison.

—¡Hey, mirad dónde va el Lobo de Hierro! —Harrison sonrió tras una mano de cartas.

—Ve a ahogarte, mono —gruñó Tak como respuesta—, o le diré a todo el mundo



que mantienes...

Harrison echó sus cartas sobre la mesa y estalló en una risotada..., y entonces el bailarín de pelo plateado saltó en medio de ellos, con el taparrabo de nuevo en su sitio; sujetó a Lanya por el brazo.

—Querida, ¿cómo te las arreglas para irte siempre de aquí con *todos* los hombres hermosos? ¡Vamos, todo el mundo! Una *gran* sonrisa para vuestra madre... ¡Fabuloso! ¿Puedo venir yo también?

Tak agitó su chaqueta, y la cabeza plateada hizo una finta.

—Lárgate de aquí.

—¡Oh, mirad, cree que ella es la más hermosa del lugar, con ese peludo pecho suyo!

Pero se abrieron camino hacia la puerta.

La pelirroja y Angora Púrpura estaban hablando en voz baja junto a la pared. Muriel, jadeando, estaba tendida entre sus pies. Las parpadeantes velas trazaban estriadas líneas en el rostro amarillo de la mujer. No estaba tan ajada, se dio cuenta mientras pasaban por su lado, no era tan vieja. Pero la aspereza de su piel bajo la incierta luz sugería una artificiosidad mal colocada. Sobre su chaqueta (no lo había visto antes, y se preguntó cómo le había pasado por alto; a menos que la simple profusión le hubiera hecho pensar que era alguna otra cosa) había vueltas y vueltas y vueltas de la extraña cadena que Faust, Pesadilla, el bailarín, y por supuesto él mismo, llevaban.

Muriel ladró.

Salió al vestíbulo, detrás de Lanya, delante de Jack.

Teddy les sonrió, como un cráneo mecánico debajo de su gorra, y les mantuvo la puerta abierta.

La muchacha muy rubia en el bordillo de la acera se mordió un nudillo y les miró con intensidad.

El frío era sorprendente.

Estaba tanteando con la mano para asegurarse de que la orquídea colgaba todavía de la trabilla de su cinturón cuando ella dijo:

—Discúlpenme, lamento profundamente molestarles, pero, ¿estaba —su rostro tenía una expresión de inseguridad— George Harrison... ahí dentro? —La inseguridad desapareció por completo. Sus ojos grises eran muy brillantes.

—¿Eh? Oh, sí. Está dentro.

Un delicado puño se aplastó en una delicada barbilla; parpadeó.

Detrás de él, Jack estaba diciendo:

—Jesús, ¡mira eso!

—¡Hey, eso es algo! —dijo Tak.

—¿Dice que *está* ahí dentro? ¿George Harrison, el hombre grande de color?

—Sí, está dentro.

En aquel momento Lanya tiró de su brazo.

—¡Chicco, *mira* eso! ¿Lo has visto?

—¿Eh? ¿Qué? —Alzó la vista.

El cielo...

Oyó ruido de pasos, bajó los ojos: la chica rubia se apresuraba calle abajo. Frunciendo el ceño, volvió a mirar hacia arriba.

... estriado de negro y plata. El humo, tan bajo e ilimitado antes, se había entretejido en ondulaciones, desgarrado y empujado por algún viento alto que no llegaba hasta la calle.

Asomos de una luna arrojaban una plateada tela de araña sobre deshilachada bruma.

Chocó contra el hombro de Lanya (ella también había mirado hacia la chica), cálido contra su costado. Su corto pelo rozó su brazo.

—¡Nunca había *visto* nada así antes! —Y luego, con voz más fuerte—: Tak, ¿ha habido algo así antes?

(Algún día voy a morir, pensó de forma irrelevante, pero apartó el pensamiento.)

—¡Maldita sea! —Loufer se quitó la gorra—. No desde que estoy aquí. —Llevaba la chaqueta colgada sobre su hombro, sujeta por un dedo—. ¿Qué dices de eso, Jack? Quizá sea el desmoronamiento final.

Se dirigieron hacia la esquina, aún mirando.

—Ésa es la primera vez que veo aquí la... —y Lanya se detuvo.

Todos se detuvieron. Tragó saliva, dificultosamente: con la cabeza echada hacia atrás, agitó incómodamente su nuez de Adán.

A través de una rendija acababa de aparecer el disco lunar; luego, en la abertura agitada por el viento, ¡vio una *segunda* luna!

Más baja en el cielo, más pequeña, se hallaba en alguna fase del creciente.

—¡Jesús! —dijo Jack.

El humo volvió a unirse de nuevo, se desgarró.

—¡Esperad un maldito minuto! —dijo Tak.

De nuevo la noche se vio iluminada por el más pequeño pero claro creciente lunar. Unas pocas estrellas brillaban junto a él. El humo se cerró aquí, se abrió allí: la gibosa luna brilló sobre él.

Ante la puerta del bar se había formado otro grupo, inclinando la cabeza hacia la noche violada. Dos de ellos, pasándose una botella, miraron.

—¿Qué demonios —el cielo se abrió de nuevo bajo dos luces, creciente y casi llena— es eso? —preguntó Tak.

Alguien dijo:

—¿Qué *crees* que es, un sol?

—¡La luna! —Uno hizo un gesto con su espumeante botella.

—Entonces, ¿qué es *eso*?

Uno tomó la botella de la otra mano.

—Eso es otra... ¡es una George!

Se tambalearon, derramando licor.

Alguien del grupo rió.

—¿Has oído eso, George? ¡Le han dado tu nombre a una maldita luna! —y de entre las risas y la charla brotó otra risa, más estruendosa.

Lanya se apretó más contra él.

—Jesús... —susurró Jack de nuevo.

—No según ellos —dijo Tak—. Vámonos.

—¿Qué es? —preguntó Lanya de nuevo.

—Quizá sea algún tipo de reflejo. —Flexionó los dedos en torno a su pequeño hombro—. O uno de esos globos meteorológicos. Como los que acostumbraban a creer que eran platillos volantes.

—¿Reflejado *de* qué, y *sobre* qué? —preguntó Tak.

Los jirones de humo giraban, dejando ver una u otra luna, y ocasionalmente las dos. Ahora había una ligera brisa. El cielo estaba sanando. Sobre la mitad del cielo las nubes ya habían cuajado. Sonaron voces en la puerta del bar:

—¡Hey, hemos descubierto una luna! ¡Y la hemos llamado George!

—¡Brilla, brilla George el cosechador...!

—¡Oh, vamos, hombre, June y George no riman!

(—Tak y Jack sí —susurró Lanya, rió, y sacó la armónica de su bolsillo.)

—Pero *recuerda* lo que le ha hecho a esa chiquita blanca...

—¡Oh, mierda, *ése* era su nombre!

Lanya destiló unas notas de la armónica en su oído. Se apartó.

—¡Hey...! —Y volvió a acercarse a ella, turbado. Ella alzó una mano y agarró su dedo índice. Algo cosquilleó en su nudillo. Ella estaba pasando suavemente sus labios por la ruina de la falange de su pulgar. Los gritos murieron tras ellos. Sobre sus cabezas, las luces se apagaron con el regreso de las nubes. Ella tocó una música lánguida junto a su pecho, siguiendo al ex-soldado y al ex-ingeniero. Su movimiento le empujó. Ella se detuvo para decirle:

—Hueles bien.

—¿Eh? Sí, imagino que apesto —e hizo una mueca.

—No, de veras. Hueles bien. Como una pera que alguien hubiera macerado en coñac.

—Eso es lo que ocurre cuando vagas por ahí durante tres semanas y no puedes darte un baño.

Ella olisqueó la parte interior de la articulación de su brazo. Pensó que era

curiosamente divertida. Y aquello le gustó. Y se dio cuenta de que era porque ella hacía más fácil que le gustara... lo que fuera; y se salió de sus pensamientos intentando no sonreír. Ella tocaba improvisando.

Se palmeó la cadera con el periódico y el bloc de notas, hasta que recordó a John, que no le caía bien, y dejó de hacerlo.

BUSCA alguna sombra en esta bruma doblemente iluminada. Una oscura comunión en las ardientes calles entre el paisaje y los punzantes sentidos sugiere agonías más estériles. Las nubes fuera de control condensan anticipación. ¿Qué utilidad pueden tener para ninguno de nosotros *dos* lunas? El milagro del orden ha desaparecido y estoy abandonado en una ciudad carente de milagros donde cualquier cosa puede ocurrir. No necesito más insinuaciones de desorden. *¡Tiene* que haber más que eso! Busca el humo para hallar la base del fuego. No leas en los tizones ni éxito ni desesperación. Este filo de hastío es igual de brillante. Paso junto a él, penetro en el oscuro borde. Ahí está el engañoso calor que no pregunta nada. Hay objetos perdidos a la doble luz.

Con la jovialidad de su avance por entre las calles nocturnas, las repetidas exclamaciones y especulaciones sobre los satélites gemelos, los momentos en la oscura escalera de Tak —el ruido de pasos resonando a su alrededor, abajo, a través, subiendo—, se dio cuenta de que no recordaba el portal por el que habían entrado saliendo de la noche, excepto el recuerdo de su salida que le quedaba aún de la mañana.

—¡Una gran idea! —Lanya, tras él, respiraba pesadamente—. ¡Una fiesta de George Llena!

—Sí George era la llena —dijo Tak—. Perdón: gibosa.

—¿A qué altura vives? —preguntó Jack, a la cabeza.

La orquídea golpeaba contra su cadera. Bloc de notas y periódico —todavía no había leído nada de este último— seguían sujetos a sus pegajosos dedos.

—Llegaremos dentro de un... No. He contado mal. —Al cabo de un momento—. ¡Ya estamos! ¡Venid! ¡Empieza la fiesta!

Metal crujió contra metal.

Tanto Lanya, detrás, como Jack, delante, estaban riendo.

Encima hay luz. ¿Qué otra cosa lanza esta ciudad hacia su nubosa cobertura, de sus farolas que funcionan mal, de la que brota tentativamente de las mal encajadas puertas y ventanas, de las llamas? ¿Es suficiente para iluminar otro brillante, breve, tambaleante, pero menos que estándar cuerpo?

DEPOSITÓ la botella de vino en la pared del tejado, que le llegaba a la altura de la cadera. Abajo, la farola de la calle era una borrosa perla. Escrutó las densas y brumosas distancias, se perdió en ellas.

—¿Qué estás buscando? —dijo ella, sorprendiéndole por detrás.

—Oh. —La noche estaba repleta de requemados olores—. No lo sé.

Ella tomó la botella y bebió.

—De acuerdo. —Volvió a dejarla. Luego dijo—: Estás buscando algo. Bizqueabas. Te inclinabas hacia delante y..., ¡oh, no puedes ver nada ahí abajo con todo ese humo!

—El río —dijo él.

—¿Hum? —Miró de nuevo.

—No puedo ver el río.

—¿Qué río?

—Cuando llegué, cruzando el puente. Este lugar estaba como a dos manzanas de distancia, quizá. Y luego, cuando subí aquí arriba la primera vez, apenas podías ver el agua, como si repentinamente el río estuviera a un kilómetro lejos. Pero estaba ahí. Ahora ni siquiera puedo verlo... —inclinándose de nuevo hacia delante.

Ella dijo:

—No puedes ver el río desde aquí. Está casi a... No puedo decir exactamente cuánto, pero es un buen trecho.

—Esta mañana podía.

—Quizá, pero lo dudo. —Luego dijo—: ¿Estuviste aquí esta mañana?

—No hay humo por este lado —murmuró él—. Pero ni siquiera puedo distinguir las luces del puente, ni nada; ni siquiera los reflejos de los lugares incendiados junto al agua. A menos que se hayan apagado.

—Si se han apagado, la electricidad se habrá apagado también en algún otro lugar. —De pronto encajó los hombros, se estremeció ligeramente; suspiró y alzó la vista. Y dijo, finalmente—: La luna.

—¿Qué?

—¿Recuerdas —preguntó ella— cuando enviamos a los primeros astronautas a la Luna?

—Sí —dijo él—. Lo vi por la televisión. Nos reunimos un buen grupo en casa de mi amigo.

—Yo me lo perdí, hasta la mañana siguiente —dijo ella—. Pero fue... divertido.

—¿El qué?

Ella unió ligeramente los labios entre sus dientes, luego los soltó con un pequeño pop.

—¿Recuerdas la siguiente vez que saliste y alzaste los ojos y viste la luna en el cielo en vez de por la televisión?

Él frunció el ceño.

—Fue diferente, recuerdo. Me di cuenta de que durante las últimas cincuenta mil novelas de ciencia ficción había seguido siendo sólo una luz colgada ahí arriba. Y ahora era... un lugar.

—Yo simplemente pensé que alguien había defecado ahí arriba, y por qué no lo decían. —Él dejó de reír—. Pero ahora era diferente; sí.

—Entonces, esta noche —miró al humo carente de rasgos—, puesto que había otra, y no sabes si alguien más ha subido allí, simplemente las dos vuelven a ser...

—Sólo luces de nuevo.

—O —asintió ella con la cabeza— algo más. —Se inclinó, y su codo tocó el brazo de él.

—Hey —dijo Jack desde el umbral—. Creo que será mejor que me vaya. Quiero decir..., quizá será mejor que me vaya. —Observó el tejado. La bruma los había envuelto ligeramente—. Quiero decir —murmuró—, que Tak está terriblemente borracho, ¿sabéis? Él...

—No va a hacerte ningún daño.

Lanya empujó su rápida risa hasta el borde de la carcajada, se dio la vuelta y entró en el cobertizo.

Él tornó el vino y la siguió.

—Aquí está —anunció Tak, saliendo por la cortina de bambú—. Sabía que tenía algo de caviar. Lo cogí el primer día que me instalé aquí. —Hizo una mueca—. Demasiado tiempo, ¿eh? Pero me encanta el caviar. Importado. —Alzó el negro frasco en su mano izquierda—. Nacional. —Alzó el naranja en su derecha. Su gorra estaba sobre el escritorio con su chaqueta. Su cabeza parecía muy pequeña en su grueso torso—. Tengo más cosas aquí dentro de las que podéis comer sin reventar. —Volvió a colocar los frascos junto con una docena de otros.

—Creo que es un poco tarde... —la voz de Jack se arrastró y murió en la puerta.

—Cristo —dijo Lanya—, ¿qué piensas hacer con toda esta basura, Tak?

—Una cena de última hora. No te preocupes, nadie se queda con hambre en casa del Lobo de Fuego.

Tomó un frasco pequeño (cristal tallado entre deformada y callosa carne)

—Miel aromatizada para untar...

—Oh, sí. —Tak colocó la tabla para el pan en el borde del escritorio—. La he

probado antes. Es buena. —Se ajetreó sobre corazones de alcachofa en vinagre, jamón en conserva, arenques, pimientos, rollos de anchoas, pasta de guayaba, paté—. Y otro vaso de... —Alzó la botella y repartió el contenido en varios vasos—. Jack, ¿un poco para ti?

—Oh, no. Se está haciendo muy tarde.

—¡Aquí está! —Metió el vaso entre las manos del muchacho. Jack lo tomó porque de otro modo hubiera caído al suelo.

—Eh..., gracias.

... y éste para mí. —Tak terminó el suyo y se sirvió otro—. Vamos, todos, que cada cual se sirva lo que quiera.

¿Os gusta el pimiento?

—No solo —protestó Lanya.

—Con pan, o..., aquí hay queso. ¿Anchoas?

—Mira —dijo Lanya—, yo lo haré.

Loufer hizo un gesto hacia Jack.

—Vamos, chico. Dijiste que tenías hambre. Traje este maldito caviar y todo lo demás.

—Pero es que es... —Detrás de Jack, el humo se filtraba por la puerta— ... bueno, muy tarde.

—¿Tak?

—Hey, Chico, aquí hay un vaso para ti.

—Gracias. ¿Tak?

—¿Sí, Chico? ¿Qué puedo hacer por ti?

—Ese póster.

Desde la foto del centro, el alto negro miraba con ojos fijos la habitación, el aceitado vientre de teca reluciente bajo el arañado cuero, el puño una oscura y mellada interrupción sobre un oscuro muslo. La fuente de luz había sido amarilla: eso había hecho que el velludo pubis pareciera cobrizo. La piel del escroto tenía el color y la textura del pellejo podrido del aguacate. Entre los muslos, el pene, grueso como el mango de una linterna, colgaba polvoriento, negro y estriado con venas como gusanos. La piel de la rodilla derecha insinuaba una maravillosa máquina detrás. La oreja izquierda era un amasijo de serpientes. La luz cobriza cruzaba su pierna, su cuello, hacía brillar el aceite en sus fosas nasales.

—Ése es el tipo que entró en el bar, aquel cuyo nombre dieron luego a la luna.

—Sí, es George..., George Harrison. —Tak abrió la tapa de otro tarro, lo olió, frunció el ceño—. Algunos de los chicos de Teddy's consiguieron que posara para él. Es un auténtico exhibicionista. A ese mono le gusta que le saquen fotos más que cualquier otra cosa en el mundo, ¿sabes? Cuando no está demasiado borracho, es un gran tipo. ¿No es hermoso? Y también fuerte como un par de caballos.



—¿No hubo algo acerca de fotos tuyas en el periódico..., violando a alguna chica? Eso es lo que me dijo el hombre de los periódicos esta mañana.

—Oh, sí. —Tak dejó sobre el escritorio otro frasco, bebió más coñac—. Sí, ese asunto con la chica blanca, en el periódico, durante la revuelta. Bueno, como he dicho: a George simplemente le gusta que le saquen fotos. Ahora es un negro importante. Que lo disfrute; yo lo haría si fuese él.

—¿Qué es esto, Tak...? ¡Pulpo! —Lanya, con la nariz fruncida, dio un mordisco—. Parece algo duro..., pero es *bueno*.

—¡Jesús! —exclamó Jack—. ¡Esto está salado!

—Toma un poco de coñac —reiteró Tak—. La comida picante es buena con un poco de alcohol. Adelante. Bebe un poco más.

—¿Sabes —seguía estudiando el póster— que lo vi colgado en una iglesia esta mañana?

—¡Ah! —Tak hizo un gesto con su vaso—. Entonces fuiste con la reverenda Amy. ¿No lo sabías? Ella es la principal distribuidora. ¿Dónde crees que lo conseguí yo?

Frunció el ceño al póster, lo frunció a Tak (que no estaba mirando), lo frunció de nuevo al póster.

Ojos de marfil, labios de terciopelo, un rostro agraciado con una expresión entre desdeñosa y embarazada. ¿Era... teatral? Quizá un desdén teatral. El fondo era un púrpura sin horizonte. Intentó insertar su rostro en el recuerdo de la sorprendente segunda luna.

—¡Prueba esto! —exclamó Lanya—. Es bueno.

Lo era. Pero, murmurando por entre el insípido pan que había debajo, salió fuera e inspiró profundamente el denso humo. No podía olerlo, pero por un momento sintió su corazón en sus oídos, muy rápido y firme. Buscó alguna luz difusa. ¿Un violador?, pensó. ¿Un exhibicionista? Se está acercando a lo sobrenatural: chismorreos; palabra impresa; portentos. Con un estremecimiento, entrecerró los ojos para buscar una vez más a George entre las nubes.

—Hey —dijo Lanya—. ¿Cómo te encuentras?

—Cansado.

—Dejé mi manta y mis cosas en el parque. Volvamos.

—De acuerdo. —Fue a rodearla con su brazo..., ella tomó su mano entre las dos suyas. Las cerró sobre la muñeca, formando copa, con sus dedos como los pétalos de una orquídea. Las hojas se cerraron, y sujetó su dedo meñique, su dedo índice, besó la callosa palma, y no miró a su confusión. Besó sus nudillos, abriendo los labios, y dejó su lengua allí. Su aliento era cálido en el vello del dorso de su mano.

Su rostro estaba a unos centímetros de distancia: podía sentir también su calor. En su reiterada curiosidad y su azaramiento, ofreció de forma oblicua:

—¿Conoces... la luna?

Ella alzó la mirada hacia él, sujetando aún sus dedos.

—¿Qué luna?

—Quiero decir..., cuando viste las dos lunas. Y de lo que hablaste. De que eran diferentes.

—¿Dos lunas?

—Oh, vamos. —Bajó su mano; las de ella bajaron también, acompañándola—. ¿Recuerdas cuando salimos del bar?

—Sí.

—¿Y que la noche estaba alterada y como con estrías? —Miró hacia el cubierto cielo, una masa difusa e informe.

—Sí.

—¿Qué es lo que viste? . Ella pareció desconcertada.

—La luna.

—¿Cuan... —algo atroz en la base de su espina dorsal— ...tas? —se clavó en su cuello.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Cómo *cuántas*?

—Estábamos todos de pie fuera del bar, y vimos en el cielo...

Pero ella se echó a reír y, riendo, dejó caer de nuevo su rostro sobre la mano de él. Cuando alzó la vista, interrumpió el sonido para preguntar:

—¿Hey? —Y luego—. Hey, estaba bromeando...

—Oh —dijo él.

Pero ella vio una respuesta que la confundió.

—No, de veras, sólo estaba bromeando. ¿Qué ibas a decir sobre ello?

—¿Eh?

—Ibas a decir algo.

—No, no es nada.

—Pero...

—No lo hagas de nuevo. No me gusta. No..., aquí.

Ella miró también a su alrededor cuando él dijo aquello. Luego empujó de nuevo su rostro contra la mano. Él movió los dedos entre sus labios.

—No lo haré —dijo— si tú me dejas hacer esto —y deslizó su boca en torno a su deformado pulgar.

Del mismo modo que una expresión refleja la emoción indicada, del mismo modo que la superficie define el espacio que encierra, él sintió un extraño calor. Creció detrás de su rostro e hizo que su respiración se cortara.

—Muy bien —dijo, y—: De acuerdo —y luego—: ...Sí. —Cada una más definida en su significado, cada una pronunciada de un modo más tentativo.

Tak empujó la puerta con la fuerza suficiente como para hacer chillar las bisagras. Subió hasta la balaustrada, luchando con la cremallera y murmurando.

—¡Mierda! —Vio a Lanya y se detuvo—. Lo siento. Iba a echar una meada.

—¿Qué ocurre *contigo*? —preguntó ella al oscilante Loufer.

—¿Que qué *ocurre*? Esta noche la cosa no va a funcionar, eso es lo que ocurre. —La cremallera se abrió con un siseo—. Vamos, quiero echar una meada. —Hizo un signo con la cabeza a Lanya—. Tú puedes quedarte, corazón. Pero él tiene que irse. Tengo esa fijación, lo siento. Se me corta el chorro frente a los hombres.

—Que te jodan, Tak —dijo él, y echó a andar por el tejado.

Ella le alcanzó, la cabeza baja, emitiendo un sonido que él pensó que era llanto. Acarició su hombro, y ella alzó la vista hacia él, en medio de una risita ahogada.

Dejó escapar el aire con un silbido.

—Vámonos.

—¿Qué hay con Jack? —dijo ella.

—¿Eh? Que se joda Jack. No vamos a llevarlo con nosotros.

—Oh, claro; no quería decir... —Y le siguió hacia la escalera.

—Hey, buenas noches, Tak —llamó él—. Ya nos veremos.

—Ajá —dijo Tak desde la puerta del cobertizo, mientras entraba; el vello de su hombro y el lado de su cabeza llamearon sobre la luz de fondo.

—Buenas noches —hizo eco Lanya.

La puerta metálica chirrió.

Un tramo más abajo en la oscuridad, ella preguntó:

—¿Estás irritado con Tak... por algo? —Luego añadió—: Quiero decir, es un tipo curioso a veces. Pero es...

—No, no estoy irritado con él.

—Oh. —El ruido de sus pasos perforó el silencio.

—Me gusta. —El tono de él reflejaba decisión—. Sí, es un buen tipo. —El periódico y el bloc de notas estaban de nuevo bajo su brazo.

Ella deslizó sus dedos por entre los de él en la oscuridad; para impedir que le cayera el bloc de notas, él tuvo que sujetarla cerca de su cuerpo.

Al final del siguiente tramo, ella preguntó de pronto:

—¿No te importa no saber dónde estás?

Al final del siguiente, él dijo:

—No. —Luego se preguntó, por la forma en que los pasos de ella se aceleraban (él tuvo que acelerar los suyos para mantenerse a su altura) si eso, como sus manos, la excitaban.

Ella le condujo rápidamente y con seguridad a través del corredor del sótano —ahora el cemento estaba frío— y luego hacia arriba.

—Aquí está la puerta —dijo, soltándole; se apartó.

Él no podía ver nada en absoluto.

—Sólo unos cuantos escalones. —Ella avanzó delante de él.

Él se sujetó inseguro en la jamba, deslizó su pie desnudo hacia delante..., sobre madera. Con su otra mano alzó bloc de notas y periódico ante su rostro, echó su antebrazo hacia delante.

Frente a él y más abajo, ella dijo:

—Vamos.

—Vigila el borde —dijo él. Los dedos y la planta de su pie alcanzaron el borde de la madera y colgaron—. Y esos malditos ganchos de metal.

—¿Qué? —Ella se echó a reír—. No..., ¡eso es *al otro lado* de la calle!

—Y un infierno —dijo él—. Cuando salí corriendo esta mañana, estuve a punto de partirme el cuello.

—Debiste perderte —ella seguía riendo todavía— en el sótano. Vamos, sólo son un par de escalones.

Frunció el ceño en la oscuridad (pensando: *había* una farola en esta esquina de la calle. La vi desde el tejado. ¿*Por qué* no puedo ver nada...?), bajó la pierna, dio un paso... hacia abajo: a otra madera, que rechinó. Seguía manteniendo el brazo alzado delante de su rostro, esperando tropezar con los oscilantes ganchos.

—Uno de los corredores del sótano —explicó ella— atraviesa la calle por debajo y va a salir detrás de la puerta del portal de carga del otro lado. Las primeras veces que vine a visitar a Tak me ocurrió también. La primera vez, crees que te has vuelto loca.

—¿Eh? —dijo él—. ¿Por debajo de... la calle? —Bajó el brazo.

Quizá (la posibilidad surgió tan tranquilizadora como una bocanada de aire fresco en aquellos callejones llenos de humo) simplemente había mirado por el lado erróneo desde el tejado: y era por *eso* por lo que aquí no había ninguna farola. Su calidad de semiambidextro siempre le hacía confundir derecha e izquierda. Bajó otros dos escalones de madera, alcanzó el pavimento.

Notó que ella tomaba su muñeca.

—Por aquí...

Le condujo rápidamente a través de la oscuridad, subiendo y bajando bordillos, desde una completa a una casi completa negrura y de vuelta a ella. Era más desconcertante que los corredores del sótano.

—Ahora estamos en el parque, ¿no? —preguntó al cabo de unos minutos. No sólo no había visto la entrada, sino que, en el momento en que se alzó de sus ensoñaciones para hablar, se dio cuenta de que no sabía *cuántos* minutos habían pasado. ¿Tres? ¿Trece? ¿Treinta?

—Sí —dijo ella, preguntándose por qué él lo preguntaba.

Caminaron sobre tierra blanda y cenicienta.

—Aquí —dijo ella—. Hemos llegado a mi rincón.

Los árboles susurraban.

—Ayúdame a extender la manta.

Y él pensó: ¿cómo puede ver *ella*? Una esquina de la manta cayó encima de su pie. Se dejó caer de rodillas y tiró de él; notó que ella tiraba del otro lado; notó que dejaba de tirar.

—Quítate todas tus ropas —dijo ella suavemente.

Asintió, se desabrochó la camisa. Había sabido que esto iba a venir también. ¿Desde cuándo? ¿Aquella mañana? Vienen nuevas lunas, pensó, y todos los cielos cambian; sin embargo seguimos maquinando en silencio hacia la unión de carne y carne, mientras el suelo siga siendo lo suficientemente firme para caminar, no importa lo que haya encima. Se soltó el cinturón, se deslizó fuera de sus pantalones, y alzó la vista para darse cuenta de que *podía* verla un poco, al otro lado de la manta, una forma moviéndose furiosamente, deshaciendo lazos, desabrochando pantalones... una zapatilla cayó sobre la hierba.

Se quitó la sandalia y se tendió, desnudo, de espaldas, en el borde de la manta.

—¿Dónde estás...? —dijo ella.

—Aquí. —Pero sonó, sacudiendo la máscara de su rostro, más bien como un gruñido.

Ella se dejó caer contra él, su carne tan cálida como la luz del sol en la oscuridad, se deslizó encima. Sus rodillas resbalaron entre las de él. Felices, sus brazos la rodearon; rió, y rodaron de costado, mientras ella intentaba hallar su boca con la suya y empujaba su lengua dentro de ella.

Se fue formando un calor, cuyo centro estaba detrás de sus ingles, y fue creciendo, capa tras capa, hasta que pareció llenarle, desde las rodillas hasta los pezones. El hueso tras el vello púbico de ella se agitó sobre su cadera mientras ella aferraba sus hombros..., pero él no consiguió una erección.

Rodaron, se besaron; él acarició, luego masajeó sus pechos; ella acarició, luego masajeó las manos que la masajeaban; se besaron y se abrazaron, ¿cinco?, ¿diez minutos? Él sintió la necesidad de disculparse:

—Imagino que no es..., bueno, quiero decir para ti...

Ella echó la cabeza hacia atrás.

—Si estás preocupado por ello —dijo—, tienes los dedos de los pies, una lengua..., los dedos de las manos...

Él se echó a reír.

—Sí... —y se movió hacia abajo: sus pies, luego sus rodillas, abandonaron la manta por la hierba.

Acarició su cono con dos dedos. Ella se aplastó hacia abajo para apretar la mano de él contra ella. Él bajó su boca; ella abrió los dedos, su pelo aplastado entre los dos.

El olor, como un impacto contra su rostro, trajo de vuelta —¿era de Oregon?— el primer golpe del filo de un hacha contra el húmedo tronco de un pino. Adelantó su lengua.

Y su pene se arrastró contra la manta; el tierno óvalo empujó hacia fuera bajo su capucha.

Ella sujetó su cabeza, fuertemente, con una mano; sujetó sus dos dedos, fuertemente contra su cadera, con la otra.

Él recorrió los pliegues que caían, húmedos, con su lengua; y la cartilaginosa nuez en el doblado torbellino, y el suave, granular orificio tras él. Ella se agitó, y contuvo el aliento durante medio minuto, jadeó, lo contuvo de nuevo; jadeó. Él se restregó contra la manta, sólo un poco, de la forma en que acostumbraba a masturbarse cuando tenía nueve años. Luego se arrastró de nuevo sobre ella; las pequeñas manos, aprisionadas entre sus muslos, agarraron su pene: lo empujaron dentro de ella. Luego fueron a su espalda y se cerraron, brusca y prietamente, sobre su nuca. Sujetando sus hombros, él empujó, y retrocedió, y empujó de nuevo, lentamente; volvió a empujar. Ella agitó las caderas bajo su cuerpo. Sus talones se clavaron en la manta, con los tobillos apretados contra los muslos de él.

Finalmente, ella aferró su puño, como una roca o el nódulo de una raíz, demasiado grande para sus dedos. Empujando y empujando, él apretó el dorso de la mano de ella contra la hierba; entre los separados dedos, los tallos cosquillearon sus nudillos... Luego, mientras él jadeaba y caía, y jadeaba, ella lo tironeó a sacudidas de vuelta a la manta; lo atrajo sobre la manta; y finalmente lo llevó hasta su mejilla, hasta su boca, hasta su barbilla.

La barbilla de él, húmeda y sin afeitar, se deslizó contra la garganta de ella. Recordó cómo ella había chupado su pulgar antes y, con un curioso atrevimiento, abrió sus dedos e introdujo tres dentro de su boca.

La realización, por sus movimientos (sus jadeos eran profundos, largos y húmedos junto a él, la parte inferior de su lengua entre sus nudillos ardiente), de que era eso lo que había deseado, le hicieron, quizá cuarenta segundos después que ella, alcanzar el orgasmo.

Permaneció tendido sobre ella, se estremeció; ella apretó sus hombros.

Al cabo de un rato, prácticamente le despertó con un:

—Échate a un lado. Pesas.

Alzó su barbilla.

—¿No te gusta... ser abrazada luego?

—Sí. —Se echó a reír—. Pero sigues pesando.

—Oh. —Y rodó hacia un lado..., llevándosela con él.

Ella chilló; el chillido se convirtió en risa cuando terminó encima de él. Su rostro se agitó contra el suyo, aún riendo. Era como si estuviera masticando muy aprisa.

Sonrió.

—Tú no eres pesada —dijo él, y recordó que ella había dicho que le sobraban dos o tres kilos; seguro que no eran de grasa.

Ella se acurrucó en el círculo de sus brazos, con una mano blandamente posada en su cuello.

Los contornos del terreno eran nítidos bajo sus nalgas, espalda y piernas. Y había una piedra (o algo) bajo la manta, bajo su hombro (o era un prisma de su cadena), allí...

—¿Estás bien?

—Mmmm... —Consiguió enterrarlo en una depresión del terreno; dejó de molestarle—. Estupendo.

Estaba adormeciéndose cuando ella se deslizó a su lado, las rodillas enredadas en sus espinillas, la cabeza descansando sobre su hombro. Ella deslizó una mano sobre su estómago, debajo de la cadena. Su aliento estremecía el aire encima de su pecho. Dijo:

—Éste es el tipo de pregunta que te hace perder amigos... Pero siento curiosidad: ¿quién te gusta más en la cama, Tak o yo?

Abrió los ojos, bajó la vista hacia lo que debía ser la parte superior de su cabeza; su pelo le hizo cosquillas en la cara. Su risa se enredó en él.

—¿Tak ha estado contando historias?

—Allá en el bar, mientras tú estabas en el lavabo. —Ahora sonaba soñolienta—. Pensé que estaba bromeando. Luego dijiste que habías estado allí por la mañana.

—Mmmm. —Asintió—. ¿Qué dijo?

—Que fuiste muy cooperativo. Pero básicamente un pescado frío.

—Oh. —Se sintió sorprendido, y notó que sus cejas, y su labio inferior, se fruncían—. ¿Qué piensas tú?

Ella se acurrucó, un movimiento que fue desde su mejilla en su sobaco (movió su brazo en torno a ella), bajando por su pecho (pudo notar uno de sus pechos deslizarse sobre el de él; el otro estaba tan apretado contra su cuerpo que se preguntó si no se sentiría incómoda), hasta sus caderas (sus genitales se alzaron entre sus muslos y cayeron sobre su vientre) y hasta sus rodillas (él cerró las suyas en torno a las de ella) y sus pies (empujó su dedo gordo entre dos de ella; y ella lo sujetó).

—Intenso... —dijo, pensativa—. Pero así es como me gusta.

Él la rodeó con su otro brazo.

—Me gustas más tú. —Y decidió que era cierto. De pronto alzó la cabeza de la manta, la miró de nuevo—. Hey... ¿llevas algo anticonceptivo?

Ella se echó a reír, suavemente al principio, su rostro vuelto hacia su hombro, luego a carcajadas, apartándose de él para tenderse de espaldas, riendo en la oscuridad.

—¿Qué es tan divertido? —Sintió, a todo lo largo donde ella había estado, un repentino frío sustituyendo al calor.

—Sí. Me *he* ocupado de ese «algo» anticonceptivo, como tú dices. —Su risa prosiguió, ligera como una hoja rozando otra hoja—. Sólo que el hecho de que lo preguntes —dijo finalmente— resulta tan galante. Parecen modales de otra época. No estoy acostumbrada a ello.

—Oh —dijo él, aún no demasiado seguro de comprender. Y sintió que el sueño lo ganaba de nuevo.

No estuvo seguro de si se durmió realmente, pero despertó más tarde con el brazo de ella moviéndose soñoliento sobre él; excitado, se volvió hacia ella, y a su movimiento ella se izó a medias sobre él; de hecho había estado ya allí, excitada.

Hicieron de nuevo el amor; y se quedaron dormidos como piedras..., hasta que uno o el otro se movió; y de nuevo despertaron, abrazados.

Así que hicieron otra vez el amor; hablaron: sobre amor, sobre lunas («Ahora no puedes verlas en absoluto», dijo ella. «¿No resulta extraño?»), sobre locura..., e hicieron el amor de nuevo.

Y durmieron de nuevo.

Y despertaron.

E hicieron el amor.

Y durmieron.



# III

## El apartamento

EMPEZAR en este tono, para nosotros, parece un poco extraño, pero tales noticias son descollantes, al parecer de nuestro director, como *el* impresionante suceso en nuestra excéntrica historia. Ernest Newboy, el más notable poeta en lengua inglesa que ha emergido de Oceanía, nació en Auckland en 1916. Enviado a la escuela en Inglaterra a los veintiún años (nos dice), volvió a Nueva Zelanda y Australia para enseñar durante seis años, luego regresó a Europa para trabajar y viajar.

El señor Newboy ha estado tres veces en las listas del premio Nobel, que, si lo recibe, lo situará en la línea de descollantes figuras en los campos gemelos de la diplomacia y las letras que incluye a Asturias, St-John Perse y Seferis. Como ciudadano de un país comparativamente neutral, ha visitado los Estados Unidos con una invitación para ocupar un puesto en el Comité Cultural de las Naciones Unidas que acaba de ser pospuesto.

Ernest Newboy es también el autor de un puñado de relatos y novelas cortas, recopilados y publicados bajo el título de *Piedras* (libros de bolsillo Wintage, 434 págs., 1,95 dólares), que contiene la historia larga incluida en numerosas antologías *El monumento*, un relato inquietante y simbólico de la disolución psicológica y espiritual de un intelectual australiano desleal que va a vivir a una ciudad alemana asolada por la guerra. El señor Newboy nos ha contado que, aunque su reputación popular descansa sobre este delgado volumen de incisiva ficción (evaluación de su director), lo considera esencialmente como un experimento de los tres años que siguieron a la terminación de la guerra, cuando pasó por un período de desilusión con su primer empeño literario, la poesía. Si no otra cosa, la popularidad de *Piedras* y *El monumento* llamaron la atención hacia los tres volúmenes de poemas publicados en los años treinta y cuarenta, reunidos en *Poesía selecta 1950* (disponible en Gran Bretaña en la edición de Faber y Faber). Repitiendo esa frase publicitaria de la que se han hecho eco varios críticos: Mientras los escritores sobre él se aferraban a la desesperación del período que rodeó a la guerra, Newboy, más que cualquier otro, lo fijó bajo una tal lux que uno puede ver lúcidamente en él la génesis de gran parte de la crisis actual. Desde sus veinte años hasta hoy, Newboy ha producido ocasionalmente ensayos, literarios y filosóficos, capaces de llenar varios volúmenes. Todos ellos se caracterizan por una precisa y animosa visión. En 1969 publicó el poema *Peregrinaje*, que tiene la extensión de un libro, abstruso, surreal, a menudo sorprendentemente gracioso y, pese a toda su aparente irreverencia, una obra

profundamente religiosa. Tras varios volúmenes más de ensayos, en 1977 apareció la comparativamente breve colección de poemas cortos escritos a los treinta y tantos años, durante la guerra.

Newboy, un hombre tranquilo, reservado, erudito, ha viajado durante la mayor parte de su vida por Europa, África del Norte y el Este. Su obra está repleta de imágenes de los maoríes y de las muchas culturas que ha puesto a la luz y explorado, con su particular visión personal.

Newboy llegó a Bellona ayer por la mañana, y se muestra indefinido acerca del tiempo que va a permanecer aquí. El comentario que nos hizo cuando le preguntamos acerca de su visita fue, tras una reticente sonrisa:

—Bueno, hace una semana ni siquiera pensaba en venir aquí. Pero supongo que me siento feliz de haberlo hecho.

Nos sentimos honrados de que un hombre con unos logros tan enormes en las letras inglesas y una figura de una admiración mundial tan grande deba

—¿Qué estás haciendo? —murmuró ella, volviéndose de su lado.

—Leyendo el periódico. —La hierba ensuciaba sus codos. Se había deslizado fuera de la manta hasta las caderas.

¿Ya ha salido? —Alzó la cabeza en un halo de pelo revuelto por el dormir—. ¿Tan tarde es?

—Es el de ayer.

Ella dejó caer hacia atrás la cabeza.

—Ése es el problema de dormir al aire libre. No puedes seguir haciéndolo pasadas las cinco de la mañana.

—Apuesto a que son las ocho. —Alisó la arrugada página.

—¿Qué estás leyendo? —Abrió los ojos y frunció el ceño.

—Newboy. Ese poeta.

—Oh, sí.

—Lo conocí.

—¿De veras? —Alzó de nuevo la cabeza, luego se giró, apartando la manta de sus piernas—. ¿Cuándo?

—Arriba, en casa de Calkins.

Ella se alzó al lado de él, con su cálido hombro apoyado sobre el suyo. Bajo el titular, UN NUEVO CHICO EN LA CIUDAD, había la foto de un hombre de pelo blanco con un traje oscuro y una delgada corbata, sentado en una silla, las piernas cruzadas, con el aspecto como si hubiera demasiada luz sobre su rostro.

—¿Lo viste?

—Cuando me golpearon. Salió y me ayudó. De Nueva Zelanda; sonaba como si tuviera acento.

—Te dije que Bellona es una ciudad pequeña. —Observó la foto—. Hey, ¿cómo

no entraste entonces?

—Había alguien más con él que armó un escándalo. Un negro. Fenster. ¿Es el tipo de los derechos civiles o algo así?

Le miró parpadeando.

—Realmente *conoces a* todo el mundo.

—Me hubiera gustado no conocer a Fenster —bufó.

—Ya te hablé de los fines de semana en el campo de Calkins. Sólo que los celebra los siete días de la semana.

—¿Cómo tiene tiempo para escribir para el periódico?

Ella se encogió de hombros.

—Pero lo hace. O consigue que alguien lo haga por él. —Se sentó erguida y palmeó la manta—. ¿Dónde fue a parar mi camisa?

A él le gustaban sus oscilantes pechos.

—Está aquí debajo. —Volvió a mirar el periódico, pero no leyó—. Me pregunto si George habrá subido alguna vez allá arriba.

—Quizá. Hizo aquella entrevista.

—Hummm.

Lanya se dejó caer de nuevo sobre la hierba.

—Demonios. *No son* más allá de las cinco de la mañana. Sabes condenadamente bien que no.

—Las ocho —decidió él—. Parecen más bien las ocho y media. —Y siguió su mirada hacia arriba, hacia la cobertura de humo encima de las hojas. Luego volvió a mirarla, y ella estaba sonriendo, alcanzando su cabeza, tirando de él, por las orejas, hacia abajo: él se echó a reír sobre su piel.

—¡Oh, vamos! ¡Suéltame!

Ella silbó, suavemente.

—Oh, puedo por un tiempo. —Contuvo la respiración cuando él alzó la cabeza, luego susurró—: Dormir... —y apoyó su antebrazo sobre su rostro. Él se perdió en los pequeños rizos bronceados bajo el brazo de ella, y sólo apartó los ojos ante un débil ladrido.

Se sentó, desconcertado. Los ladridos horadaron la distancia. Parpadeó, y motas aceitosas estallaron en la brillante oscuridad de sus párpados. El desconcierto se convirtió en sorpresa, y se puso en pie.

La manta resbaló por sus piernas.

Caminó sobre la hierba, desnudo en la bruma.

Muy lejos apareció un perro, brincando por entre las colinas. Lo seguía una mujer.

Una maravillada anticipación despejó el aturdido cansancio de la mañana y el repentino ponerse en pie.

La cadena en torno a su cuerpo había dejado marcas rojas en la parte interior de sus antebrazos y en la frontal de su estómago cuando se había inclinado hacia delante. Se puso los pantalones.

Con la camisa abierta sobre lágrimas de joyas, bajó la ladera. Volvió la vista una vez hacia Lanya. Se había dado la vuelta sobre su estómago, cara a la hierba.

Caminó hacia el lugar donde la mujer (la pelirroja del bar) seguía a Muriel.

Se abrochó un botón de la camisa antes de que ella le viera. Ella se volvió sobre su suave calzado y dijo:

—Ah, hola. Buenos días.

En torno a su cuello, las joyas eran una arracimada columna de luz.

—Hola —respondió él. Clavó los dedos de sus pies en la hierba, con una repentina timidez—. Vi a su perra ayer por la noche, en el bar.

—Oh, sí. Y yo le vi a usted. Esta mañana tiene un aspecto un poco mejor. Se ha limpiado un poco. ¿Ha dormido en el parque?

—Ajá.

Allá donde la luz de las velas la habían hecho parecer una ramera de angulosos huesos, la humosa luz y un traje marrón habían borrado todo el aspecto de meretriz de su denso pelo rojo y la había convertido en una profesora auxiliar de escuela elemental.

—¿Pasea a su perra por aquí?

Una profesora auxiliar con un recargado collar.

—Cada mañana, a primera hora... Hum, ahora voy hacia la salida.

—Oh —y luego decidió que aquellas palabras eran una invitación.

Caminaron juntos, y Muriel volvió para olisquear su mano y mordisquearla suavemente.

—Deja eso —exigió ella—. Sé una buena perra.

Muriel ladró una vez, luego trotó delante.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó él.

—¡Ah! —repitió ella—. Soy Madame Brown. Muriel le ladró la otra noche, ¿no? Bueno, no le haga caso.

—No, supongo que no.

—Respecto a todo lo que necesita usted ahora, es un peine... —frunció el ceño— y una toalla, y *volverá* a estar en forma. —Dejó escapar su aguda y sorprendente risa—. Hay unos servicios públicos aquí cerca donde siempre veo que acude la gente de la comuna a lavarse. —Le miró seriamente—. No está usted con la comuna, ¿verdad?

—No.

—¿Quiere *trabajo*?

—¿Eh?

—No es usted exactamente un pelolargo —dijo ella—. Al menos, no *muy* largo.

Le pregunté si quería trabajo.

—Cuando me pongo algo en los pies, llevo sandalias —dijo él.

—De acuerdo. ¡Oh, cielos, no *me* importa! Sólo estoy pensando en la gente para la que puede trabajar.

—¿De qué tipo de trabajo se trata?

—Principalmente limpiar, o quitar la basura, supongo. *Está* usted interesado, ¿no? Pagan cinco dólares a la hora, y ésa no es una tarifa que pueda encontrar fácilmente en Bellona en estos momentos.

—¡Por supuesto que estoy interesado! —Tragó saliva, sorprendido—. ¿Dónde es?

Se acercaban a los leones gemelos. Madame Brown unió las manos a su espalda. Muriel rozó el dobladillo de su falda. La abundancia de cadena y cristal no captaba ningún destello a aquella luz.

—Es una familia. ¿Sabe dónde están los Apartamentos Labry? —Él negó con la cabeza—. Sospecho que no lleva usted mucho tiempo aquí. Se trata de una familia decente y encantadora. Y me han ayudado mucho. Yo tenía mi oficina allí. Ya sabe usted que al principio hubo una cierta confusión, se produjeron daños.

—He oído algo al respecto.

—Hubo mucho vandalismo. Ahora que las cosas se han estabilizado un poco, me preguntaron si conocía a algún joven que quisiera ayudarles. No se tome muy en serio lo que dije del pelolargo. Sólo asése un poco..., aunque probablemente no va a tratarse de un trabajo muy limpio. Los Richards son gente estupenda. Sólo que han tenido muchos problemas. Todos los hemos tenido. La señora Richards se pone nerviosa fácilmente..., ante cualquier cosa extraña. El señor Richards quizá va un poco demasiado lejos en sus intentos de protegerla. Tienen tres hijos realmente encantadores.

Él apartó el pelo de su frente.

—No creo que vaya a crecer mucho en el próximo par de días.

—¡Ajá! ¡Veo que *comprende!*

—Es un buen trabajo.

—Oh, sí, lo es. Seguro que lo es. —Se detuvo junto a los leones, como si pensara que señalaban un límite mucho más importante—. Ahí están los Apartamentos Labry, en la 36. Es el edificio cuatrocientos. Apartamento 17-E. Vaya esta tarde, en cualquier momento.

—¿Hoy?

—Por supuesto, hoy. Si quiere el trabajo.

—Claro que sí. —Se sintió aliviado de una presión hasta entonces invisible a través de su ubicuidad. Recordó el pan en el callejón: su celofana bajo la farola de la calle había resplandecido más que toda la bisutería que llevaban él o ella—. Tiene usted una oficina allí. ¿Qué es lo que hace?

—Soy psicóloga.

—Oh —y no entrecerró los ojos—. Yo he estado en manos de psicólogos. Quiero decir, sé algo sobre ello.

—¿De veras? —Acarició la mejilla de uno de los leones, sin inclinarse—. Bueno, sospecho que en estos momentos soy una psicóloga de vacaciones. —Con un ligero tono de burla—: Sólo diagnostico entre las diez y las doce de la noche, allá en Teddy's. Si quiere tomar una copa conmigo, ya lo sabe. —Pero la burla era amistosa.

—Por supuesto. Si el trabajo funciona.

—Vaya cuando esté preparado. Dígales que la señora Brown... Madame Brown es el apodo que utilizo en Teddy's..., que la señora Brown le dijo que fuera allí. Es posible que yo esté allí también. Pero le pondrán a trabajar.

—¿Cinco dólares a la hora?

—Me temo que no resulta fácil encontrar empleados de confianza ahora que nos hemos visto metidos en todo esto. —Intentó mirarle fijamente por debajo de sus párpados—. Oh, no, la gente en la que se puede confiar se está volviendo cada vez más y más rara. ¡Y usted! —directamente a él—. Se estará preguntando por qué confío en usted. Bien, le vi antes. Y, ¿sabe?, realmente hemos llegado a ese punto... Empiezo a pensar realmente que ya es demasiado. Realmente demasiado.

—¡Consiga su periódico de la mañana!

—¡Muriel! ¡Oh, ven aquí, Muriel! ¡Vuelve aquí inmediatamente!

—Consiga su periódico... Hey, chucho. Tranquilo. ¡Tranquilo, chucho!

—¡Muriel, vuelve aquí ahora mismo!

—¡Abajo! Así. Hey, Madame Brown. Tome su periódico. —Con los pantalones acampanados marrones azotando sus piernas, Faust cruzó la calle. Muriel danzaba a contramano a su alrededor—. Hola, vieja dama.

—Muy buenos días —dijo Madame Brown—. Ya es casi hora de haber terminado, ¿no, Joaquim?

—Son las once y media, según las manecillas del viejo reloj de la iglesia. —Hizo chasquear la lengua—. Aquí está el suyo, aquí el suyo, joven. —Tendió un periódico, luego otro.

Madame Brown dobló el suyo bajo el brazo.

Él dejó el suyo colgando, mientras Faust gritaba a nadie en particular:

—¡Consiga su periódico de la mañana! —y seguía su camino calle abajo—. Adiós, Madame. Buenos días. ¡Consiga su periódico!

—¿Madame Brown? —dijo, desconfiando de su resolución.

Ella estaba mirando *al* hombre de los periódicos.

—¿Qué son esas cosas?

Ella le miró con una perfecta impasibilidad.

—Yo las conseguí. —Se tocó el pecho—. Y Joaquim lleva una pequeña cadena de

lo mismo en torno a su cuello.

—No lo sé —dijo ella. Con una mano se tocó la mejilla, con la otra el codo: su manga era de algún tejido tan áspero como la arpillera—. ¿Sabe?, realmente no estoy segura. Me gustan. Creo que son hermosas. Me gusta llevar muchas de ellas.

—¿Dónde las consiguió usted? —preguntó él, consciente de estar rompiendo la costumbre que Faust había definido tan cuidadosamente el día antes. Demonios, todavía se sentía desconcertado con su perra, y con la transformación de la mujer entre el humo y la luz de las velas.

—Una amiga me las dio. —Su expresión, sí, era la de alguien intentando no parecer ofendido.

Se envaró, dejó que sus rodillas se relajaran un poco, agitó los dedos de los pies, asintió.

—Antes de irse de la ciudad. Me dejó, dejó la ciudad. Y me las dio. ¿Ve?

Había preguntado. Y se sintió mejor por la violencia creada, apartó las manos de los hombros..., su propia risa le sorprendió, estalló y se hizo retumbante.

Por encima de la risa oyó el estallido de la de ella. Con la mano sobre el pecho, la mujer se echó a reír también.

—¡Oh, sí! —bisqueando—. ¡Lo hizo! Realmente lo hizo. ¡En toda mi vida me sentí tan sorprendida! Oh, fue divertido..., no quiero decir peculiarmente divertido, aunque de hecho lo fue. Todo lo era, por aquel entonces. Pero fue divertido, ja-ja-ja. Ja-ja-ja-jaaa. —El sonido se agitó a su alrededor—. Ella —casi completamente inmóvil— me las trajo en la oscuridad. La gente gritaba a todo nuestro alrededor en las estancias, y ninguna de las luces funcionaba. Sólo el parpadeo que llegaba procedente del borde de las sombras, y el terrible rugir fuera... Oh, yo estaba mortalmente asustada. Y ella me las trajo, a puñados, las enrolló en torno a mi cuello. Y sus ojos... —Rió de nuevo, y eso cortó toda sonrisa en él—. *Fue extraño*. Las enrolló en torno a mi cuello. Y luego se fue. Mire. —Bajó la vista hacia el acordeón de su cuello, agitó las vueltas—. Las llevo todo el tiempo. —El acordeón se abrió—. ¿Qué significan? —Le miró, parpadeante—. No lo sé. La gente que las lleva no se muestra demasiado ansiosa de hablar de ellas. Yo, por supuesto, no. —Se inclinó un poco más cerca—. Y usted tampoco. Bien, respeto eso en usted. Haga usted lo mismo conmigo. —Ahora cruzó los brazos—. Pero le diré algo: Y, realmente, no hay ninguna razón tras ello, supongo, excepto que parece funcionar. Pero *confío* en la gente que las lleva un poco más que en la gente que no las lleva. —Se encogió de hombros—. Probablemente sea una idiotez. Pero por eso le he ofrecido ese trabajo.

—Oh.

—Sospecho que compartimos algo.

—Ocurrió algo cuando las conseguimos —dijo él—. Como usted ha dicho. Sobre lo que no queremos hablar.



—De nuevo puede no ser más que el hecho de que llevemos las mismas... —  
Hizo sonar la tira más larga.

—Sí. —Se abrochó otro botón—. Es posible.

—Bien. Le veré en casa de los Richards esta tarde. ¿Estará allí?

Asintió.

—El cuatrocientos de la calle 36...

—Apartamento 17-E —terminó ella—. Muy bien. ¿Muriel?

La perra se acercó, abandonando la abertura de la cloaca que había estado husmeando.

—Ahora nos vamos.

—Oh. Bien. Y gracias.

—Oh, tranquilo. Tranquilo. Estoy segura de que no me he equivocado. —  
Madame Brown hizo una inclinación de cabeza y echó a andar calle abajo. Muriel la atrapó, dando vueltas a su alrededor, esta vez en la dirección correcta.

Él echó a andar descalzo por la hierba, sintiendo que la expectación y la confusión burbujeaban en su interior. En la fuente, dejó que el agua golpeará a chorro sus ojos antes de dejar, hundiendo las mejillas, que penetrara en su boca y limpiara en lo posible sus sarrosos dientes. Se secó con el antebrazo las gotas que resbalaban por su cara y se frotó los párpados con los anchos y ásperos dedos, luego tomó el periódico y, parpadeando para sacudir sus húmedas pestañas, regresó por entre los árboles.

Lanya seguía tendida boca abajo. Se sentó entre los pardos pliegues. Los pies de ella, con los dedos metidos hacia dentro, asomaban por debajo de la manta. La curva de su espina dorsal formaba un ligero pliegue que se alzaba y descendía al compás de su respiración. Acarició el empuje de su pie, deslizó su mano hacia el suave talón. Movié su primer y segundo dedo a ambos lados del tendón, ascendiéndolo con lentitud. Apartó con la mano la manta que cubría su tobillo, lenta, suavemente, hasta que apareció el entrecruzado de pálidas venas de la parte de atrás de su rodilla. Su mano se posó en la suave ladera de su muslo.

Sus tobillos eran lisos y suaves.

Su corazón, que latía apresuradamente, disminuyó el ritmo de su batir.

No había ninguna cicatriz.

Expulsó el aliento, que se vio acompañado por el sonido del aire en la hierba a su alrededor.

Sus tobillos no mostraban ninguna cicatriz.

Cuando apartó la mano, ella hizo un soñoliento movimiento y murmuró algo. No se despertó. Abrió el periódico del día y lo colocó encima del de ayer. Bajo la fecha, 7 de julio de 1969, había el titular:

MISTERIOSOS RUMORES, MISTERIOSAS LUCES.

¡A vuestro director le *gustaría* poder acompañar este artículo con algunas fotos! Desgraciadamente, estábamos durmiendo. Pero por lo que hemos podido recopilar, ayer, poco después de medianoche —hasta ahora nos han llegado veintiséis versiones de la historia, con las suficientes contradicciones como para obligarnos a registrar una duda oficial en nuestro editorial—, la niebla y el humo que cubren Bellona durante estos últimos meses fueron desgarrados por un viento a demasiada altitud como para poder ser apreciado al nivel de la calle. Partes del cielo se vieron aclaradas, y una luna llena —o casi llena— fue supuestamente visible... ¡junto con otra luna en creciente, sólo un poco más pequeña (¿o un poco más grande?) que la primera!

Las excitadas versiones a partir de las que hemos elaborado nuestro informe contienen muchas discrepancias. He aquí algunas:

La luna llena era la luna habitual, el creciente era la intrusa.

El creciente era la luna auténtica, la llena la impostora... Un joven estudiante dice que, en los escasos minutos en los que esos portentos absolutamente isabelinos fueron revelados, efectuó mediciones del disco completo que demuestran que definitivamente no era *nuestra* luna.

Dos horas más tarde, vino alguien a nuestras oficinas (la única persona hasta ahora que afirma haber observado este fenómeno a través de un telescopio, que admitió era de pocos aumentos) afirmando que el disco lleno era definitivamente *la* luna, mientras que el creciente era la falsa.

En las seis horas transcurridas desde el suceso (escribo esto al amanecer), las explicaciones ofrecidas al *Times* se alinean desde elucubraciones de ciencia ficción cuya arcana maquinaria no pretendemos comprender, hasta el rayo en bola y los globos meteorológicos, la explicación perenne de los OVNI.

Transcribo a continuación, como es típico, un comentario de nuestro propio profesor Wellman, que observó el fenómeno, junto con algunos otros invitados, desde los jardines de Julio: «Una, admitimos todos, era casi llena; la otra se hallaba sin lugar a dudas en creciente. Yo señalé al coronel, a la señora Green, y a Roxanne y Tobie, que estaban conmigo, que la creciente, que se hallaba más baja en el cielo, resultaba *convexada* con respecto a la zona brillante de la luna más alta. Las lunas no tienen luz propia; su iluminación procede del sol. Incluso con *dos* lunas, el sol sólo puede estar en *una* dirección para ambas; no importa en qué fase se hallen, si ambas son visibles en el mismo cuadrante del cielo, *ambas* tienen que estar iluminadas por el *mismo* lado..., lo cual no era el caso aquí.»

Ante lo que vuestro director sólo puede decir que *cualquier* «acuerdo», «seguridad» o «precisión» respecto a esas lunas debe ser puesto bajo serias dudas..., a menos que estemos preparados para efectuar especulaciones *más* absurdas respecto al resto del cosmos.

No.

*Nosotros* no vimos el fenómeno.

Lo cual nos deja, finalmente, en esta posición editorial: Estamos *seguros* de que ocurrió algo en el cielo la pasada noche. Pero aventurar qué fue exactamente es absurdo. Las lunas completamente nuevas no aparecen así como así. Frente a la histeria nocturna, nos gustaría señalar, con tranquilidad, que fuera lo que fuese lo que ocurrió es explicable: las cosas existen..., aunque reconocemos que no hay ninguna garantía de que podamos ofrecerles alguna vez una explicación.

En lo que, de una forma a la vez sorprendente e interesante, sí parece haber acuerdo por parte de *todos* los testigos, y que por lo tanto debe ser aceptado por todos aquellos que no presenciamos el fenómeno, es en el nombre de esta nueva luz en la noche: ¡George!

La razón de este apelativo sólo podemos suponerla; y lo que suponemos no lo aprobamos. De cualquier modo, por los rieles del rumor, engrasados por la aprensión, el nombre se había difundido ya por toda la ciudad en el momento en que nos llegó la primera noticia. La única afirmación final que podemos hacer con seguridad es: poco después de la última medianoche, la luna y algo llamado George, que podía ser confundido fácilmente con una luna, brillaron por breve tiempo sobre Bellona.

—¿QUÉ estás haciendo ahora? —murmuró ella entre las hojas.

En silencio, él continuó.

Ella se alzó, apartando la manta, se adelantó hasta tocar su hombro, miró por encima de él.

—¿Es un poema?

Él gruñó, tachó dos palabras, se mordisqueó la cutícula de su pulgar, luego volvió a escribirlas.

—Hummm... —dijo ella—. ¿Pretendes hacer un agujero a través de algo, o estás prediciendo el futuro?

—¿Eh? —Él estiró sus cruzadas piernas bajo el bloc de notas—. Prediciendo el futuro.

—A-u-g-u-r.

—Quien fuera que escribió este cuaderno lo dice de forma distinta en otra página. —Hojeó el bloc de notas encima de sus rodillas hasta una anotación anterior en la página de la derecha:

*Una palabra arroja volando imágenes de las cuales leemos augurios...*

—Oh... él lo expresó bien. —De vuelta a la página en la que había estado escribiendo, tachó y volvió a tachar su propia cacografía hasta que la barra de tinta sugirió una palabra de debajo de la mitad de su longitud.

—¿Has estado leyéndolo? —Ella se arrodilló a su lado—. ¿Qué piensas de ello?

—¿Hum?

—Quiero decir..., el tipo que escribió eso era extraño.

La miró.

—Sólo lo he estado usando para escribir mis propias cosas. Es el único papel del que dispongo, y él dejó en blanco un lado de cada página. —Hundió los hombros—. Sí. Es extraño —pero no pudo comprender su expresión.

Antes de que pudiera hacerle a su vez una pregunta, ella inquirió:

—¿Puedo leer lo que has escrito?

—De acuerdo —respondió, deseoso por ver qué impresión causaba.

—¿Estás seguro?

—Ajá. Adelante. De todos modos, ya está terminado.

Le tendió el cuaderno: su corazón empezó a latir fuertemente; su lengua se secó y se volvió pegajosa contra la base de su boca. Contempló su propia aprensión. Al

menos, pensó, los pequeños miedos son divertidos. Éste era lo suficientemente grande como para sacudir todo el esquema.

Metió la punta de su bolígrafo y observó mientras ella leía.

Mechones de pelo caían sobre el rostro de ella como pétalos de orquídea, hasta que —«¡Para eso!»— fueron echados hacia atrás.

Cayeron de nuevo.

Metió el bolígrafo en el bolsillo de su camisa, se puso en pie, caminó de un lado para otro, primero ladera abajo, luego hacia arriba, mirándola ocasionalmente, arrodillada, desnuda, sobre hojas y hierba, con los pies, las arrugadas plantas hacia arriba, asomando bajo sus nalgas. Ella diría que era una estupidez, decidió, para mostrar su independencia. O exclamaría Oh y Ah y Qué maravilla, convencida de que eso los uniría más. Su mano estaba de nuevo sobre el bolígrafo..., sacó y metió la punta sin extraerlo del bolsillo, se dio cuenta de lo que estaba haciendo, se detuvo, tragó saliva, siguió andando. *Reglones para que ella los lea reglones para ella* pensó como un futuro título, pero no supo qué poner debajo; era demasiado difícil sin el papel ante sí, con la suave línea roja de su margen, su cuadriculado azul pálido.

Ella leyó durante mucho rato.

Volvió dos veces para mirar por encima de su cabeza. Y se alejó.

—Me hace...

Se volvió.

—... sentir... extraña. —Su expresión era aún más intensa.

—¿Qué significa eso? —arriesgó él, y perdió: sonaba o pontifical o aterrorizado.

—Ven aquí...

—Sí. —Se acuclilló a su lado, su brazo tropezó con el de ella; su pelo rozó el de ella cuando se inclinó—. ¿Qué...?

Inclinada junto a él, ella pasó un dedo debajo de una estrofa.

—Aquí, donde pones las palabras en orden inverso a la forma en que lo has hecho arriba... Creo que, si alguien me lo hubiera descrito, no lo hubiera encontrado muy interesante. Pero, leyéndolo, lo he hecho cuatro veces..., me produce escalofríos. Pero sospecho que es a causa de que encaja tan bien con la sustancia. Gracias. —Cerró el cuaderno y se lo tendió de vuelta. Luego dijo—: Bueno, no parezcas tan sorprendido. Me ha gustado, de veras. Déjame ver: me siento..., deleitada con su habilidad, y emocionada por su..., bueno, sustancia. Lo cual no deja de ser sorprendente, porque no pensaba que fuera a ser así. —Frunció el ceño—. De veras, *estás...* mirando a algo muy intenso, y me hace sentirme tremendamente nerviosa. —Pero no bajó la vista.

—Te gusta simplemente porque me conoces. —Eso también era para ver su reacción.

—Es posible.

Sujetó el bloc de notas muy fuertemente, y sintió el entumecimiento de sus dedos.

—Imagino —ella se apartó un poco— que el que a alguien le guste o no, no te sirve realmente de nada.

—Sí. Sólo que estás asustada de que no sea así.

—Bueno, sí. —Empezó a decir algo más, no lo hizo. ¿Era aquello un encogerse de hombros? Luego miró desde abajo a las colgantes ramas—. Gracias.

—Sí —dijo él, casi con alivio. Luego, como si recordara de pronto—: ¡Gracias a ti!

Ella volvió la vista hacia él, con la confusión en su rostro luchando hacia alguna otra expresión.

—Gracias a ti —repitió él tontamente, apretando con sus palmas el cuaderno contra el dril de sus pantalones, sintiendo la humedad del sudor—. Gracias a ti.

La otra expresión era comprensión.

Sus manos reptaron como cangrejos, trepando por su propio cuerpo hasta aferrar sus hombros. Sus rodillas se alzaron (el bloc de notas cayó entre ellas) hasta golpear sus codos. Una repentina efusión de... ¿era placer?

—¡Conseguí trabajo! —Su cuerpo pareció desmembrarse; aleteó los brazos, tendido de espaldas—. ¡Hey, conseguí trabajo!

—¿Eh?

—Mientras dormías. —El placer manó hacia fuera, a sus manos y pies—. Esa dama del bar de la otra noche; vino por aquí con su perra y me dio trabajo.

—¿Madame Brown? No bromees. ¿Qué tipo de trabajo? —Rodó sobre su estómago al lado de él.

—Para esa familia llamada Richards. —Se dio la vuelta, porque la cadena estaba mordisqueando sus nalgas. ¿O era la espiral del bloc de notas?—. Limpiar su basura.

—Bueno, realmente hay suficiente basura —tendió la mano, tiró del bloc de notas de debajo de la cadera de él— en Bellona que debe ser limpiada. —Dejó el cuaderno en el suelo, sobre la cabeza de él, apoyó su barbilla en sus antebrazos—. Una perla —murmuró—. En una ocasión Katherine Mansfield describió San Francisco, en una carta a Murray, como viviendo en el interior de una perla. Debido a toda la bruma. —Más allá de las hojas, el cielo era oscuramente luminoso—. ¿Ves? —Su cabeza cayó hacia un lado—. Yo también soy instruida.

—No creo —frunció el ceño— haber oído hablar nunca de Katherine...

—Mansfield. —Alzó su cabeza—. Era la referencia en eso que escribiste, de ese poema de Mallarmé... —Le frunció el ceño a la hierba, empezó a tablear con los dedos—. ¡Oh, es...!

Él la observó mientras ella intentaba perseguir un recuerdo, y se preguntó acerca del proceso.

—¡*Le cantique de Saint Jean!* ¿Fue eso a propósito?

—He leído algo de Mallarmé... —Frunció el ceño—. Pero sólo en esa traducción portuguesa que editó la Editora Civilizaçáo... No, no creo que fuera a propósito...

—Portugués. —Ella volvió a bajar la cabeza—. Seguro. —Luego dijo—: Es como una perla. Quiero decir aquí, en Bellona. Aunque lo que haya sea humo y no bruma. Él dijo:

—Cinco dólares a la hora. Ella dijo: —¿Hum?

—Lo que van a pagarme. En el trabajo.

—¿Y qué piensas hacer con cinco dólares a la hora? —preguntó ella, completamente seria.

Lo cual parecía tan estúpido, que decidió no insultarla respondiendo.

—Los Apartamentos Labry —continuó—. En el cuatrocientos de la calle 36, apartamento 17-E. Se supone que tengo que ir esta tarde. —Se volvió para mirarla—. Cuando salga, podemos encontrarnos de nuevo... ¿quizá en aquel bar?

Ella le observó unos instantes.

—Quieres que volvamos a estar juntos, ¿eh? —Luego sonrió—. Estupendo.

—Me pregunto si ya es muy tarde para pensar en dar una vuelta.

—Hazme el amor otra vez antes de irte. Él frunció el rostro, se estiró.

—No. Las últimas dos veces te hice yo el amor. —Relajó su cuerpo, la miró—. Esta vez hazme el amor *tú a mí*.

Su ceño fruncido desapareció antes de que, riendo, se inclinara sobre su pecho.

Él acarició su rostro.

El ceño volvió a fruncirse.

—¡Te lavaste! —Pareció sorprendida.

Él inclinó la cabeza hacia ella.

—No mucho. En la fuente de ahí abajo. Me eché un poco de agua por el rostro y manos. ¿Te importa?

—No. Yo también me lavo, bastante a conciencia, dos veces..., ocasionalmente incluso *tres* veces, al día. Sólo que me sorprendió.

Él pasó sus dedos por el labio superior de ella, recorriendo un lado de su *nariz*, la mejilla..., como trolls, pensó, observándolos.

Los verdes ojos de ella parpadearon.

—Bueno —dijo él—, no se trata de algo por lo que me haya hecho exactamente famoso. Así que no te preocupes.

Como si ella hubiera olvidado el sabor de él y sintiera curiosidad por recordarlo, bajó la boca hacia la suya. Sus lenguas bloquearon todo sonido excepto sus respiraciones mientras, por quinta vez (¿era la quinta?), sí, por quinta vez, hacían el amor.

El cristal de la puerta de la derecha no estaba roto.

Abrió la de la izquierda: una telaraña de sombras barrió un suelo que al principio

creyó que era de mármol azul jaspeado en oro. Su pie descalzo le dijo que era plástico. *Parecía* piedra...

La pared estaba cubierta de paja naranja trenzada..., no, su palma le dijo que era plástico también.

Diez metros más allá, en el centro del vestíbulo —luces, reconoció finalmente—, una docena de globos grises colgaban, todos a diferentes alturas, como huevos de dinosaurio.

De donde debía haber habido un pequeño estanque, lleno de desmenuzada piedra azul, emergía una delgada y fea escultura de hierro. Al pasar cerca de ella se dio cuenta de que no era una escultura, sino un joven árbol muerto.

Hundió los hombros, se apresuró.

La pared de separación cubierta de «paja» a su lado ocultaba probablemente los buzones. La rodeó, curioso.

Puertecitas de metal retorcidas y abiertas: tres hileras, colocadas brutalmente en posición vertical (el pensamiento le golpeó con una inquietante inmediatez) de saqueadas tumbas. Las cerraduras colgaban de un tornillo o habían desaparecido por completo. Pasó junto a ellas, deteniéndose para mirar una u otra de las semiborradas placas con el nombre, desentrañando lo que quedaba de *Smith, Franklin, Howard...*

En la hilera de arriba, la tercera desde el fondo, un sólo buzón había sido o bien reparado o nunca vandalizado:

*Richards: 17-E*, anunciaban unas letras blancas desde la pequeña ventanilla negra. Tras la rejilla se divisaba el inclinado borde rojo, blanco y azul de un sobre de correo aéreo.

Salió por el otro lado de la pared, se apresuró hacia el fondo del vestíbulo.

La puerta de un ascensor estaba semiabierta sobre un pozo vacío, del que brotaba una silbante corriente de aire. La puerta estaba forrada para que pareciese madera, pero una melladura a la altura de la rodilla mostraba que era de negro metal. Mientras se agachaba y pasaba el dedo por el borde de la depresión algo cliqueteó: la puerta corredera de un segundo ascensor se abrió a su lado.

Se alzó y retrocedió unos pasos.

No había luces en la otra cabina.

Entonces la puerta del pozo vacío, como por simpatía, acabó de abrirse también.

Conteniendo el aliento y sujetando con fuerza su bloc de notas, entró en la cabina.

Su dedo encendió un «17» de color naranja. La puerta se cerró. El número era la única luz. Empezó a subir. No sentía exactamente miedo; toda emoción estaba en suspenso. Pero cualquier cosa, comprendió sobre su superficial aliento, podía adoptar la más fantástica de las formas.

El «17» se apagó; la puerta se abrió a la penumbra.

En un extremo del rellano beige, la puerta de un apartamento estaba abierta de par



en par; una luz grisácea humeaba a su través. En el otro extremo, en el globo del techo, al menos funcionaba una luz.

Pasó el 17-B, 17-C, 17-D, acercándose al globo.

Tras el tercer timbrazo (prácticamente con un minuto entre ellos), decidió marcharse: y bajar a pie por las escaleras, porque el oscuro ascensor era demasiado ominoso.

—¿Sí? ¿Quién es...?

—Me envía Madame..., la señora Brown.

—Oh. —Sonaron cosas al ser corridas. La puerta chirrió sobre cinco centímetros de cadena. Una mujer quizá de unos cincuenta años, de pelo oscuro y ojos pálidos, le miró por encima de los cerrojos.

—¿Es usted el joven que dijo que había enviado para ayudar?

—Sí.

—Oh —repitió—. Oh. —Cerró la puerta, y la abrió de nuevo sin la cadena—. Oh. Pisó una alfombra verde. Ella retrocedió unos pasos para examinarle; empezó a sentirse incómodo, y sucio, y nervioso.

—¿Le dijo Edna lo que deseábamos?

—Limpiar —dijo él—. ¿Tiene usted algunos trastos que sacar?

—Y trasladar...

Dos golpes, y la estentórea risa de dos hombres se unió a la de una mujer.

Los dos miraron hacia el Acrolan.

—... a un apartamento más arriba del mismo edificio —dijo ella—. Los suelos, las paredes de estos edificios son tan delgados. Todo los atraviesa. Todo. —Cuando alzó la vista, él pensó: ¿por qué parece tan incómoda..., soy yo quien la pone así? Ella prosiguió—: Queremos que nos ayude a limpiar el lugar de arriba. Está en el piso diecinueve, al otro lado del rellano. Tiene una terraza. Pensamos que sería más agradable. En este apartamento no tenemos terraza.

—Hey, mamá, ¿está...?

La reconoció cuando estaba a mitad de camino en el pasillo.

—¿Sí, June?

—Oh... —lo cual no significaba reconocimiento, aunque se apoyó en la pared y le miró con un parpadeo. Su pelo rubio caía sobre sus hombros. Frunció el ceño junto a la verde pared, tan pálida como la alfombra—. ¿Está Bobby aquí?

—Lo envié abajo a buscar algo de pan.

—Oh —de nuevo, y se metió en su habitación.

—Soy —haciendo una pausa hasta que él volvió a mirarla— la señora Richards. Mi esposo, Arthur, volverá dentro de un momento. Pero entre, y le explicaré exactamente lo que queremos que haga.

El salón era todo ventanas panorámicas. Al otro lado de unas persianas

venecianas medio alzadas, una colina con parches de césped estaba salpicada por altos edificios de ladrillo.

—¿Por qué no se sienta —su dedo abandonó su barbilla para señalar— aquí?

—No tuve oportunidad de lavarme demasiado bien esta mañana, y voy un poco sucio. —Entonces se dio cuenta de que ésta era precisamente la razón por la que ella le había señalado aquella silla en particular—. No, gracias.

—¿Vive usted...?

—En el parque.

—Siéntese —dijo ella—. Por favor. Por favor, siéntese.

Se sentó, e intentó no colocar su pie desnudo detrás de la sandalia.

Ella se acomodó en el borde del diván en forma de L.

—El 19-A, donde queremos mudarnos, está, francamente, hecho un desastre. El apartamento en sí se halla en buenas condiciones, las paredes, los ventanas..., hay tantas ventanas rotas por aquí. Escribimos a la Dirección. Pero no nos sorprendería que hubieran perdido la carta. Todo es tan ineficiente. Se ha ido tanta gente.

Se oyó un estrépito, luego golpes, en el rellano. ¡Luego, alguien aporreó la puerta!

Mientras él intentaba no reflejar su sorpresa, fuera sonaron susurros mezclados con risas.

La señora Richards se sentó muy erguida, con los ojos cerrados, los pequeños nudillos contra su estómago, su otra mano aferrando el diván. La flácida carne entre los ligamentos sobre su cuello pulsaba, ya fuera con los lentos latidos de su corazón o con su respiración acelerada.

—¿Señora...?

Tragó saliva, se puso en pie.

Golpearon de nuevo la puerta: pudo oír agitarse la cadena.

—¡Váyanse! —Sus manos eran ahora garras—. ¡Váyanse! ¡He dicho que se vayan!

Ruido de pasos —tres o cuatro pares, uno con tacones altos— hicieron eco a sus palabras.

—¿Mamá...? —June apareció precipitadamente.

La señora Richards abrió los ojos, la boca, e inspiró profundamente.

—Han hecho esto... —se volvió hacia él— ...dos veces hoy. Dos. Ayer sólo fue una.

June mantenía los nudillos de una de sus manos apretados contra su boca. Tras ella, la pared estaba cubierta con un áspero papel verde, estanterías con plantas en macetas de cobre, tan altas que parecía imposible poder regarlas.

—Vamos a mudarnos a otro apartamento. —La señora Richards dio otra profunda inspiración y se sentó—. Escribimos a la Dirección. No hemos recibido respuesta, pero vamos a mudarnos de todos modos.

Él depositó su bloc de notas sobre la mesa junto a la silla y miró a la puerta.

—¿Quiénes son?

—No lo sé. No lo sé, ni me importa. Pero... —hizo una pausa para recomponerse— van a volverme loca. Creo que son... niños. Se han metido en uno de los apartamentos de abajo. Se ha ido tanta gente. Por eso vamos a mudarnos arriba.

June seguía mirando por encima de su hombro. Su madre dijo:

—Tiene que ser muy difícil para usted, vivir en el parque.

Asintió.

—¿Hace mucho tiempo que conoce a la señora Brown? Es considerado por su parte el que nos haya enviado a alguien para ayudarnos. Ella sale, conoce a gente. Yo no me siento segura caminando por la ciudad.

—Mamá apenas sale —dijo June, muy aprisa, pero aún con la misma vacilación que recordaba de la otra noche.

—No es seguro, y no veo ninguna razón para que una mujer corra ese tipo de riesgo. Quizá si yo fuera distinta pensaría de otro modo. —Sonrió. Su pelo era castaño, salpicado de canas, peinado recientemente de una forma muy sencilla—. ¿Durante cuánto tiempo puede trabajar?

—Tanto como usted desee, supongo.

—Quiero decir cuántas horas. ¿Hoy?

—El resto del día, si usted quiere. Ya es bastante tarde. Pero mañana vendré temprano.

—Me refiero a la luz.

—¿La luz?

—Las luces no funcionan en la mayor parte de los apartamentos.

—Oh, entiendo. Bueno, trabajaré hasta que se haga oscuro. ¿Qué hora es ahora?

—Los relojes —la señora Richards alzó las manos—. Los relojes se han parado.

—¿Su electricidad no funciona?

—Nada excepto un enchufe en la cocina. Para la nevera. Y ése deja de funcionar de tanto en tanto.

—En el rellano hay una luz encendida. Y el ascensor funciona. Podrían pasar una extensión hasta aquí.

La señora Richards pareció desconcertada.

—Un cable. Desde la luz del rellano hasta su apartamento. Eso les daría un poco de electricidad.

—Oh. —Las arrugas de su frente se hicieron más profundas—. Pero entonces perderíamos la luz del rellano, ¿no? Necesitamos un poco de luz en el rellano. Hacer eso sería...

—Pueden instalar una doble toma. En una ponen una bombilla, y sacan un cable de la otra, por debajo de la puerta.

—¿Desde el rellano?

—Ajá. A eso me refería.

—Oh. —Agitó la cabeza—. Pero las luces del rellano no van incluidas en nuestra factura. A la Dirección no le gustaría eso. Son muy estrictos aquí. Entienda, las luces del rellano pertenecen a otra... —sus manos aletearon— línea. No creo que podamos hacerlo. Si alguien viera... —Se echó a reír—. Oh, no, éste no es ese tipo de lugar.

—Oh —dijo él—. Bien, se mudan. De modo que imagino que no tienen por qué hacerlo. ¿El apartamento al que van tiene electricidad?

—Ésa es *una* de las cosas que debemos averiguar. Todavía no lo sé. —Sus manos volvieron a descansar sobre su regazo—. Oh, *espero* que sí.

—Trabajaré hasta que se haga oscuro, señora Richards.

—Muy bien. Oh, sí, eso será estupendo. Al menos podrá empezar hoy.

—Quizá será mejor que le pregunte a su esposo acerca de la extensión. Yo puedo hacérsela. Acostumbraba a ser muy mañoso.

—¿De veras?

—Sí. Y puedo hacerlo, no hay ningún problema.

—Yo... —Se retorció la falda, se dio cuenta, la alisó—. Pero no creo que la Dirección lo acepte. Oh, no, no lo creo en absoluto.

El timbre de la puerta sonó dos veces.

—¡Ése es Bobby! —June.

—¡Pregunta quién es!

—¿Quién es?

Con voz ahogada:

—Yo.

La cadena sonó al ser soltada.

—Bien, conseguí vuestro...

June le interrumpió:

—¡Sabías que volverían, y lo hicieron! ¿No viste a nadie en los rellanos?

—No... ¿Quién es *él*? —Bobby dirigió la pregunta hacia la sala de estar.

Bobby (¿catorce años?) sujetaba con demasiada fuerza una barra de pan. Rodeando su muñeca izquierda, formando un brillante brazalete, había media docena de vueltas de la cadena óptica.

—Oh, vamos, Bobby. Es un joven que nos ha enviado Edna Brown.

—Ah. —Bobby entró en la salita. Rubio como su hermana, allá donde los rasgos de ella sugerían timidez, su afilada nariz y su gruesa boca apuntaban beligerancia. Llevaba un periódico bajo el brazo—. Vive usted fuera en la calle, ¿eh?

Asintió.

—¿Quiere utilizar el baño o lavarse o algo?

—¡Bobby! —dijo June.

—Quizá —dijo él.

La señora Richards se echó a reír.

—¿No lo considera difícil y peligroso?

—Bueno..., uno tiene que tener los ojos abiertos. —Aquello sonó más bien estúpido.

—Iremos arriba y echaremos una ojeada.

—Prefiero quedarme y leer el...

—Iremos juntos, Bobby. Todos.

—Oh, Bobby —dijo June—. ¡Ven!

Bobby cruzó la sala de estar, arrojó el periódico sobre la mesita de café y dijo:

—*De acuerdo* —y se dirigió a la cocina—. Pero primero tengo que dejar el pan.

—Está bien, *déjalo* —dijo la señora Richards—. Luego nos iremos.

—Sólo pude encontrar media barra —indicó Bobby.

—¿No *pediste* una entera? —preguntó la señora Richards—. Estoy segura de que si hubieras pedido educadamente una barra entera, hubieran intentado encontrar una para...

—No había nadie en la tienda.

—Oh, *Bobby*...

—*Dejé* el dinero.

—Pero tendrías que haber esperado a que apareciese alguien. Supón que alguien te vio salir. *Pueden* haber pensado que...

—Esperé. ¿Por qué crees que he tardado tanto? Hey, tiene moho.

—Oh, *nooo* —exclamó la señora Richards.

—No *mucho* —desde la cocina—. Sólo una manchita en una punta.

—¿No la atravesará toda?

—Está en la segunda rebanada. Y en la tercera...

—¡Oh, deja de cortarla! —exclamó la señora Richards; dio un puñetazo a un almohadón, se puso en pie y siguió a su hijo a la cocina—. Déjame ver.

Quizá fue la incómoda lucidez centrada en la recapitulación: dijo a June:

—La otra noche, ¿encontró usted...?

Se oyó ruido de celofana en la cocina.

Junto al marco de la puerta, los ojos de June se abrieron mucho en reconocimiento..., al fin. Su dedo índice ascendió con torpeza hasta sus labios pidiendo silencio, se agitó sobre su boca, volvió a agitarse, hasta que borró todo significado de su gesto.

Parpadeó.

La celofana sonó de nuevo.

Bobby salió, se sentó frente a la mesita de café y depositó el periódico sobre sus rodillas. Cuando vio a su hermana inclinó la cabeza, con el ceño fruncido, luego

volvió a mirar al periódico, mientras la mano de June descendía lentamente a la pechera de su suéter y luego a su regazo.

—La atraviesa —anunció la señora Richards—. La atraviesa de parte a parte. Bueno, no es muy grande. Los mendigos no pueden elegir. —Entró en la salita—. Podemos quitar esa parte, y tendremos bocadillos con un agujero a un lado. Todos *somos* mendigos hasta que se arreglen las cosas, ¿sabéis? ¿Ya estás leyendo eso de nuevo?

La señora Richards apoyó un puño en su cadera.

Bobby no alzó la vista.

—¿De qué habla hoy? —en un tono más suave. El puño cayó.

Bobby siguió leyendo.

—Ese asunto de ayer por la noche, con las lunas —dijo.

—¿Qué?

—Yo... te lo conté, mamá —ofreció June—. Ayer por la noche, cuando salí...

—Oh, sí. Y yo te dije, June, que no me gustaba. No me gustaba en absoluto. Será mejor que subamos arriba. ¿Bobby?

Bobby se limitó a gruñir.

—Algunas personas dicen que vieron dos lunas en el cielo. —Se levantó de la silla—. A una de ellas la llamaron George. —No estaba mirando a June, sino a la nuca de Bobby; pero supo que June reaccionó.

—¿Dos lunas en el cielo? —preguntó la señora Richards—. ¿Quienes dicen que las vieron?

—Calkins no lo dice —murmuró Bobby—. El tipo que escribió el artículo no las vio —añadió, en beneficio de la señora Richards.

—¿Dos lunas? —preguntó de nuevo la señora Richards—. June, cuando volviste no dijiste nada de...

June se había marchado de la habitación.

—¡June! ¡June, vamos arriba!

—¿Yo también *tengo* que venir? —preguntó Bobby.

—¡Sí, *tienes* que venir!

Bobby dobló ruidosamente el periódico.

—¡June! —llamó de nuevo la señora Richards.

Siguió a madre e hijo hasta la puerta, donde aguardaba June. Mientras la señora Richards abría primero la de arriba, luego la de abajo, y finalmente la cerradura de en medio, los ojos de June, perfectamente redondos, se cruzaron con los suyos, imploraron, y se cerraron.

—Ahí *vamos*.

Todos parpadeando por distintas razones, salieron al rellano. Siguió al grupo hasta que la señora Richards anunció:

—Bien... —y prosiguió—: Quiero que usted..., ¿cuál es su nombre?... vaya delante.

Fue sorprendentemente fácil decir:

—Chicco —mientras rodeaba a los dos hijos para situarse delante.

—¿Perdón? —preguntó la señora Richards.

—Chicco. Eso es, Chicco.

—Vaya —dijo Bobby.

—Es un nombre bonito —dijo June—. Y curioso.

—Sobre todo curioso —admitió Bobby. Luego, alzando las cejas y con una sonrisa, bromeó como un adulto de treinta años—: Hey, Chiquito...

—¡Bobby, para!

Echó a andar junto a la señora Richards. Los tacones de ella resonaban secos; su sandalia siseaba, su pie desnudo apenas hacía ruido.

Cuando llegaron a los ascensores se produjo un ruido arriba. Miraron hacia la puerta de la escalera, con su cristal reforzado con alambre embutido y la palabra *SALIDA* pintada en letras rojas en él. El resonar de pasos se hizo más fuerte...

(Apretó la mano contra su pierna, rodeando una de las vueltas de la cadena.)

... hasta que unas sombras cruzaron el cristal. Las pisadas bajaron y se perdieron.

La mano de la señora Richards, gris como una ramita apagada sacada del fuego, estaba apoyada contra la pared junto al botón del ascensor.

—Niños —dijo—. Tienen que ser niños. Suben y bajan las escaleras, recorren los rellanos, golpean las paredes, las puertas. No se dejan ver, ¿sabe? Porque tienen miedo. —Se dio cuenta de que su voz sonaba ronca por el terror—. Tienen miedo de nosotros. No deben tenerlo. No vamos a hacerles ningún daño. Pero desearía que no hicieran eso. Eso es todo. Sólo desearía que no lo hicieran.

Dos ascensores separados se abrieron.

Desde uno de ellos, un hombre dijo:

—Oh —con una voz un tanto ronca—. Cariño. Eres tú. Me has dado un susto de muerte. ¿Adónde vais?

Del otro llegó una débil corriente de aire, desde muy arriba o muy abajo.

—¡Arthur! ¡Oh, Arthur, éste es Chicco! Edna Brown lo envió para ayudarnos. Vamos a llevarle a ver el nuevo apartamento.

El hombre tendió una ancha y húmeda mano.

—Encantado —dijo Arthur Richards. La puerta del ascensor hizo un *Ca-chung* en dirección a su hombro, se retiró, luego intentó cerrarse de nuevo.

—Edna lo envió para que nos ayudara a limpiar y a mudarnos.

—Oh. ¿Vendrá Edna más tarde?

—Dijo que lo intentaría esta noche, señor Richards.

*Ca-chung.*

—Estupendo. Hey, entremos en esta maldita cosa antes de que me tire —rió el señor Richards. Su cuello blanco creaba arrugas en su carnoso cuello. Su pelo era tan pálido, posiblemente el blanco se perdiera a aquella escasa luz—. A veces pienso que esta cosa me odia. Entremos.

*Ca-chung.*

Se metieron en la cabina antes de que la puerta los sumergiera en la oscuridad.

El «19» brilló naranja en la negrura.

—Arthur —dijo la señora Richards en la zumbante oscuridad—, han estado merodeando de nuevo por el rellano. Vinieron y aporrearon la puerta. Dos veces. Una esta mañana, y de nuevo después de que llegara Chicco. ¡Oh, me alegró *tanto* que él estuviera aquí!

—Todo va bien, cariño —la tranquilizó el señor Richards—. Por eso nos mudamos.

—La Dirección tiene que hacer algo. ¿Dijiste que habías *estado* allá en la oficina y se lo habías dicho?

—Estuve en la oficina. Se lo dije. Respondieron que en estos momentos tenían dificultades. Tienes que comprenderlo, cariño. Todos estamos teniendo dificultades.

June, a su lado, le echaba el aliento al rostro. Era la persona a la que tenía más cerca en el ascensor.

—Sabrías lo terrible que resulta si los hubieras oído, Arthur. No veo por qué no puedes tomarte un día libre en el trabajo. Así te darías cuenta.

—Naturalmente que es terrible.

La puerta se abrió; pudo ver que en el rellano funcionaban dos de los globos del techo.

La señora Richards miró fijamente al pecho de su esposo.

—No lo harían si Arthur estuviera en casa.

—¿Dónde trabaja usted, señor Richards? —preguntó él mientras salían de la cabina.

—En la MSE..., la Maitland Systems Engineering. Cariño, me gustaría poder dejar el trabajo. Pero las cosas allí están aún más confusas que aquí. Éste no es precisamente el momento. No ahora.

La señora Richards suspiró y tomó una llave.

—Lo sé, querido. ¿Estás seguro de que la Dirección dijo que no habría ningún problema?

—Te lo dije, querida. Ellos me dieron la llave.

—Bueno, nunca respondieron a mi carta. Respondieron al cabo de dos días cuando les escribí el año pasado acerca del yeso en la habitación de June. —La llave entró con un sonido como de grava—. De todos modos... —miró de nuevo fijamente al pecho del señor Richards—, aquí es donde vamos a mudarnos.



Entró en una habitación azul pálido a través de resonantes montañas de papel de embalaje.

—Las luces —dijo ella—. Encienda las luces.

El señor Richards y June y Bobby aguardaron en el umbral.

Accionó el interruptor.

La luz del techo se encendió, hizo *¡Fsssst!*, y se apagó.

June, tras él, lanzó un gritito.

—Sólo es la bombilla. Al menos tienen electricidad.

—Oh, podemos arreglar eso —dijo el señor Richards, y entró—. Vamos, chicos. Todos dentro.

June y Bobby se apretaron, hombro contra hombro, pero permanecieron como centinelas en la puerta.

—¿Qué otra cosa hay que sacar aparte estos papeles?

—Bueno —la señora Richards enderezó una silla con asiento de enea—. Están las otras habitaciones, los muebles y todo eso. —El papel de embalar marrón crujió junto a sus tobillos—. Todo tipo de cosas. Y el polvo. Y luego, por supuesto, tendremos que traer las cosas de abajo.

Las persianas, caídas de una de sus sujeciones, colgaban con sus dobladas palas de aluminio apoyadas contra el suelo.

—Simplemente quítelas. Será un hermoso apartamento cuando esté limpio.

—¿Conoce usted a la gente que vivió aquí antes?

—No —dijo la señora Richards—. No. No los conocemos. Todo lo que tiene que hacer usted es limpiar esto. —Se dirigió a la cocina y abrió el armario de las escobas—. Bayetas, cubo, limpiador. Todo. —Regresó—. Hay todo tipo de cosas en las otras habitaciones.

—¿Qué demonios hacían con todo este papel?

—No lo sé —dijo Bobby, inquieto, desde el umbral.

Al pisar las liquenosas hojas, su piel descalzo se apoyó sobre madera, alambre, cristal: *¡crac!* Levantó bruscamente el pie, con una patada al papel.

La fina raja en el cristal atravesaba los dos rostros: enmarcados en madera negra, esposo y esposa, él con barba, ella elaboradamente peinada, posaban con ropas de mil novecientos. Tomó el retrato de entre los papeles. Parte del cristal cayó a un lado.

—¿Qué es eso? —preguntó la señora Richards, rodeando más muebles volcados.

—Sospecho que lo rompí —intentando descubrir, sin mirar, si se había hecho algún corte en el pie.

Entre los padres, con trajes idénticos de marinero, una hermana y sus dos hermanos (uno más pequeño, el otro mayor) parecían serios e incómodos.

—Estaba tirado en el suelo.

La señora Richards lo tomó de entre sus manos. El colgante alambre golpeó con

un suave sonido contra la parte de atrás.

—No es nada. ¿Quién supone que *son*?

—¿La gente que vivió aquí antes...? —June avanzó unos pasos, luego se echó a reír—. Oh, no es posible. ¡Es tan *vieja*!

—Papá —dijo Bobby desde el umbral.

—¿Sí?

—Creo que Chicco quiere utilizar el baño.

June y la señora Richards se volvieron.

—Quiero decir —se apresuró a indicar Bobby— que viviendo así en el parque y todo esto...; está realmente sucio.

La señora Richards hizo chasquear la lengua, y June se limitó a decir:

—¡Oh, *Bobby*!

El señor Richards dijo:

—Bueno... —sonriendo; y luego—: Hum... —y luego—: Bueno..., claro.

—Realmente estoy hecho un vagabundo —admitió—. Puedo darme una ducha, después que acabe aquí arriba.

—Por supuesto —dijo el señor Richards voluntariosamente—. Le traeré una navaja. Y Mary le subirá una toalla. Seguro.

—En *esta* habitación... —la señora Richards había apoyado la foto contra la pared, y ahora estaba intentando abrir una puerta—. No sé *qué* metieron en esta habitación.

Él se inclinó para tomar la manija. Algo rascó al otro lado cuando empujó la puerta unos centímetros. Unos centímetros más, y pudo mirar.

—Muebles, señora. Creo que toda la habitación está llena de muebles.

—Oh...

—Puedo meterme dentro y sacarlos.

—¿Está seguro...?

—¿Por qué no van abajo todos ustedes? Puedo empezar con esto. Va a quedar limpio y reluciente. Ahora está hecho un asco. No hay mucho que puedan mostrarme.

—Bueno, supongo...

—Vamos, Mary. Dejemos que el chico haga su trabajo.

Él se dirigió a la puerta de entrada y empezó a echar el papel hacia un lado de la habitación.

—Bobby, vuelve abajo con nosotros. No quiero que te metas en líos.

—*Mamá*...

La puerta se cerró: ...¿el chico? Bueno, ya estaba acostumbrado a que juzgaran mal su edad. (¿Dónde quieren que ponga toda esta mierda?) Se volvió y pisó' alguna otra cosa con su sandalia. Apartó el papel de una patada: un tenedor de cocina.

Dejó el bloc de notas sobre la silla que la señora Richards había puesto sobre sus

patas y empezó a doblar el papel de embalar en paquetes de a metro. Podía echarlos abajo por la terraza. ¿Escamas de ángel color mierda? Y los muebles: ¡crash! No, aquello no funcionaría. Arrastrar todos los trastos hasta el ascensor, dejarlos en alguna habitación del sótano. ¿Empujarlos por toda la oscuridad de abajo? No, eso tampoco. Ponerlo todo en un lado de la habitación, barrer y fregar, luego pasarlo todo al otro lado. ¿Quemarlos en medio? ¿Qué esperaba exactamente *ella*?

Fuera como fuese, en diez minutos la mitad del suelo estaba despejado. En el negro vinilo (con jaspeado blanco) había descubierto ya un platillo con manchas de café seco; un ejemplar del *Times* con una arrugada primera página que reconoció de hacía varios años; algunos harapos manchados de pintura...

La llamada en la puerta le sobresaltó.

—Soy yo... —llamó June.

Cuando abrió la puerta, ella entró con una botella de coca cola en una mano, un bocadillo en un plato en la otra. El bocadillo tenía un agujero en un lado. Se lo tendió todo Y dijo:

—¡Por favor, no diga nada acerca de ayer por la noche en el bar! ¡Por favor! ¿Por favor?

—No le he dicho nada a su madre. —Tomó plato y botella—. No pensaba ponerla en un compromiso.

—Ellos no saben *nada* de eso... El periódico y las fotos, pero no dieron mi nombre... ¡Aunque todo el mundo lo sabe de todos modos!

—De acuerdo...

—Ellos los vieron. Mamá y papá. Los vieron, ¡y no me reconocieron! Oh, pensé que iba a morirme..., lloré. Después. Oh... —Tragó saliva—. Mamá..., me ha dicho que le subiera esto. Pensó que tendría usted hambre. ¡Por *favor*, no diga nada!

—No lo haré —y se sintió irritado.

—Era como si estuviera usted jugando conmigo. ¡Fue horrible!

Dio un sorbo de la botella.

—Lo *encontró a* George Harrison, quiero decir. —Burbujeaba, pero estaba caliente.

—No... —susurró ella.

—¿Qué quería de él?

Su expresión, totalmente vulnerable, le hizo hacer una mueca.

Depositó el plato sobre la silla, considerando si aceptar lo que parecía que antes había rechazado; luego tomó el bocadillo y dio un mordisco, hundiendo los dientes en el agujero. Salchichón. Y mayonesa.

—Estaba ahí dentro. No hubiera tenido que irse. Salió apenas un minuto más tarde. —Tragó—. Hey, ¿le gustaría una foto suya?

—¿Eh?

—Puedo conseguirle una foto suya si quiere, no como la que publicaron en el periódico.

—No. No quiero ninguna foto suya. ¿Qué tipo de foto?

—Un póster grande, a todo color. Desnudo como un macho cabrío.

—¡No! —Dejó caer la cabeza—. *Está usted jugando conmigo. Me gustaría que no lo hiciera. Es terrible.*

—Hey, yo sólo... —Miró el bocado, luego la botella. No tenía hambre, pero había comido en complicidad. Ahora deseó no haberlo hecho. Dijo—: Si juega usted consigo misma, lo único que hará será perder. Si yo juego con usted, quizá..., tenga usted alguna posibilidad.

El pelo de ella se agitó; alzó la vista, con una confusión que él interpretó como la aceptación de una fingida arrogancia.

—Mañana le traeré el...

—Se suponía que debías esperarme —dijo Bobby desde la puerta—. Mamá dijo que se suponía que subiéramos juntos... Hey, casi ha dejado usted esta habitación limpia.

June hizo un movimiento con los hombros que Bobby no ignoró exactamente; pero tampoco respondió a él. En vez de ello, dijo:

—Lleva usted eso en torno al cuello. Como la mía. —Alzó su resplandeciente muñeca.

—Sí. —Sonrió—. Apuesto a que no me dirá dónde consiguió la suya.

Bobby pareció más sorprendido de lo que él había esperado.

—Les dije a mamá y papá que simplemente la encontré.

June dijo, malhumorada:

—No deberías llevarla.

Bobby puso las manos tras su espalda y encogió los hombros, como si aquella mera una discusión frecuente.

—¿Por qué no debería?

—Ella piensa que ocurren cosas terribles si llevas eso —dijo Bobby—. Está asustada. Ella se quitó la suya.

June le miró con ojos llameantes.

—No me quité la mía.

—¡Lo hiciste!

—¡No lo hice!

—¡Lo hiciste!

—¡*No era* mía! Y no deberías haber dicho que la encontraste. Estoy segura de que ocurren *realmente* cosas horribles a la gente que las *roba*.

—¡No la robé!

—¡Lo hiciste!

—¡No lo hice!

—¡Lo hiciste!

—¡Oh...! —Ella agitó las manos en fraterna frustración, para terminar con la antífona.

Dio otro mordisco al pulposo pan; lo engulló con coca cola caliente: mala idea. Dejó a un lado ambas cosas.

—¡Me vuelvo abajo! —dijo Bobby—. Será mejor que vengas también. Se supone que vamos juntos. —Y salió por la puerta.

Ella aguardó. Él la miró.

La mano de ella se movió entre los pliegues laterales de su falda, empezó a ascender. Luego alzó la cabeza.

—Será mejor que vaya...

—Oh, se ha ido a explorar. —¿Desdén?

—¿Por qué desea usted encontrar a... George?

Ella parpadeó. Una palabra se perdió en su suspiro.

—Yo..., tengo que hacerlo. ¡Y también lo *deseo*! —Sus manos intentaron alzarse, cada una sujetando por turno a la otra—. ¿Usted le conoce?

—Le he visto.

Con sus ojos iluminados y su pelo rubio ceniza, su expresión era increíblemente intensa.

—Usted, simplemente..., ¿vive ahí fuera?

—Sí. —Examinó su rostro—. Hasta ahora no he necesitado un... —Intensa, pero le decía poco—. No llevo aquí tanto tiempo como ustedes. —Obligó a sus hombros a descender; se curvaron para hendir algo que ni siquiera había reconocido conscientemente como un ataque—. Espero que le encuentre. —No era un ataque; era sólo aquella intensidad—. Pero ahora tiene usted mucha competencia.

—¿Qué...? —Su reacción a esto, dándose cuenta de que era demasiado, liberó toda la frase—. ¿Que es lo que quiere? —Sonaba agotada, parecía como si quisiera repetirlo pero no tuviera voz para ello—. ¿Por qué... ha venido aquí?

—Para limpiar..., no sé por qué. Para jugar, quizá. ¿Por qué no me deja limpiar? Será mejor que vuelva abajo. —Tomó otro papel y lo dobló, gruñendo y agitando los brazos, hasta un tamaño manejable.

—Oh... —Y bruscamente pareció de nuevo sólo una muchachita muy joven—. Es usted... —Se encogió de hombros, y se fue.

Terminó con el papel, depositó toda la basura recogida en la cocina, puso en pie más muebles volcados, y pensó en aquella familia.

Llenaron su mente mientras empujaba finalmente para entrar en la habitación atestada; alcanzó innumerables decisiones acerca de ella mientras trasteaba con raspantes patas de sillas, mesitas de bridge que se caían, cajones que no querían

encajar en sus cómodas. Un pensamiento, sin embargo, permaneció en la superficie todo el tiempo que le tomó mover cinco piezas de la parte delantera de la habitación: intentar permanecer cuerdo bajo aquella especie de locura nos vuelve locos. Pensó en escribir en su bloc de notas. Pero ninguna de las palabras (y había sacado ya su bolígrafo) tenían suficiente peso como para llevar su mano hasta el papel. El pensamiento se desvaneció en las chirriantes bisagras *del* tablero para escribir de un escritorio con tapa *de* persiana. ¿Quién había atestado todo aquello allí dentro? (¿Impulso? ¿Presión? ¿Esfuerzo?... Pero estaba ejerciendo demasiado de todo aquello maniobrando una cama plegable, por un extremo, en torno a un escritorio.) Con sudorosos sobacos y crujiente cuello, se afanó, contemplando horas y sueldos. Pero era difícil juzgar el tiempo que se deslizaba mientras arrastraba y arreglaba un diálogo tan hueco.

Cuando salió a la terraza, el cielo era del color de la piedra negra. Le picaba la cavidad nasal. Creyó ver movimiento allá abajo. Pero cuando se apoyó en la barandilla para mirar por encima de ella, sólo era humo. Y le dolían los antebrazos. Volvió dentro. Comió el resto del bocadillo. Bebió la coca cola, ahora pasada además de caliente.

¿Trabajar hasta el anochecer en una ciudad donde no veías nunca el sol? Se echó a reír. ¡Que *los* jodieran si esperaban que iba a bajar todo aquello hasta el sótano! Caminó, jadeante, entre cómodas, sillones, camas plegables y aparadores. Se le ocurrió la idea de ponerlo todo en otro apartamento del mismo piso. Su siguiente pensamiento fue: ¿por qué no?

Se volvió, enorme, en el bosque de mobiliario que le llegaba hasta la cintura. A efectos prácticos, no había nadie más en el edificio. ¿Quién lo sabría? ¿A quién le importaría? De pronto sintió un calor en la vejiga; se dirigió hacia el pasillo.

Al final, donde el pasillo se ensanchaba un poco formando como un recodo, un asomo de azulejos sobre un umbral identificó el cuarto de baño. Dentro, accionó el interruptor: las luces siguieron apagadas. Pero, cuando se volvió, su espinilla tropezó contra la taza del water.

Estaba completamente oscuro, pero qué diablos, pensó.

El sonido particular de su agua, seguido por una repentina y cálida humedad contra su pie, le dijo que había fallado. Varió su puntería, sin el ruido de agua contra agua para cantar su éxito. ¿Cortar el chorro? El recuerdo del amarillo estallido de dolor en la base de su pene... Ya lo secaría luego. Lo dejó seguir.

Salió de la oscuridad y dijo:

—¡Mierda!

Su mojado pie dejó una ancha huella sobre el bloc de notas, allá donde yacía al lado de la puerta, en la parte de fuera. ¿Había reptado tras él para mancharse? No; recordó (en blanco y negro; no en color..., como en algunos sueños) haberlo llevado

consigo con la intención de escribir algo en él. Cuando las luces no se habían encendido, lo había dejado allí.

—SOY yo, Chicco.

—Oh, hey, espere un momento.

La cadena cayó. La puerta se abrió.

Tras ella, las velas oscilaron sobre la mesita del teléfono. La luz de la sala de estar arrojaba sombras inciertas sobre la alfombra. Una puerta al fondo del pasillo dejó ver un oscilante resplandor naranja.

—Entre.

Siguió a June a la sala de estar.

—Bien. —El señor Richards miró por encima del *Times*, doblado muy pequeño —. Diría que ha trabajado hasta bien pasada la puesta del sol. ¿Cómo va todo?

—Estupendo. Había un montón de cristales rotos en la habitación de atrás. Un aparador se había volcado.

—¿Ha sacado los muebles? —preguntó la señora Richards desde la cocina.

—Todo está en la habitación de delante. Puedo hacer toda la parte de atrás mañana, y sacar el resto de la basura fuera de ahí por ustedes. No costará mucho.

—Estupendo. Arthur...

—Oh, sí —dijo el señor Richards—. Mary preparó una toalla para usted. Vaya y dése un baño. ¿Utiliza usted afeitadora eléctrica?

—No.

—Tengo una, si quiere. Dejé una maquinilla para usted, de todos modos. Le puse una hoja nueva. Nos gustaría invitarle a que se quedara a cenar.

—Hey —dijo, deseando irse—. Esto es muy considerado por su parte. Gracias.

—Bobby, ¿pusiste velas en el cuarto de baño?

Bobby murmuró un *Humf* por encima de su libro.

—Vivir a la luz de las velas —dijo el señor Richards—. Es realmente algo, ¿no?

—Al menos el gas no está cortado —dijo de nuevo la señora Richards desde la cocina—. Eso también es algo, ¿no? —Se asomó a la puerta—. Bobby, Arthur, ¡los dos! No hay suficiente luz para leer; os estropearéis la vista.

—Bobby, deja el libro. Ya has oído a tu madre. Además, estás leyendo demasiado.

—Arthur, nunca se puede leer demasiado. Sólo son sus ojos. —Volvió a meterse en la cocina.

Encima de la librería, junto a la silla del señor Richards (ni él ni Bobby habían



dejado de leer), entre una edición del *Paraíso perdido* que decía «Club de clásicos» y algo grueso de Michener, había un volumen, más delgado que los dos, con letras blancas en un lomo negro: «Peregrinaje/Newboy». Tomó el libro. Las velas arrojaron su luz sobre la sobrecubierta.

—¿Vino la señora Brown? —Le dio la vuelta al libro. Desde la portada, unos leones de cerámica negra parecieron otra cosa distinta y resplandecieron. La publicidad de atrás era sólo tres líneas que no informaban de nada. Miró de nuevo la portada: *Peregrinaje*, por Ernest Newboy.

—Estará aquí a tiempo para la cena. Siempre es así —dijo burlescamente June, esperando que Mamá o Papá pusieran objeciones. Ninguno de los dos lo hizo—. Es de ese poeta del que habla el periódico. Bobby lo trajo ayer de la librería, para mamá. Asintió.

—¿Señora? —Miró hacia la puerta de la cocina—. ¿Puedo echarle un vistazo?

—Por supuesto —dijo la señora Richards, ajetreada ante el horno.

Fue al cuarto de baño; probablemente tenía la misma disposición que el otro en el que había orinado escaleras arriba. Dos velas en la parte de atrás del lavabo reflejaban dos chispas en cada azulejo; y había otra vela sobre el armario de las medicinas.

Abrió los grifos, se sentó sobre la tapa del water y, con Newboy sobre su bloc de notas, leyó el «Prologemena».

El agua manó.

Al cabo de una página empezó a hojear, leyendo una estrofa aquí, un verso más adelante. Ante algunos rió en voz alta.

Dejó a un lado el libro, se quitó la ropa, pasó una pierna por encima del borde de la bañera y bajó su encadenado y mugriento tobillo. El vapor besó la suela de su pie, luego el agua caliente lo lamió.

Sentado en la bañera, con la cadena bajo sus nalgas, llevaba frotando apenas un minuto antes de que el agua se volviera gris y cubierta con escamas pálidas.

Bueno, Lanya había dicho que no le importaba.

Vació el agua, y echó más sobre sus pies, frotando la costrosa piel del empeine. Sabía que estaba sucio, pero la cantidad de suciedad en el agua era sorprendente. Empapó y se enjabonó el pelo, frotó sus brazos y pecho con la pastilla de jabón hasta que la cadena la melló. Se colocó el paño con el que se había restregado formando una bola bajo su barbilla, y se tendió de espaldas con las orejas debajo del agua, para contemplar la isla de su estómago agitarse al compás de los latidos de su corazón, cada curvado pelo una húmeda escama, como la enrejada piel de algún anfibio.

En algún momento durante todo aquello, la aguda risa de Madame Brown resonó en el pasillo; y un poco más tarde fue su voz al otro lado de la puerta.

—¡No! ¡No puedes entrar ahí, Muriel! Alguien está tomando un baño.

Vació el agua y se tendió de espaldas, cansado y limpio, pasando ocasionalmente

el dedo por la línea horizontal de suciedad que había quedado marcada en la bañera. Apretó su espalda contra la porcelana. El agua atrapada allí refluyó en torno a sus hombros. Se sentó, preguntándose si uno podía secarse a sí mismo. Y, lentamente, se secó.

Miró su hombro, salpicado de poros, recorrido por delgadas líneas que podía imaginar que separaban cada célula, tapizado con un vello oscuro. Rozó su piel con la boca, lamió la carne desalada, la besó, besó su brazo, besó el lugar más pálido donde palpitaban las venas cruzando el puente del bíceps al antebrazo, se dio cuenta de lo que estaba haciendo con una fruncida risa, pero volvió a besarse. Se puso en pie. Unas gotitas resbalaron por la parte de atrás de sus piernas. Se sentía algo aturdido; las pequeñas llamas de las velas oscilaban en los azulejos. Salió de la bañera, con el corazón latiendo fuertemente por el repentino esfuerzo.

Se frotó con fuerza el pelo con la toalla, con suavidad los genitales. Luego, de rodillas, hizo un trabajo ligeramente mejor limpiando los pelos y suciedad y escamas que habían quedado en el fondo de la bañera.

Tomó sus pantalones, los miró, agitó la cabeza; bueno, eran todo lo que tenía. Se los puso, se peinó hacia atrás su húmedo pelo con los dedos, se puso la camisa, se ató la sandalia, y salió al pasillo. Sentía frío tras las orejas, y se notaba húmedo todavía.

—¿Cuántos baños ha tomado? —preguntó el señor Richards—. ¿Tres?

—Dos y medio —sonrió Chicco—. Hola, Mad... señora Brown.

—Me han dicho lo duro que ha estado trabajando.

Asintió.

—No es tan malo. Probablemente terminaré mañana. ¿Señor Richards? ¿Dijo usted que tenía una maquinilla de afeitar?

—Oh, sí. ¿Seguro que no desea usar la eléctrica?

—Estoy acostumbrado al otro tipo.

—Pero va a tener que utilizar jabón normal.

—Arthur —llamó la señora Richards desde la cocina—, tienes esa barra de jabón de afeitar que te trajo Michael por Navidad.

El señor Richards chasqueó los dedos.

—Es verdad, lo había olvidado. Fue hace tres años. Nunca la abrí. Luego me dejé la barba. Durante un tiempo tuve muy buen aspecto con barba, ¿sabe?

—Estaba ridículo —dijo la señora Richards—. Se la hice afeitar.

De vuelta al cuarto de baño, se enjabonó la mandíbula, luego retiró la cálida espuma. Su rostro se enfrió bajo la hoja. Decidió dejarse las patillas un centímetro más largas.

Ahora (en dos partes diferenciadas) le llegaban hasta bastante más abajo de las orejas.

Por un momento, mientras mantenía un paño húmedo y caliente contra su rostro,

contempló los dibujos que reflejaban sus ojos contra la oscuridad. Pero, como todo lo demás en aquella casa, parecían de una calculada inconsecuencia.

Desde la cocina:

—Bobby, *por favor*, ven y pon la mesa. ¡*Ahora!*

Chicco volvió a la sala de estar.

—Apuesto a que apenas me reconocen —dijo a Madame Brown.

—Oh, no opino sobre esas cosas.

—La cena está lista —dijo la señora Richards—. Chicco, usted y Bobby se sientan aquí. Edna, usted siéntese junto a June.

Madame Brown se dirigió a su sitio y echó hacia atrás su silla.

—Muriel, quédate donde estás y sé buena, ¿me oyes?

Él se apretó entre la pared y la mesa..., y se llevó un poco del mantel consigo.

—¡Oh, querido! —Madame Brown alargó la mano para sujetar un tambaleante candelabro de latón. (En la recién revelada superficie de caoba, la reflejada llama se estabilizó.) A la luz de las velas, su rostro había adoptado de nuevo aquel deslucido aspecto de abotagados ojos que tenía la noche anterior en el bar.

—Jesús —dijo Chicco—. Lo siento. —Devolvió el mantel a su sitio, y empezó a poner bien el servicio de mesa. La señora Richards había sacado una profusión de tenedores, cucharas y bandejas. No estuvo seguro de haberlo puesto de nuevo todo en su lugar correcto, ni cuáles eran suyos o de Bobby; cuando finalmente se sentó, dos de sus dedos se demoraron en el adornado mango de un cuchillo; los observó frotarlo suavemente, gruesos, con sus anchos nudillos y uñas mordisqueadas pero translúcidamente limpias. Después de un baño, reflexionó, cuando todavía estás a solas en el cuarto, entonces es el momento de todas estas cosas que no quieres que vea la gente a tu alrededor: masturbarte, meterte los dedos en la nariz y luego en la boca, morderte las uñas. ¿Era un equivocado sentido de los buenos modales el que le había impedido hacer nada de aquello allí? Sus pensamientos derivaron hacia varios otros lugares donde se había dedicado a tales hábitos de una forma no tan privada: sentado en el extremo de una barra, de pie en unos urinarios públicos, en comparativamente vacíos vagones de metro por la noche, en parques públicos al amanecer. Sonrió; siguió frotando el mango del cuchillo.

—Eran de mi madre —dijo la señora Richards, al otro lado de la mesa. Depositó dos bols de sopa para Arthur y Madame Brown, luego volvió a la cocina—. Creo que la vieja plata es maravillosa —llegó su voz—, pero mantenerla limpia es terriblemente difícil. —Salió de nuevo con otros dos bols—. Me pregunto si es ese, ¿cómo lo llaman...?, dióxido de azufre en el aire, lo que está corroyendo todas las pinturas y estatuas en Venecia. —Depositó un bol delante de Chicco y otro frente a Bobby, que estaba encajándose en su sitio..., más platos y cubiertos se deslizaron sobre las arrugas en el mantel; Bobby volvió a colocarlos bien.

Chicco apartó los dedos del empañado mango del cuchillo y puso la mano sobre su rodilla.

—Nunca hemos estado en Europa —dijo la señora Richards, volviendo de la cocina con bols para ella y June—. Pero los padres de Arthur fueron..., oh, hace muchos años. Los platos son de la madre de Arthur..., de Europa. Supongo que no debería utilizar los buenos; pero siempre lo hago cuando tenemos compañía. Son tan de fiesta... Oh, no me esperen. Empiecen.

La sopa de Chicco estaba en un bol amarillo de melmac. El plato de porcelana de debajo tenía un intrincado dibujo en torno a su fino borde, cruzado por intrincadas raspaduras que podían proceder del lavado con un estropajo metálico.

Miró a su alrededor para ver si debía empezar, descubrió a Bobby y June haciendo lo mismo; el bol de Madame Brown era de porcelana, pero todos los demás eran de plástico color pastel. Se preguntó por qué Madame Brown era la única en merecer aquella distinción.

El señor Richards tomó su cuchara y la llenó de sopa.

Él hizo lo mismo.

Con la cuchara, de pala demasiado grande, aún en su boca, observó que Bobby, June y Madame Brown habían aguardado a la señora Richards, que ahora estaba alzando la suya.

Desde donde estaba podía ver el interior de la cocina: otras velas ardían en la encimera. Junto a una bolsa de basura de papel, con el borde cuidadosamente doblado, había dos latas de Campbell's abiertas. Tomó otra cucharada. La señora Richards, decidió, había mezclado al menos dos o tres clases distintas; no pudo reconocer ningún sabor específico.

Bajo el borde del mantel, su otra mano se había deslizado hasta su rodilla..., el borde de su dedo meñique arañó la pata de la mesa. Primero con dos dedos, luego con tres, luego con el pulgar, luego con el nudillo, exploró el enlistonado circular, la tabla superior, la parte inferior del borde, las bisagras del ala extensible, las uniones y las redondeadas excrescencias de la cola, las ranuras no más anchas que un cabello de las uniones entre las distintas piezas..., y comió más sopa.

Sobre una cucharada llena, el señor Richards sonrió y dijo:

—¿De dónde es su familia, Chicco?

—De Nueva York. —Se inclinó sobre su bol—. Del estado —aclaró. Se preguntó dónde había aprendido a reconocer aquello como la versión suave del directo ¿De-qué-nacionalidad-es-usted?, que, aquí y allá por todo el país, podía crear incomodidad.

—La *mía* es de Milwaukee —dijo la señora Richards—. La familia de Arthur procede toda de la zona misma de Bellona. En realidad, mi hermana vive aquí también..., bueno, vivía. Ahora se ha ido. Y lo mismo ha hecho toda la familia de

Arthur. Resulta extraño pensar que Marianne y June (llamamos a nuestra June así por la madre de Arthur) y Howard y tu tío Al ya no estén aquí.

—Oh, yo no lo creo así —dijo el señor Richards; Chicco lo vio prepararse para preguntarle cuánto tiempo llevaba allí, cuando Madame Brown se le adelantó:

—¿Es usted estudiante, Chicco?

—No, señora. —Dándose cuenta de que era una pregunta cuya respuesta ella probablemente ya sabía; pero le agradeció el que preguntara—. Hace ya cierto tiempo que no estudio nada.

—¿Dónde ha estudiado, pues? —preguntó la señora Richards.

—En muchos sitios. En Columbia. Y en una universidad comunal en Delaware.

—¿La universidad de Columbia? —preguntó la señora Richards—. ¿En Nueva York?

—Sólo un año.

—¿Le gustó? Estuve mucho tiempo..., tanto Arthur como yo estuvimos *mucho* tiempo..., pensando dónde debíamos enviar a los chicos a estudiar. Me hubiera gustado que Bobby fuera a algún lugar como Columbia. Aunque la estatal de aquí es muy buena.

—Especialmente el departamento policientífico —dijo Chicco. El señor Richards y Madame Brown llenaban su cuchara del lado del bol más apartado de su cuerpo; la señora Richards, June y Bobby lo hacían del lado más cercano a él. Uno de los sistemas, recordó, era más correcto; pero no sabía cuál. Miró los adornados mangos de los cubiertos que disminuían progresivamente de tamaño a ambos lados de su plato, y finalmente hundió su cuchara directamente en el centro de su sopa.

—Y por supuesto, es mucho menos cara. —La señora Richards se echó hacia atrás en su silla, reprimiendo una risa—. Los gastos son algo en lo que siempre hay que pensar. Especialmente hoy en día. Aquí, en la estatal... —(Cuatro cucharadas más, calculó, y el nivel de la sopa estaría demasiado bajo para su técnica de compromiso). La señora Richards volvió a echarse hacia delante en su silla—. ¿Dice usted el departamento policientífico? —Inclinó su bol de sopa hacia ella.

—Eso me dijo alguien —respondió Chicco—. ¿Dónde va a ir June?

El señor Richards inclinó su bol hacia el otro lado.

—No creo que June haya pensado mucho en ello.

—*Sería* maravilloso si June quisiera ir a la universidad —dijo la señora Richards.

—June no es, cómo lo llaman ustedes, bueno, académica. June es una chica de tipo antiguo. —El señor Richards, inclinando su bol, no parecía poder coger la cantidad suficiente de sopa; lo volcó por completo, vertió las últimas gotas en su cuchara, y volvió a dejarlo sobre el plato—. ¿No es así, cariño?

—¡Arthur, realmente...! —dijo la señora Richards.

—Está muy bien así, querida —dijo el señor Richards—. Muy bien así.

—Sí, señora —dijo Chicco—. Así es. —Y depositó su cuchara en el plato. No lo era.

—Me gustaría ir a la universidad —June sonrió a su regazo—, si pudiera ir a algún lugar como Nueva York.

—¡Eso es una tontería! —El señor Richards hizo un gesto decepcionado con su cuchara—. ¡Hicimos todo lo que pudimos para mantenerla en la escuela secundaria!

—No era muy interesante. —El bol de June, de melmac rosa, se deslizó, bajo su cuchara, hasta el borde del plato. Lo volvió a centrar—. Eso es todo.

—No te gustaría Nueva York —dijo el señor Richards—. Eres una chica a la que le gusta demasiado el sol. A June le gusta el sol, nadar, el aire libre. No podrías hacer nada de eso en Nueva York o Los Angeles, con todo aquel smog y la polución.

—¡Oh, papá!

—Creo que June debería ir a la escuela semisuperior el año próximo —la señora Richards se volvió, a mitad de la frase, de esposo a hija—, para ver si realmente te gusta o no. Tus notas no fueron *tan* malas. No creo que fuera una idea tan terrible intentarlo en la escuela semisuperior.

—¡Mamá! —June bajó la vista a su regazo, sin sonreír.

—Tu madre fue a la universidad —dijo el señor Richards—. Yo fui a la universidad. Bobby va a ir también. Si no otra cosa, al menos es un lugar donde puedes casarte.

—Bobby lee más que June —explicó la señora Richards—. De hecho, siempre está leyendo. Y supongo que *está* más mentalizado hacia la universidad.

—Esa escuela semisuperior es un lugar horrible —dijo June—. Odio a todo el mundo que va allí.

—Querida —dijo la señora Richards—, no conoces *a todo el mundo* que va allí.

Chicco, con su dedo índice, estaba explorando la hendidura inferior del sobre de la mesa en torno a algún tornillo encajado en la madera cuando Madame Brown dijo:

—Mary, ¿falta mucho para el segundo plato? Arthur parece como si estuviera a punto de comerse el fondo de su bol.

—¡Oh, querida! —La señora Richards echó hacia atrás su silla—. No sé en qué estoy pensando. Voy a traerlo ahora mismo...

—¿Quieres que te ayude, mamá? —dijo June.

—No. —La señora Richards desapareció en la cocina—. Gracias, querida.

—Pásenme los platos de la sopa, todos —dijo June.

La mano de Chicco surgió de debajo del mantel para unirse a la otra sobre el plato de porcelana para pasarlo..., pero se detuvo justo debajo del borde de la mesa. Nudillos, puntas de los dedos, y dos franjas del dorso de su mano, estaban tiznadas de negro.

Metió la mano entre sus piernas y miró a su alrededor.

Vio que todos conservaban sus platos y solamente pasaban sus bols. Pasó el suyo con una mano, mientras mantenía la otra entre las rodillas. Luego reunió las dos e intentó, sin mirar, frotar sus dedos para limpiarlos.

La señora Richards volvió con dos humeantes bols de cerámica.

—Me temo que esta noche vamos a ser vegetarianos. —Salió, volvió con otros dos bols—. Pero no hay por aquí ningún lugar donde puedas comprar carne de confianza —y regresó de nuevo a la cocina.

—Haces ese estupendo guiso de atún —dijo el señor Richards tras ella—. Está muy bueno.

—Ugh —dijo Bobby.

—¡Bobby! —dijo June.

—Sí, lo sé, Arthur. —La señora Richards regresó con una salsa, la depositó sobre la mesa y se sentó—. Pero me preocupa el pescado. ¿No fue hace un par de años cuando toda aquella gente *murió* a causa de un atún en lata que estaba malo? Me siento más segura con las verduras. Aunque el Señor sabe que también pueden ponerse malas.

—Botulismo —dijo Bobby.

—¡Oh, vamos, Bobby! —rió Madame Brown, con una mano contra sus destellantes cadenas.

—Oh, no creo que nos las apañemos tan mal. Puré de patatas, champiñones, zanahorias —la señora Richards fue indicando uno a uno los bols—, y un poco de berenjena en lata que nunca antes había probado. Cuando fui a aquel restaurante naturista con Julia, ¿fue cuando estuvimos en Los Angeles?, ella dijo que siempre utilizan champiñones y berenjenas en vez de carne. Y también he hecho una salsa. —Se volvió hacia su esposo, como para recordarle algo—. ¿Arthur...?

—¿Qué? —Entonces el señor Richards pareció recordar también—. Oh, sí... ¿Chicco? Bueno, hemos adquirido la pequeña costumbre de tomar un vaso de vino con nuestras comidas. —Buscó en el suelo al lado de su silla, alzó una botella, la colocó al lado de la vela en su extremo de la mesa—. Si no te gusta, tienes todo el derecho a pedir agua...

—Me gusta el vino —dijo Chicco.

El señor Richards y Madame Brown habían pasado ya sus vasos para vino. De modo que Chicco hizo lo mismo; aunque el vaso para agua que había junto a la punta de su cuchillo parecía de un tamaño más adecuado para beber vino, tal como él estaba acostumbrado a hacerlo.

El señor Richards retiró el aluminio dorado que cubría la parte superior de la botella, sacó el tapón de plástico, sirvió, devolvió los vasos.

Chicco dio un sorbo; era casi negro a la luz de las velas. Al principio creyó que su boca ardía..., el vino era burbujeante como la soda.

—¡Borgoña espumante! —sonrió el señor Richards, y alzó su vaso—. Éste no lo hemos probado nunca. 1975. Me pregunto si fue un buen año para el Borgoña espumante. —Dio un sorbo—. Me parece bien. Salud.

La llama de la vela osciló, se afirmó. Encima y debajo de la adornada etiqueta, el cristal verde parpadeó.

—Puse un poco de vino en la salsera —dijo la señora Richards—. En la salsa, quiero decir..., sobró de la botella de anoche. Me gusta cocinar con vino. Y con salsa de soja. Cuando estuvimos en Los Ángeles hace dos años, para las conferencias de Arthur, nos alojamos con los Harrington. Michael le dio a Arthur ese jabón de afeitar. Julia Harrington, es la que me llevó a ese restaurante naturista, ¡hacía prácticamente *de todo* con la salsa de soja! Fue muy interesante. Oh, gracias, Arthur.

El señor Richards se había servido puré de patatas y ahora estaba pasando el bol. Lo mismo hizo Madame Brown.

Chicco se miró los dedos.

El frotarlos no había eliminado la suciedad, sino que la había repartido de una forma bastante equitativa entre las dos manos; el irregular borde de sus uñas volvía a estar orlado de negro, como si lo hubiera reseguído con el bolígrafo. Suspiró, se sirvió cuando los bols llegaron a él, los pasó, y comió. Con la mano libre debajo del mantel, halló la pata de la mesa, exploró de nuevo.

—Si no es usted estudiante —preguntó Madame Brown—, ¿qué anota en su cuaderno? No hemos podido evitar el darnos cuenta de él.

Estaba dentro, sobre la mesa junto a su silla; podía verlo más allá de su codo.

—Sólo escribo cosas.

La señora Richards colgó sus manos, por las yemas de sus dedos, del borde de la mesa.

—¡Escribe usted! ¿Piensa ser escritor? ¿Escribe poesía?

—Ajá. —Sonrió, porque estaba nervioso.

—¡Es usted poeta!

El señor Richards, June y Bobby se echaron todos hacia atrás en sus sillas y le miraron. La señora Richards se inclinó hacia delante, con el rostro radiante. Madame Brown bajó una de sus manos, en un silencioso gesto de reconvención hacia Muriel.

—¡Es poeta! Arthur, pónle un poco más de vino. Mira, ya se ha terminado su vaso. Adelante, querido. ¡Es poeta! Creo que eso es maravilloso. Hubiera debido darme cuenta cuando tomó ese libro de Newboy.

Arthur tomó el vaso de Chicco, lo volvió a llenar.

—No sé mucho de poesía. —Se lo tendió de vuelta con una sonrisa que, en un jugador universitario de fútbol, hubiera indicado una tímida buena voluntad—. Quiero decir, yo soy ingeniero... —Mientras Chicco retiraba el vaso, una parte de su vino se derramó sobre el mantel.



—Oh, lo siento, yo... —dijo Chicco.

—¡No se preocupe por eso! —exclamó la señora Richards, agitando su mano..., que golpeó su propio vaso. El vino se derramó por el borde de la mesa, goteó, manchó el suelo. Mientras él se preguntaba si aquello había sido hecho a propósito, para que los invitados se sintieran tranquilos (pensando: vaya incómodo pensamiento paranoide), ella preguntó—: ¿Qué opina de él? De Newboy, quiero decir.

—No sé —Chicco dejó su vaso a un lado: a través de la base podía ver la diamétrica línea del molde cruzando el pie—. Sólo lo he visto una vez.

Al tercer segundo de silencio, alzó la vista, y decidió que había dicho algo malo. Buscó una disculpa adecuada: pero, como una maraña de cuerda cuyo extremo se ha perdido, la acción parecía todo vueltas, sin principio ni fin.

—¿Conoce usted a Ernest Newboy? ¡Oh, Edna, Chicco es un *auténtico* poeta! ¡Y nos está ayudando, Arthur! Quiero decir, traslada muebles y cosas. —Miró del señor Richards a Madame Brown, a Chicco—. Dígame... —derramó más vino—, ¿no cree que la obra de Newboy es simplemente... maravillosa? Estoy segura que sí. Todavía no he tenido la oportunidad de leerla. Sólo ayer conseguí el libro. Envié a Bobby a buscarlo a causa de ese artículo en el *Times*. Tenemos esa encantadora tienda de libros y regalos al final de la calle. Tienen de todo... Pero después del artículo, temí que lo hubieran agotado. Quiero decir que es *muy* importante mantenerse al día en lo que a libros se refiere, aunque se trate sólo de bestsellers. Y estoy realmente interesada en la poesía. De veras. Arthur no me cree. Pero es verdad..., *realmente* me gusta.

—Porque fuiste con Julia a aquel café de Los Ángeles donde leían aquella poesía y tocaban aquella música.

—Y te *dije*, Arthur, la tarde que volvimos, aunque no pretendo comprenderlo todo, que me había gustado *mucho*. Fue una de las cosas más —frunció el ceño, buscando la expresión correcta— *excitantes* que..., bueno, que haya oído nunca.

—No lo conozco muy bien —dijo Chicco, y comió más champiñones; no estaban malos, como tampoco las berenjenas. El puré de patatas (instantáneo) era sin embargo demasiado pastoso—. Sólo le conocí... una vez.

—Me encantaría conocerle —dijo la señora Richards—. Nunca he conocido a un auténtico escritor.

—Mike Harrington escribió un libro —objetó el señor Richards—. Y un muy buen libro, además.

—Oh, Arthur, eso rué un manual de instrucciones..., ¡sobre la fatiga y las tensiones y los usos de un nuevo metal!

—Fue un manual de instrucciones muy *bueno*. —El señor Richards sirvió más vino para Madame Brown y para sí mismo.

—¿Puedes ponerme un poco a mí? —dijo Bobby.

—No —dijo el señor Richards.

—¿Cuánto tiempo lleva escribiendo poesía? —preguntó Madame Brown, oportunamente.

Chicco buscó una respuesta —Madame Brown aguardaba con el tenedor lleno de berenjena empapada en salsa, June con el suyo lleno de zanahoria; la señora Richards había cogido una muy pequeña porción de puré de patatas en la punta de su tenedor —, y se dio cuenta de que realmente no lo sabía. Lo cual parecía absurdo, así que frunció el ceño.

—No mucho... —*tiempo*, empezó a decir. Tenía un claro recuerdo de escribir el primer poema en el bloc de notas, sentado contra la farola, en la avenida Brisbain. ¿Pero había escrito algún otro poema antes? ¿O era algo que simplemente había deseado hacer pero nunca había llevado a la práctica? Se daba cuenta de que no recordaba *haber hecho* nada. ¿Pero cómo puedes recordar no hacer algo?—. No, no mucho realmente —dijo al fin—. En realidad unos pocos días, supongo. —Y frunció de nuevo el ceño, porque aquello sonaba estúpido. Pero no tenía más seguridad acerca de si aquello era cierto o falso de la que tenía respecto a su nombre—. No, hace muy poco tiempo. —Decidió que aquello era lo que le diría desde ahora a todo el mundo que se lo preguntara; pero la decisión no hizo más que confirmar lo inseguro que se sentía acerca de la realidad.

—Bueno, estoy segura —sólo quedaba otra pequeña porción de puré de patatas en el plato de la señora Richards— de que tienen que ser muy buenos. —Lo comió—. ¿Le gustaron al señor Newboy?

—No se los mostré. —De alguna forma, los cubiertos, los vasos, los platos y las velas no parecían el marco correcto para hablar de escorpiones, luchas con orquídea, el invisible Calkins y el beligerante Fenster...

—Oh, hubiera debido hacerlo —dijo la señora Richards—. Los compañeros más jóvenes de la oficina de Arthur siempre le vienen con nuevas ideas. Y él dice que siempre aparece alguna joya entre ellas..., ¿no es así, Arthur? A Arthur siempre le gusta hablar con los más jóvenes acerca de sus nuevas ideas. Estoy segura de que el señor Newboy se sentiría feliz de hablar con usted, ¿no lo crees así, Arthur?

—Bueno —reiteró el señor Richards—, no sé mucho de poesía.

—Me gustaría ver algo de lo que ha escrito —dijo Madame Brown, y apartó el vaso de vino de la señora Richards de su agitada mano—. Quizá algún día quiera mostrárnoslo. Dígame, Arthur —Madame Brown miró por encima de sus dedos unidos—, ¿qué *está* pasando en Maitland ahora? Con todo en el estado en que se halla, me sorprende cuando oigo que se está haciendo *algo*.

¡Está cambiando de tema!, pensó Chicco con alivio. Y decidió que le gustaba la mujer.

—Ingeniería. —El señor Richards agitó la cabeza, miró a la señora Richards—.

Poesía... —cambiando, más bien bruscamente, al tema anterior—. No tienen mucho que ver lo uno con lo otro.

Chicco decidió hacer él también un intento.

—Conocí aquí a un ingeniero, señor Richards. Se llama Loufer. Estaba trabajando en..., sí, transformando una fábrica. Antes hacía mantequilla de cacahuete. Ahora hace vitaminas.

—La mayoría de la gente a la que le gusta la poesía y el arte y todo eso —siguió con lo suyo el señor Richards— no suele estar muy interesada en la ingeniería... —Luego frunció el ceño—. ¿La fábrica de vitaminas? Eso debe ser la de abajo, en Helmsford.

Chicco se reclinó en su silla, y vio que Madame Brown hacía lo mismo.

Las manos de la señora Richards seguían agitándose sobre la mesa.

El señor Richards preguntó:

—¿Cuál dijo usted que era su nombre?

—Loufer.

—No creo conocerle. —El señor Richards frunció el rostro y dejó caer la barbilla sobre el liso nudo amarillo y mostaza de su corbata—. Por supuesto, yo estoy en Sistemas. Él estará probablemente en Industrial. Son dos campos completamente distintos. En realidad, dos profesiones completamente distintas. Ya es difícil estar al corriente de lo que se está haciendo en nuestro propio campo, de lo que están haciendo los tuyos. Algunas de las ideas con las que vienen nuestros hombres..., son auténticas joyas, de acuerdo. Como dice Mary. Pero a veces *ni yo* las entiendo..., quiero decir, aunque entiendas *cómo* funcionan, no sabes realmente *para qué* sirven. En estos momentos estoy de un lado para otro entre las oficinas y los almacenes..., sólo Dios sabe lo que se supone que estoy haciendo.

—Sólo mantener las cosas en marcha —dijo Madame Brown, y apoyó un codo sobre la mesa. Al moverse, la llama de la vela osciló hacia delante y hacia atrás en su ojo izquierdo—. En el hospital, todo lo que yo podía hacer era leer dos o tres boletines de psicología a la semana, todo ese lío con los behavioristas y los gestaltistas...

—¿Melocotones? —dijo la señora Richards inclinándose hacia delante, con los nudillos como dos pequeñas cadenas montañosas sobre el borde de la mesa—. ¿A alguien le gustaría tomar unos melocotones? ¿Como postre?

Quizá, pensó Chicco, ella *deseaba* realmente hablar de poesía..., lo cual sería estupendo, decidió, si él pudiera pensar en algo que decir. Su propio plato estaba vacío de todo excepto un pequeño pantano de salsa y puré de patata.

—Por supuesto.

Contempló la palabra colgar sobre la mesa, el silencio en ambos lados.

—¡Yo no quiero! —La silla de Bobby raspó contra el suelo.

Los dos candelabros se tambalearon.

—¡Bobby! —exclamó la señora Richards, mientras June sujetaba uno y el señor Richards el otro.

Bobby se había ido a la sala de estar. Muriel ladró y corrió tras él.

—Tomaré alguno, querida —el señor Richards se echó hacia atrás en su silla—. Déjale, Mary. Está bien.

—¿Muriel? ¡Muriel! —Madame Brown se volvió de nuevo a la mesa y suspiró—. Eso de los melocotones suena bien. Sí, yo también tomaré alguno.

—Sí, por favor, mamá —dijo June. Sus hombros estaban hundidos y seguía contemplando su regazo, como si estuviera pensando intensamente en algo.

La señora Richards, parpadeando detrás de su hijo, se levantó y fue a la cocina.

—Si fuera a la universidad —estalló de pronto June, alzando bruscamente la vista—, estudiaría psicología..., ¡como usted!

Madame Brown, ligeramente halagada, ligeramente burlona, se volvió hacia June con alzadas cejas. ¿Burlona? ¿O, pensó Chicco, era simple sorpresa?

—Me gustaría trabajar con... niños mentalmente alterados..., ¡como usted! —Las yemas de los dedos de June estaban también sobre el borde de la mesa, pero apretadas las unas contra las otras, y todas a la misma altura, de modo que uno no podía descubrir dónde empezaban los dedos de la mano derecha y terminaban los de la izquierda.

—En mi trabajo, querida, en el hospital —Madame Brown alzó su vaso para dar un sorbo; cuando se inclinó hacia delante, bucles de cadena óptica oscilaron como una resplandeciente pechera, hacia delante y hacia atrás—, *tengo* más trabajo con los alterados padres.

June, *azarada* ahora por su estallido, estaba recogiendo los platos.

—Me gustaría... ayudar a la gente; como una enfermera o un médico. O como hace usted —Chicco le pasó su plato; era el último— con los que tienen problemas mentales.

Él arrastró de vuelta sus manos por encima del mantel (sucio de salsa, sopa, trozos de zanahoria, la mancha púrpura del vino) y las dejó caer sobre sus rodillas.

El sitio de la señora Richards estaba casi tan manchado como el suyo.

—Sé que es un cliché —Madame Brown agitó la cabeza—, pero es cierto, de veras. Los padres necesitan mucha más ayuda que los niños. De veras: nos traen a sus hijos totalmente desmoronados. ¿Y saben lo que quieren en la primera entrevista? Siempre lo mismo. Desean decirnos: «Lo que debería hacer usted es pegarle.» Vienen con un pobre niño de nueve años al que han reducido al estado de aturdido e inarticulado terror; el niño no puede vestirse por sí mismo, no puede hablar más allá de un susurro, y sólo con un lenguaje inventado; se hace encima sus necesidades, y los únicos actos coherentes que puede realizar son intentos ocasionales de asesinato

o, con más frecuencia, suicidio. Si yo les dijera: «¡Péguenle! ¡Golpéenle!», radiarían..., *radiarían* con deleite. Cuando descubren que queremos *apartar* a sus hijos de ellos, ¡se indignan! Bajo todas las frustraciones y su aparente preocupación, en realidad han acudido a nosotros con la esperanza de que les digamos: «Sí, lo están llevando ustedes maravillosamente bien. ¡Sólo deben ser un poco más firmes!» La razón de que yo tenga éxito en mi trabajo —Madame Brown acarició con suavidad el hombro de June y se inclinó confidencialmente hacia ella— es porque, mientras lo que hago *realmente* es librar a los niños de las garras de sus padres, les *digo*, debajo de toda mi agradable charla acerca de lo mucho mejor que sería para el resto de la familia que nos dejaran una temporada a Jimmy o a Alice con nosotros: ¿No creen que sería mucho más divertido que trabajaran con alguno de sus otros hijos por una temporada? ¿No sería mucho más interesante que se pelearan con alguien a quien le quedaran un poco más de fuerzas que ese pobre semicadáver que acaban de traernos? ¿Por qué no limpian el campo y empiezan con la hermana pequeña Sue o con el hermano mayor Bill? O quizás el uno con el otro. ¡Intenta arrancar de las manos de sus padres a un hijo único después de que lo han convertido prácticamente en un autista! —Madame Brown agitó la cabeza—. Es muy deprimente. A veces pienso que me gustaría cambiar de campo..., pasar a la terapia individual. Además, esto es lo que siempre me ha interesado. Pero puesto que en la actualidad no queda nadie en el hospital...

—¿Pero no necesita usted permisos o exámenes especiales para hacer eso, Edna? —preguntó la señora Richards desde la cocina—. Quiero decir, sé que es su profesión, pero, ¿no es peligroso trastear con la mente de las personas? ¿Si no sabe usted lo que está haciendo? —Volvió con dos copas de postre de largo pie, le dio una a Madame Brown y una al señor Richards—. Leí un artículo... —hizo una pausa, con las manos en el respaldo de su silla— ...acerca de eso de las reuniones de grupo, creo que las llaman. Julia Harrington estaba asistiendo a una de ellas, hace dos años. Y cuando leí aquel artículo, lo recorté y se lo envié... ¡era sencillamente terrible! Acerca de toda aquella gente sin preparación alguna conduciéndolas, y como estaban volviendo a todo el mundo *loco*. Acariciándose los unos a los otros en todas partes, y arrojándose los unos a los otros por el aire, y contándose *todo* los unos a los otros. ¡Bueno, algunas personas no podían soportarlo y se ponían seriamente enfermas!

—Bueno, yo... —Madame Brown inició una educada protesta.

—*Creo* que todo esto no es más que mera palabrería —dijo el señor Richards—. De acuerdo, la gente tiene problemas. Y deben ser llevados allá donde pueda ayudárseles. Pero si lo único que haces es ser complaciente contigo mismo, alguien que te diga que reacciones y andes por el buen camino puede ser todo lo que necesitas. Unos cuantos golpes nunca han hecho daño a nadie, ¿y quién está en mejor posición para dártelos que tus propios padres?, me digo..., aunque yo nunca he

alzado la mano sobre mis hijos. —El señor Richards alzó una mano, con la palma abierta, hasta su hombro—. ¿Lo he hecho alguna vez, Mary? Al menos no desde que han sido mayores.

—Eres un muy buen padre, Arthur. —La señora Richards volvió de la cocina con otras tres copas cogidas juntas delante de ella—. Nadie podrá negarlo nunca.

—Vosotros, muchachos, debéis alegraros de que vuestros padres estén tan cuerdos como están. —El señor Richards hizo una inclinación de cabeza hacia la silla (vacía) de Bobby y otra hacia June; ella se estaba sentando en aquellos momentos, después de haber llevado los platos a la cocina. Depositó un bol de cristal tallado, lleno con algo blanco, sobre el blanco mantel.

—Tome —dijo la señora Richards, pasando a Chicco su fruta.

En su copa de postre de largo pie, el amarillento hemisferio flotaba libremente sobre su almíbar.

Chicco lo contempló con el rostro relajado, se dio cuenta de que tenía los labios ligeramente entreabiertos, los cerró.

Debajo de la mesa, aferró tan fuerte la pata que una banda de dolor restalló al fin a lo largo de su antebrazo. Soltó su presa, dejó escapar el aliento y dijo:

—Gracias...

—No resulta terriblemente excitante —dijo la señora Richards—, pero la fruta tiene una gran cantidad de vitaminas y esas cosas. Hice un poco de crema batida..., aditivo de adorno para postres, en realidad. Me *encanta* la auténtica crema, pero esto es todo lo que pude conseguir. Quería darle sabor a almendras. Pensé que iría bien. Con los melocotones. Pero se me había acabado el extracto de almendras. Y el de vainilla. Así que usé el de arce. Arthur, ¿quieres un poco? ¿Edna?

—¡Señor, no! —Madame Brown apartó con la mano el bol que se le ofrecía—. Ya tengo bastante con esto.

—Chicco, ¿quiere usted?

El bol se dirigió hacia él por entre las velas, con sus facetas brillando. Parpadeó, agitó lentamente su mandíbula bajo la máscara de piel, intentando construir una sonrisa.

Se sirvió una cucharada del blanco montón... Con la llama detrás, sus bordes eran de un color verde pálido.

Madame Brown le estaba observando; parpadeó. Su expresión cambió. ¿A una sonrisa? Se preguntó cuál sería la de él. Se suponía que también era una sonrisa; pero no tenía la *sensación* de que lo fuera...

Enterró su melocotón.

El blanco trazó espirales sobre el almíbar.

—¿Saben qué creo que sería encantador? —dijo la señora Richards—. Que Chicco nos leyera alguno de sus poemas.

Chicco puso la mitad de su melocotón en su boca y dijo:

—No —tragó, y añadió—, gracias. Realmente no me siento con ánimos. —Estaba cansado.

June dijo:

—Chicco, está comiendo con la cuchara de la crema.

—Oh... —dijo él.

—Oh, no importa —se apresuró a decir la señora Richards—. Todo el mundo que quería ya se ha servido.

—Yo no —dijo el señor Richards.

Chicco miró su copa (la mitad de su melocotón, abierto en medio del almíbar y la crema), su cuchara (el acero adamascado estaba estriado de crema), el bol (sobre el facetado borde, la montañita blanca tenía una serie de depresiones).

—No, no se preocupe —dijo la señora Richards. Brillando, el bol se apartó de las llamas de las velas—. Usaré mi cuchara. Todo el mundo comete errores. Bobby no deja de cometerlos a todas horas.

Chicco volvió a su melocotón. Sus nudillos se habían manchado de crema. Y dos de sus dedos estaban pegajosos de almíbar. Tenía todavía la piel arrugada del baño. Sus callosidades y sus mordidas uñas y cutículas tenían lo que imaginó sería el aspecto de un leproso.

Arthur Richards dijo algo.

La señora Richards le respondió algo.

Bobby cruzó la habitación; la señora Richards le gritó algo.

Arthur Richards dijo algo más.

La crema, extendiéndose por el charco del fondo de su copa, alcanzó finalmente el cristal a todo su alrededor.

—Creo que voy a tener que irme pronto. —Alzó la vista.

El dorado nudo de la corbata del señor Richards había descendido cinco centímetros en su camisa.

¿Se la había aflojado cuando Chicco no estaba mirando? ¿O simplemente no lo recordaba?

—Tengo que encontrarme con alguien antes de que se haga demasiado tarde. Y luego... —Se encogió de hombros—. Quiero volver temprano mañana por la mañana para seguir trabajando.

—¿Tan tarde es? —El señor Richards pareció decepcionado—. Bueno, imagino que necesita usted una buena noche de sueño después de trastear con todos esos muebles.

Madame Brown dejó su servilleta de lino sobre la mesa. (Chicco se dio cuenta de que él no se había puesto la suya sobre sus rodillas; seguía perfectamente doblado al lado de su sucio y manchado lugar, con sólo una gota púrpura cerca de la R

monogramada.)

—Yo también estoy un poco cansada. Chicco, si no le importa esperar un minuto, me pregunto si querría volver usted conmigo y con Muriel. ¿Hay café, Mary?

—Oh, querida..., no lo puse a hacer.

—Entonces será mejor que nos marchemos ya. Chicco está nervioso por irse. Y por supuesto, no deseo estar por las calles más tarde de lo necesario.

Abajo en las escaleras, alguien se echó a reír; las risas de otros se le unieron, hasta que de pronto hubo toda una serie de golpes, como grandes muebles siendo volcados, un escritorio, luego la armadura de una cama, luego un chifonier.

Chicco se levantó de la mesa..., esta vez cuidó de no arrastrar el mantel consigo. Todavía le dolía el brazo.

—Señor Richards, ¿va a pagarme usted ahora, o cuando haya terminado todo el trabajo? —Después de decir esto, se sintió repentinamente agotado.

El señor Richards se reclinó en su silla. Tenía los puños • metidos en los bolsillos de su chaleco; las patas delanteras de la silla se alzaron.

—Imagino que sabrá emplear un poco de dinero ahora. —Una mano salió del chaleco y se tendió. En ella había un billete doblado; había estado esperando la petición—. Aquí lo tiene.

—He trabajado unas tres horas y media, calculo. Quizá cuatro. Pero puede poner tres si quiere, puesto que era el principio. —Tomó el oscuro rectángulo; era un solo billete de cinco dólares, doblado en cuatro.

Chicco miró interrogativamente al señor Richards, luego a Madame Brown, que estaba inclinada sobre su silla, haciendo chasquear los dedos hacia Muriel.

El señor Richards, con ambas manos en los bolsillos, sonreía y se balanceaba en su silla.

Chicco tuvo la sensación de que había algo más que decir, pero le resultaba demasiado difícil pensar qué.

—Hum..., gracias. —Se metió el dinero en el bolsillo del pantalón, miró en torno a la mesa en busca de June; pero había abandonado el comedor—. Buenas noches, señora Richards. —Echó a andar sobre la alfombra verde hacia la puerta.

Tras él, mientras abría cerrojo tras cerrojo —había *tantos*—, oyó a Madame Brown decir:

—Buenas noches, Arthur. Mary, gracias por esta cena. ¿June...? ¿June...? Me voy, querida. Nos veremos pronto. Buenas noches, Bobby... Oh, ha vuelto a su habitación. Apuesto que con ese libro, si conozco a Bobby. Muriel, vamos, corazón. Ahora estoy con usted, Chicco. Buenas noches de nuevo.

El humo era tan denso que se preguntó si el cristal era opaco y estaba equivocado al recordarlo como transparente...

—Bien... —Madame Brown empujó la puerta rota y la abrió—. ¿Qué opina de



los Richards después de su primer día de trabajo?

—No opino nada. —Chicco se desperezó en la densa noche—. Sólo soy un observador.

—Supongo que eso significa que ha pensado mucho sobre ello pero considera difícil, o innecesario, expresarlo. —Muriel trotó por la acera de cemento—. Son desconcertantes.

—Me hubiera gustado —dijo Chicco— que me hubieran pagado todo el día. Claro que, si me dan de comer —otro alto edificio se perfiló delante de ellos, hilera tras hilera de oscuras ventanas—, cinco dólares a la hora es mucho.

—El humo reptaba sobre la fachada. Había pensado en ellos, por supuesto; recordaba todo lo que había dado vueltas por su cabeza mientras trabajaba en el apartamento de arriba. Y —de nuevo ella tenía razón— no había alcanzado ninguna conclusión expresable en pocas palabras.

Madame Brown, con las manos a la espalda, miraba el pavimento y andaba lentamente.

Chicco, con el bloc de notas sujeto ante él con las dos manos (casi lo había olvidado; Madame Brown se lo había traído a la puerta), alzó la vista y no pudo ver prácticamente nada.

—¿Sigue trabajando usted en ese hospital?

—¿Perdón?

—Ese hospital mental del que estaba hablando. —El caminar lo despejó un poco—. Con los niños. ¿Sigue yendo allí cada día?

—No.

—Oh.

Cuando ella no dijo nada más, él prosiguió:

—Yo estuve en una de esas instituciones mentales. Durante un año. Estaba preguntándome qué ocurrió con... —miró a su alrededor, a los rostros de los edificios cuya ruina quedaba oculta tras la noche y el humo; ahora podía oler el humo— ...con el suyo.

—Probablemente prefiera no saberlo —dijo ella, y caminó unos pasos más en silencio—. *En especial* si estuvo usted en uno. No fue agradable. —Muriel trotaba arriba y abajo—. Entienda, yo estaba en el departamento de servicio social del hospital..., supongo que ya lo captó. Señor, recibí veintidós llamadas telefónicas en casa en dos horas acerca de procedimientos de evacuación..., y el teléfono quedó muerto en mitad de la última de ellas. Finalmente decidimos, aunque era ya de madrugada, que lo mejor era ir nosotras mismas al hospital... Mi amiga y yo, ¿sabe?; por aquel entonces había una amiga viviendo conmigo. Cuando llegamos allí, andando, por supuesto..., ¡era increíble! No esperas hallar médicos por todas partes a media noche en un lugar tan escaso de personal como aquél. ¡Pero no había nadie, ni

una enfermera de noche, ni un guardia! ¡Simplemente se habían ido todos! —Alzó una mano, como queriendo alejar aquel pensamiento—. Los pacientes estaban despiertos en los pabellones. Sacamos a todos los que pudimos. Gracias a Dios mi amiga encontró las llaves de aquella increíble ala del sótano que primero cerraron hacía quince años, y que habían estado abriendo y cerrando regularmente, ¡sin siquiera reparar nada!, cada tres años desde entonces. Podías ver los ruegos fuera a través de las ventanas. Algunos de los pacientes no pudieron salir. Para algunos simplemente era imposible..., docenas de ellos estaban en sus camas, profundamente dormidos por la medicación. Otros chillaban en los pasillos. ¡Y si todas aquellas llamadas telefónicas hicieron algo aparte hacer huir asustado a todo el personal que había de servicio, yo no lo vi! De algunas de las salas simplemente no hallamos las llaves. Rompí algunas ventanas con sillas. Mi amiga consiguió una palanqueta, y tres de los pacientes nos ayudaron a reventar algunas puertas... Oh, sí: ¿he mencionado ya que alguien intentó estrangularme? Simplemente se me echó encima, vestido con un pijama, mientras yo corría por uno de los pasillos del segundo piso; me agarró, y empezó a estrangularme. Oh, no muy fuerte, y sólo durante dos o tres minutos, antes de que algunos otros pacientes me ayudaran a librarme de él..., al parecer, como descubrí, se necesita bastante esfuerzo para estrangular realmente hasta matarlo a alguien que no quiere ser estrangulado. Y créame, yo no quería. Estaba recuperándome de eso en la oficina de la SS cuando vino ella con esto. —Oyó a Madame Brown agitar con el dedo las cadenas en torno a su cuello: estaba demasiado oscuro para ver su brillo—. Dijo que las había encontrado, y me las enrolló en torno al cuello. Pude verlas destellar al reflejo de las llamas que venían de fuera, por entre la sombra de las ventanas. —Madame Brown hizo una pausa—. ¿Pero le he hablado acerca de que...? —Suspiró—. También le he dicho que entonces fue cuando ella se fue... mi amiga. A algunas de las salas, *simplemente*, no pudimos entrar. Lo intentamos: yo, los otros pacientes, ¡lo intentamos! ¡Y los pacientes de dentro, lo intentaron también casi con las mismas fuerzas! ¡Cristo, lo intentamos todos! Pero por entonces el fuego había prendido en el propio edificio. El humo era tan denso que apenas podías... —Inspiró profundamente. ¿Se alzó de hombros?— Tuvimos que irnos. Y, como le he dicho, por aquel entonces mi amiga ya se había ido.

Ahora podía ver a Madame Brown a su lado.

Caminaba contemplando alternativamente el pasado y el pavimento.

Muriel se agitaba delante, ladraba, daba la vuelta, corría.

—Volví una vez —dijo ella al fin—. A la mañana siguiente. No siento deseos de ir de nuevo. Quiero hacer algo distinto... ¡Soy una psicóloga con experiencia! El servicio social nunca fue mi fuerte. No sé si los pacientes que sacamos de allí fueron evacuados o no. Supongo que lo fueron; pero no puedo estar segura. —Se apresuró un poco—. Quizá eso tenga algo que ver con el por qué no he vuelto.

—No creo —dijo Chicco al cabo de un momento—. Suena más bien como si usted, y su amiga, hubieran sido muy valientes.

Madame Brown apresuró de nuevo el paso.

—Sólo se trata —se sentía incómodo, pero era una incomodidad distinta a la de la mesa— que cuando habló de ello en la mesa sonó como si aún siguiera trabajando allí. Por eso pregunté.

—Oh, sólo estaba dando conversación. Para mantener a Mary distraída. Cuando la gente se toma la molestia de hacer aflorar lo mejor en ella, es una mujer encantadora; con un alma realmente encantadora..., aunque su superficie cotidiana parezca un poco torcida. Imagino que algunas personas hallan un poco difícil ver eso.

—Sí —asintió—. Imagino que sí. —Media manzana más adelante, Muriel era un bulto impreciso en la oscuridad—. Pensé... —Se arañó el talón contra el bordillo—. ¡Hey, espere...! —Se tambaleó—. Hum. Pensé que había dicho usted que tenían *tres* hijos.

—Los tienen.

Cruzaron la húmeda calle. Su talón empezó a picarle sobre el frío pavimento.

—Edward, el mayor, no está ahora con ellos. Pero no es un tema que yo quiera sacar a la luz. Especialmente con Mary. Resultó muy doloroso para ella.

—Oh. —Asintió de nuevo.

Subieron a otra acera.

—No hay nada que funcione aquí —dijo Chicco—. ¿Por qué sigue yendo a trabajar cada día el señor Richards?

—Oh, sólo para aparentar. Probablemente por Mary. Ha visto usted lo entusiasta que es ella de las apariencias.

—*Ella* quiere que él se quede en casa —dijo Chicco—. ¡Está mortalmente asustada! Y yo también me asusté.

Madame Brown meditó unos momentos.

—Quizá él simplemente lo haga para marcharse de allí. —Se encogió de hombros..., ahora había suficiente luz como para verla—. Quizá se limite a salir y a sentarse en un banco en alguna parte.

—¿Quiere decir que tiene miedo?

Madame Brown se echó a reír.

—¿Por qué no debería tenerlo? —Muriel corrió hacia arriba, hacia abajo—. Pero creo que más simplemente es porque no la aprecia. Esto no es justo por mi parte, lo sé; pero sigue siendo una de esas verdades universales acerca de esposo y esposa en las que no tienes que ser necesariamente justo. Él la quiere, a su manera. —Muriel corrió hacia ellos, saltó a la cadera de Madame Brown. Ella acarició su cabeza. Satisfecha, la perra se alejó de nuevo—. No, ¡él *tiene* que ir a alguna parte! Probablemente vaya allá donde dice que va. A la oficina..., al almacén... —Se echó a

reír—. ¡Y *nosotros* simplemente tenemos una imaginación demasiado poética!

—Yo no estaba imaginando nada. —Pero sonrió—. Sólo preguntaba. —A la luz de una parpadeante ventana, un piso por encima de ellos, vio, a través del tenue humo, que ella también estaba sonriendo.

Delante, Muriel ladró.

¿Y qué he invertido yo interpretando desenfoque por caos? Esta amenaza: la única lección es esperar. Me agazapo en el brumoso límite. Las calles pierden bordes, las orillas del pensamiento se desescaman. ¿Qué he puesto yo en este sucio bloc de notas que no sea mío? ¿Acaso la revelación, aunque no pueda hacerse con palabras, puede realizarse en alguna hendidura lingual, darme el derecho, caminando con una mujer y su perro, al dolor? Más bien largas dudas: Que este trabajo desgarras las ataduras de la mente; que, aunque la vida puede ser importante en esquema, la conciencia es una herramienta imperfecta con la que enfrentarse a ella. Reflejar es apartar luchando las hojas de plata, las distracciones carbonatadas, la sensación de que, de alguna manera, hay un pulgar apretado contra el ojo derecho. Este agotamiento funde lo que une, libera lo que fluye.

Madame Brown abrió la puerta del bar por él.

Chicco pasó junto al vinílico Teddy, con el billete en el puño. Pero mientras consideraba el ofrecerle a ella una copa, alguien vino gritando desde el otro lado de la barra; Madame Brown gritó algo en respuesta; se alejaron juntos. Se sentó en el extremo de la barra. La gente cuyas espaldas había visto a lo largo de los taburetes adquirieron rostros cuando se inclinó hacia delante. Pero no Tak; tampoco Lanya. Miraba la jaula vacía cuando el camarero, con las enrolladas mangas apretando el cuello de tatuados leopardos, dijo:

—Eres bebedor de cerveza, ¿no?

—Sí —asintió, sorprendido.

La botella resonó sobre la rayada madera de la barra.

—¡Vamos, vamos! Guárdate eso, muchacho.

—Oh. —Sorprendido, volvió a meter el billete en su bolsillo—. Gracias.

El camarero hizo chasquear la lengua bajo su frondoso bigote.

—¿Qué te crees que es este lugar? —Sacudió la cabeza y se alejó.

Su mano se había dirigido hacia el bolsillo de su camisa para accionar inconscientemente el mecanismo que sacaba y metía la punta del bolígrafo. Frunció el ceño, hizo una pausa sobre algún recodo interno; abrió el bloc de notas, mantuvo el bolígrafo en el aire, lo hundió.

¿Había hecho aquello alguna vez antes?, se preguntó. Con el bolígrafo apoyado sobre el papel y en el desarrollo real del proceso, era como si nunca hubiera hecho otra cosa. Pero si hacía una pausa, aunque fuera momentánea, era como si no sólo no lo hubiera hecho nunca, sino que no estuviera seguro de que alguna vez volviera a

hacerlo de nuevo.

Su mente buceó hacia una visión de perfecta furia mientras su mano garabateaba y tachaba y ponía orden al derrame de la visión. Sus ojos recorrieron una docena de palabras: eligió una con una tensión más relevante que la anterior. Su desesperación recorrió otra docena; se afanó entre ellas, con los dientes encajados contra lo clarificado. Y clarificado. Así que miró de nuevo a la jaula hasta que las temerosas distracciones cayeron, luego volvió a ella. Un obtuso tiempo más tarde, alzó la mano, tragó saliva y lo dejó correr.

Volvió a meterse el bolígrafo en el bolsillo. Su mano cayó, fea y muerta, sobre el papel. Su lengua se agitó en el paladar mientras aguardaba la energía para copiar. El ruido se convirtió en sonidos. Parpadeó, y vio las botellas formando pirámide contra el resalte de terciopelo. Observó entre sus dedos la curvada línea de tinta desprovista de todo significado. Tendió la mano hacia su cerveza, bebió durante largo rato, volvió a depositar la botella, y dejó que su mano cayera sobre el papel de nuevo. Pero su mano estaba húmeda...

Inspiró profundamente, se volvió para irse.

—Hey..., hola —desde su derecha.

Se volvió hacia la derecha.

—Pensé que tenía que ser usted cuando le vi desde el otro lado del bar. —Sarga azul; solapas estrechas; el pelo del color de la pimienta blanca—. Me alegra verle de nuevo, saber que está bien. No puedo expresarle lo que me trastornó toda aquella experiencia. Aunque esto tal vez sea un poco presuntuoso: era *usted* quien estaba herido. Ha pasado mucho tiempo desde que he tenido que moverme entre tanta suspicacia, tanta contención. —El rostro era el de un niño delgado y viejo, momentáneamente sedado—. Me gustaría invitarle a una copa, pero me han dicho que no sirven licores fuertes aquí. ¿Camarero?

Dando pequeños golpes con el puño en la madera, el camarero se acercó, como un gorila rubio.

—¿Puede usted prepararme un tequila?

—Haga mi vida más fácil y pida una cerveza.

—¿Un gin tonic?

El camarero asintió profundamente.

—Y lo que quiera para mi amigo.

El gorila respondió llevándose el índice a la frente.

—Hey, estoy completamente sorprendido de verle a usted aquí, señor Newboy —dijo Chicco.

—¿De veras? —Newboy suspiró—. Esta noche estoy fuera de mí. Tengo toda una lista de lugares que la gente me ha dicho que debo ver mientras esté en la ciudad. Es un poco extraño. Veo que sabe usted quien...

—Por el *Times*.

—Sí —asintió Newboy—. Nunca había estado en la *primera página* de un periódico antes. Hasta ahora me fue muy bien porque protegía mi anonimato. Bueno, el señor Calkins pensó que estaba haciendo algo considerado; sus motivos eran los mejores.

—Bellona es un lugar difícil para perderse en él. —A lo que Chicco tomó por ligero nerviosismo, reaccionó con calidez—. Me alegré de leer que estaba usted aquí.

Newboy alzó sus cejas color pimienta.

—Ahora he leído algunos de sus poemas, ¿sabe?

—¿Y no lo hubiera hecho si no hubiera leído acerca de mí?

—No compré el libro. Una dama lo hizo.

—¿Qué libro?

—*Peregrinaje*.

Ahora Newboy frunció el entrecejo.

—¿Lo ha leído usted cuidadosamente, varias veces, de principio a fin?

Negó con la cabeza, notó que sus labios temblaban, de modo que cerró la boca.

—Bien. —Newboy sonrió—. Entonces no me conoce usted mejor de lo que yo le conozco a usted. Por un momento pensé que tenía usted ventaja.

—Sólo lo hojeé. En el baño —añadió.

Newboy lanzó una carcajada y bebió.

—Hábleme de usted. ¿Es estudiante? ¿O escribe?

—Sí. Quiero decir, escribo. Soy... poeta. También. —Decidió que aquello era algo interesante que decir. Se sintió completamente bien. Se preguntó cuál sería la reacción de Newboy.

—Muy bien. —Fuera cual fuese la reacción de Newboy, la sorpresa no formaba parte de ella—. ¿Encuentra Bellona estimulante, le hace producir cantidad de material?

Asintió.

—Pero nunca he publicado nada.

—¿Le he preguntado si lo había hecho?

Chicco buscó severidad; lo que vio fue una agradable sonrisa.

—¿O está usted interesado en que le publiquen?

—Sí. —Se volvió a medias en su taburete—. ¿Cómo consiguió usted que le publicaran sus poemas?

—Si pudiera responder realmente a eso, probablemente escribiría muchos más poemas de los que hago.

—Pero *usted* no tiene ningún problema ahora, respecto a hacer que sus cosas salgan en las revistas y todo eso.

—Ahora tengo la seguridad de que todo lo que escribo —Newboy dobló sus

gafas con ambas manos— va a ser publicado. Esto me hace ser muy cuidadoso respecto a lo que pongo sobre el papel. ¿Cuán cuidadoso es usted?

La primera botella de cerveza estaba vacía.

—No lo sé. —Bebió de la segunda—. No llevo mucho tiempo como poeta —confesó, sonriendo—. Sólo un par de días. ¿Por qué vino usted aquí?

—¿Perdón? —Había una ligera sorpresa allí; pero no mucha.

—Apuesto a que conoce usted a muchos escritores, famosos todos. Y a gente del gobierno también. ¿Por qué ha venido aquí?

—Oh, Bellona ha desarrollado... ¿una reputación subterránea, lo llaman ustedes? Uno nunca lee nada acerca de ella, pero oye cosas. Hay algunas ciudades que uno tiene que estar muñéndose para visitar. —Con un teatral susurro—: Espero que ésta no sea una de ellas. —Mientras reía, sus ojos pidieron perdón.

Chicco perdonó y rió también.

—Realmente no lo sé —prosiguió Newboy—. Fue una inspiración del momento. No sé en absoluto por qué lo hice. Y por supuesto no esperaba hallar a nadie como Roger. Esos titulares fueron una completa sorpresa. Pero Bellona está llena de sorpresas.

—¿Va a escribir acerca de ello?

Newboy hizo girar su bebida.

—No, no lo creo. —Sonrió de nuevo—. Todos ustedes están a salvo.

—De todos modos, apuesto a que *conoce* usted a un montón de gente famosa. Incluso cuando lee introducciones y reseñas y críticas de libros, empieza a darse cuenta de que todo el mundo conoce a todo el mundo. Capta el cuadro de toda esa gente sentada ahí junta y peleándose, o haciéndose amiga, probablemente jodiéndose los unos a los otros...

—¿Intrigas literarias? Oh, tiene razón: es complicado, inquietante, insidioso, retorcido; y absolutamente fascinante. El único pasatiempo que prefiero a escribir es el chismorreó.

Frunció el ceño.

—Alguien me habló hace poco del chismorreó. Todo el mundo por aquí parece dedicarse también a él. —Lanya seguía sin estar en el bar. Miró de nuevo a Newboy—. Conoce también a su amigo el señor Calkins.

—Ésta es una ciudad pequeña. Desearía que Paul Fenster se hubiera mostrado un poco menos... ¿severo? —Hizo un gesto hacia el bloc de notas—. Me encantaría ver algunos de sus poemas.

—¿Eh?

—Disfruto leyendo poemas, especialmente de gente a la que conozco. Déjeme decirle inmediatamente que nunca presumo de decir nada acerca de lo que creo que está bien o está mal. Pero es usted agradable, de una forma angular. Me gustaría ver

lo que ha escrito.

—Oh. No tengo mucha cosa. He estado escribiéndolos desde hace..., bien, como ya le he dicho, desde hace muy poco.

—Entonces no me va a tomar mucho tiempo leerlos... ¿si no le importa mostrármelos, al menos alguno que le guste particularmente?

—Oh. Por supuesto. Pero *tendrá* que decirme usted si son buenos.

—Dudo poder hacerlo.

—Seguro que puede. Quiero decir que escucharé lo que usted me diga. Será bueno para mí.

—¿Puedo contarle una historia?

Chicco inclinó la cabeza hacia un lado, y descubrió interesante su propia ansiosa desconfianza.

Newboy indicó con un dedo al camarero que volviera a llenar los vasos.

—Hace algunos años, en Londres, cuando yo era mucho más joven de lo que puede indicar el tiempo transcurrido, mi anfitrión en Hampstead me hizo un guiño a través de su copa de jerez y me preguntó si me gustaría conocer a un escritor americano que estaba en la ciudad. Aquella tarde yo tenía que ver a un director de una revista patrocinada por un Concejo de Arte en la que tanto mi anfitrión como el escritor en cuestión y yo colaborábamos. Me encantan los escritores: su personalidad me intriga. Puedo hablar sobre ello en este tono de desapego porque me temo que actualmente estoy haciendo tan poco que, aunque me considero presuntuosamente como un artista en todo momento, sólo me considero un escritor un mes al año o así. En los años buenos. Sea como sea, acepté. Se telefoneó al escritor americano para que acudiera a última hora de aquella tarde. Mientras yo aguardaba para salir, tomé una revista en la que él tenía un artículo, una descripción de sus viajes por México, y empecé los preparativos de la tarde para el encuentro de la noche. Él mundo es pequeño: había estado oyendo hablar de aquel joven desde hacía dos años. Había leído su nombre en relación con el mío en varios lugares. Pero en realidad no había leído ni un solo texto suyo antes. Me serví más jerez y me dediqué al artículo. ¡Era impenetrable! Leí una serie de blandas impresiones de su paso a través de insípidos escenarios y desenfocados encuentros con gente anodina. Los juicios sobre el país eran sosos. Las visiones de la población, si hubieran estado expresadas con mayor energía, hubieran sido horripilantes por sus prejuicios. Afortunadamente, la prosa era demasiado densa para que yo prosiguiera su lectura más allá de las diez primeras de las dieciséis páginas que tenía el artículo. Siempre me he enorgullecido de mi habilidad de leer cualquier cosa; creo que debo hacerlo, ya que mi propia producción es tan escasa. ¡Pero puse *aquel* artículo de lado! Todos sabemos que la extraña maquinaria por la cual una reputación precede a su fuente es engañosa. ¡Sin embargo, cuánta fe ponemos en ella! Supuse que había recibido esa necesaria traición, y llevé



mi bolsa de compras llena de regalos de Navidad al fango del invierno londinense. El director, en su última carta, me había invitado, bromeando, a la cena de Navidad, y yo le había respondido, igualmente en broma, que aceptaba, y luego fui, tres mil kilómetros creo que son, a pasar unas vacaciones a Londres. Tales planes, deliciosos en anticipación y en retrospectiva, tienen sus inconvenientes, sin embargo, en la práctica del presente. Llegué con tres días de anticipación, y pensé que era mejor entregar los regalos a su tiempo el día de Navidad por la mañana y permitir a mi anfitrión que reconsiderara el tamaño de su pavo y añadiera unas cuantas ciruelas más a su pudding. En la puerta, frente a un típico vestíbulo verde inglés, llamé al timbre. Acudió a abrir un joven muy alto, muy rubio, que, cuando habló, reveló ser obviamente americano. Déjeme ver con cuánta exactitud puedo recordar la conversación. Contribuye a centrar el asunto.

»Pregunté si estaban mis amigos.

»Él dijo que no, que aquella tarde habían salido; él se había quedado a cuidar a sus dos niñas pequeñas.

»Yo dije que solamente deseaba dejarle algunos regalos, y le rogué que por favor les dijera que me esperaran a cenar el día de Navidad.

»Oh, dijo. Usted debe ser... ¡Bueno, tengo que ir a verle esta misma noche!

»Me eché a reír de nuevo, sorprendido. Muy bien, dije, le esperaré. Nos estrechamos las manos, y me marché apresuradamente. Parecía afable, y empecé a sentir interés en la próxima reunión. La primera regla de comportamiento en la comunidad literaria: nunca condenes a un hombre en el salón por ninguna indiscreción que haya puesto sobre el papel. La cantidad de *caridad* que desees extender al bárbaro del salón debido a su excelencia literaria es un asunto relativo a tu propio temperamento. Mi opinión, sin embargo, es que no intercambiamos más de setenta y cinco o un centenar de palabras. Virtualmente, sólo oí su voz. En cualquier caso, de vuelta a Hampstead, mientras el jerez dejaba paso al vino tinto, volví a coger la revista con el artículo del escritor. Bien, decidí, debo darle otra oportunidad. Lo abrí y empecé a leer. —Newboy miró por encima del borde de su copa, la depositó sin mirarla y apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea—. Era lúcido, era vívido, era a la vez astuto e irónico. Lo que yo había tomado por banalidad era la más delicada de las sátiras. El artículo presentaba una dolorosísima visión de las condiciones bajo las que se debatía el país, así como de lo absurdo de la posición del propio autor como americano y turista. Recorría esa línea tan terriblemente difícil trazada entre la gracia y el pathos. ¡Y todo lo que yo había oído era su voz! Era retraída, con un ligero toque afeminado, con un ritmo y un énfasis extrañamente sesgados con respecto al gran objeto de agua fresca, secoyas y montañas Rocosas que hablaba con él. Pero lo que había ocurrido, simplemente, era que ahora yo podía *oír* esa voz informando la prosa, proporcionando el énfasis aquí o allí, abriendo para mí

lo que previamente había sido tan denso y carente de gracia como una guía telefónica. ¡Me he deleitado desde entonces con toda la obra de este escritor con exquisita alegría! —Newboy dio otro sorbo—. Ah, pero hay un breve corolario. Sus críticos, aquí en los Estados Unidos, me han concedido la definitiva amabilidad de elegir solamente la parte de mi obra que yo considero interesante para sus discusiones, y esos interminables volúmenes de alabanzas que me aseguran una posición universitaria cuando el Servicio Diplomático agote mi pasión por el chismorreo se los debo a ellos. En mi último viaje a su país fui recibido por una crítica más bien laudatoria de la reedición de mis primeros poemas, en una de sus más prestigiosas revistas literarias, firmada por una dama a quien la modestia me impide llamar incisiva aunque sólo fuera debido a que fue tan generosa con sus alabanzas. Ella fue el primer americano que escribió sobre mí. Pero antes de que lo hiciera, yo había seguido sus críticas con una avidez que normalmente sólo tengo por los poetas. Un prolífico crítico de necesidad debe decir muchas cosas absurdas. La prueba es pues, cuando un volumen considerable de artículos han pasado por delante de tus ojos, comprobar si la inteligencia y la perspicacia son más memorables que los absurdos. Nunca la había conocido personalmente. Al bajar de un avión, cogí tres revistas en el aeropuerto y, en el taxi al hotel, descubrir su artículo en medio de la segunda fue un deleite, una rareza, un placer por el cual en una ocasión, en mi fantasía, quizá me convertí en escritor. Y en el hotel, ella me había dejado una carta, no en recepción, sino en mi puerta: estaba de paso en Nueva York, se alojaba en un hotel a dos manzanas de distancia, y deseaba saber si yo estaría dispuesto a reunirme con ella para tomar una copa aquella tarde, suponiendo que mi vuelo no me hubiera cansado demasiado. Me sentí encantado, me sentí agradecido: qué mejores criaturas seríamos si esa atención no fuera tan grata. Fue una agradable copa, una agradable velada: la relación se convirtió en los años siguientes en la más recompensante de las amistades. Resulta bastante raro, cuando personas que han sido presentadas por su reputación *pueden* derivar hacia una amistad personal, señalarlo, pero algunos días más tarde noté esto, cuando volví a uno de sus artículos: parte de la comedida consideración que informaba su forma de escribir procedía de su elección del vocabulario. Ya conoce usted el pareado de Pope: *Cuando Ajax porfía con el enorme peso de una roca que lanzar, el renglón también trabaja y las palabras se mueven lentamente*. Tenía inclinación a seguir una palabra terminada en una consonante fuerte con una palabra que empezara con una igualmente fuerte. Mentalmente, yo había construido un considerado y pausado tono de voz que, aunque faltara la materia de fondo, confería a sus declaraciones escritas una innegable dignidad. La noche que nos conocimos observé sin embargo que, aun usando el mismo vocabulario con el que escribe, habla de una manera extremadamente rápida, con animación y entusiasmo. Ciertamente, su inteligencia es tan aguda como siempre la había juzgado. Pero

aunque se ha convertido en una de mis más íntimas amigas, he perdido prácticamente todo el goce de leerla. Incluso cuando vuelvo a leer lo que antes me había proporcionado el mayor de los placeres intelectuales, las palabras brotan ahora en su esquema vocal, y toda dignidad y reserva abandonan el escrito; sólo puedo sentirme agradecido de que, cuando nos conocimos, pudiéramos discutir y diseccionar las palabras que teníamos ante nosotros hasta el amanecer, de modo que aún sigo extrayendo algún beneficio de su sorprendente facultad analítica. —Bebió una vez más—. ¿Cómo puedo decirle yo que sus poemas son buenos? Nos hemos conocido. Le he oído hablar. Y aún ni siquiera he planteado el retorcido y convulso pantano emocional que algunas personas son lo suficiente estúpidas como para llamar un juicio objetivo, sino solamente la distorsión crítica que surge de haber oído su voz. —Newboy aguardó, sonriendo.

—¿Es ésa la historia que cuenta usted a todo el mundo que le pide que lea sus poemas?

—¡Ah! —Newboy alzó un dedo—. Yo le pedí *a usted* que me *permitiera* leerlos. Es una historia que he contado a varias personas que me pidieron mi juicio. —Newboy agitó el semidisuelto hielo—. Todo el mundo conoce a todo el mundo. Sí, tiene usted *razón* —asintió—. A veces me pregunto si la finalidad de la Comunidad Artística no será proporcionar una preocupada matriz social que asegure simultáneamente que ningún miembro, independientemente de honores o aprobación, posee la más ligera idea del valor de su propio trabajo.

Chicco bebió su cerveza, resentido ante la larga parrafada del otro pero curioso acerca del hombre que la había pronunciado.

—La cuestión estética —meditó Newboy—. El artista posee una cierta experiencia interna que produce un poema, una pintura, una partitura musical. Los espectadores se someten a la obra, la cual genera una experiencia interior para ellos. Pero históricamente es una idea muy nueva, sin mencionar su vulgaridad, el que la experiencia del espectador debe ser idéntica a, o incluso tener algo que ver con, la del artista. Esa idea procede de una sociedad sobre-industrializada que ha aprendido a desconfiar de la magia...

—¡Estás aquí! —Lanya agarró su brazo—. ¡Tienes un aspecto tan limpio y brillante y pulido! ¡No te reconocí!

Él la atrajo contra su hombro.

—Éste es Ernest Newboy —feliz por la interrupción—. Ésta es mi amiga Lanya. Ella pareció sorprendida.

—Chicco me dijo que le ayudó usted en lo del señor Calkins. —Ella y Newboy se estrecharon la mano por delante del pecho de Chicco.

—Me alojo allí. Pero esta noche he salido a dar una vuelta.

—Yo estuve también allí unos días, pero no creo que saliera nunca por la noche.

Newboy se echó a reír.

—Así suelen ser las cosas allí, sí. ¿Y dónde se aloja usted ahora?

—Vivimos en el parque. No debe asombrarse. Mucha gente lo hace. Hoy en día es un lugar tan de moda como el de Roger.

—¿De veras? ¿Viven los dos juntos allí?

—Vivimos en un pequeño rincón, solos. Visitamos a gente. Cuando tenemos hambre. Nadie acude a visitarnos todavía. Pero es mejor así.

Newboy rió de nuevo.

Chicco observó la, sonrisa del poeta ante la broma de ella.

—No confiaría en mí mismo para perseguirla hasta su escondrijo. Pero por supuesto tiene que venir usted a verme, cualquier día por la tarde. —Luego, a Chicco —: Y usted puede traer sus poemas.

—Por supuesto. —Chicco observó que Lanya guardaba un encantado silencio—. ¿Cuándo?

—La próxima vez que Roger decida que es martes, ¿por qué no vienen los dos? Prometo que no tendrán el mismo problema de nuevo.

Él asintió vigorosamente.

—De acuerdo.

El señor Newboy destelló una amplia sonrisa.

—Entonces les esperaré. —Hizo una inclinación de cabeza, aún sonriente, y se alejó.

—Cierra la boca —Lanya le miró de reojo—. Oh, creo que todo va bien. No veo ninguna mosca. —Le dio un apretón en la mano.

En la jaula parpadeó el neón. La música raspó en un altavoz.

—¡Oh, rápido, vámonos!

Se fue con ella, mirando una vez hacia atrás: las espaldas del traje de sarga azul de Newboy estaban ribeteadas a ambos lados con piel, pero no pudo decir si el poeta estaba hablando con alguien o simplemente de pie.

—¿Qué has estado haciendo todo el día? —preguntó él en la fría calle.

Ella se encogió de hombros y se arrimó más a él.

—Por ahí con Milly. Comí un espléndido desayuno. Esta semana cocina Jommy, de modo que tuve más de lo que deseaba. Por la mañana aconsejé a John sobre un proyecto de trabajo. Estuve de mirona en un juego de ajedrez chino. Después de comer me fui y toqué un poco la armónica. Luego volví para cenar. Jommy es un encanto, pero varía poco. ¿Cómo te fue el trabajo?

—Extraño. —La apretó más contra él. (Ella acarició sus grandes nudillos con los pequeños de su mano, pensativa, se inclinó un poco, se apartó)—. Sí, son raros. Hey, Newboy nos pidió que subiéramos a verle, ¿no? —Ella frotó su cabeza contra el hombro de él, y puede que riera.

Metió su brazo bajo la mano de él.

—¿Quieres que te devuelva esto?

—¿Oh? Sí, gracias —y tomó la orquídea, deteniéndose para fijar la hoja más larga en la trabilla de su cinturón. Luego siguieron andando.

Él no pidió un nombre. ¿Qué significa esta confianza? Deseoso de su relajamiento y reticencia, liberado de un esfuerzo de pedir y perseguir, he aquí una ilusión de centro. Tal como he preexpresado, estoy armado con portentos de un desastre en la conciencia, el fracaso a sospechar, a inspeccionar. ¿Es ella libre, o está preocupada con una compleja intimidación densa para mí? O me excuso de ella, careciendo de denominación. Algo informe, acalorado, terminal, brota aquí a través de la trompeta de su laringe. El miedo articulado resbala mientras intentamos medirlo, pero se aleja con sólo el perpetuo ángulo de distorsión, la frecuencia de una defracción sorprendida.

En la semioscuridad —o mejor en los cuatro quintos de oscuridad—, los leones tenían un aspecto húmedo. Al pasar rozó la piedra con los nudillos de su mano derecha: era exactamente tan cálida como la muñeca de Lanya, que rozaba los nudillos de su mano izquierda.

¿Cómo consigue hallar su camino?, se preguntó, pero treinta pasos más adelante se dio cuenta de que él mismo había anticipado el último giro en la oscuridad.

Una distante fogata *trazaba* sus filigranas entre las hojas cercanas. Lanya las apartó a un lado y dijo:

—¡Hola!

Un hombre sin camisa, sujetando una pala, permanecía hundido hasta las rodillas en... ¿una tumba medio cavada?

Otro hombre con una camisa de dril, desabrochada, permanecía de pie junto al borde. Una mujer joven envuelta en un poncho, con la barbilla equilibrada entre sus dos puños, estaba sentada sobre un tronco, observando.

—¿Todavía seguís con esto? —preguntó Lanya—. Ya estabais *aquí* desde hacía rato cuando estuve esta mañana.

—Me gustaría que nos dejaras cavar —dijo la mujer joven.

—Exacto —dijo el hombre del pecho desnudo con la pala. Agitó el rubio pelo que le llegaba hasta los hombros—. Cuando antes terminemos mejor.

La mujer dejó caer los puños entre sus remendadas rodillas. Su pelo era muy largo. A la distante luz era difícil ver su color, pero estaba entre el bronce y el negro.

—Me pregunto dónde consigue John las ideas para estos proyectos —dijo el hombre con la camisa de dril en el borde del agujero—. Yo era muy feliz cagando por entre la maleza.

El hombre con la pala hizo una mueca.

—Apuesto a que está preocupado por la polución. Quiero decir, ¡mira todo esto!

—La hoja de la pala trazó un arco.

Pero aparte la docena de personas de pie o sentadas cerca de los llameantes ladrillos de cenizas, Chicco no pudo ver nada fuera de la burbuja de noche que definían las llamas.

—¿Podéis ver realmente lo que estáis haciendo? —preguntó Lanya.

—¡Lo suficiente para cavar una maldita letrina! —La pala volvió a clavarse en la tierra.

—¿Sabes? —dijo el que estaba de pie junto al borde—. En estos momentos yo podría estar en Hawai. De veras. Tuve la posibilidad de ir, pero en cambio decidí venir aquí. ¿No es jodidamente divertido?

Como si hubiera oído aquello demasiadas veces, la mujer en el tronco suspiró, se dio una palmada en las rodillas, se puso en pie y se alejó.

—De veras, hubiera podido. —Fruunció el ceño hacia la silueta que se alejaba, luego hacia el montón de tierra sacada del agujero—. ¿Quiere alguno de vosotros cavar un poco?

—No —otra palada aterrizó sobre el montón—. No lo creo.

Slap-slap, slap-slap, slap-slap, hizo un enrollado ejemplar del *Times* contra un muslo. Apareció John, cortando el paso a más luz.

*Chunk-shus, chunk-shus*, hizo la pala.

—Están cavándola horriblemente cerca de donde está todo el mundo —dijo Chicco a Lanya—, para una letrina.

—A mí no me lo digas —respondió Lanya—. Díselo a ellos.

—Yo también me he estado haciendo preguntas al respecto —dijo John, y detuvo los golpes con el periódico—. Así que crees que la estamos cavando demasiado cerca, ¿eh?

—Mierda. —El que deseaba estar en Hawai miró a Chicco con ojos fulgurantes.

—Mira —dijo Chicco—, hazlo a tu manera —y se alejó.

Y casi de inmediato pisó los pies de alguien metido en un saco de dormir. Se controló, y estuvo a punto de pisar la cabeza de otro. A unos milímetros más allá del círculo de oscuridad había cómodas, escritorios, sillones, camas plegables, aguardando ser trasladadas de un lado a otro... Parpadeó junto al calor del fuego y se metió las manos en los bolsillos de atrás de sus pantalones. De pie detrás de otros tres, observó al muchacho de pelo rizado (¿Jommy?) trastear con un barril.

—Hey, ¿no es eso grande, hombre? ¡Oh, huau! Mirad esto. Cuando lo encontramos, simplemente no pude creerlo... Es harina. Auténtica harina. Y aún está buena. Oh..., hey, gracias, Chicco. Sí, empuja por aquí..., exacto, para este lado —rodeando un extremo de la mesa de picnic.

—¿Aquí? —preguntó Chicco, y gruñó. El barril pesaba como mínimo cien kilos.

—Ajá.

Los otros se apartaron un poco más.

Gruñendo los dos ahora, Chicco y Jommy lo colocaron en su lugar.

—¿Sabes? —dijo Jommy, echándose hacia atrás, sonriendo y secándose el sudor de su frente—, si tienes hambre, tendrías que pedir que te dieran algo de comer.

Chicco intentó imaginar qué significaba exactamente aquello cuando aparecieron Milly y Lanya.

—Es estupendo verte aquí de nuevo, y ayudando —dijo Milly, pasando entre Chicco y el fuego. El calor justo encima de sus ojos se enfrió a la sombra de ella. Pasó.

Lanya estaba riendo.

—¿Para qué hemos venido aquí? —preguntó él.

—Quería hablar un momento con Milly. Ya está hecho. —Cogió su mano. Echaron a andar por entre las mantas enrolladas y los sacos de dormir—. Vamos a dormir a mi rincón, donde estuvimos ayer por la noche.

—Sí —dijo él—. ¿Tu manta sigue allí?

—Si nadie la ha cogido.

—Hawai —dijo alguien a tres metros de distancia—. No sé por qué no me voy allí ahora mismo.

—John me preguntó si querrías encargarte del nuevo proyecto de trabajo de la letrina de la comuna —dijo Lanya.

—¡Jesús...!

—Cree que tienes cualidades de líder...

—Y un interés hacia el trabajo —finalizó él—. Ya tengo otras cosas que hacer. —Parpadeó para eliminar las imágenes residuales del fuego, vio que el nombre rubio sin camisa estaba ahora de pie en el borde, paleando tierra de vuelta al agujero.

Siguió a Lanya a la oscuridad.

Se preguntó de nuevo cómo hallaba ella su camino. Y de nuevo, en la oscuridad, fue el primero en detenerse cuando se dio cuenta de que habían llegado.

—¿Qué estás haciendo?

—Colgué la manta de una rama. La estoy bajando.

—¿Puedes ver?

—No. —Se oyó rumor de hojas. La manta rozó su rostro al caer. La extendieron juntos—. Tira del lado izquierdo..., no, del derecho.

Hierba y ramitas cedieron bajo él cuando se dejó caer de rodillas en el centro. Chocaron, dos cuerpos cálidos.

—¿Conoces a los Richards? Alcachofas...

Él frunció el ceño.

Ella se dejó caer con él, abrió el puño sobre su estómago.

—¿Eh?

—Son unos intransigentes rabiosos.

—¿De veras?

—Sí, por completo. La intransigencia en estado puro. Todavía no han empezado a ser rabiosos, pero eso es sólo cuestión de tiempo. ¿Por qué acepté ese trabajo?

Ella se encogió de hombros contra él.

—Cuando lo aceptaste, pensé que eras una de esas personas que necesita trabajar en algo.

Él encogió los hombros.

—Tak me echó una mirada y decidió que nunca había trabajado en mi vida. No necesito el dinero; ¿lo necesito?

Ella metió la mano entre las piernas de él. Él abrió las piernas y puso mano sobre mano, apretando sus gruesos dedos entre los delgados de ella.

—Todavía no lo he necesitado. —Ella apretó.

Él gruñó.

—No lo necesitas. Quiero decir, la gente como tú. Consigues que te inviten a sitios, ¿no?

Él alzó la vista.

—Él es ingeniero de sistemas, ella es..., ama de casa, supongo. Lee poesía. Y cocina con vino. La gente así, ¿sabes?, es curiosa. Pero no puedo imaginarlos jodiendo. Sospecho que lo hacen, claro. Han tenido hijos.

Ella apartó la mano y se inclinó sobre el pecho de él.

—Y gente como nosotros. —El aliento de su voz sopló contra su barbilla—. Joder es lo más fácil de imaginar entre lo que podemos hacer, ¿no? Pero tú *no puedes* pensar en nosotros teniendo niños, ¿verdad? —Se echó a reír, y apretó su boca contra la de él, introdujo su lengua en la otra boca. Luego se envaró y chilló—: Ay.

Él se echó a reír.

—Déjame sacarme esto antes de que apuñale a alguien. —Alzó las caderas y sacó la orquídea de la trabilla de su cinturón, luego se quitó el cinturón.

Se abrazaron, largas líneas de calor y frío. En una ocasión, de espaldas, desnudo bajo ella, con el rostro enterrado en el cuello de ella y aferrando sus rotantes nalgas, abrió los ojos: la luz penetró entre la jungla de su pelo. Ella se detuvo y alzó la cabeza. Él se la volvió a bajar.

Entre los árboles oscilaron estriados monstruos.

Los escorpiones pasaron, luminosos, por el sendero de abajo.

Más árboles cortaron el paso a sus luces, y más, y más.

La miró de nuevo y vio, cruzando la parte superior de sus pechos, la huella de su cadena, antes oscuridad. Luego, como una flor de dos pétalos, abierta demasiado pronto a un falso y fugitivo amanecer, se cerraron, riendo, y la risa se convirtió en largos y fuertes jadeos cuando ella empezó a moverse de nuevo. Tras alcanzar el



orgasmo, tiró del extremo de la manta sobre ellos.

—¿Sabes?, él intentó estafarme con el dinero.

—¿Hummm? —se restregó contra él.

—El señor Richards. Le dijo a Madame Brown que me pagaría cinco dólares a la hora. Luego sólo me dio cinco por toda la tarde. ¿Qué te parece? —Se volvió.

Cuando su cuerpo se apretó contra la pierna de ella, Lanya dijo:

—Por el amor de Dios, todavía está dura... —e inspiró profundamente.

—Eso hizo. Por supuesto, me dieron de comer. Quizá lo arregle todo mañana.

Pero ella sujetó su mano y la arrastró hacia abajo; se enredaron de nuevo, los dedos de ella engarfiados en los de él mientras le hacía restregar, y le dejaba restregando. Bajó su cabeza hasta las ingles de él, y lamio y chupó sus nudillos, la arrugada piel del escroto. Siguió con aquello hasta que su pelo entre los muslos de él se perdió casi en algún vegetativo horror, luego gruñó:

—De acuerdo...

Su puño golpeó suavemente el rostro de ella tres veces, antes de dejarla que lo tomara. Ella deslizó los brazos tras su cintura y situó sus piernas rodeando las de él, mientras él jadeaba y soltaba su pelo.

La ansiedad perdió su nitidez ante el resplandeciente cansancio. En una ocasión se despertó a medias con la espalda de ella apretada contra su estómago. Deslizó su mano bajo el brazo de ella para sujetar su pecho, el pezón como un pequeño botón en su palma. Ella sujetó su pulgar tan suavemente, se dio cuenta, como podía, por si acaso él volvía a dormirse.

Así que se durmió.

Al cabo de un tiempo el cielo estaba teñido por una luz gris. Tendido de espaldas, observó cómo iban apareciendo las hojas. Se sentó bruscamente, en un solo movimiento, apoyado sobre sus talones. Dijo:

—Quiero ser poeta. Quiero ser un grande, famoso, maravilloso poeta.

Mientras contemplaba el seto de oscuridad debajo de las franjas grises, algo se contrajo en su estómago. Sus brazos empezaron a temblar; sintió náuseas; su cabeza pulsó, y pulsó, y pulsó. Abrió la boca y respiró ansiosamente. Agitó la cabeza, sintió temblar su rostro, y volvió a tragar el aliento.

—Huau —dijo. El dolor recedió y dejó una sonrisa—. No creo que ellos... *¡hagan* poetas tan grandes como quiero ser! —Eso brotó sólo como un ronco susurro. Finalmente se levantó, desnudo, y la miró a ella.

Creía que aún estaba dormida; su cabeza reposaba contra su brazo doblado. Le miró.

—Vuelve a dormirte —susurró.

Ella tiró de la manta para que tapara su brazo y volvió a bajar la cabeza.

Él buscó su camisa, tomó el bolígrafo. Abrió el bloc de notas por el lugar donde

había escrito en el bar. Con las piernas cruzadas en el extremo de la manta, releyó para copiar. El papel tenía un tono azulado a la incierta luz. Mientras contemplaba la primera palabra, distracciones de sobrecubiertas de libros, alabanzas impresas, recepciones por parte de gente que se alineaba desde los Richards hasta Newboy... El tallo de hierba que se clavaba en su tobillo le devolvió a la realidad. Sacudió de nuevo la cabeza, movió el tobillo de sitio, se inclinó otra vez para reconstruir un texto correcto. Sus ojos se hundieron en un pozo de portadas de la revista *Time* («Poeta rechaza el premio Pulitzer»), los rostros del público mientras él se erguía de pie en el escenario del Minor Latham, donde había aceptado dar una de sus raras conferencias. Retrocedió de todo aquello antes de que la intensidad de las fantasías se hiciera dolorosa. Luego se echó a reír, porque aún no había copiado ni una palabra. Siguió sentado un poco más, incapaz de escribir lo que pensaba, divertido ante su falta de control pero irritado con la obvia lección que ello implicaba.

El reírse de sí mismo no detuvo las fantasías.

Pero las fantasías tampoco detuvieron la risa.

Observó el cielo cada vez más iluminado en busca de formas. La bruma se hinchaba y doblaba y se enroscaba sin desgarrarse jamás. Se tendió de espaldas junto a ella, empezó a acariciarla bajo la manta. Ella se volvió hacia él y se ocultó en su cuello cuando intentó besarla.

—Tengo sueño... —Él lamió sus dientes. Cuando introdujo el pulgar en su cono, ella empezó a reír en medio del beso, hasta que contuvo el aliento en su pene. Con sus rodillas en la parte de fuera de las de ella, agitó las caderas. Su mano húmeda sujetó su hombro, la seca su pelo.

Más tarde, despertó de nuevo rodeándola apretadamente con sus brazos, la manta enrollada en torno a sus dos cuerpos. El cielo era más claro.

—¿Sabes?, tendría que volver a ese maldito trabajo —dijo—. ¿Pero para qué necesito un trabajo?

—Chiss —dijo ella—. Chisssss —y acarició su afeitada mejilla—. Ahora chiss.

Él cerró los ojos.

—¿Sí, quién es? —con tono de queja.

—Soy Chicco. Mire, si es demasiado pronto, volveré más tarde...

La cadena sonó.

—No. No, está bien. —La señora Richards, con una bata verde, abrió la puerta.

—¿Todavía no se ha levantado nadie? No sabía que fuera tan temprano.

—Está bien —repitió la señora Richards—. Deben ser las ocho. —Bostezó—. ¿Quiere un poco de café?

—Sí, gracias. ¿Puedo usar su cuarto de baño? —Se dirigió hacia allá antes de que ella terminara de asentir, soñolienta—. ¿Sabe que tiene usted una carta en su buzón?

Correo aéreo.

—Creí que los buzones estaban rotos.

—El suyo está bien. —Se detuvo con la mano en la jamba de la puerta del baño—. Y hay una carta dentro.

—¡Oh, Dios!

Él había empezado ya a enjabonarse para afeitarse antes de registrar la desesperación en la voz de la mujer.

June, con zapatillas azules y un suéter rosa con una margarita bordada cerca del cuello, trajo tazas de café llenas a rebosar a la mesa donde estaban sentados.

—Buenos días.

—¿Estaba levantada?

—En mi habitación. Siempre soy la que se levanta primero en esta familia. ¿Qué ha estado haciendo desde ayer?

—Nada. Esta mañana, antes de venir aquí, he copiado un poema que escribí anoche.

—¿Me lo leerá?

—No.

Pareció decepcionada.

—Creo que no siento deseos de leer nada de lo que escribo a otras personas.

Sujetó la taza con ambas manos, dio un sorbo.

—¿Está bastante fuerte para usted? —preguntó la señora Richards desde la puerta de la cocina—. Acabo de hacer toda la jarra de instantáneo.

—Está bien. —El café negro reposaba en el centro del hueco de su boca, difundiendo su calor.

—¿Todavía no se ha levantado Bobby? —preguntó la señora Richards desde la cocina.

—Le he oído moverse. ¿Qué hay con papá?

—Deja dormir a tu padre, querida. Ayer tuvo un día muy duro.

—¿Quiere un poco más de café? —preguntó June.

Negó con la cabeza, y con su movimiento el amargo sabor se difundió sobre el rubio pelo de ella, las plantas en sus macetas de cobre, las manijas de plástico de los tiradores de las cortinas verdes. Sonrió y tragó.

El apartamento 19-B estaba abierto, abandonado, y era perfectamente ordinario:

Todos los aparatos en la cocina, la alfombrilla del baño en el borde de la bañera, las camas sin hacer. Y no había ni un solo libro. Bien, podía recibir muebles.

Las patas del sillón rugieron en el rellano. Estúpidamente, meditó en medio del eco. ¿Por qué no preguntarles dónde los querían? ¡Al diablo...! Incluyó el mueble para entrarlo.

La silla gruñó; el colchón del sofá cama, empujado de lado, siseó. Lo dejó

reclinado contra el diván estampado con flores, y volvió a salir al rellano en busca de la cómoda.

Las puertas de los dos ascensores se abrieron. De una de ellas salió una ráfaga de aire, de la otra el señor Richards.

—Hola. Pensé en subir a echar un vistazo antes de irme. —Su corbata colgaba, severa e índigo, entre unas solapas de estambre—. ¿Qué hace con toda la basura?

Chicco agitó sus pies sobre la suela de su sandalia y las losetas de vinilo.

—Yo..., bueno, la estaba poniendo en el apartamento del fondo del rellano.

El señor Richards pasó por su lado y miró dentro del 19-B.

—No importa demasiado. —Volvió la vista hacia él—. ¿No?

Entraron juntos en el 19-A.

—Calculo que lo habré sacado ya todo esta noche, señor Richards. —Chicco se sintió aliviado de que no hubiera ninguna protesta—. Luego fregaré los suelos y todo lo demás. Lo dejaré realmente bonito. A ella le gustará. Haré un buen trabajo.

El señor Richards frunció el ceño hacia las apagadas bombillas.

—Si lo prefiere, puedo bajarlo todo al sótano. —Aliviado de poder ofrecerlo, sabiendo que el ofrecimiento iba a ser rechazado.

—Sólo si usted quiere. —El señor Richards inspiró profundamente y entró. Sus zapatos de cuero fino pisaron los cristales apilados. Bajó la vista—. No veo ninguna necesidad. Todo ese camino hasta el sótano. Además, no sé lo que habrá en el sótano. —Sin mover los pies, miró lo que quedaba de los muebles—. A ella le gustará. Sí. —Se sacó la mano del bolsillo—. ¿Por qué no consigue calzado para su otro pie, muchacho? Va a cortarse.

—Sí, señor.

El señor Richards se apartó del montón de todo lo barrido, agitó la cabeza.

—¿Señor Richards...?

—¿Sabe?, he estado pensando... —el señor Richards se pasó un dedo por entre la camisa y su grueso cuello; en su tiempo debió haber sido un hombre robusto—. Quiero decir si es una buena idea el mudarnos. Para Mary. ¿Qué opina usted? Ella confía en usted, ¿sabe? Esto es bueno. Me estaba preguntando a quién iba a enviarnos Edna. Tiene algunos amigos más bien curiosos. También me pregunté acerca de usted, hasta que le vi salir de debajo de toda aquella mugre. Pero parece un buen chico. ¿Qué opina?

—Sus vecinos de abajo parecen más bien bruscos.

—¿Cree usted que servirá de algo subir aquí arriba?

Se le ocurrió acusarle: *Usted no*. Pero se encogió de hombros.

—¿Qué opina usted? Vamos, adelante. Puede decírmelo. En la situación en que nos hallamos todos ahora, tenemos que *ser* honestos. Lo admitiré, a mí me resulta difícil. Pero inténtelo.

—¿Por qué siguen en la ciudad?

—¿Cree que ella debería irse? No, vivimos aquí: ella sería incapaz de marcharse. —Entonces el aliento que había estado conteniendo brotó dolorosamente. El señor Richards alzó los pulgares hacia su cinturón—. ¿Sabe que aquí dentro, en este edificio, casi he tenido la sensación de que nada de esto es real? O que no se trata más que de un cascarón muy delgado.

Chicco deseó fruncir el ceño. Pero 110 lo hizo. *Sé honesto*, pensó.

—Mary vive en su mundo de cocina y limpieza y los chicos. Yo llego a casa. Y nada parece..., no sé describirlo. Se supone que el hogar de un hombre ha de ser..., bueno, un lugar donde todo sea real, sólido, palpable. En nuestra casa, simplemente no sé. Vengo de ese mundo terrible, y me encuentro en una especie de tierra de nadie en la que no puedo creer. Y cuanto menos creo en ella, más se me escapa de las manos. A veces creo que soy yo. Mary siempre ha sido una mujer extraña; ella no lo ha hecho más fácil. Intenta con tanta intensidad ser..., bueno, civilizada. *Los dos* lo intentamos. ¿Pero qué hay con esto...? —Señaló con la cabeza hacia las abiertas puertas de la terraza. Fuera, capas de bruma parecían brotar de la propia bruma—. Tiene imaginación. Oh, sí, tiene imaginación. Fue lo primero que vi en ella. Mi trabajo, bueno, es interesante. Pero no requiere tanto de eso que usted llamaría creatividad. Al menos usted no lo pensaría así. Pero seguimos haciendo las cosas. De todos modos, *me gusta* llegar a casa, volver con alguien que tiene todo tipo de ideas, lee libros y todo eso. Pero... —Las manos del señor Richards restregaron las perneras de su pantalón, buscando los bolsillos—, de pronto empiezas a tener la impresión de que ella está cambiando el mundo a sus propias ideas. Ahora ya no sale; ¿pero quién puede reprochárselo? Y una vez has cruzado la puerta, todo es ella.

—Mantiene en orden una hermosa casa —ofreció Chicco.

—Oh, hace mucho más que eso. También nos mantiene a nosotros. Todos decimos cosas para ella, ¿se ha dado cuenta? Todo el mundo que viene a vernos. Ella proyecta su..., bueno, nerviosismo. Y entonces empiezas a pensar en lo que ella quiere que digas; y lo dices. Al principio lo haces para no intranquilizarla. Luego se convierte en un hábito. ¿No lo cree usted así?

—Yo..., bueno, no mucho.

—Sí que lo cree, a menos que encaje usted también de una forma natural en el esquema. A ella siempre le han gustado los músicos. Y de pronto todo el mundo que venía a vernos era músico, o recordaba que había tocado en la banda de la escuela secundaria o algo así. Y eso fue estupendo hasta que trajo a una serie de personas para que tocaran algo de música de cámara... —Alzó la cabeza y se echó a reír—. Fue divertido. Eran horribles. Mary y yo estuvimos riéndonos de aquello durante semanas. —Bajó la barbilla—. Pero aquello fue el fin de la música. Ahora..., bien, ha estado leyendo a ese tipo del que habló usted...

—¿Ernest Newboy? —Chicco decidió no mencionar que se había encontrado de nuevo con él.

—Ajá. Y está usted aquí. En una ocasión intenté que se interesara por la ingeniería. Traje a casa a algunos de nuestros elementos jóvenes. Y a sus esposas. Traje a aquellos que tenían ideas..., como le conté ayer. No duró demasiado. —Agitó la cabeza—. Pero ella hace que todo vaya a su manera. Lo cual sería estupendo si yo creyera..., creyera que era real. Que si tocaba algo no se desmoronaría simplemente como una cáscara de huevo o como yeso. ¿Cree usted que tengo que hablar con Edna? —Sonrió: sus manos hallaron finalmente sus bolsillos, se sumergieron en ellos—. Quizá sólo sea yo. —Miró de nuevo por la habitación—. Espero que el mudarnos sirva de algo.

—¿Es feliz la señora Richards?

—No tan feliz como yo desearía verla. Supongo que sabrá que teníamos otro..., bueno, nada de eso es asunto suyo. No quiero cargarlo sobre sus hombros. Ya le he dicho demasiado.

—No, está bien.

—Será mejor que me vaya. Tengo que estar en la oficina a las diez y en el almacén a las once y media.

—Hey, señor Richards.

El señor Richards se volvió en la puerta.

—Tiene usted una carta en el buzón. Correo aéreo.

—¡Ah! —El señor Richards asintió—. Gracias. —Salió.

—... y, señor Richards... —Cuando no hubo respuesta, salió al rellano. Ambos ascensores estaban cerrados.

Se metió la mano en el bolsillo y notó el húmedo y arrugado billete. Agitó la cabeza y empezó a empujar un aparador hacia la puerta. Al cabo de un metro, decidió sacar los cajones.

Después de trasladar muebles durante largo rato, salió a la terraza. En el edificio de enfrente se enroscaba el humo. La bruma a su derecha era resplandeciente como el marfil. Cuando miró hacia abajo, apenas era visible la copa de un árbol en la piscina de bruma.

Trasladó los últimos muebles, los más grandes; luego, de dos en dos, sacó las sillas con asiento de enea. Sobre la última estaba el bloc de notas.

Se llevó una mano al bolsillo de su camisa, preguntándose si debía tomarse un descanso. La pluma resbaló bajo la tela. Contempló la vacía habitación. Junto a la puerta estaban el cubo, la mopa, la caja de polvos limpiadores. Agitó los dientes unos encima de los otros, luego tomó el cuaderno y se sentó.

Escribió con lentitud. De tanto en tanto alzaba bruscamente la vista hacia la puerta, e incluso hacia la ventana.

Ocho líneas más tarde devolvió el bolígrafo a su bolsillo. El ya aplastado nudillo frontal del dedo índice de su mano izquierda estaba brillante y dolorosamente hundido por la presión del bolígrafo. Bostezó, cerró el cuaderno y permaneció sentado un rato, contemplando la bruma estirarse y contraerse. Luego arrojó el cuaderno al suelo, se puso en pie y llevó su silla al 19-B.

Usó un trozo de cartón como pala y llevó las barreduras al otro apartamento. Al no encontrar ningún recipiente donde echarlas, las metió en un cajón de un escritorio. De vuelta a la cocina, vació el cubo en la fregadera. El agua se estrelló contra el cinc, remolineó; el estrépito de los primeros momentos se convirtió en rumor, cada vez más y más ahogado en espuma.

—¡Oh, simplemente no sabía en qué estaba pensando!

—Está bien, señora. De veras...

—La verdad, no sé lo que me pasa. Aquí están...

—Está muy bien, señora Richards.

—Aquí los tiene, en la nevera. —Abrió la puerta—. Véalos. Yo misma los hice. De veras que los hice.

Tres bocadillos, cada uno con un agujero en una esquina, ocupaban un mismo plato.

Él se echó a reír.

—Mire, la creo.

—Yo los hice. Luego pensé que enviaría a June y Bobby arriba. Luego pensé, oh no, todavía debe ser demasiado pronto para comer; así que los metí en la nevera. Y luego... —Cerró a medias la puerta—. Los olvidé. Puede comerlos ahora.

—Gracias. Estupendo. Todo lo que quería decirle era que ya he sacado todos los muebles, y las dos habitaciones del fondo están limpias, así como el cuarto de baño de atrás.

—Tómelos. —Abrió de nuevo la puerta—. Vamos, adelante. Entre y coma. ¡Oh! —La puerta de la nevera se cerró y estuvo a punto de derribar el plato de su mano—. ¡Café! Querrá usted café. Espere, pondré a hervir el agua. Entre. Lo tendré preparado en un minuto.

Quizá esté loca (pensó mientras pasaba a la salita) también.

Se sentó en el diván en forma de L, depositó el plato sobre la mesita de café, y levantó una esquina de las rebanadas de pan, una tras otra: mantequilla de cacahuete y jalea, salchichón y mostaza, y... Pasó un dedo, lamió: paté de hígado.

Comió ése primero.

—¡Aquí está! —Dejó su taza, y se sentó al otro lado de la L para beber la suya.

—Está muy bueno —murmuró él con la boca llena, agitando demostrativamente el bocadillo.

Ella dio otro sorbo a su humeante café. Luego dijo:

—¿Sabe lo que quiero?

—¿Hummm?

Ella bajó los ojos al bloc de notas sobre el diván y lo señaló con la cabeza.

—Quiero que me lea uno de sus poemas.

Tragó saliva.

—No, tengo que volver a subir y terminar de fregar. Luego limpiar la cocina. Puede empezar a preparar sus cosas, y empezaré a subirlas esta tarde.

—¡Mañana! —exclamó ella—. ¡Oh, mañana! Ha estado trabajando usted terriblemente. Léame un poema. Además, no tenemos nada preparado.

Él sonrió y pensó en el asesinato.

De todos modos, se dijo, iba a ser mucho más fácil seguirle la corriente...

—No creo que le gusten.

Con las manos cruzadas sobre su regazo, ella se inclinó hacia delante:

—Por favor.

Él arrastró el cuaderno hasta sus rodillas (como me estaba diciendo, pensó, podría matarla).

—De acuerdo. —Algo goteó en la parte de abajo de su muslo. Era el sudor atrapado en la cadena que lo rodeaba—. Le leeré —abrió el libro, tosió— éste. —Inspiró profundamente y miró el papel. Sentía mucho calor. Las cadenas que cruzaban su espalda le tiraban: estaba encogiendo los hombros. Cuando abrió la boca, estuvo seguro por un momento de que no iba a brotar ninguna voz.

Pero leyó.

Fue dejando caer palabra tras palabra en el silencio de la habitación.

El significado se desprendió de su voz y se deshilachó.

Los sonidos que había juntado para evocar un tono de voz sonaban mal. Su maquinaria bucal era demasiado torpe para seguir lo que sus ojos sabían. Leyó cada palabra, terriblemente consciente de cómo *deberían* brotar realmente.

Tosió una vez.

Durante una frase fue desgranando el contenido de una forma tranquila y fácil. Luego, frenéticamente, en un lugar donde su voz se cerró sobre una coma, se preguntó: ¿Por qué elegí ésta? ¿Hubiera debido elegir *cualquier* palabra menos ésta!

Susurró roncamente la última estrofa, y apoyó una mano en su estómago para eliminar por la presión el pequeño dolor anidado allí. Hizo algunas profundas inspiraciones y se echó hacia atrás en el diván. La espalda de su camisa estaba empapada.

—Fue encantador.

Deseó hacerlo, pero no se echó a reír.

—... perdido dentro de tus ojos... —citó erróneamente ella. No, parafraseó.

Su estómago se anudó de nuevo.



—Sí, me gustó mucho.

Él arqueó sus dedos y dijo:

—Gracias.

—Gracias *a usted*. Creo...

Él pensó: estoy demasiado cansado para matar a nadie.

—... creo que me ha dado usted algo de sí mismo, algo muy precioso.

—Hum —asintió vagamente. Al fin, la tensión le obligó a reír—. Le gusta simplemente porque me conoce. —Con la risa, algo de la tensión interior desapareció.

—Es posible —asintió ella—. No sé más de poesía de lo que pueda saber Arthur. De veras. Pero me alegra que me lo leyera. Por la confianza.

—Oh. —Se le ocurrió algo más aterrador que la posibilidad del asesinato—. ¿De veras? —Un frío cable metálico cosió algo en alguna parte, dando pequeñas puntadas—. Será mejor que vuelva arriba para terminar de fregar. —Empezó a levantarse del diván.

—Me alegra mucho que me leyera ese poema.

Se puso en pie.

—Sí. Por supuesto. A mí me alegra que... le haya gustado. —Y se apresuró hacia la puerta. La cerró tras él con demasiada fuerza. En el rellano, con el rostro acalorado, pensó: ¡Iba a decirme algo más! ¿Qué otra cosa iba a...? Corrió hacia el ascensor.

En el 19-B llenó de nuevo el cubo, se quitó la sandalia de una patada y empapó la mopa. Espuma, pasadas de mopa y agua lo devolvieron a las más variadas playas. Fregó furiosamente, recordando las olas.

El agua lamió sus pies. Estaba caliente cuando había llenado el cubo. Cada pasada mojaba un trecho más de zócalo.

Me están engañando, pensó, y escurrió la mopa. El agua era negra. Tengo que decirles, pensó, que lo sé. Al menos pedirles por qué no me están pagando lo que dijeron. Por supuesto, ellos no me lo dijeron nunca. Y no es que necesite el dinero tampoco... Aquello aún le puso más furioso.

Chapoteó mentalmente por más playas, yendo de habitación en habitación.

No tengo nombre, pensó. Mareas y mareas rodaron de los enmarañados hilos de la mopa. Esas cosas que estoy escribiendo, no son *descripciones* de nada. Son complejos nombres. No quiero que ella crea lo que dicen. Sólo quiero que crea que los dije. En algún lugar (¿Japón? Sí...), caminé por un muelle donde ataban las barcas pequeñas, y las negras rocas dejaron paso a la arena. Y todo, incluso la arena deslizándose debajo de mis pies, parecía a kilómetros de distancia, como acostumbraba a ser siempre cuando era niño, cuando estaba cansado. Uno de los tipos de una de las barcas me llamó. ¿Qué me dijo? ¿Y cómo podía responderle?

Le picaban los ojos; olisqueó, buscando el olor del detergente.

¿O era que el humo se había espesado? Se secó el rostro con la manga.

En el pasillo, alguien rió: sonaron pasos. Una puerta se cerró.

Sintió que le envolvía la carne de gallina. El siguiente latido de su corazón soltó su aliento; expulsó aire. Quizá diez segundos más tarde se dio cuenta de lo fuerte que apretaba el palo de la mopa. Lo dejó en el suelo, fue a la puerta abierta y miró... al vacío rellano. Durante un minuto al menos.

Luego recogió la mopa y se puso a trabajar de nuevo.

¡Están engañándome!, pensó para volver a lo familiar. El tono no era el correcto. Pensar en las palabras le hizo sentir punzadas.

Más agua.

Sus manos, empapadas y empapadas de nuevo, eran translúcidas, el amarillo había desaparecido de la callosa y blanca carne y en torno a las deformes y dentadas uñas. Sí, lepra. Recordó a Lanya chupando su dedo índice con algo parecido al alivio. Era curioso que a ella le gustara. Especialmente que le gustara en él. Su ausencia le dolía.

Recogiendo espuma de detergente sobre arenas recordadas, intentó alucinar el rostro de ella. Se disolvió en agua. Fregó el umbral de la terraza y retrocedió a la habitación, agitando los hilos de la mopa a uno y otro lado.

¿Enfrentarlos con su sueldo? ¡Sí! Imágenes de regalos para ella. Pero no había visto ninguna tienda abierta; ¡ninguna! ¿Ellos hablan de sueldos, pensó, y yo hablo de sueldos, solamente para hablar de algo?

¡Pero no *hemos* hablado!

El interior de su boca albergaba mucho más espacio que la habitación. Mientras seguía fregando, pareció tambalearse, hundido hasta los tobillos en su lengua, con las rodillas golpeando contra sus dientes y su cabeza, de nuevo mojada, encajada en los pliegues del paladar, agarrándose en la úvula para mantener el equilibrio. Hundió de nuevo la mopa en el agua, sintiendo el escozor de sus ojos, y se pasó el brazo por la cara; la roma cadena rascó contra su mejilla. Las energías hurgaron a través de la mecánica de su cuerpo en busca de puntos donde anular los cambios. El ritmo y el chapoteo hablaban directamente desde su cerebro. «Vivo en la boca...», había estado murmurando una y otra vez. Se dio cuenta de ello cuando se detuvo. Encajó los dientes y siguió fregando con más y más fuerzas el remolineante suelo.

—¿Usted...?

Parpadeó a June en la puerta.

—¿...no me ha traído...?

Gruñó interrogativamente.

—Me dijo que me traería... una foto de... —Se llevó los nudillos a la boca, en su característico gesto.

—¿Eh? Pero pensé que no quería...

Los ojos de ella parpadearon, alocados y vanos. Luego se fue corriendo.

—¡Hey, espere! ¡Lo siento! No creí que usted... —Pensó en correr tras ella, chasqueó la lengua, agitó la cabeza, no lo hizo, y suspiró.

En la cocina, cambió el agua sucia de su cubo por otra limpia, luego secó con la mopa, tanto como le fue posible, el agua del suelo.

Trabajó metódicamente. De tanto en tanto emitía un sonido de disgusto, o agitaba la cabeza. Finalmente secó sus propias huellas. Lo cual fue inútil; solamente hizo más.

Manteniendo el equilibrio sobre un pie en la puerta, se puso torpemente la sandalia. Cuero y carne húmeda: sería mejor que la tirara. Pero la tira de cuero se metió en la hebilla. Tomó su bloc de notas y claqueteó hacia el ascensor.

Medio minuto más tarde la puerta se abrió (de la puerta de al lado, hacia la que no quiso mirar, brotó un silbante chorro de viento); entró en la cabina. El pensamiento, cuando lo recordó más tarde, no pareció tener génesis.

No apretó el botón que decía diecisiete.

El «16» se iluminó antes de que su dedo cayera en la cabina que caía.

NO había timbre en la puerta.

Una tela o un papel cubría por dentro el agujero de la mirilla.

Con la mandíbula encajada, llamó con los nudillos; la encajó más cuando alguien se acercó desde el otro lado.

La puerta se abrió.

—¿Sí? —Se oía el chisporrotear de aceite caliente.

Detrás del hombre en camiseta apareció la muchacha, con sus rasgos convertidos en silueta ante el quinqué de la pared.

—¿Qué quieres? —preguntó el hombre—. ¿Quieres comer algo? Entra. ¿Qué quieres?

—No, yo sólo estaba..., bueno. —Se obligó a sonreír y pasó dentro—. Sólo quería saber quién había aquí.

—Si quieres comer, puedes hacerlo. —La muchacha detrás del hombre flotó lo suficiente hacia atrás como para que la luz incidiera en uno de sus pómulos.

Había gente durmiendo contra la pared en camastros de hierro. Algunos hombres estaban sentados en colchones en el suelo. La luz del quinqué arrojaba duras sombras sobre ellos desde la izquierda.

La puerta se cerró detrás de Chicco. Cuando resonó al hacerlo, sólo uno alzó la cabeza.

Contra la pared había apoyada una moto con el depósito recién pintado. En una esquina se alzaba un maniquí de costura manchado con pintura roja, la cabeza retorcida hacia un lado y rodeado con vueltas y vueltas de grasienta cadena (pero no del tipo que Chicco llevaba bajo su camisa y pantalones).

—He estado trabajando para la gente de arriba. Sólo me preguntaba quién vivía aquí abajo. —La habitación olía a moho, y el olor de la cocina le devolvió momentáneamente a un sucio tenderete de frituras cuya comida no había sido capaz de tragar, junto al puerto, en Caracas—. Por eso bajé.

En algún lugar el ruido de agua cesó. Con el empapado pelo rubio goteando sobre sus hombros, un muchacho, desnudo, apareció en la habitación, recogió unos téjanos negros. Reluciendo, mantuvo el equilibrio sobre una pierna. Miró a Chicco, sonrió; luego su pie, de prominentes juanetes y dedos como martillos, y buena parte de su tobillo (con una cadena para perro enrollada tres vueltas en torno a él) desapareció dentro de la tela.

—¿La gente de arriba? —El hombre agitó la cabeza, riendo—. Tienen que ser algo, hay que ver toda la mierda que cae de allí. ¿Qué se hacen los unos a los otros todo el tiempo? Hey, ¿quieres dar unas chupadas? Smokey, chica, trae unas chupadas para el amigo. Y de paso yo también daré algunas. —La muchacha se alejó—. Supongo que te gusta, ¿eh, hombre?

Chicco se encogió de hombros.

—Por supuesto.

—Hey, sí. Lo imaginé por tu aspecto. —Sonrió y engarrió los dedos en las trabillas de sus téjanos; en las articulaciones de su primer dedo llevaba tatuados *amor* y *odio*. Entre el pulgar y el índice de la izquierda había un gran 13 en rojo—. El ruido que viene de allí; ¿le dio él una paliza a ella ayer por la noche?

—¿Eh? —murmuró Chicco—. Creí que eran ustedes los que hicieron todo aquel maldito ruido.

Alguien dijo:

—Oh, hombre, de ahí arriba bajaron todo tipo de gritos y cosas así.

Y otro:

—Mira, Trece; lo que les sube a ellos desde este lugar también debe parecerles más bien extraño a veces.

La segunda voz era familiar. Chicco buscó su origen:

Sentado en el camastro del fondo, fuera de la luz, estaba el repartidor de periódicos, Joaquim Faust..., que ahora alzó un dedo en un saludo.

—¿Cómo vamos, muchacho?

Chicco le devolvió una desconcertada sonrisa.

Había alguien en la cama donde se sentaba Faust.

Smokey volvió con un frasco de cristal en la mano, con un tubo de plástico y un bol pequeño de latón encajados en el tapón de goma.

Trece lo tomó.

—Jodida pipa de agua, y piensas que alguien la habrá llenado con agua..., o con vino o algo así. Pero así también está bien, ¿sabes? Como si fuera crema de menta o algo parecido. —Agitó la cabeza—. Nadie ha tenido tiempo. —Rascó en la pared una cerilla de madera—. Es *buen* hash, hombre. —Frunció los labios sobre el tubo flexible. La llama se invirtió sobre el latón. La botella se llenó de revoloteante humo gris—. ¡Ya está! —Chupó, frunció los labios.

Chicco tomó el cálido cristal y dio una chupada de dulce y gredoso humo.

El arco de aire se solidificó tras su esternón: contuvo el aliento, apretando el paladar con la lengua; al cabo de unos diez segundos sintió el dulzor en el extremo inferior de su espina dorsal.

—Gracias... —El humo estalló de su nariz.

La pipa fue pasando de manos.

—¿Qué tipo de trabajo estás haciendo?

—Hey, Trece, ¿se quedará a comer? —preguntó alguien desde la cocina.

A través de la puerta Chicco vio una cocina esmaltada llena con señales de quemaduras.

El muchacho de la ducha se inclinó para atarse las botas.

—En un segundo te echo una mano. —Se metió el dobladillo de los pantalones en las botas y se irguió. Entró en la cocina rascándose el estómago—. ¿Qué mierda haces hoy?

—He estado trasladando muebles para ellos, arriba —dijo Chicco—. Trece..., ¿es usted?

Trece alzó su mano tatuada, luego hizo chasquear los dedos.

—Seguro. Entra, entra y siéntate. —La muchacha pasó a Trece la pipa de agua y éste se la tendió a Chicco—. Y da otra chupada.

Chicco volvió a llenarse los pulmones y pasó la pipa a otro, que la hizo seguir su camino.

Reteniendo el hash, Chicco observó el espejo en la pared de al lado, la mesita junto al sofá, con la funda de éste arrugada de un anterior ocupante. Tosió.

—¿Cuánto... —con un estallido de humo— tiempo llevan ustedes aquí abajo? —Lo que cubría el agujero de la puerta era la foto enmarcada de madre, padre y tres hijos con sus anticuados trajes de marinero, con el cristal roto.

—Demasiado... —Trece se rodeó también de un estallido de humo—. Alguien dejó eso en el rellano, ¿sabes?

Asintió.

—Yo sólo llevo aquí un par de semanas —prosiguió Trece—. Quiero decir en este lugar. La gente entra y sale de aquí constantemente. Ni siquiera sé cuánto tiempo llevo en la ciudad. Meses, quizá. ¿Y tú?

—Días. —Miró de nuevo a Faust.

Faust estaba mirando intensamente la forma envuelta en la manta.

Trece miró también, agitó la cabeza.

—Se dejó apalizar, ¿sabes? Y creo que ha pillado una infección o algo así. Por todo lo que sé, podría ser la peste bubónica. —Le dio un codazo a Chicco—. Mientras andes bien de salud Bellona es estupenda. Pero no hay médicos ni nada de eso, ¿sabes?

—Sí. Eso tiene que ser malo.

Desde la cocina:

—¿Qué has puesto en esta mierda, eh?

—¿Quieres dejar de lamentarte? La mitad de lo que hay es lo que sobró de anoche.

—Entonces sé que la mitad de esto no va a matarme.

—¡Toma, haz algo! Raspa esto. —Un cuchillo de cocina gruñó sobre metal.

—Este lugar era todo escorpiones —Trece señaló con la cabeza hacia la cama—. Fue entonces cuando vino ella; decidió hacerse miembro. Lo cual es estupendo si puedes hacerlo. Algunos tipos también recibieron. Pero ahora ella ha pillado además una infección..., si se trata de eso.

Smokey regresó con la pipa sin agua, aguardando junto al hombro de Trece.

Chicco la tomó, dio otra chupada; Trece asintió su aprobación.

—¿Ustedes... son...? —Chicco expulsó bocanadas de humo entre las palabras.

—¿Escorpiones? Mierda, no... Bueno, ¿sabes? —frunció el rostro, con un apropiado gesto de la mano—, no pretendo volver a serlo, nunca; y Denny, ahí —señaló con el pulgar al muchacho de la ducha, que cruzaba la puerta de la cocina— no piensa volver al servicio activo. —Y ése es Denny, pensó Chicco.

Trece tomó la pipa, chupó, y tuvo un acceso de tos.

—Hey, ¿se pondrá bien? —preguntó Chicco, acercándose a la cama.

Faust hizo un movimiento con los labios que no comprometía a nada, perdido en su barba.

—Alguien tendría que cuidar de esa chica. —Se sobó la amarronada y deshinchada rodilla.

—¿Duerme? —duerme duerme duerme. El hash estaba empezando a hacer efecto. Duerme.

El paisaje oliváceo, montañas de hombro y cadera, permanecía inmóvil.

Nadie ahí. ¿Almohadas?

Faust se echó a un lado para dejarle sitio.

Chicco se sentó en el borde de la cama, caliente de las posaderas de Faust.

—¿No hay ningún médico en *ninguna* parte de la ciudad? —¿parte de la ciudad, ciudad?

Las arrugas de Faust oscilaron en su rostro.

—Esos hijos de puta no lo sabrían aunque lo hubiera. No sé si dejarla dormir o hacer que coma.

—Tiene que estar muy cansada si puede dormir con todo este ruido —dijo Trece. Smokey se acercó y le tendió la pipa a Faust, que cerró sus arrugados ojos cuando chupó. Cuando chupó. Cuando.

—Quizá —sugirió Chicco— será mejor que la deje dormir. Guarde un poco de comida para ella para cuando despierte —pierte, erte.

—Eso es poner los sesos en el trabajo, Joaquirn. —Trece agitó un tatuado dedo—. ¡Eso es lo que falta aquí, hombre! —Agitó la cabeza, se dio la vuelta.

—Quizá —asintió Faust.

Chicco se preguntó si era Faust o el hash lo que confundía el significado.

—Aquí.

Alzó la vista en busca de la pipa. La pipa. ¿El plato? Un plato de. Denny, rostro y pecho aún mojados, estaba de pie ante él, tendiéndole un plato con una mano blanca y arrugada por el baño.

—Oh, gracias.

Faust tomó el otro.

—¿No tienes tenedor? —preguntó Denny.

—No. —Había arroz, había cebollas, había judías tiernas y maíz—. Gracias. —Alzó la vista y tomó el tenedor. El agua resbalaba por el blanco brazo, brillaba en el vello adolescente del pecho, quebrado por el acné.

Trece dijo:

—Tienes que darle *comida* a la gente, ¿sabes? Quiero decir, para ser pacífico. —Tras él, Smokey, con el plato debajo de la barbilla, comía ansiosamente.

También había carne. El hash hacía virar el olor de la grasa. Comió. ¿Y aquello eran... nueces? No. Patatas tostadas. Mientras los sabores se tambaleaban en su boca, la ahogada voz de un hombre dijo ¿algo? algo como:

—¡Para ya! ¡Para, te digo! —Y un gemido de mujer se alzó hacia un tono metálico.

Faust miró hacia el techo.

Lo mismo hizo Trece.

—¿Ves lo que te decía? —Chasqueó la lengua y agitó la cabeza—. Realmente pasa algo ahí arriba.

El gemido, que ahora empezó a derivar hacia el sollozo, podía ser de June o de la señora Richards. Hasta entonces no se había dado cuenta de lo parecidas que eran sus voces.

Con el ceño fruncido, siguió comiendo el grasiento arroz (¿grasa de tocino? Bueno, tocino, en cualquier caso) y escuchando el ruido de los tenedores contra los platos.

Denny comía en uno de los colchones del suelo, de espaldas a Chicco: los marmóreos nódulos de sus vértebras desaparecían bajo el pelo color maíz que se secaba y se rizaba.

Trece salió de la cocina a una llamada en la puerta.

—¡Hey, es Pesadilla! —Trece retrocedió unos pasos sobre su repentina sombra—. ¡Muchacho, llegas justo a tiempo para el hash! Y un poco de comida como postre.

La sombra y la resplandeciente aparición en el umbral se extinguieron.

El entramado de luz desapareció.

—Estoy buscando —Pesadilla se adelantó unos cascabeleantes pasos— algunos tíos con cojones que quieran correr un poco. —Echó a un lado la enmarañada trenza que colgaba sobre su hombro; su mano se detuvo allí unos instantes, masajeando el voluminoso músculo debajo de los arañosos que adornaban su brazo—. No te lo pido



a ti, Trece. Eres una mierda de pollo. —Hizo una inclinación de cabeza hacia Faust—. ¿Todavía no se ha levantado de esa jodida cama? —Faust metió otro tenedor lleno de arroz en algún lugar dentro de su barba y agitó negativamente la cabeza.

Trece retrocedió hacia un lado de la puerta, Smokey hacia el otro.

Pesadilla avanzó entre ellos. Sus labios se alzaron sobre sus rotos dientes y su rostro se frunció con algo parecido a la preocupación. Luego agitó la cabeza.

Chicco pensó en todos los diferentes significados que podían residir en un gesto. El pensamiento aguijoneó su tartamudeante cerebro ebro ebro. Pesadilla —sus ojos eran del color de la húmeda húmeda arcilla gris verdosa— le miró. Y parpadeó.

—Miras de nuevo como si tuvieras mondadientes clavados manteniendo abiertos tus párpados —dijo Pesadilla, sonriendo—. Cada vez que te veo. Lo cual son ya dos veces. No me gusta eso.

Confuso, Chicco miró su plato.

—No voy a *hacer* nada sobre ello —siguió Pesadilla—. Sólo te digo que no me gusta, ¿comprendes? Me gusta dejar las cosas claras.

Alzó de nuevo la vista.

Pesadilla rió, un corto y ronco ladrido que parecía salir de su nariz.

—Bien, de acuerdo. ¿Quién de vosotros mamoncillos desea correr un poco? Hey, Denny, envuelve algo alrededor de tu cuello y ven.

—No he terminado de comer —dijo Denny desde el suelo.

Pesadilla gruñó y caminó por encima de él. Denny se agachó.

—Hey, ¿es buena esa mierda?

Chicco vaciló en brillantes hojas de claridad. Luego tendió su plato y su tenedor, y aguardó a que Pesadilla se decidiera a aceptar el ofrecimiento.

El escorpión tomó el tenedor en su puño, lo hundió en la mezcla, derramando un poco y, con el tenedor aún en la boca, masticó, con granos asomando por todos sus labios. Aún masticando, sonrió.

—Hey, eso está bueno. —Mientras tendía de vuelta el tenedor a Chicco, Trece rompió la tensión que, con el hash, se había convertido casi en algo visible en la estancia.

—Bueno, coge un maldito plato, ¿quieres? Trae, Pesadilla, te pondré un poco. Hey —se volvió hacia Smokey—, pásale un poco de hash mientras voy a buscarle algo de comer.

Pesadilla se sentó en la cama, entre Faust y Chicco, la pierna contra la pierna de Chicco, el brazo contra el brazo de Faust. La figura bajo la manta detrás de ellos no se movió. Pesadilla dio una chupada a la pipa. Expelió el aliento con el humo.

—Ahora, ¿quieres decirme qué es lo que estás mirando, muchacho, todo el tiempo?

—Hombre, está más arriba que la bandera del World Trade Center. —Trece

tendió a Pesadilla un plato de estaño y una cuchara—. Llevo toda la tarde bombeándole hash. ¿Qué quieres que haga toda esa jodida mierda en su cabeza?

Pesadilla tomó el plato pero agitó la cuchara para que Trece se marchara.

—No, somos amigos. El chico y yo. Nos conocemos...

Faust, que había terminado su arroz, depositó bruscamente el plato en el suelo, se levantó, tomó sus periódicos y se dirigió hacia la puerta.

—¡Hey!, ¿adónde vas? —preguntó Pesadilla.

—Gracias por la comida —murmuró Faust a Trece, sin detenerse.

—¡Hey, jodido, *hasta otra!* —aulló Pesadilla en la estela de hielo.

La puerta se abrió de par en par para Faust.

—¡Adiós! —Pesadilla agitó el brazo; la puerta se cerró con un portazo; la cuchara voló y se estrelló resonante contra el marco de la foto.

La foto osciló.

Pesadilla se echó a reír. El hielo se derritió bajo el fuego de su hilaridad.

Trece, primero dubitativo, luego a todo pulmón, se echó a reír con él.

—¡Devuélveme mi jodida cuchara! —aulló Pesadilla entre deslizamientos de risa.

Trece se la trajo.

—¿Por qué está tan trastornado el viejo, eh, Smokey? Está loco, ¿no? —Y miró por encima del hombro mientras Smokey asentía su corroboración.

Pesadilla había cogido su cuchara y ahora estaba inclinado hacia Chicco.

—Tiene la cabeza jodida, ¿sabes? Porque cree que yo estropecé a la tipa. —Señaló con la cuchara hacia el bulto bajo la manta—. Yo no le hice nada. Se lo hizo todo luchando lealmente. Yo ni siquiera estaba por allí. Mierda. —Se metió una cucharada de comida en la boca—. ¿Sabes? —cayeron granos sobre su muñeca, sobre sus téjanos, sobre el rayado parquet—, algunos de esos hijos de puta no *quieren* a las tipas en el negocio. —Apuñaló el aire con su cuchara—. ¡Quitadlas de nuestra vista! ¡Sacadlas de aquí! ¡Lo único que hacen es enredar! —Miró a toda la habitación con una sonrisa maliciosa, a la gente reclinada contra las paredes, sentada en los colchones o en los otros camastros. Chicco vio que tres de entre la docena presente eran muchachas: pero la luz del quinqué era dura y llena de sombras. Los ojos color arcilla de Pesadilla siguieron los suyos y captaron eso—. Entonces algunas de las tipas se reunieron y les sacaron la mierda a palos a un par de hermanos... —Se echó hacia atrás, agitando sus pesados brazos. Más comida se derramó de su plato—. Bueno, puesto que yo era el jefe, dije, de acuerdo, damas, adelante, haced lo que tengáis que hacer. Mierda, conozco a las tipas desde que tenía diez años, así que no hay nada nuevo para mí en lo que pueden hacer. —Se inclinó de nuevo hacia delante, su macizo hombro aplastado contra el de Chicco, y susurró en tono conspirador—: Cuando les das un buen rodillazo en la entrepierna, una tipa no se derrumba tan rápido tampoco. —Creyó que el pensamiento era muy divertido y se echó a reír de

nuevo—. Buena gente para tener a tu lado. —Volvió a llenarse la boca e hizo otro amplio gesto con la cuchara; volaron granos—. ¡Magnífica mierda! —dijo con la boca llena—. ¡Magnífica! ¿Quién de vosotras es la responsable, dignas jovencitas? —Paseó la mirada por su alrededor, imitando una exagerada cortesía.

Una muchacha recia con una camiseta azul que estaba de pie al lado del maniquí dijo:

—Fue uno de los chicos... Denny ayudó.

—¡Hey, Denny! —el mentón de Pesadilla se adelantó como un bumerang.

Denny alzó la vista, aún comiendo.

—¡Debería arrojarte esta jodida cosa a la cara! —Pesadilla agitó el plato hasta su hombro, como si fuera a lanzarlo. Chicco se echó a un lado. Pero Pesadilla devolvió el plato a sus rodillas y rió fuerte y húmedo.

Denny ni siquiera había pestañado.

—La gente es curiosa —sentenció Pesadilla, recuperándose y asintiendo sobre otro bocado—. Las damas tenían sus problemas. —Se golpeó el esternón con el pulgar, entre resonantes eslabones—. Yo también tenía los míos..., algunos de los hermanos no estaban interesados en *seguir* teniendo a blancos entre ellos, *no* importaba como.

Chicco miró de nuevo por la habitación; todos los presentes parecían blancos.

Pesadilla vio su mirada y alzó un dedo.

—Ahora no puedes darte una idea de ello. Trece, aquí presente, dirige el Hogar Blanco para el Descanso de Depravados e Indigentes; pero la auténtica hermandad tiene un matiz mucho más profundo.

—Maldita *sea*, Pesadilla —dijo Trece desde la puerta—. ¿Por qué sigues siempre con eso? Hemos tenido negros aquí. Estaba... —empezó a chasquear sus tatuados dedos— ...¿cuál era su nombre?...

Pesadilla agitó una mano en el aire.

—¡Símbolos! Meros símbolos. —Las uñas de sus abotagados dedos eran demasiado largas y estaban orladas de negro, como las de un mecánico de coches—. Porque yo soy blanco —dijo a Chicco con una esquina de su boca—, esos bastardos racistas me dejan que venga a buscar reemplazos para mis tropas. ¡Bueno, hijos de madre, vendría por aquí aunque fuera tan negro como George! ¡Y *seguiré* viniendo aunque las dos lunas caigan del cielo y el sol marche hacia atrás! —Miró directamente a Chicco—. Y también conseguimos unos cuantos reclutas..., ¡aunque esos cabezas de mierda se dejarían cortar a rodajas antes de admitir que a *algunos* de ellos incluso les *gusta* más vivir por ahí y ser escorpiones que haraganear por este estercolero! —Su mano, aún alzada por encima de él, regresó para sujetar el borde de su plato, a punto de caerse—. Sí, las damas tuvieron que golpear algunas cabezas. —Volvió a mirar a la figura a sus espaldas, bajo la manta—. Y algunas de las damas,

por supuesto, *recibieron* algún porrazo en la cabeza. Bueno, yo también tuve que partir algunas cabezas para mantener mi actual status..., y aunque ahora estoy *completamente* satisfecho con mi actual posición en la comunidad, no me sorprendería que *mi* cabeza recibiera también alguna vez un golpe. —Se volvió, con el pelo negro cayendo enmarañado sobre su hombro, e hizo una mueca—. Hermandad de mujeres... Hermandad de hombres... ¡algo poderoso, hermano! —Agitó la cabeza, sonriente—. Muy poderoso. ¿Hey...? —de nuevo a Denny—. Denny, ¿quieres correr un poco? Te necesitamos esta noche. Corres bien, muchacho.

—Sí. —Denny no se volvió—. Déjame acabar de cenar, ¿eh?

Pesadilla rió de nuevo, miró por toda la habitación.

—Hey, va a venir. ¿Qué os parece?, ¡el pequeño bastardo va a venir! No creo que admita a nadie más de vosotros, gallinas. ¿Denny? Se corre bien con nosotros, ¿eh? Vamos, díselo.

—Sí —dijo Denny, con la boca llena; luego tragó—. Se corre bien.

—Ahora mira; esos hijos de madre creen todos que deseo ser la margarita en un campo de orquídeas negras. —En voz más baja—: Aunque tenemos a dos o tres, y no hay ningún problema con ellas. Pero puesto que soy el jefe, cojo a quien quiero y sepa cuáles son sus obligaciones. —Hizo una inclinación de cabeza hacia Chicco—. Incluso te aceptaría a ti, y no eres negro... supongo. —Se echó hacia atrás, entrecerró los ojos y alzó una mano, como un artista ante un cuadro—. Un indio americano mestizo por parte de... ¿padre? Por supuesto, la luz es mala...

Chicco sonrió.

—Por parte de madre.

Pesadilla le devolvió la sonrisa, se encogió de hombros.

—Bueno, sigues teniendo más carne que la mayoría de esos chalados culomierda.

Una frustrada risa llegó del otro lado de la habitación. Trece dijo:

—Pesadilla, ¿por qué sigues siempre con esto? Nos llamas racistas, y cerdos chauvinistas, y locos por correr además. Hace mucho que ya no tenemos locos por correr.

Pesadilla dio un alegre salto en la cama, con el dorso de la mano apretado contra su frente, imitando a una hermosa dama en plena angustia.

—¡Yo! —con voz de falsete—. ¿Yo? —aún más agudo—. ¿Yo, loco por *correr*? ¡Sólo deseo que vosotros, racistas, cerdos chauvinistas, hagáis algo más!

Smokey dijo:

—Ese rubio español no ha estado con nadie mucho tiempo... Me pregunto de dónde ha salido.

Alguien dijo:

—Probablemente ha sido él quien ha quemado toda la ciudad.

Trece empezó a reír de nuevo, y fue de un lado a otro de la habitación, riendo.

Otros se agitaron también.

Pesadilla se volvió de nuevo hacia Chicco.

—¿Qué te parece la idea, correr un poco con los escorpiones? —De pronto se le ocurrió que aquello era divertido; se echó a reír a carcajadas, agitó la cabeza, y se limpió con el puño los granos de arroz que colgaban de su barba—. Llevabas contigo una hermosa y brillante orquídea cuando te vi por última vez. ¿Que harías en una auténtica fiesta, eh, muchacho? —Dos cucharadas más, y el plato de Pesadilla quedó vacío. Sujetándolo entre los dos índices y pulgares, abrió las rodillas y lo dejó caer—. Piensa en eso: correr un poco. Quizá sea eso lo que estés buscando, ¿eh? Déjame decirte algo. —Hurgó entre las cadenas que rodeaban su cuello, sujetó la de delgado cobre con sus cristales redondos y triangulares y la agitó—. Eres un estúpido llevando la tuya allá donde todo el mundo pueda verla, muchacho. —El cristal resplandeció, con la dura luz blanca de una linterna.

—¿Por qué? —por qué por qué—. Tú llevas la tuya alrededor de tu cuello. —dedor de tu cuello cuello ello. No se había dado cuenta de que su camisa estaba medio abierta.

—Cállate y escucha. Smokey, ahí. Sé que ella lleva una. Pero no la ves con ella fuera y agitándola, ¿no?

—¿Sabes? —dijo Chicco—. Imaginé que dos personas que se vieran llevándola..., bueno, sería como una prueba de confianza mutua, ¿no? Porque así..., cada uno sabe algo del otro —y se preguntó si Madame Brown habría llegado ya arriba para cenar.

Pesadilla frunció el ceño.

—Hey, tiene sesos, ¿sabéis? —Miró a Trece—. El chico no es estúpido. Pero te diré una cosa: miras esto, y sabes algo de mí. Yo miro y sé algo de ti. Bien, ¿qué vamos a hacer con lo que sabemos, eh? Te diré lo que harás tú con ello. Lo usarás para poner la hoja más larga y afilada de esa orquídea tuya, tan pronto como yo no esté mirando, entre esta costilla y esa otra. —De pronto onto su dedo partió para clavarse arse en el costado de Chicco—. Y no esperes ni por un segundo que yo no voy a hacer exactamente lo mismo contigo. Así que no confío en absoluto en nadie al que veo con ella. —Apretó los labios hasta formar con su boca un pequeño hocico porcino y agitó la cabeza en burlona sabiduría—. ¡Hey, mira a Denny!

Denny, que había terminado de comer, se había dirigido al maniquí. Tomó de él una pesada cadena, envolvió una serie de pesados eslabones en torno a su cuello.

—Te dije que Denny iba a correr conmigo. De acuerdo, hombre. Sabes cuándo, sabes dónde. Déjame salir de este inmundo agujero. Voy a ir a *cazar* un poco más. —Se puso en pie y echó a andar por entre los colchones—. Sabía que vendrías, Denny. ¿Hey? —Frunció el ceño a Trece—. Haz algo con ella —y señaló el camastro.

—Sí, por supuesto, Pesadilla. —Trece le abrió la puerta.

Cuando la cerró, miró a Denny. Smokey, a su lado, parpadeó en anticipación.

—Hey, hombre —dijo lentamente Trece, tras unos segundos de silencio—. ¿Sigues en esa mierda?

Denny se enrolló otra cadena al cuello. Resonó contra la otra que se había puesto antes.

Trece alzó las manos y gruñó.

—Vamos, Denny, creí que ibas a quedarte fuera de todo eso. De acuerdo, de acuerdo. Es tu culo.

Arriba una mujer estaba riendo, y la risa creció, la risa isa creció.

—¡Para ya! ¡Para eso, ¿quieres?! —en la ronca voz de la señora Richards—. ¡Sólo para! —ara, la risa creció eció.

—Bueno, creo que voy a volver al trabajo. —Chicco se puso en pie—. Gracias por la comida, ¿eh? Y por la fumada. Era un buen hash.

Denny se enrolló otra cadena, y Trece dijo:

—Oh, sí, claro. —Parecía tan decepcionado porque Chicco se fuera como la señora Richards—. Vuelve cuando quiera y daremos otra fumada. No te preocupes por Pesadilla. Está loco, eso es todo.

—Sí, claro. —Chicco se dirigió a la puerta, la abrió.

El gemido lo detuvo: vacilante, sin color vocal, le llegó desde atrás. Empezó a volverse, pero sus ojos se detuvieron en el espejo. En él podía ver prácticamente toda la habitación:

En la cama donde había estado sentado, la muchacha se había alzado sobre un codo. La manta se deslizó hacia abajo, y ella giró un rostro tan mojado como el de Denny al salir del baño. Estaba hinchado y arañado. Aunque sus sienes pulsaban de fiebre, el sonido, mientras se agitaba, pareció brotar de un tejido reseco.

Parpadeó con unos ojos de cristal escarlata.

La puerta se cerró tras él. Después de diez pasos, dejó escapar el aliento. Luego inspiró de nuevo, temblorosamente, jadeando en algo parecido a un sollozo, algo parecido a una risa isa llozo algo parecido a.

—Perdón.

—¿Sí?

—¿La reverenda Taylor?

—¿Qué puedo hacer por usted?

En la estantería detrás del escritorio giraban los discos de cinta. La música de órgano sonaba suavemente en la oficina en penumbra.

—Yo... Bueno, alguien me dijo que podía conseguir esa foto..., ese póster de ahí. De George Harrison —explicó.

—Oh, sí, por supuesto. —Su benigna sonrisa, mientras se levantaba de detrás del escritorio, le hizo sentirse, con el bloc de notas apretado entre sus manos en el

vestíbulo de la iglesia, absolutamente incómodo—. Tire de la aldaba de ahí y podrá abrir la puerta.

Cruzó la media puerta que le llegaba hasta la cintura. Su pie descalzo abandonó las losas y pisó moqueta. Miró a las paredes; pero estaban cubiertas con estanterías. El tablero de avisos era un barullo de noticias y panfletos.

El póster no estaba.

—Bien, ¿qué foto le gusta? —Ella abrió el ancho cajón superior. Miró: estaba lleno con fotos ocho por diez del negro de recio rostro. La reverenda Taylor se puso en pie y esparció una desordenada pila de fotos sobre más fotos—. Tenemos seis de éstas. Son muy bonitas. Me temo sin embargo que aún no las hemos clasificado. Me limité a meterlas aquí. Déjeme ver si puedo preparar un juego completo...

—Oh. Creo que quizá...

Ella hizo una pausa, aún sonriendo.

Las fotos del cajón eran todas primeros planos de su cabeza.

—No. —El azaramiento se apoderó de él—. Probablemente no tiene usted las que estoy buscando, señora. Alguien me dijo que usted se las había hecho, y supuse... Bien, lo siento...

—Pero usted dijo pósters, ¿no? —Cerró el cajón y sus ojos se convirtieron en un comentario de su propio error—. ¡Por supuesto, los pósters! —Rodeó el escritorio, y las puntas de sus zapatos golpearon el dobladillo de su ropa—. Tenemos dos aquí. Hay un tercero en preparación, desde ese artículo en el periódico del señor Calkins acerca de la luna.

Detrás del escritorio había unas cajas de cartón del tamaño de portafolios. La reverenda Taylor abrió uno.

—¿Es eso lo que quiere?

—De veras, estoy casi seguro de que no tiene usted...

Harrison, desnudo y medio erecto, con una mano sujetándose los testículos, estaba reclinado contra un enfermizo árbol. Las ramas inferiores estaban cargadas de hojas. Tras él, un perro negro —podía ser muy bien Muriel— estaba sentado entre las hojas secas, mostrando una desenfocada lengua. El atardecer derramaba bronce por entre los verdes y los marrones.

—Fue hecha con un decorado, en el sótano de esta misma iglesia —dijo ella—. Pero creo que es bastante buena. ¿Es ésa la que quiere?

—No... —dijo, demasiado bajo y demasiado rápido.

—Entonces tiene que ser *esta* otra.

Sacó varias para dejárselas ver.

—Sí..., ésa es —y de nuevo se sintió impresionado por el recuerdo.

Ella separó el póster de su gemelo idéntico y empezó a enrollarlo.

—Tenía que serlo. Hasta que llegue el nuevo —mientras chaqueta, genitales,

rodillas, botas y fondo púrpura se convertían en un blanco rollo girando entre negros dedos—, eso es todo lo que tenemos. Aquí está. Le daré una goma elástica. —Se dirigió al escritorio.

—Hey —dijo él, anteponiendo beligerante estupidez a su desconcertada sorpresa—, ¿cómo es que usted...? —Se detuvo, porque se le ocurrió la idea, clara y sin ambigüedad, interrumpiendo su pregunta, de pedir también el otro póster—. ¿Cómo tiene este material? Quiero decir, para distribuir.

Sólo más tarde se le ocurrió que la ingenua sorpresa de ella podía ser tan calculada para desarmarle como la ingenuidad de él. Cuando se recuperó, la reverenda Taylor dijo:

—Son muy populares. Nos gusta estar al día, y los pósters son muy solicitados... Nos los han hecho gratis, y supongo que ésa es la razón principal. Hemos repartido montones del primero que ha visto. Este otro —señaló al que él tenía en la mano— no tiene tanta demanda.

—¿De veras?

Ella asintió.

—Lo que yo quería decir es, ¿por qué...?

Ella tomó una goma elástica del escritorio y la tensó entre sus dedos para deslizarla sobre el rollo que él sostenía. La goma tiraba de la punta de sus dedos: por un momento él pensó en su orquídea. Con deliberación, como si hubiera llegado a una decisión respecto a él, ella dijo:

—La gente pobre de esta ciudad, y en Bellona eso significa los negros, *nunca* han tenido demasiado. Ahora tienen aún menos. —Le miró con una expresión que él reconoció como una petición de algo que él ni siquiera podía nombrar—. Tenemos que darles —se inclinó hacia delante— algo. —El rojo círculo elástico restalló sobre el tubo—. Tenemos que hacerlo. —Cruzó las manos—. El otro día, cuando le vi, imaginé que era usted negro. Supongo que fue por el color oscuro de su piel. Ahora sospecho que no lo es. Pese a todo, sigue estando invitado a acudir a nuestros servicios. —Sonrió de nuevo alegremente—. ¿Hará un esfuerzo?

—Oh. Sí. —Cogió el póster: antes había llegado a la conclusión de que probablemente no asistiría a ningún servicio. Ahora decidió no regresar nunca a aquel lugar—. Seguro. ¿Qué le debo por... esto? —La mano en su bolsillo agarró el arrugado billete.

—Es gratis —dijo ella—. Como todo lo demás.

—Oh —dijo él. Pero su mano siguió agarrando el húmedo papel.

En la iglesia, pasó junto a una rechoncha mujer negra con un abrigo oscuro demasiado pesado para el calor. Ella le miró suspicazmente, parpadeando, bajo su sombrero negro, agarró más fuerte su bolsa de la compra, y siguió su camino hacia la puerta de la oficina. Entre lo que Pesadilla había dicho antes y lo que la reverenda



Taylor había acabado de decir, se descubrió preguntando, dado *el* puñado de ellos que había visto, *dónde* estaban exactamente todos los negros de Bellona. Con el póster bajo el brazo, se apresuró hacia el atardecer.

—¡Hola! —dijo la señora Richards, con los soñolientos ojos muy abiertos. Apretaba su bata contra su cuello—. Entre, Chicco. Entre. Me preguntaba qué le ocurrió ayer. Esperábamos que bajara. Y comiera con nosotros.

—Oh. Bueno, cuando terminé, simplemente pensé que... —Se encogió de hombros y entró—. ¿Ha hecho café esta mañana?

Ella asintió y fue a la cocina. Él la siguió, dejando que su bloc de notas golpeará contra su pierna. Ella dijo:

—Por la forma en que se fue usted, pensé que tal vez hubiera ocurrido algo. Creí que no iba a volver.

Él se echó a reír.

—Sólo volví a subir y terminé mi trabajo. Luego regresé al parque. Quiero decir, no tiene usted por qué darme de comer. Yo hago el trabajo. Ustedes me pagan por él lo que la señora Brown me dijo que me pagarían. Eso es suficiente.

—Por supuesto —dijo ella desde la cocina.

Él se dirigió al comedor y se sentó.

—Café, quiero decir. Y un bocadillo, y dejarme utilizar su cuarto de baño y todo lo que hay dentro. Eso es muy considerado. Se lo agradezco. Pero no tienen por qué preocuparse. —Estaba hablando demasiado fuerte. Bajó la voz—: ¿Entiende?

June, con unas zapatillas rosa y un suéter aguamarina con un pájaro bordado cerca del cuello, apareció en la puerta.

—Hey —dijo él en voz baja—. Tengo algo para usted. Arriba, en el diecinueve.

—¿Qué...? —Se contuvo y susurró—: ¿Qué es?

Él sonrió y señaló arriba con el pulgar.

June pareció confusa. Luego dijo en voz alta:

—Te ayudaré con el café, mamá.

—Ya está, querida. —La señora Richards salió con una bandeja, una jarra y tazas—. Si quieres, tráete una taza para ti. ¿Querida? —Depositó la bandeja—. ¿No estás bebiendo *demasiado* café?

—¡Oh, mamá! —June fue a la cocina y regresó con una taza.

A él le gustaba rodear con las manos la caliente porcelana mientras era servido el café.

—¿Sabe?, hice algo que quizá no hubiera debido hacer. —La señora Richards terminó de servir y habló cuidadosamente—. Bien, se lo traeré.

Él dio un sorbo y deseó que no fuera instantáneo. Su mente vagó hacia un lugar sin nombre en la costa de California, alfombrado con hojas caídas de secoya color orín y el olor de café hirviendo mientras un sol blanco horadaba de plata el

almohadón de las copas de los árboles y la bruma se enroscaba en torno a los sombríos troncos...

—Aquí está. —La señora Richards volvió y se sentó—. Espero que no le importe. Vio que June estaba intentando sujetar su taza de la misma forma que él.

—¿Qué es? —En papel de cartas orlado de azul, con una hermosa caligrafía negra, la señora Richards había escrito su poema.

—Probablemente habré cometido todo tipo de errores, lo sé.

Él terminó de leer y alzó la vista, confuso.

—¿Cómo lo hizo?

—Se me quedó grabado, muy claro.

—¿Todo?

—Sólo son ocho estrofas, ¿no? Siguen aún de forma muy persistente en mi cabeza. Especialmente teniendo en cuenta que no tienen rima. ¿He cometido algún terrible error?

—Bueno, se dejó una coma. —Le tendió el papel y señaló.

Ella miró.

—Oh. Por supuesto.

—¿Sencillamente lo recordó, así sin más?

—No hubiera podido quitármelo de la cabeza. No habré hecho algo terrible, ¿verdad?

—Hum... Parece muy hermoso. —Intentó identificar el calor dentro de él, pero no era ni azaramiento, ni orgullo, ni miedo, así que quedó sin nombre.

—Puede quedárselo. —Ella se reclinó en su silla—. Póngalo en su bloc de notas. Hice dos copias, ¿sabe? Voy a guardarme una para mí. Para siempre. —Su voz se quebró un poco—. Por eso me preocupé tanto cuando creí que usted no iba a volver. ¿Realmente fue a dormir al parque, así simplemente, solo?

Hizo un gesto ambiguo con la cabeza.

—Hay otra gente allí.

—Oh, sí. He oído hablar de ellos. Edna me lo ha contado. Es... sorprendente. ¿Sabe que todavía no me ha dicho que está muy bien que haya recordado todo su poema y lo haya puesto por escrito?

—Oh..., sí. —Sonrió, y deseó desesperadamente que ella corrigiera aquella coma—. Gracias. ¿Sabe?, hoy podemos empezar ya a subir cosas. ¿Lo tiene todo preparado aquí abajo?

—¿Podemos? —Sonó pensativa—. ¿Quiere decir que ya lo tiene todo preparado?

—Creo que hubiera debido bajar ayer por la noche y decirle que hoy podíamos empezar el traslado.

—Arthur —que estaba en la puerta, el nudo de la corbata aún por hacer—, Chicco dice que podemos mudarnos hoy. Cuando vuelvas, querido, ya estaremos todos

arriba.

—¡Bien! ¡Realmente ha estado trabajando! —Cuando el señor Richards llegó a la mesa, la señora Richards ya le había servido su taza. La tomó, sin sentarse. El reflejo de la taza se deslizó sobre la caoba, se inmovilizó vagamente mientras bebía, luego se sumergió como un pez blanco en una charca marrón para ir en busca del anillo de porcelana que la recibió con un chasquido—. Tengo que irme. ¿Por qué no le dices a Bobby que le eche una mano con las cosas pequeñas? El ejercicio le hará bien.

—Camas y todo eso... —la señora Richards agitó la cabeza—. Realmente me pregunto si no deberíamos buscar a alguien más para que ayudara.

—Puedo llevarlo todo —dijo Chicco—. Simplemente desmontaré las camas.

—Bien, si está seguro...

—Seguro que puede —dijo el señor Richards—. Bueno, me voy. Adiós. —El nudo ascendió en sus dedos por entre las alas del cuello de la camisa, se ajustó en su lugar. Se volvió y abandonó la estancia. La puerta de entrada resonó.

Chicco observó el anillo ambarino crear nerviosas mareas en la porcelana, luego bebió el negro mar.

—Será mejor que suba arriba y dé una fregada de último momento. Usted puede empezar a sacar las cosas. Volveré a bajar dentro de unos quince minutos. —Depositó la taza en el platillo y salió.

—¿Dónde está? —preguntó June desde la puerta.

Cerró el armario de las escobas sobre mopa y cubo.

—Aquí, apoyado en la pared.

Cuando entró, ella estaba contemplando el blanco rollo sujeto por la goma elástica roja; su puño flotaba a unos pocos centímetros de su barbilla.

—¿Está seguro de que es una foto de...?

—George —dijo—. Harrison. Mírela.

Ella tomó el rollo.

Él vio en el suelo el paquete de revistas de informática de su padre que ella había subido como excusa.

Enrolló la goma elástica hacia el final, pero se detuvo.

—¿Dónde la consiguió?

—No me creería si se lo dijera. Las tienen por todas partes. —Hubiera deseado eludir una respuesta específica—. Hay una mujer reverendo que simplemente las reparte a quien se las pide. —Suspiró—. En una iglesia.

—¿Le ha visto usted... de nuevo?

—No. ¿No va a abrirlo?

—Tengo miedo.

La simplicidad con la que lo dijo le sorprendió y le emocionó. La bruma fuera de las ventanas era casi sólida. La observó: de pie, la cabeza ligeramente inclinada, e

inmóvil.

—¿Sabe Madame Brown lo de usted y George...?

Su «¡No!» fue tan rápido y bajo (su *cabeza giró*) que se envaró.

—Ella también va a ese bar. Le conoce —dijo él—. Por eso preguntaba.

—Oh... —tan menos intenso.

—Ella estaba dentro la noche que usted me detuvo para preguntarme por él.

—Entonces hice bien en no entrar. Ella hubiera podido... verme. —June cerró los ojos, demasiado tiempo para un parpadeo—. Si me hubiera visto, hubiera podido...

Sus rubias energías eran para él cosas terribles pero menguantes.

—¿Por qué va usted tan detrás de él? Sigo sin entenderlo. Quiero decir, sé lo que... ocurrió. Y para mí no importa, de veras. Pero yo... —Notó su pregunta confusa entre vacilaciones, y se detuvo.

Ella parecía vulnerable y asustada.

—No... lo sé. Usted no comprendería —entonces incluso la vulnerabilidad cayó — aunque se lo *dijera*. ¡Le pusieron a esa luna... su nombre!

Él fingió no mirar.

—Sospecho que hay mucha gente que va detrás de él también. Por eso han impreso estos pósters. Ábralo.

Ella agitó la cabeza con pequeños y rápidos movimientos.

—Pero ellos no saben... —incapaz de mirarle más tiempo, bajó sus ojos al rollo—. Yo sé más que ellos.

—Hey —preguntó él, para llenar el incómodo silencio—, ¿qué *ocurrió* entre ustedes?

—Vaya a leerlo en el *Times* —ella alzó la cabeza.

Él buscó la beligerancia que había oído: sus alzados rasgos no reflejaban ninguna.

—¿La noche que... los negros provocaron los disturbios? Yo había salido, sólo a pasear un poco. Relampagueaba. Y luego estaban esos inmensos truenos. No sabía lo que había ocurrido. Y luego... Ni siquiera vi al hombre con la cámara hasta... ¡es exactamente como lo mostró en el periódico!

—Oh —lo cual no le dijo nada de lo que había pedido.

Ella se dirigió a la puerta. Antes de alcanzarla, terminó de quitar la goma elástica y desenrolló el póster.

—¿Es él? —preguntó Chicco, pensando que se trataba de pura retórica amistosa pero oyendo una auténtica pregunta.

El movimiento de la nuca de ella mientras miraba de un lado a otro se convirtió en un asentimiento. Volvió la vista atrás.

—¿Por qué... le hicieron... ésta?

—Supongo que algunas otras personas sienten lo mismo que usted hacia él. La otra noche estuve hablando con algunos amigos. Esa chica con la que estoy: quizá

tenga algunos años más que usted. Y ese muchacho. Es ingeniero, como su padre. Estábamos hablando, en un bar, acerca si debía dárselo a usted.

El rostro de ella expresó una repentina preocupación.

—No les dije su nombre ni nada. Se lo tomaron muy en serio, ¿sabe? Más en serio que yo al principio. No se rieron de usted ni nada de eso.

—¿Qué dijeron?

—Que era cosa mía, porque yo era quien la conocía. Que pueden ocurrir algunas cosas malas, o algunas cosas buenas. ¿Le gusta?

Ella volvió a mirar.

—Creo que es la cosa más terrible que haya visto nunca.

Él se sintió furioso, y tragó saliva para contenerse.

—Rómpalo y échelo abajo por el pozo del ascensor, entonces..., si quiere. —Aguardó y se preguntó si el movimiento de su cabeza era confusión o negativa—. Yo de usted lo conservaría.

—Hey, ¿qué es eso? —Bobby entró corriendo desde la puerta, y Chicco pensó que iba a atravesar el póster como un payaso pasando por un aro recubierto con papel.

June cerró rápidamente los bordes.

—¡Es una foto! —El blanco dorso se arrugó contra sus muslos.

—¿Es una foto *de quién*?

—¡No de nadie que *a ti* te interese!

—¿La encontró aquí en un armario? —preguntó Bobby a Chicco, entrando en la habitación—. Apuesto a que es una mujer desnuda. He visto fotos de mujeres desnudas en la escuela, antes.

June inspiró profundamente.

—¡Oh, seguro!

—Vamos. Déjame ver.

—No. —June intentó enrollar el papel. Bobby miró, y ella se dio la vuelta—. ¡No es *tuya*!

—Oh, de todos modos no quiero ver a tu vieja dama desnuda. Hey, realmente ha dejado limpio el lugar, Chicco. ¿Podemos traerlo ya todo aquí arriba?

—Sí.

—Tenemos un montón de cosas en casa. —Bobby parecía dubitativo.

—Nos las arreglaremos.

June terminó de enrollar el arrugado póster, recogió sus revistas y echó a andar por el vestíbulo hacia la parte de atrás del apartamento.

—¡Voy a entrar sin que lo sepas y lo miraré cuando tú no estés ahí! —exclamó Bobby.

Al extremo del pasillo una puerta se cerró fuertemente.

—Vamos —dijo Chicco—. Deje a su hermana tranquila. Bajemos y empecemos a subir algunos muebles.

—¡No! —se quejó Bobby, aunque echó a andar hacia la puerta con Chicco—. No vea lo que *ella* me diría *a mí* si me descubriera con la foto de una mujer desnuda.

Salieron.

—Si les cuenta esto a sus padres —señaló Chicco—, se la quitarán y nunca sabrá qué es.

—¿Es una mujer desnuda? —preguntó Bobby, curioso.

—No. No lo es. —Chicco apretó el botón del ascensor.

—¿Qué es?

—Un hombre desnudo.

—¡Oh, vamos! —Bobby se echó a reír cuando las puertas de los ascensores se abrieron, y dio un paso adelante.

—¡Hey, muchacho! ¡Éste! —Chicco agarró a Bobby por el hombro.

El viento silbó.

—¡Oh, huau! —Bobby retrocedió precipitadamente, luego se soltó de la mano de Chicco en su hombro—. ¡Hey, *casi...*! —Agitó la cabeza.

—Será mejor que vigile. Vamos.

Entraron en el otro ascensor.

La puerta arrojó oscuridad sobre ellos.

Bobby, respirando aún pesadamente, pulsó «17».

—¿Se lo cuenta todo June?

—Claro que lo hace..., bueno, no siempre.

—¿Qué es lo último que no le ha contado?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—Sólo era curiosidad.

La puerta se abrió. Bobby, revelado a su lado, tenía una mano rodeando su encadenada muñeca, apretando las mal talladas cuentas.

—No puedo decidirme —anunció la señora Richards cuando entraron— si primero debemos subir las cosas grandes o las pequeñas. No lo tengo muy claro en mi cabeza. Imagino que, puesto que nos mudamos dentro del mismo edificio, no tiene demasiada importancia.

—¡Quiero mi vieja habitación!

—¿Qué quieres decir, querido? Nos trasladamos a un *nuevo* apartamento.

—Es idéntico a éste, sólo que al revés. Y es azul. Quiero mi vieja habitación.

—Por supuesto, querido. ¿Que habitación *creías* que íbamos a darte?

—Sólo quería asegurarme. —Bobby caminó hacia el fondo del pasillo—. Voy a empezar a reunir mis cosas.

—Gracias, querido.

—Empezaré con el diván y las camas y todo eso, señora Richards. Son las más pesadas; pero una vez estén arriba, ya se habrán mudado, ¿sabe?

—De acuerdo. Pero las camas, ¡son tan grandes!

—Las desmontaré. ¿Tiene usted martillo y destornillador?

—Bien, de acuerdo. Imagino que si tiene que subirlas usted arriba, tiene que subirlas. Pero me siento culpable de no haberlo organizado todo un poco mejor. Ahora quiere usted un destornillador. Y un martillo. ¿Está seguro de que podrá volver a montarlas luego?

La señora Richards estaba sacando la ropa de las camas cuando él volvió de la cocina con las herramientas.

—¿Ve, señora? —explicó, retirando el colchón—. En esas camas grandes, los laterales se separan del cabezal y del pie. —Aun así, tan pronto como se puso a trabajar se dio cuenta de que desmontar, trasladar y volver a montar cinco camas grandes iba a ocuparle al menos dos horas.

Llevaba una hora trabajando cuando (la propia señora Richards había hecho ya varios viajes) oyó a Bobby y June en la habitación de delante. Dejó el destornillador en el momento en que Bobby decía:

—Tú no dijiste nada de esto... y de Eddie; así que yo no voy a decir nada de tu vieja foto.

Chicco salió del dormitorio y se detuvo junto a la puerta del salón.

June, de espaldas a él, estaba metiendo algo en el aparador. Los cubiertos cliqueteaban en sus manos. Se volvió con el fajo de pesadas cucharas y tenedores.

—Sólo —continuó Bobby junto a la librería— que tú no hubieras tenido que sacarte la tuya. —Eso y *tuya* se referían al parecer a la cadena óptica que llevaba enrollada en la muñeca; mantenía su brazo en alto para mostrárselo a su hermana—. Eddie se quitó la suya, y recuerda lo que le ocurrió.

—Sólo estaba asustada —protestó June—. Debido a todo eso otro. Si tú no le hubieras robado ésta a Eddie, él no hubiera...

—¡No se la robé!

—Él no te la dio, ¿verdad?

—No la robé —insistió Bobby—. Si dices que la robé, hablaré de tu sucia foto.

—¡No es sucia!

—Por supuesto que es sucia; si no fuera sucia, me la dejarías ver.

—Hey —dijo Chicco.

Los dos se volvieron.

—Eddie es su hermano, ¿verdad? ¿Qué le ocurrió?

Los dos se miraron.

Los cubiertos empezaron a cliquetear de nuevo.

Bobby se llevó la palma de la mano a las cuentas que cubrían su muñeca.

—De acuerdo —dijo Chicco—. No creo que sea asunto mío.

—Se fue —dijo June.

—Huyó de casa —dijo Bobby—. Sólo que...

—... volvió un par de veces —dijo June—. E hizo cosas terribles. No hubiera sido tan duro para mamá si él no hubiera seguido viniendo así.

—Papá dijo que iba a matarle si volvía alguna otra vez así...

—¡Bobby!

—Bien, pues lo hizo. Y mamá gritó...

—Miren, nada de esto es asunto mío —concluyó Chicco—. Una vez hayamos subido todo lo de la cocina, su madre puede empezar a preparar la cena... en su nuevo apartamento. —Lo cual sonó perfectamente estúpido. Se preguntó dónde estaría Eddie...

—No sabemos —dijo Bobby de una forma que, antes, en la institución mental, cuando alguien hacía lo mismo, tenía a Chicco diez horas dando vueltas y preguntándose si todos los demás pacientes podían leer su mente— dónde está Eddie ahora. Dijo que se iba a otra ciudad. Yo quería ir con él. Pero estaba asustado.

June parecía más y más incómoda.

—Vamos —dijo Chicco—, ponga los cubiertos en su sitio. Y Bobby, empiece con esos libros. Lo habremos subido todo menos las alfombras cuando su padre vuelva a casa.

Había hecho casi todo el desmontaje en el vestíbulo, preguntándose un par de veces si los golpeteos, roces y arrastres no estarían causando tanta intranquilidad en el piso de Trece como el merodeo por los rellanos o los golpes en las puertas se los habían producido a los Richards.

Cargó somieres y cabezales en el ascensor: el pozo vacío, cuya puerta se abría al parecer en cualquier piso donde se detuviera la cabina de al lado, siseó blandamente a su lado.

La subida en la oscuridad, con sólo somieres, con el naranja «19» ante él y su propia agitada respiración, fue sorprendentemente relajante.

—Tendrían que acolchar los ascensores cuando la gente está trasladando muebles —advirtió la señora Richards, que le aguardaba en el rellano superior—. Bien, no hay nadie que pueda recriminarnoslo, así que mejor dejarlo.

En el nuevo apartamento (una hora más tarde), había vuelto a montar las camas y, de habitación en habitación, puesto de nuevo los somieres; estaba sentado en el último de los somieres, mirando el colchón doblado en el suelo, cuando la señora Richards entró sujetando una pequeña mesita de noche contra su pecho, las cuatro patas tendidas hacia delante como cuatro cuernos.

—¿Sabe?, no *creí* que fuera usted a subirlas realmente hasta aquí arriba —exclamó—. ¡Ha estado trabajando como un loco! Supongo que debería descansar un



poco.

—Sí, estoy descansando —dijo él, y sonrió.

Ella dejó la mesita, y él se dio cuenta de su expresión perturbada. Por un momento pensó que se había ofendido por su seca respuesta. Pero ella dijo:

—Hace apenas un momento estaban de vuelta. Abajo. ¡Yendo de un lado para otro, haciendo ese terrible ruido!

Chicco frunció el ceño.

—Me alegra tanto estar fuera de ahí... —La señora Richards agitó la cabeza, y por un momento él pensó que iba a echarse a llorar—. ¡Soy tan feliz! De veras, tuve tanto miedo de sacar esto —pasó los dedos por el tallado borde de la mesita de noche— de abajo y subirlo hasta aquí. Pero lo hemos hecho. ¡Nos hemos mudado! ¡Lo hemos... conseguido!

Él miró a su alrededor, al doblado colchón, a la mesita de noche, al armario apoyado contra la pared. Y las alfombras estaban aún abajo.

—Supongo que sí —dijo—. Casi.

Una burbuja creció en el borde del caldero, reflejando ambos rostros, uno de frente, el otro de perfil, pequeños y distantes.

El mango de la cuchara de Jommy, removiendo la sopa, pasó por su lado: la burbuja estalló.

Chicco, aún jadeante, preguntó:

—¿Has visto a Lanya?

—Seguro. —El rostro de Jommy era más ancho de oreja a oreja que de barbilla a frente—. Estaba aquí mismo hablando con Milly... ¡hey, antes de que vuelvas a irte corriendo! ¿Os quedaréis los dos a cenar? —Depositó la cuchara sobre un negro tubo, incrustado con grasa quemada que había goteado de los ladrillos de cenizas.

—Supongo que sí. Me marché antes de que la dama en mi trabajo tuviera oportunidad de alimentarme.

La sopa ascendió hasta el borde del granuloso caldero gris, burbujeó y estalló.

—Estupendo. —Sonriente, Jommy siguió removiendo. La manga de su camisa caqui, enrollada en su brazo, se agitó: la camisa era al menos tres tallas demasiado grande—. Estará a punto cuando se haga oscuro. Lanya ya lo sabe, pero te lo diré de nuevo: ven a comer siempre que te apetezca, ¿de acuerdo? A John y Milly no les importa...

Pero Chicco estaba cruzando ya la pisoteada hierba, entre sacos de dormir, enrollados o aireándose; había mochilas y bolsas esparcidas por todo el claro, apiladas en torno al banco de picnic o reclinadas contra los árboles.

Ella no estaba entre la docena de espectadores de la partida de ajedrez chino entre el rechoncho hombre de pelo negro que estaba sentado con las piernas cruzadas tras el tablero y se balanceaba con los codos sobre las rodillas y la alta y pecosa mujer con

el pelo muy corto que llevaba mucha plata del sudoeste debajo y encima de su camisa de dril; su cinturón era de plata y turquesas. Cuando sus largos y pecosos dedos, cargados de anillos con piedras azules, se movieron sobre los cuadros y retrocedieron, Chicco vio que sus uñas estaban tan mordidas como las de él.

Una muchacha que a la primera mirada parecía sólo una vieja mopa apoyada contra el suelo (con dos deshilachadas rodillas asomando una a cada lado) estaba inclinada sobre el cartón con cuerdas de colores..., lo que quedaba del proyecto de «telar» de John.

Otra muchacha (su pelo, recordó, era del color de un coche cuyo propietario decía que acababa de pintarlo de color «oro mediterráneo») estaba sentada sobre un dentado tambor de latón, atándose unas botas altas..., el tipo de muchacha que hace que al menos media docena de ojos se claven en ella. Llevaba los pantalones enrollados por encima de sus rojas rodillas. Un muchacho con barba estaba de pie a su lado, hablando y sonriendo, apartándose ocasionalmente el denso y rizado pelo del lóbulo de una oreja atravesado por una cruz de oro. Una de sus zapatillas, encima del tambor, estaba recostada contra el muslo de ella. El tambor contenía arcilla, rota por un lado y llena de grietas..., aquél era el proyecto de «alfarería» de Milly.

La propia Milly, o Lanya, no estaban allí...

Las notas de una armónica se enredaron en las ahumadas hojas de arriba. Alzó la vista. Más música..., pero no de arriba. Sólo de lejos. ¿Y de dónde...?

Miró de nuevo por todo el claro, se dirigió a la maleza..., que le condujo a otro sendero del parque que ascendía hacia notas plateadas. Echó a andar tras ellas, meditando en lo poco que había explorado del parque en sí.

La música se alejó.

Las notas brotaban como blues y se deslizaban cromáticamente, de modo austero a modo austero. Era como si sus principales influencias (sonrió) fueran el desaparecido Sonny Terry y el primitivo Stockhausen.

Al final de la subida, las vio allá al fondo: las piernas desnudas de Milly bajo sus pantalones de algodón, los téjanos de Lanya; el denso pelo rojo de Milly se agitó cuando miró a su alrededor; el de Lanya, bronce sucio, se inclinó sobre su armónica. Hombro contra hombro, las dos muchachas desaparecieron tras un recodo.

Echó a correr tras ellas, anticipó el diálogo que llenaría su boca: ¡Hey, acabo de dejar a los Richards en su nuevo apartamento! Todo lo grande ya está arriba, de modo que la señora Richards me dio el resto del día libre. Mañana por la mañana subiré las alfombras y pondremos los muebles...

Dos pasos, y brotando incontenible a través de él surgió la repentina e inexplicable urgencia de... seguir, observar, ¡escuchar! Lo que *deseaba* hacer, se dio cuenta, era observar a Lanya mientras ella no le estaba mirando.

El sendero se curvaba hacia la derecha.

Se metió por entre la maleza a la derecha, haciendo un montón de ruido. Bien, si se descubrían, le descubrirían. Seguía sintiéndose curioso.

La música se detuvo; ¿estaban hablando?

El sendero empezaba a descender; el terreno bajo sus pies ascendía. ¿Iba a salir realmente junto a ellas?

Una repentina pendiente lo detuvo.

Más allá de una serie de rocas y unos cuantos árboles que crecían retorcidos en la ladera, el sendero discurría cinco metros más abajo. Lo cual significaba, imaginó, que saldrían de la curva exactamente allí... y le verían.

Salieron de la curva... y no le vieron.

Se agarró a una rama con una mano; con el pie descalzo plano, la sandalia clavándose en sus dedos, aguardó, con una sonrisa preparada tras su rostro para asomarla cuando le descubrieran. ¿Iniciarían alguna conversación (posiblemente incluso sobre él) antes de que alzarán la vista y le vieran?

—... absolutamente aterrorizada —dijo Milly, en un tono ni enfurecido ni retórico.

—No hay nada de lo que aterrorizarse —dijo Lanya—. Creo que, con los rumores de violación que corren por ahí, tienes que sentirte fascinada por conocer al hombre y echar una mirada.

—Oh, los rumores son fascinantes, sí —dijo Milly—, de una forma perfectamente horrible...

—Y el hombre es más bien encantador —Lanya dio la vuelta a su armónica, examinándola mientras caminaba—, pese a los rumores. ¿No encuentras la realidad *más* fascinante que un puñado de medias verdades y proyecciones distorsionadas por la ansiedad?

Las dos jóvenes pasaron por debajo. Imaginó su propio reflejo deslizándose por la armónica; sus ojos alzándose...

—En principio —dijo Milly—. En la práctica, cuando los rumores alcanzan un cierto punto, prefiero dejar el asunto a un lado e irme a explorar en dirección opuesta. ¿Supón que la realidad resulta ser *peor* que los rumores?

—Oh, vamos... —Lanya alzó su armónica, tocó—. Vas a acobardarte de nuevo, ¿verdad? —Sopló unas cuantas notas más.

—Algún día —dijo Milly, pensativa—, me gustaría que tocaras alguna pieza de principio a fin. Los trozos que tocas son preciosos.

(Chicco miró tras ellas.)

Lanya miró su armónica.

—Supongo que es porque nunca toco para nadie.

—Deberías hacerlo —dijo Milly—. Quiero decir, todo el mundo te oye, de todos modos. A veces, todos esos pequeños fragmentos, pese a lo hermosos que son, me

dan prácticamente dolor de cabeza porque no están conectados los unos con los otros.

—Lo intentaré —dijo Lanya—. Y *tú* no deberías intentar evitar el tema. ¿Vas a rajarte?

—Mira —dijo Milly—, *conocer* a George Harrison fue idea *tuya*. Yo sólo dije que podía ser interesante hablar con él.

—Pero yo *ya* conozco a George —dijo Lanya—. He hablado con él montones de veces, te lo dije. *Conocerle* fue idea *tuya*; yo sólo dije que haría las presentaciones.

—Oh, tú conoces a todo el mundo —dijo Milly; su pelo se agitó. Y luego—:... — enloquecedoramente más allá del alcance de su oído. La respuesta de Lanya fue otro estallido de música, que le llegó mientras desaparecían tras la siguiente curva; al cabo de unas notas en falso, la música cesó.

Chicco medio caminó, medio se arrastró hasta abajo, saltó el último matorral, y miró hacia el lugar por donde habían desaparecido las muchachas.

La mención de George Harrison le había dejado una curiosa sensación. Un fruncimiento subterráneo de ceño luchaba contra la sonrisa interior que aún había tras su rostro. Le picaba la mejilla, sus labios se movieron para modular vocales de ninguno de los idiomas que hablaba. Se sintió tentado de nuevo a correr tras ellas. Pero su curiosidad se había desviado el grueso de un pulgar hacia la ansiedad.

El sendero, al parecer, volvía a girar más adelante.

Quizá pudiera acortar de nuevo, adelantarlas otra vez... La especulación se convirtió en resolución. Cruzó los matorrales, subiendo de nuevo; pasó por un trecho rocoso, siguió entre hojas. Tres metros más allá, cinco... Una larga nota de la armónica de Layna, un destello del brillante pelo de Milly. Se agachó, la mejilla y una palma contra la corteza de un árbol. Su pie desnudo, sobre una raíz, lo mantenía en inestable equilibrio.

Apenas pudo verlas a través de las mortecinas hojas.

Hubo otro sonido musical..., no su armónica, sino sus dos risas.

—De acuerdo —oyó decir a Lanya—, lo haremos de esta forma..., si quieres.

—¡Oh, sí! —exclamó Milly—. ¡Hagámoslo!

—Es una tontería —rió Lanya—. Pero de acuerdo. Está allí cada tarde, casi. De acuerdo, lo haremos así, pero sólo porque tú eres mi...

Estaban más lejos, de modo que esta vez oyó menos... excepto su risa mientras se alejaban. ¿Qué era, se preguntó, lo que iban a hacer de *aquella* forma, que implicaba a George Harrison? ¿Iban a verle *ahora*? Repentinamente estuvo convencido de que sí. Su conversación, como la de unas escolares planeando una broma, lo intranquilizó. ¿Qué broma, se preguntó, podían gastarle dos mujeres a un hombre que había molestado a una chica unos cuantos años más joven que ellas? Recordó el obscuro póster. Recordó su atisbo de Harrison en el bar.

Se irguió de nuevo, dio tres zancadas por entre los matorrales, con la preocupada

risa para detenerlas lista en su garganta. (Pensando: hey, ¿qué clase de loca idea ha pasado por vuestras locas cabezas...?)

Una raíz se enganchó en la punta de su sandalia y lo lanzó fuera del cemento. Estuvo a punto de caer. Equilibrándose sobre una rodilla, se volvió. Y se sintió repentinamente confuso.

¿Por qué lado habían venido?

¿Por qué lado se habían ido?

Esta vez sólo las había entrevisto. En ambas direcciones el sendero se curvaba en el mismo sentido... Su mala orientación derecha-izquierda, siempre peor bajo tensión —la plaga de los ambidextros, le había explicado un médico en una ocasión— cedió completamente. Bien, él había venido de *ese* lado del camino. Echó a correr hacia el otro, esperando cruzarse de nuevo con el sendero y adelantarlas.

La maleza —por supuesto— era más densa. La ladera aquí era tan empinada que tuvo que trepar con las manos además de con los pies. Pensando: ¿cuándo fue la última vez que vi la luz del sol como un aleteo dorado en medio de un verde brillante? El cielo, parpadeando a su través, tenía el color del hierro. Las hojas, cada una con un capullo de cenizas, eran como grises retazos de terciopelo, o ratones muertos.

Los guijarros rodaron bajo sus pies. No, pensó, ¡ellas *no pueden* ir a ver a George Harrison ahora! Por todo lo que sabía, la conversación había cambiado completamente de tema entre la primera y la segunda vuelta.

¿Y dónde demonios estaba la tercera? Los árboles clarearon para dejar paso a altos peñascos. Rodeó uno y, apoyándose en él, saltó una pequeña caída, apartó unas malezas y...

En medio de una roca plana (una sección de ella había sido rellenada con cemento para nivelarla) había un edificio de piedra negra, construido con bolos redondeados y del tamaño de cabezas, unidos con mortero blanco. Encima de las varias alas del edificio se alzaba una torre cuadrada con un balcón almenado de la misma piedra negra. El edificio no era grande; la torre no tenía ni tres pisos. Las ventanas en arco, paneladas con cristal granulado, profundamente hundidas, eran tan estrechas que hubiera tenido problemas en pasar por ellas.

Un muro de piedra alto hasta la cintura cerraba dos lados de un amplio e informal patio frente al edificio.

En el ángulo, con unas gafas de montura negra, con los talones de las botas de trabajo profundamente enterrados en el blando suelo, los codos en las rodillas de un manchado mono caqui, y leyendo el *Times*, se sentaba George Harrison.

Chicco se tendió en el suelo.

Las hojas emborronaron la imagen.

Con los nudillos clavados en la tierra, Chicco se inclinó hacia delante.

Las hojas cosquillearon su mejilla.

Chicco tenía miedo; Chicco se sentía fascinado. Cualquiera de las dos cosas le dejó las manos húmedas.

George se quitó las gafas y las metió en el bolsillo de su camisa, se deslizó de la pared y, con las botas de trabajo abiertas y los talones alzados, se desperezó. Manchas oscuras recorrían el caqui desde el costado hasta el hombro.

(Echado en el suelo, observando; curiosidad y alarma se resolvieron en una especie de farisaico y silencioso murmullo: De acuerdo, la diversión es la diversión, pero ¿qué tipo de broma *estaban* preparando?)

El rostro de George se retorció bajo un cielo de metal tan bajo que los fuegos de la ciudad lo habían ennegrecido y quemado como el fondo de un pote de aluminio.

Al otro lado de una abertura en el muro (que, Chicco se dio cuenta de ello solamente por su forma de andar, tenía escalones al otro lado) emergió Lanya..., pelo, nariz, barbilla, hombros.

—Hey, George —dijo—. ¿Has vuelto de nuevo aquí esta tarde? ¿La vida de la ciudad es demasiado para ti?

Milly (¿se *había* acobardado finalmente?) no estaba con ella.

—¿Eh? —George se volvió; su voz tenía una entonación nasal—. Tú t'ambién has v'elto, ¿hm? —Se comía las vocales, como si sus labios no tuvieran tiempo de recuperarse después de pronunciar la consonante, aunque colgaban pesados y abiertos de unos dientes, pudo ver Chicco desde allí, largos, limpios y amarillos. ¿Cómo, se preguntó Chicco, podía aquella zarrapastrosa y apocopada música ser immortalizada en una página con letra redondilla y marcas de elisión estándar? Decidió: no se podía—. Dando un paseo por la tarde, ¿eh? —George rió y asintió—. Te oí tocar antes, y pensé: v'ne aquí —(¿o era *vuelve*?)— a decir hola.

—¡Hola! —Lanya rió también, y se metió la armónica en el bolsillo de su camisa—. No siempre vengo por aquí. Te vi en este lugar hace un par de días, pero la última vez que nos dijimos hola fue en el bar —(al parecer ella también había entendido *vuelve*)—. ¿Por qué vienes aquí al parque cada tarde?

—Para mirar el cielo. —George se encogió de hombros—. Para leer el periódico.

(Los tobillos de Chicco le picaban a causa de su postura. Deslizó su pie hacia un lado..., las ramitas crujieron. Pero ni George ni Lanya lo oyeron.)

—La última vez que estuve en el bar —(Chicco escuchó la melodiosa inflexión que catapultaba el amplio bajo hasta el tenor en *estuve* y *bar*: ¿Ironía? Sí. Pero la cursiva, pensó, las brutalizaría a un mero sarcasmo—, ni siquiera tuve la oportunidad de decir hola. Te fuiste con tus amigos. —George miró de nuevo al cielo—. No puedo ver nada en todo este barullo. Absolutamente nada.

—George —dijo Lanya, reclinándose contra el muro, con las puntas de los dedos en los bolsillos de sus téjanos y las zapatillas de tenis cruzadas—, éste es el tipo de

pregunta por la que uno pierde a sus amigos, pero —recordó cuándo ella usó la misma frase con él— me sentía curiosa, de modo que pensé que valía la pena preguntar. ¿Qué *ocurrió* contigo y esa chica que salió en todas las fotos del periódico?

—¿Sabes? —George hizo una pausa para meter su lengua en la parte interior de su mejilla y hurgar algo allí, y se volvió a medias, con las manos en los bolsillos—, la primera vez que alguien me preguntó esto, me puse hecho una fiera. Pero no vas a perder ningún amigo, porque a estas alturas demasiada gente me ha hecho ya la misma pregunta.

Lanya dijo rápidamente:

—Te lo pregunto porque mi viejo la conoce y ha estado...

El rostro de George adoptó una expresión extraña.

—... habiéndome algo de ella. Eso es todo. —El rostro de Lanya, al cabo de un momento, lo reflejó como en un intento de comprenderlo. (Chicco sintió que su propio rostro le picaba).

Al cabo de unos segundos, George dijo:

—Bien, yo mismo me he dado una respuesta.

—¿Y cuál es?

En sus bolsillos caqui, los nudillos de George se convirtieron en una fila de puntos redondeados.

—Bueno, violé a esa muchachita blanca, ¿no? Eso es lo que dije al periódico que había hecho. —Asintió con la cabeza, como un hombre admitiendo lo obvio..., luego miró a Lanya, como considerando el nuevo hecho que ella había suscitado—. Ahora bien, hay violaciones y violaciones. —Las manos de George se liberaron de sus bolsillos—. Tú vas caminando por ahí una noche y un tipo salta —George se encogió ligeramente, como al acecho— sobre ti y te agarra —(Chicco, entre las hojas, se echó hacia atrás.) Lanya parpadeó— y te arrastra a algún callejón y te ata, y excepto eso no te toca, pero se saca su cosa y ¡Ñaca! ¡Ñaca! ¡Ñaca! —encogido sobre sí mismo, Harrison agitó su puño hacia arriba y hacia abajo a la altura de sus ingles. (La mandíbula y las nalgas de Chicco estaban agarrotadas; Lanya, reclinada aún contra la pared, las manos en los bolsillos, observaba la mímica de George)— y ¡Oh, qué bueno! y ¡Huau, así! y ¡Ohhh! —George se irguió, alzó la cabeza, y luego la dejó caer lentamente hacia un lado con el final de su exhalación. Volvió a levantarla—. Si deja caer una gota... *una*... —Alzó el puño, con el dedo índice señalando el velado cielo— una gota sobre tu *bolso*..., que está ahí tirado a un metro de distancia —el puño cayó—, entonces ¡es violación! Aunque ese tipo ni siquiera te haya tocado..., sólo te haya manchado un poco el bolso, ¿entiendes? —George asintió a sus propias palabras y consideró—: Y ahora supón que una muchachita que tiene diecisiete años, trescientos sesenta y cuatro días y veintitrés horas y cincuenta y cinco minutos de

edad, viene a ti y te dice, ¡Oh, cariño, lo quiero *tanto*! ¡Dámelo, dámelo, querido! ¡Oh, por favor! —La larga cabeza de George se echó de nuevo hacia atrás, agitándose de lado a lado—. Y se echa ella misma al suelo y se baja los panties y empieza a acariciarse arriba y abajo, arriba y abajo —ligeramente acuclillado de nuevo, empezó a pasarse los antebrazos arriba y abajo por entre las piernas, con las pálidas uñas de los negros dedos apuntando al suelo— y gimiendo, Oh cariño, házmelo, házmelo, ¡lo quiero tanto!, y tú eres lo suficientemente estúpido como para no aguardar cinco minutos antes de decir —George se irguió, puñeó el aire— ¡Sí, chiquita! —Las dos manos volvieron lentamente a sus bolsillos—. Bueno, eso es violación también...

—Espera un momento, George —dijo Lanya—. Si estás andando a casa a las nueve de la noche y alguien detrás tuyo te *agarra* por la garganta y golpea tu cabeza contra la pared y susurra que te apuñalará si gritas o no haces lo que él dice... ¡No, espera un momento, escucha! Y tú te meas en tus bragas a pequeños chorritos mientras él te hace un pequeño corte en el brazo y dos en la pierna sólo para que veas que está hablando en serio y luego te dice que abras las piernas y te pone un ojo morado cuando tú agitas la cabeza porque estás tan asustada que no crees que puedas, de modo que te subes la falda mientras él te tiene cogida la oreja entre la hoja del cuchillo y su pulgar y te la retuerce y está sangrando y la sangre resbala ya por tu cuello y él intenta que abras más las piernas con su mano y te soba y hurga con un pene medio enhiesto y te abofetea unas cuantas veces porque tú no lo estás haciendo bien... No, no me interrumpas; ahora estamos hablando de violación... Y cuando se ha metido algo más de un centímetro dentro de ti, se corre, y mientras jadea y su semen resbala por tu pierna abajo, finalmente tienes la oportunidad de echar a correr, y cuando él lo hace detrás de ti, tropieza y deja caer el cuchillo, gritando que te matará, te matará, y durante los siguientes cuatro días no puedes andar bien debido a lo que él hizo dentro de ti con sus dedos, y en el tribunal, porque lo *han* cogido, un abogado se pasa seis horas intentando probar que tú le diste pie o ibas demasiado provocativa o tus tetas eran demasiado grandes, pero lo encarcelan de todos modos; sólo que a la semana siguiente te piden que cambies de escuela porque ya no eres una buena influencia para tus compañeras... Ahora, mientras me estás contando todo esto, ¡no olvides que eso *también* es violación! —El índice de Lanya se alzó en el aire; se reclinó de nuevo en el muro.

—Bien —dijo George—, lo es. Sí. ¿Te ocurrió a ti eso alguna vez?

—A una amiga mía. —Lanya devolvió las manos a sus bolsillos.

—¿Aquí en Bellona?

—No hay ninguna escuela en Bellona a la que puedas pedirle a una chica que se cambie. No, fue antes. Pero vosotros los hombres tenéis una idea más bien extraña de la forma en que funciona el mundo.

—Bueno —dijo George—, estás intentando hacerme pensar en algo, ¿no?



—Piensas lo suficiente como para no estar aquí dando vueltas arriba y abajo como un maldito mono y contarme un montón de estupideces. Te pregunté qué ocurrió. Dime que no es asunto mío si quieres. Pero no me digas eso.

—Bueno —dijo George—, quizá tú te hayas hecho alguna de tus estrafalarias ideas al respecto en la que yo no *haya* pensado todavía. —Miró a Lanya; una sonrisa reptó bajo su rostro—. Mira, me haces una pregunta, ¿y no quieres oír mi respuesta? Mira, el asunto de la violación es un solo caldero con un montón de guisos distintos en su interior. Algunos de ellos tienen más sabor que otros. —George entrecerró los ojos—. ¿Te gusta así?

—¿Cómo? —preguntó Lanya.

—¿Te gusta violento, con lucha y golpes y arañazos y gritos —George se inclinó hacia ella, mirándola fijamente, con una mano entre ellos y un dedo agitándose más y más aprisa— y gemidos? No, no, no lo haga, por favor, no lo haga, pero arrastrándote en busca de más mientras intentas apartarte y unos cuantos síes se te escapan de tanto en tanto de la boca entre los arañazos y los mordiscos.

—¿Así es como te gusta a ti?

—¡Ajá! —George se echó hacia atrás. Su puño se cerró, (El de Chicco se abrió en la tierra)—. ¿Sabes lo que les digo a mis mujeres? ¡Golpéame! ¡Vamos, lucha conmigo! Voy a tomarte. Voy a tomarte, ¿entiendes? Y tú intenta impedírmelo. Luego lo hacemos..., siempre, en cualquier lugar. En un callejón, en una escalera, en un tejado, en una cama... —Las cejas de George se alzaron—. ¿Te gusta a ti de esta forma?

—No —dijo Lanya—. Eso no es para mí. Me gusta participar en algo.

La negra mano giró hacia arriba su palma algo más clara. Un hombro se alzó.

—Entonces, tú y yo —George empezó a reír— vamos a tener que seguir conformándonos con ser como hasta ahora: amigos. Porque cualquier otra cosa no va a funcionar. Lleva mucho tiempo gustándome así, encanto. Y cuando te gusta así, cuando lo haces de esa manera, entonces piensas en ello; y aprendes acerca de ello. Y una de las cosas que aprendes es que a las mujeres también les gusta así. De acuerdo, no siempre; y a algunas les gusta más que a otras. Pero aprendes. —Los ojos de George se entrecerraron de nuevo—. Ahora, ¿quieres saber realmente cómo fueron las cosas, entre ella y yo?

Lanya asintió. (La barbilla de Chicco golpeó una hoja; se dio una vuelta sobre sí misma y le devolvió el golpe.)

—Por eso te pregunté.

—Bien. —Los hombros de George se hundieron un poco—. Estaba todo oscuro en mitad del día, y los relámpagos brillaban por todas partes, lentamente, sobre nuestras cabezas, y las llamas trepaban y el humo bajaba y la gente chillaba y corría y se atropellaba, y los ladrillos caían a la calle y los cristales se rompían a mis

espaldas... Me volví para mirar: y allí estaba ella, simplemente observándome. A mí. La gente pasaba a su lado en todas direcciones, y ella era la única inmóvil en toda la calle, mirándome como si estuviera a punto de comerse el dorso de su propia mano, apretada así contra su boca, y de la forma en que estaba mirándome, yo... ¡lo supe! Supe lo que ella quería, y supe cómo lo quería. Y supe que yo lo quería también. — Una mano había vuelto a su bolsillo—. Ahora te diré, eso no es algo de lo que te des cuenta *muy a* menudo. Pero cuando te das cuenta de ello, o bien puedes decir: Mierda, hombre, y darte la vuelta y marcharte, o: ¡Me he dado cuenta! Anda, ven, vamos. —Su risa descendió a un nivel tan bajo que apenas podía oírse. George inspiró—. Pero ella y yo *¡fuimos!*. —Se volvió de espaldas—. No me había ido con nadie de aquella forma desde que tenía veintiocho años, ¡y de eso hace más de diez! Estábamos en aquel callejón, y había aquella luz destellando, encendida y apagada, encendida y apagada; y la gente entraba corriendo, salía corriendo, ¡y a nosotros simplemente no nos *importaba!* O quizás eso lo hacía mejor, que no hubiera nada que ellos pudieran hacer, o desearan hacer. —De pronto bajó los ojos, rió—. Recuerdo una mujer vieja con una cesta de la compra llena de viejas latas vacías que llegó corriendo y nos vio y empezó a gritar asesinato y a correr de un lado para otro aullando: ¡Suelta a esa pobre muchachita blanca, negro! ¡Haces eso, y van a matarnos, van a matarnos a todos, seguro! —George agitó la cabeza—. La luz, supongo, era ese tipo tomando las fotos; no sé si realmente le vi o no. No estaba allí cuando terminé. Me puse en pie, ¿sabes?, y ella seguía tendida allí, alargando la mano hacia mi cosa, ¿entiendes? —Agitó una vez más la cabeza, rió de nuevo; ambos gestos significaban algo distinto de cuando había hecho lo mismo momentos antes—. Como te digo, ella no tenía más de diecisiete años. Y recibió golpes y moretones y arañazos y no dejaba de gritar No, no, oh, no lo hagas, por favor, no lo hagas. Así que sospecho que fue violación. ¿Correcto? Pero cuando terminamos —George agitó la cabeza—, ella quería seguir cogiéndomela. Deseaba un poco más, lo deseaba terriblemente. —Perforó el aire con un índice conclusivo—. Bien, es un tipo de violación realmente interesante. Es el tipo que siempre ponen en las películas. Es el tipo que tu abogado amigo está intentando que parezca siempre. Y cuando la cosa llega a los tribunales, es un tipo más bien *raro*. Pero es el único al que le tienen miedo..., especialmente entre pequeñas chiquitas blancas y grandes negros muy oscuros.

—Bueno —dijo Lanya—, sigue pareciendo un tanto extraño. De acuerdo, no es mi estilo. Pero dime, ¿qué piensas del tipo que te he contado antes, de lo que le hizo a mi amiga?

—Creo —dijo George— que sé un poco más que tú acerca de él. Y creo que si hubiera hablado antes con alguien como yo, quizá hubiéramos podido elaborar algo que hacer que no le hubiera metido a él y a alguna pobre muchachita en problemas.

Acerca de él o la muchacha, no pienso nada; no les conozco. Pero creo que lo que me has contado es muy —y George hundió la barbilla—, muy, muy triste.

Lanya inspiró profundamente.

—Sigo pensando en la chica. Quiero decir, la chica con la que estuviste. ¿Llegaste a saber su *nombre*?

—Bueno, después que hube terminado, la verdad es que no nos presentamos exactamente. —De pronto, George frunció el ceño—. Mira, intenta comprender esto. ¡No me importa un *pimiento* la tipa! De veras. ¿Y aunque así fuera? Supón que, después de haberlo hecho todo, le hubiera dicho: ¡Hey, muchacha, eso fue *estupendo*, vamos a casarnos y viviremos felices ocupándonos cada noche el uno del otro! ¿Qué hubiera dicho ella? ¡Estás *loco*, negro! Quiero decir que intenté eso un par de veces, y no funcionó. Ése no es *su* estilo. Y tampoco es el mío. Además, ella no está interesada en mí. Está interesada en lo que *piensa* de mí. Y eso me basta. Conoce mi nombre..., estaba en el periódico. Lo comuniqué voluntariamente, además. Les dije que no me sentía avergonzado de nada de lo que había hecho, me gusta así, y pienso hacerlo de nuevo, en cualquier momento, en cualquier lugar. Y créeme, ¡eso es *todo* lo que ella quiere saber! —El fruncimiento de ceño de George se relajó—. Luego, la gente ha estado chismorreando por ahí y diciendo que su nombre era June o algo así. ¿Dices que tu viejo la conoce? ¿Qué dice de ella?

—Sólo lo que tú hiciste —respondió Lanya. Apretó los labios, pensando. Luego dijo—: Ella te está buscando, George. La vi una vez, preguntándole por ti a mi viejo. Quiere verte de nuevo.

La risa de George ascendió tanto como la de Madame Brown y, mientras agitaba la cabeza, bajó hasta un retumbante bajo.

—Sí... ¡Sí, me está buscando! Está dando vueltas y vueltas a mi alrededor, acercándose más y más... —El dedo de George trazó un círculo en el aire, dibujó una espiral...—, sólo dando vueltas y vueltas, cada vez más cerca, ¡como la luna en torno al sol!

Lanya debió considerar algo muy divertido (aunque Chicco no estuvo seguro de lo que era), y ella también rió.

—George, ¡has confundido las imágenes! Se supone que la luna *eres tú*, no ella. ¡Además, la luna no da vueltas alrededor del sol!

—Bueno —dijo George—, quizá *normalmente* no lo haga, pero *esto* es Bellona, ¡y tú no tienes forma de decir lo que está ocurriendo aquí! —Su risa creció, descendió de nuevo; se salió de ella con una expresión seria—. ¿Lo ves?, he estado en sitios, conozco algunas cosas. ¿Cuántos años tienes? ¿Veintitrés?

—En mi conciencia —dijo Lanya—. Tendrías que hacer de adivino en una feria.

—Bueno, soy lo suficientemente viejo como para ser tu padre...

—También eres lo suficientemente viejo como para ser el padre de June —dijo

Lanya—. ¿Tienes algún hijo?

—Sé de cinco —dijo George—, y uno de ellos también de una mujer blanca, jovencita. Ojos verdes, pelo color mostaza... —George frunció el rostro—. ¡Un pequeño y *feo* hijo de madre! Bueno, quizá no sea tan feo. Y uno de ellos, una chica, es tan mayor ahora como lo era su madre cuando se la metí por primera vez. —George inclinó la cabeza hacia el otro lado—. Lo cual no es tanto como la muchachita de la que estamos hablando ahora. Ninguno de los cinco está ahora en Bellona. Pero te diré una cosa: si viera a esa vieja chica mía de pie en la esquina, mirándome como me estaba mirando esa chiquita blanca..., no me importaría si era hija mía o no. La jodería del mismo modo. ¡Puedes creerlo!

—George —dijo Lanya—, ¡eres incorregible!

—¡Bien, a veces pareces un tanto curiosa, Miss Anne! Mira —George volvió a adoptar su tono didáctico—, lo que ocurre es que las mujeres lo desean exactamente igual que los hombres. Sólo que nadie quiere pensar en ello, ¿sabes? Al menos no en las películas. Fingen que no existe, o fingen que es algo tan horrible, haciendo de ello todo tipo de muertes y destrucciones y tragedias innecesarias donde muere todo el mundo, que es casi exactamente como si no existiera..., lo cual es lo mismo, ¿entiendes?

—Sí —dijo Lanya—. Me he dado cuenta de ello. George, la gente se asusta de las mujeres que *hacen* cualquier cosa por conseguir lo que quieren, sexo o alguna otra cosa. Cristo, vosotros los hombres sois unos bastardos presuntuosos. ¡Si te dijera cómo son realmente los negros de la misma forma en que tú me hablas de las mujeres, organizarías una manifestación de protesta!

—Bueno —dijo George—, no sé si vas tanto al cine como para saberlo.

Al cabo de un momento, Lanya preguntó:

—¿Qué crees que va a ocurrir cuando finalmente os encontréis, George?

Las cejas de George, oscuros crecientes en un rostro color negro hierro (la apagada luz borraba todos los marrones y rojos), se alzaron.

—Bien, ella se acerca, y se acerca, dando vueltas —una mano trazó una espiral mientras la otra aguardaba a por ella en el centro de la espiral—, y dando vueltas, y acercándose cada vez más, hasta que —las manos de George, formando copa, se encontraron; Chicco parpadeó; los músculos de su espalda se agarrotaron—, ¡blam! Y el cielo se pondrá oscuro y los relámpagos cebrarán de nuevo la noche, ancha como un río y lenta como el mar, y los edificios se derrumbarán y el fuego y el agua ennegrecerán el aire, y la gente correrá y gritará de nuevo por las calles. —George parpadeó, asintió—. Y todo volverá a ser como la última vez.

—Creo —dijo Lanya— que vuelves a mezclar las imágenes. —Se apartó del muro y caminó unos pasos junto a la piedra—. Estás haciendo exactamente lo que hacen las películas..., convertirlo en algo terrible y estremecedor.

—Ése es el problema..., como ya te he dicho: tú ves que me *gusta* como en las películas. Pero cuando nos encontremos de nuevo, *haremos* exactamente lo que tengamos que hacer. *Todos vosotros* sois los que estáis tan asustados de que la ciudad empiece a caerse sobre vuestras cabezas. —La cabeza de George se inclinó hacia un lado. Sonrió—. ¿Entiendes?

—No del todo. —Lanya le devolvió la sonrisa—. Pero dejémoslo correr. De acuerdo, ¿qué harás después?

—Lo mismo que antes, supongo. ¡Blam!, y disculpe, señora, y luego seguir de nuevo mi camino. Y luego todo empezará otra vez... —Aquella expresión oblicua volvió al rostro de George—. Dijiste que tu viejo... ¿Está bien ella? Quiero decir, ¿no le pasa nada?

—No, supongo que está bien —dijo Lanya.

George asintió.

—Ajá... Alguien allá en el bar me dijo que habías conseguido un nuevo amigo. Eso es estupendo.

¿Dónde estaba Milly?, se preguntó Chicco.

—Las cosas van como van —sonrió Lanya, y Chicco evocó una imagen de ella sacando bruscamente su armónica y arrancándole una serie de notas para ocultar su azaramiento. Sólo que no parecía *azarada*. (Recordó que había deseado escuchar subrepticamente a Lanya y Milly hablar de él; la perspectiva de una discusión acerca de él con George le dejó vagamente incómodo.) Con los dedos engarfiados en el borde de su bolsillo, Lanya *estaba* jugueteando con su armónica—. Sí. Pero no recuerdo haber dicho que lo conseguí; ¿qué hay acerca de conseguir?

—¡Bueno, hasta ahora has conseguido algunos vencedores! Ese último... —George agitó la cabeza.

—¿Qué piensas de Phil, George? —El tema, casi tan incómodo como el primero, había cambiado.

—¡Pensé que estaba loco! —dijo George—. Pensé que era un culomierda engreído, hermético, estúpido... ¿Listo? Oh, era listo como un trozo de cuerda. Me alegra que te hayas librado de él. —George hizo una pausa; sus cejas se alzaron—. ¿Aunque quizá todavía no hayas...?

—No lo sé. —Los ojos de Lanya se alzaron con brusquedad—. Pero eso es más fácil de decir si dispones de uno nuevo, ¿no?

—Bueno... —La risa de George brotó sorprendentemente inmensa—. Supongo que sí. Dime, ¿cuándo vas a traer a tu viejo a Jackson para decirle hola?

—Sí —dijo Lanya—, quizá te lo traiga..., si antes no nos vemos en el bar.

—Antes pregúntaselo a él —dijo George—. Primero, ¿sabes?, pensé que te habías enredado con uno de esos maricas de Teddy's. Maldita sea, a peces pienso que no hay nadie en la ciudad que no sea marica excepto yo.

—¿Es ésa una fantasía estándar masculina heterosexual? —preguntó Lanya—. Quiero decir, ¿ser el único hombre-hombre, mientras todos los demás a tu alrededor son gays?

—No tengo nada contra los maricas —dijo George—. ¿Has visto las fotos que me hicieron? Son algo grande, ¿eh? Algunos de mis mejores amigos son...

—¡George! —Lanya alzó una mano, con el rostro burlonamente dolorido—. ¡Vamos, no digas eso!

—Mira... —los gestos de George se volvieron arrastradamente galantes—. Sólo me gusta asegurarme de que no voy crear problemas a mis amigos. Si no estás liada con ninguno de ellos, entonces no me importará hacer una excepción en mis métodos estándar de procedimiento e incluirte a ti en mi lista. Tenemos que velar por nuestros amigos, ¿no crees?

—Esto es muy considerado por tu parte —dijo Lanya—. Pero me cuido mucho en este aspecto.

Y Chicco, gloriosamente feliz, apoyó su otra rodilla en el suelo y se sentó. Un pensamiento, trazando círculos por debajo de la articulación, emergió de pronto, goteando palabras: Ellos se *conocían...*, fueron los primeros en encajar en el esquema; otros más siguieron, obscureciendo la claridad de pensamiento con resonantes anillos superpuestos. Recordó el póster. Era el mismo hombre, con el mismo rostro duro y oscuro (estaba riendo ahora), el mismo cuerpo (el mono blanco parecía bastante holgado, pero de tanto en tanto, cuando se movía una pierna o se giraba un hombro, parecía como si quisiera desgarrar un brazo o un muslo), el que había visto reproducido, desnudo, negro, e iluminado con una luz bronce.

—Bien, entonces —George hizo un movimiento como tachando algo en una pizarra—, todo está bien. Venid los dos cuando queráis. Me gustará conocer a ese tipo. Lo has pintado como alguien interesante.

—De acuerdo —dijo Lanya—. Bueno, supongo que voy a seguir mi camino. Sólo me paré para decirte hola.

Ahora, pensó Chicco, ahora es cuando va a aparecer Milly y...

—De acuerdo, nos veremos —dijo George—. Quizá más tarde, en el bar.

¿Ahora...?

—Hasta luego. —Lanya se dio la vuelta y empezó a bajar los escalones.

George agitó la *cabeza*, regresó al muro, miró tras ella una vez..., tomó el periódico y, mientras lo sacudía, llevó dos dedos al bolsillo de su camisa en busca de las gafas. Las cogió al tercer intento.

Las notas de la armónica se retorcieron como hilos de plata en la bruma.

Chicco aguardó mientras inspiraba y expulsaba el aliento media docena de veces, dándose cuenta al fin de que había interpretado mal las intenciones de Lanya y Milly. Al parecer, Milly se *había* acobardado. De nuevo se preguntó de qué había tenido

miedo. Retrocedió hacia la espesura, se levantó con los muslos agarrotados e, ignorándolos, rodeó el patio. El terreno descendía en una fuerte pendiente. Esta vez, si podía atraparla en el camino, no se escondería...

La música se enroscaba en el humo hacia alguna cadencia exótica que, cuando la consiguió, se deslizó a una nueva clave donde la melodía se definió a sí misma entre burbujeantes tripletes hasta que otra cadencia, en seis compases, la devolvió al principio.

Salió a un lado de los escalones. Pequeñas ramas golpearon contra sus caderas y hombros, se apartaron con un ligero y sibilante restallar.

Lanya, al fondo del tramo de escaleras, caminaba por el sendero, arrastrando tras ella su música como una capa plateada.

Y casi había completado la canción. (Nunca la había oído tocarla completa.) Su coda arrastró el final en una de esas suspensiones folk que yuxtaponen dos acordes sin relación ninguna entre ellos para sostener una nota por encima de la otra y crear de ella un caos. Empezó a bajar los escalones y sintió un escalofrío, no de miedo o confusión, sino a causa del momento musical que vagaba por entre la niebla gris ratón que se enroscaba en el hojoso corredor.

Intentó caminar en silencio, se detuvo por completo dos veces, para no romper la melodía antes de que terminara.

Estaba en el último escalón. Ella se hallaba cinco metros más adelante.

La melodía terminó.

Se apresuró.

Ella se volvió, con los labios cerrados para pronunciar alguna palabra que empezaba con «m». Luego abrió mucho los ojos.

—¿Chicco...? —y sonrió—. ¿Qué estás haciendo aquí? —y tomó su mano.

—Estaba espíándoos —dijo—. A ti y a George.

Ella alzó una ceja.

—¿De veras?

—Sí. —Caminaron juntos—. Me ha gustado tu canción.

—Oh...

Él la miró de reojo.

Se dio cuenta de que ella se sentía más azarada por el hecho de que hubiera estado escuchando su música que la conversación. Mientras se preguntaba qué ofrecerle como reparación, ella consiguió decir:

—Gracias —suavemente—, pese a todo.

Él apretó su mano.

Ella le devolvió el apretón.

Hombro contra hombro, caminaron sendero arriba, mientras la mente de Chicco daba vueltas y clasificaba y se preguntaba qué era lo que daba vueltas y clasificaba la

de ella. De pronto preguntó:

—La persona de la que estabas hablando con George, la que fue violada..., ¿era Milly?

Lanya alzó la vista, sorprendida.

—No... O digamos que yo no lo dije así.

—¿Eh? ¿Qué significa *eso*, que no o que prefieres no decirlo?

Lanya se encogió de hombros.

—Sólo que probablemente Milly no desearía que yo lo dijera, ni de una forma *ni* de la otra.

Chicco frunció el ceño.

—Eso no tiene sentido.

Lanya se echó a reír sin dejar que su risa aflorara por completo, de modo que sólo fue una expresión, como si respirara por la nariz, mientras agitaba la cabeza. Se encogió de nuevo de hombros.

—Mira, dame sólo una respuesta simple: ¿era ella, o...?

—Mira tú —respondió Lanya—. Eres un hombre encantador, y sé que no lo estás haciendo a propósito, sólo es esa costumbre de los hombres de meterse intentando minar cualquier cosa que haya entre dos mujeres. Déjalo.

Él se sintió confuso.

Ella preguntó:

—¿De acuerdo?

Confuso, él aceptó:

—De acuerdo.

Siguieron caminando. La canción, grabada en su memoria, trazaba filigranas en ella por entre los silenciosos árboles. El cielo se había oscurecido a un color que podía ser llamado azul, salpicado de copos con forma de hojas.

Se sentía confuso, pero también feliz.

En el claro de la comuna, Milly, con Jommy junto al fuego, se volvió, les vio, y corrió hacia ellos.

—Lanya, Chicco... —Y a Lanya—: ¿Se lo has dicho?

—No —respondió Lanya—. Todavía no...

—Oh, Chicco, me temo... —Milly inspiró profundamente; había estado corriendo más que desde el fuego— ...me temo que os he estado espiando durante la mayor parte de vuestro camino de vuelta. —Se echó a reír—. ¿Sabes?, *las dos* decidimos que yo me ocultaría entre los arbustos y escucharía lo que Lanya y George...

—¿Eh? —dijo Chicco.

—Después de todo, no es tan malo... —dijo Lanya.

—¿Chicco? —murmuró Milly—. ¡Oh..., quieres decir George! No, por supuesto que él no... —De nuevo a Chicco—: Yo tenía que salir y reunirme de nuevo con



Lanya en el sendero de vuelta de la Torre Meteorológica —entonces no era el monasterio; pero ya había decidido que no podía serlo—, cuando te vi salir junto a los escalones, ¡treinta segundos antes de que lo hiciera yo!

Él le dijo a Lanya:

—Entonces, ¿esperabas...? —La media docena de preguntas que giraban en su mente fueron rebanadas de nuevo cuando Milly dijo:

—No pude acercarme lo suficiente para oír *todo* lo que estabais diciendo. Hubiera hecho demasiado ruido. Simplemente acorté camino y me crucé con el sendero en las vueltas. ¡Oh, Lanya, es una canción maravillosa! De veras, tienes que tocarla para los demás. Mira, *puedes* tocarla toda. Te digo que puedes. Sabías que yo estaba escuchando, y la tocaste toda. Lo único que tienes que hacer es no dejar que la gente te azare. ¿Chicco...? —Milly frunció el ceño—. ¡Pareces tan confuso, Chicco! —Lo abrazó bruscamente; su pelo rojo rozó, seco, su rostro. Casi se tambaleó—. ¡Lo siento, de veras! —Le soltó, apoyó una mano en el hombro de Lanya—. No quería espiar. Pero *tú* sabías que yo estaba allí... —Miró implorante a Lanya—. ¡No pude resistirlo! —Y se echó a reír.

Él parpadeó; sonrió.

—Está bien. —El recuerdo de la melodía le llegó de nuevo; no había sido un momento íntimo el que había oído, sino uno dirigido a una amiga. ¿Era eso, se preguntó, lo que le había conferido su belleza? Lanya estaba riendo también.

Así que rió con ellas.

Junto al fuego, Jommy golpeó su cucharón contra el caldero.

—¡Vamos! ¡La sopa está lista! ¡Venid a comerla!

Desde todo el claro, con platos y potes de aluminio, tarros de loza y cuencos de estaño y bols, dos docenas de personas se reunieron en torno al fuego.

—Vamos a comer —dijo Lanya.

—¡Sí, *tú también*, Chicco! —dijo Milly—. Vamos.

Siguió a las muchachas hacia los demás. Un negro delgado, con el pelo color jengibre y dientes orlados en oro, le dio un dentado plato hondo esmaltado.

—Tengo dos, hombre. Puedes utilizar éste. —Pero cuando llegó junto al fuego en busca de su ración, era John (con su oscilante chaqueta y los cristales de sus gafas llenos de llamas), no Jommy, quien servía. El cielo era casi oscuro. A la luz del fuego que arrojaba cobre sobre el pelo de Milly, no pudo observar, en ninguna pierna desnuda, mientras seguía a Milly y precedía a Lanya por entre los demás, intentando equilibrar su bol, aquel rasguño.

El atardecer vino rápido..., y se demoró, reteniendo la oscuridad. Se sentaron en la arrugada manta en Su Escondite. Él parpadeó alzando la vista entre sobrepuestas hojas mientras el cielo lloviznaba polvorientos susurros, rechinantes y fríos.

—Un día más de trabajo con los Richards, y ya se habrán mudado.

—Ahora tienes..., bien, ya tienes un nombre. Y un trabajo. ¿Eres feliz?

—Mierda... —Se tendió de espaldas y sintió debajo de él las ramitas, los dobleces de la manta, las piedras, y las cuentas de la cadena enrollada en torno a su cuerpo—. Todavía no lo he decidido. Y aún no me han pagado más que aquellos primeros cinco dólares.

—Si no te pagan —ella se tendió a su lado—, ¿por qué vuelves?

Se encogió de hombros.

—Quizá piensen que si me dan el dinero no voy a volver. —Se encogió de hombros de nuevo—. No importa. Como le dije a Madame Brown, sólo soy un observador. Son divertidos de observar. —Pensando: Algún día voy a morir. La miró—. ¿Sabes?, tengo miedo a morir. Mucho.

—¿Hum?

—De veras. A veces, cuando voy por ahí, pienso que tal vez mi corazón vaya a pararse en cualquier momento. Así que lo escucho, sólo para asegurarme de que sigue funcionando. Lo cual es curioso, porque si estoy tendido, a punto de dormirme, y puedo oír los latidos de mi corazón, tengo que cambiarme a otra posición o empiezo a sentir miedo...

—¿...de que pueda pararse y dejar de oírlo? —preguntó ella.

—Ajá.

—A mí también me ocurre a veces. Cuando tenía quince años, al ir a la escuela, me sentaba en el extremo del techo del edificio principal durante largo rato y pensaba en suicidarme.

—Yo nunca he deseado suicidarme —dijo él—. Nunca en mi vida. A veces sí he pensado que iba a hacerlo..., porque me veía agitado por una loca compulsión de saltar de un edificio o arrojarme debajo de un tren, sólo para ver qué *era* el morir. Pero nunca he pensado que la vida no valiera la pena de vivir, o que hubiera alguna situación tan mala en la que simplemente salirse de la vida arreglara las cosas..., siempre quedaba la solución de salirme por un lado y hacer alguna otra cosa. Pero el no desear suicidarme no me impide el seguir pensando en la muerte. Dime, ¿te ha ocurrido a ti alguna vez eso? Estar caminando por una calle, o sentada en una habitación, o tendida sobre las hojas, o incluso hablando con la gente, y que de pronto te venga el pensamiento..., y cuando viene te atraviesa de parte a parte, como si se parara la película de un cristal formándose o una flor abriéndose. Voy a morir. Algún día, en algún lugar, voy a morirme, y cinco segundos después de eso estaré muerto. Y cuando te viene ese pensamiento te viene como... —dio una palmada tan fuerte con las manos que ella se sobresaltó—. ¡Así! Y te das cuenta, reconoces tu propia muerte, durante todo un segundo, tres segundos, quizá cinco o diez..., antes de que el pensamiento se aleje y sólo recuerdes las palabras que estabas murmurando, como «Algún día moriré», lo cual no es en absoluto el pensamiento, sino sólo sus cenizas.

—Sí..., sí, también me ha ocurrido.

—Bien, creo que todos los edificios y los puentes y los aviones y los libros y las sinfonías y los cuadros y las naves espaciales y los submarinos y... y los poemas: están ahí sólo para mantener ocupadas las mentes de la gente de modo que eso no vuelva a ocurrir... de nuevo. —Al cabo de un momento dijo—: George Harrison...

Ella dijo:

—June Richards... —y le miró. Cuando él no dijo nada, continuó—: Tengo esa imagen de nosotros dos entrando en el bar una noche, y tú diciendo: «Hey, hombre, ven conmigo. Quiero que conozcas a una amiga mía»; y George dice: «¡Por supuesto!»..., y probablemente lo desee también; sabe lo pequeño que es el mundo bajo esa luna que lleva su nombre... Así que te lo llevas, toda su enorme, negra, hermosa persona, a ese alto edificio de ladrillo rosa con todas las ventanas rotas, y lo conduces hasta Miss Desvariada Luz y Color y dices: «Hey, señorita, te he traído a Su Eminencia Medianoche en carne y hueso. June, te presento a George. George, te presento a June». Me pregunto de qué hablarán... en territorio de ella.

Él dejó escapar una risita.

—Oh, no sé. Puede que incluso él diga: Gracias. Después de todo, ella le ha hecho lo que es hoy. —Parpadeó a las hojas—. Es fascinante cómo es la vida; la forma en que todo encaja entre sí, colores, formas, charcos de agua con hojas en ellos, reflejos en las ventanas, la luz del sol cuando hay sol, la luz de las nubes cuando está nublado, y ahora estoy en algún lugar donde, si el humo se abre un poco a medianoche y George y la luna son visibles, ¡puedo ver dos sombras en vez de una! —Estiró las manos detrás de él sobre la manta. Tropezó con algo..., su orquídea, apoyada sobre la tapa de su bloc de notas.

—Cuando estaba en la Escuela de Arte —dijo ella—, recuerdo que uno de los profesores dijo que sólo en los días como los que tienes aquí conoces el auténtico color de las cosas. Toda la ciudad, toda Bellona, se halla bajo una perpetua luz del norte.

—Hummm —dijo él.

¿Qué es esta parte de mí que se rezaga para espiar mi propia conversación? Permanezco tendido, rígido, en el rígido círculo. Me mira desde puntos diametrales, sin sexo, y sabio. Estamos tendidos en una rígida ciudad, anticipando los vientos. Me rodea, sugiriendo sólo por su posición que sabe más de lo que yo deseo saber. Aquí, hace un gesto demasiado masculino ante un panorama extático. Aquí, sugiere feminidad, haciendo una pausa ante sangre y huesos. Se estremece y tartamudea, enfrentado al amor. Inclina una torpe y murmurante cabeza ante la injusticia, la rabia, o incluso su pretendida ignorancia. Sin embargo, estoy convencido de que, ante el estímulo adecuado, se volverá y me llamará, utilizando esas herméticas sílabas que he abandonado en los riscos de una conciencia rota, en las llanuras de una inconsciencia

abrasada, en la entrada de la ciudad ganglial. Y alzaré la cabeza.

—¿Tú...? —dijo él de pronto. Era oscuro—. Quiero decir, ¿eres feliz viviendo así?

—¿Yo? —ella hizo una profunda y larga inspiración—. Déjame ver... Antes de venir aquí, enseñaba inglés a unos niños cantoneses que acababan de llegar al Barrio Chino de Nueva York. Antes de eso, llevaba una tienda de artículos pornográficos en la calle 42. Y antes de eso, durante bastante tiempo, fui una discjockey autodidacta en la emisora de frecuencia modulada WBAI de Nueva York, y antes de eso, hacía de locutora en su estación hermana la KPFA de Berkeley, California. Muchacho, estoy *tan* aburrida aquí que no creo, desde que llegué, haber estado nunca más de tres minutos lejos de algún acto de violencia realmente sorprendente. —Y de pronto, en la oscuridad, rodó contra él.

—Tengo que irme. —*Clic*. El nudo de la corbata ascendió.

—Hey, señor Richards. —Chicco dejó su taza sobre la mesa.

—¿Sí, Chicco? —El señor Richards, ya en la puerta, se volvió—. ¿Qué quiere?

Bobby tomó una cucharada de su cereal escarchado. No había leche. June leía, marcándola con el índice, una columna del *Times* del viernes 24 de octubre de 1985. Era de hacía varias semanas.

—Quiero saber acerca de mi dinero.

—¿Necesita más? Tendré algo para usted cuando vuelva a casa esta tarde.

—Quiero saber cuánto va a darme.

—¿Hum? —una pausa—. Oh. Bueno, tendremos que calcularlo. ¿Lleva usted la cuenta de las horas que ha estado trabajando cada día?

—Más o menos —dijo Chicco—. Madame Brown me dijo que iban a pagarme ustedes cinco dólares por hora.

El señor Richards tomó el pomo de la puerta.

—Eso es un precio bastante alto. —Agitó la cabeza, pensativo.

—¿Es lo que le dijo usted a ella?

El pomo giró.

—Será mejor que hablemos de ello por la tarde. —La puerta se cerró sobre su sonrisa.

Chicco se volvió hacia la señora Richards.

Ella dio un sorbo a su caté; sus ojos parpadearon sobre el borde de la taza.

—Quiero decir, eso es lo que le dijeron ustedes a ella, ¿no?

—Cinco dólares a la hora es bastante alto. Para un trabajo no especializado. —La taza bajó hasta su barbilla.

—Si, pero no para trasegar muebles. Mire, déjeme bajar y acabar de subir las alfombras y la ropa. Sólo necesitaré otra media docena de viajes. Habré terminado antes de que empiece a hacer la comida. —Chicco se puso en pie demasiado

ruidosamente y se dirigió hacia la puerta.

La cuchara de Bobby, silenciosa durante la conversación, crujió de nuevo.

June había permanecido con los ojos bajos, pero su dedo volvió a moverse.

Desde la puerta, Chicco la miró (igual que su padre lo había mirado a él unos momentos antes) e intentó encajarla en la conversación de George y Lanya la tarde anterior. Pero, con su rubia cabeza inclinada sobre el periódico al bordo de la oscura madera —el reflejo rubio y rosa era borroso en el barniz—, parecía como en su casa entre las aflautadas tazas de cerámica blanca, las macetas de latón de las plantas, las alfombras verdes, las cortinas a flores azules, su madre, su hermano, las amplias ventanas, o el verde papel de la pared con su dibujo floral de un verde más pálido.

Abajo en el diecisiete, entró en el apartamento (abierto, sin cerradura ni cadena) y pensó: ¿Por qué no subimos las alfombras *primero*? Aquello era estúpido, no haber subido las alfombras primero. Como anguilas moteadas (la parte inferior, una anguila algo menos oscura, impresa con un dibujo que, hasta entonces, sólo había visto en cielos rasos corrugados), las alfombras estaban apoyadas contra la pared de la sala de estar. Al otro lado de la ventana nadaban pálidos leviatanes. El suelo estaba lleno con montones de libros.

*Peregrinaje* estaba encima de uno de ellos.

Por tercera vez —¿o era la cuarta? ¿o la quinta?—, lo tomó, leyó algunas páginas al azar, esperando verse prendido y arrastrado dentro de la obra. Pero la receptividad que había intentado despertar se veía alejada una y otra vez por alguna configuración de sombras en las desnudas losas de vinilo, algún sonido en el apartamento de abajo, algún picor en su propio cuerpo: y aquello eliminaba toda su atención. Mientras sus ojos recorrían las letras impresas, aquel lugar y el sentido de las palabras se perdían: finalmente devolvió el libro a la pila y puso otro libro de otro montón encima, como si —y se preguntó por qué pensaba de este modo— el primer libro fuera suyo.

Se irguió —había permanecido acucillado— y miró a su alrededor: faltaba trasladar todavía mesas de bridge de la habitación de trastos del fondo, sillas plegables con brazos de tubo, tela verde y bisagras de metal negro; y juguetes de la habitación de Bobby, esparcidos entre ellas. Un juego de cuatro mesas nido estaba lleno de cosas pequeñas y frágiles.

Vagó por el pasillo (allí estaba el fajo de periódicos del estudio del señor Richards), y entró en la habitación de Bobby. La mayor parte de lo que quedaba eran recuerdos del hermano mayor que en un tiempo la había compartido con él: un pañuelo que había caído de uno de los cajones ayer, mostrando el monograma EGR; asomando por la puerta del armario había tres cajas pequeñas con *Eddy* escrito en su tapa con rotulador fosforescente; en el suelo había el Libro del Año de la Escuela Secundaria de Bellona. Chicco lo tomó y lo hojeó: Edward Garry Richards (*Equipo de fútbol, Voluntario*, «Favorito del Personal de la Cafetería por segundo año

consecutivo...») era *Cámara oculta*.

Dejó el libro encima de las cajas, cruzó el vestíbulo hacia la habitación de June: en el alféizar de la ventana había una caja de cerillas vacía con el dibujo de una tipi y una maceta de flores de plástico blanco todavía llena de tierra que, le había dicho June, había contenido una begonia que su tía Marianne le había regalado por Pascua, hacía dos años.

Volvió a amueblar con el recuerdo el espacio con lo que había subido arriba el día anterior e intentó traer, también con el recuerdo, la imagen de June que había acudido a él en la conversación oída entre George y Lanya. El recuerdo se disolvió cuando sonó un ruido fuera.

Chicco volvió al pasillo en el momento en que Bobby salía de la sala de estar; gruñó sobre una brazada de libros.

—Voy a subirlos arriba.

—¿Por qué no coge sólo la mitad?

—Quizá —dos libros cayeron— sea mejor.

Entró June.

—Oh, hey, yo tomaré algunos... —Dividieron el montón, se fueron.

¿Dónde, se preguntó mientras la puerta se cerraba (la cadena, suelta, se balanceó una y otra vez sobre la pintura verde), está mi bloc de notas? Por supuesto; al final del vestíbulo, en lo que había sido el dormitorio del fondo, donde lo había dejado al entrar en aquel apartamento por la mañana, por la fuerza de la costumbre: había olvidado momentáneamente que los Richards vivían ahora en el diecinueve.

En el dormitorio del fondo había otra caja archivadora en el centro mismo del suelo.

El bloc de notas estaba en el alféizar de la ventana. Chicco fue hacia él, contempló el maltratado y manchado cartón de la tapa. Fuera, una leve oscuridad se movía debajo de la bruma. ¿Qué dirá el señor Richards acerca de mi dinero?, pensó. Supongamos que el señor Richards vuelve esta noche y no plantea el asunto. Chicco pensó en escribir algunos enfoques alternativos y recitarlos para preparar el regreso del señor Richards. No. ¡No, ésa es exactamente la forma errónea de hacerlo! Son casi las nueve, pensó, y hay demasiado humo para hablarle a la gente desde las sombras en un piso diecisiete.

Se oyó un golpe; una chica gritó. Un segundo golpe, y el tono de su grito cambió. Un tercero —sonaba como muebles siendo volcados—, y su grito se arrastró. Un cuarto golpe lo cortó.

Era en el apartamento de abajo.

El sonido de algo al romperse, mucho más cerca, hizo que *alzara* los ojos del suelo.

Chicco fue a la sala de estar.

La señora Richards, arrodillada sobre algo hecho pedazos, alzó la vista y agitó la cabeza.

—Yo...

Él se detuvo ante su contenida frustración.

—... dejé caer una de las...

No podía decir lo que había sido la figurilla.

—Tan delgadas..., estas paredes son tan delgadas. Todo las atraviesa. Me sobresalté tanto... —recogió rápidamente junto a las mesitas nido los brillantes y negros trozos, cerámica blanca por el otro lado.

—Espero que no fuera nada que realmente... —pero se detuvo ante su propia inconsecuencia.

—Oh, no se preocupe. No ha sido nada. —Se puso en pie, con los trozos en las manos—. Oí esos horribles..., y la dejé caer.

—Han sido bastante fuertes. —Intentó reír, pero ante su mirada dejó que la risa muriera en su aliento—. Señora Richards, sólo es ruido. No debería dejarse asustar por ello.

—¿Qué están *haciendo* ahí abajo? ¿Quiénes *son*?

Creyó que iba a aplastar la cerámica entre sus manos.

—Sólo son algunos chicos, algunas chicas, que se mudaron al apartamento de abajo. No la molestarán. Ellos también creen que los ruidos de aquí arriba son bastante extraños.

—¿Se han mudado aquí? ¿Qué quiere decir con que se han *mudado* aquí?

Observó cómo su expresión intentaba reflejar miedo, y ni eso conseguía.

—Supongo que querían un techo. Así que se instalaron aquí.

—¿Se *instalaron* aquí? *No pueden* venir aquí e instalarse. ¿Qué le ocurrió a la pareja que vivía ahí antes? La Dirección no sabe que estén ocurriendo estas cosas. ¡La puerta de entrada de la escalera se cerraba a las diez, cada noche! ¡Con llave! La primera noche que empezaron a hacer esos horribles ruidos, envié a Arthur a buscar a uno de los guardias: el señor Phillips, un antillano muy amable, siempre se ha ocupado de nuestro edificio hasta la una de la madrugada. Arthur no pudo encontrarlo. Se había ido. Todos los guardias se habían ido. Y los que cuidaban del garaje. Quiero que sepa que dije todo eso en mi carta a la Dirección. Por supuesto que lo hice. —Agitó la cabeza—. ¿Cómo pueden simplemente venir e instalarse?

—Bueno, ellos... Señora, ya no hay más guardias, y nadie sigue viviendo aquí; así que simplemente se instalaron. Del mismo modo que ustedes se han mudado al diecinueve.

—¡Nosotros no nos hemos *simplemente* instalado! —La señora Richards había estado mirando a su alrededor. Ahora se dirigió hacia la cocina—. *Escribí a la Dirección*. Arthur fue a verles. Le dieron la llave. No es lo mismo, en absoluto.

Chicco siguió a la señora Richards a la ahora vacía cocina.

—¿Cómo *sabe* usted que nadie vivía aquí? Había una pareja encantadora más abajo. Ella era japonesa. O coreana o algo así. Él tenía algo que ver con la universidad. No los conocí muy bien. Sólo estuvieron aquí seis meses. ¿Qué les ocurrió *a ellos*?

Ella miró hacia atrás antes de volver a entrar en el comedor.

—Se fueron, como todos los demás. —Él aún la seguía.

Llevó los restos rotos, tintineando, a lo largo del desnudo pasillo.

—Creo que les ocurrió algo horrible. Pienso que esa gente de abajo les hizo algo espantoso. ¿Por qué la Dirección no envía nuevos guardias? —Miró en la habitación de Bobby, pero cambió de opinión y siguió hacia la de June—. Es peligroso, es absolutamente, terriblemente peligroso sin los guardias.

—¿Señora Richards? —Se detuvo en la puerta mientras ella daba la vuelta a la habitación, con las manos recogidas aún formando copa—. ¿Señora? ¿Qué busca?

—Algo para echar... —se detuvo— ...esto. Pero usted ya se lo llevó todo arriba.

—Sabe que puede simplemente echarlo al suelo. —Se sentía impaciente, y su impaciencia lo *azaraba*—. Quiero decir, ya no vive usted aquí.

Tras un silencio en el que la expresión de ella se volvió curiosa, la señora Richards dijo:

—Usted no comprende en absoluto la forma en que vivimos. Pero es probable que piense que lo comprende todo perfectamente bien. Voy a llevar esto fuera, al incinerador.

Él retrocedió para dejarla salir.

—No me gusta salir al rellano. No me siento segura...

—Yo lo llevaré por usted —se ofreció tras ella.

—No, está bien. —Con las manos aún juntas, giró el pomo.

Cuando la puerta se cerró tras ella, él hizo chasquear la lengua, luego fue a recoger su bloc de notas de la ventana. El papel de cartas orlado de azul se deslizó fuera a medias. Con los dientes de delante encajados, tomó el bolígrafo y dibujó la coma. Su tinta era negra; la otra azul.

Volvió a la sala de estar mientras intentaba meter varias veces el bolígrafo en el bolsillo. La señora Richards volvió a entrar con una expresión del deber realizado. El clip encajó en la tela.

—Señora Richards, ¿sabe que esa carta sigue todavía abajo en su buzón?

—¿Qué carta?

—Tiene usted una carta aérea en su buzón. La vi otra vez esta mañana.

—Todos los buzones están rotos.

—El suyo no. Y hay una carta dentro. Se lo dije el primer día que vine aquí. Luego se lo dije al señor Richards al día siguiente. ¿No tienen ustedes una llave del



buzón?

—Sí, por supuesto. Uno de nosotros bajará y la tomará esta tarde.

—¿Señora Richards? —Aquello era algo que tenía que decir.

—¿Sí, Chicco?

Sus dientes seguían aún apretados. Inspiró una bocanada de aire, y se abrieron.

—Es usted una mujer encantadora. Y se ha portado muy bien conmigo, de veras. Y creo que es una lástima que tenga que estar tan asustada todo el tiempo. No hay nada que yo pueda hacer al respecto, pero me gustaría que lo hubiera.

Ella frunció el ceño; las arrugas se disiparon.

—No creo que pueda llegar a creer cuánto ha hecho usted.

—¿Estando por aquí?

—Sí. Y también siendo, bueno...

Él no pudo interpretar su encogimiento de hombros.

—Señora Richards, yo también he estado mortalmente asustado muchas veces en mi vida. De un montón de cosas que no sabía que estuvieran ahí. Pero usted no puede dejar simplemente que la abrumen..., échelas a un lado. Tiene que hacer...

—¡Me estoy mudando! —Su cabeza se agitó, como para dar énfasis a sus palabras—. Nos estamos mudando del 17-B al 19-A...

—... algo dentro de sí misma.

Ella sacudió secamente la cabeza, sin mirarle.

—Y usted es muy presuntuoso si piensa que me está diciendo algo que yo no sepa. —Ahora alzó la vista—. O que el decírmelo me hace sentir mejor.

La frustración dejó paso a la disculpa.

—Lo siento. —Oyó su propia reticencia transformarse en algo distinto.

La señora Richards parpadeó.

—Oh, ya sé que sólo está intentando... Lo *siento*. ¿Pero *sabe* usted lo terrible que es vivir aquí dentro —hizo un gesto hacia las verdes paredes— con todo desmoronándose a tu alrededor? ¿Oyendo lo que ocurre en las otras habitaciones, en los demás apartamentos? Me despierto por la noche y voy a la ventana, y a veces puedo ver luces moviéndose entre el humo. Y cuando el humo no es tan denso, entonces todavía es peor, porque las luces parecen cosas horribles arrastrándose de un lado para otro... ¡Esto tiene que parar, ¿sabe?! Supongo que la Dirección tiene todo tipo de dificultades mientras estamos atravesando esta crisis. Comprendo eso. Hago concesiones. Pero no es como si hubiera caído una bomba o algo así. Si hubiera caído una bomba estaríamos todos muertos. Esto es algo perfectamente natural. Y tenemos que resistir, ¿no cree?, hasta que la situación sea rectificada. —Se inclinó hacia delante—. Usted no cree que *haya sido* una bomba, ¿verdad?

—No, no ha sido una bomba. Estuve en Ensenadas, en México, hará una semana o así. No había nada acerca de una bomba en los periódicos; por la carretera me

recogió alguien que tenía un periódico de Los Ángeles en su coche. Todo va bien allí. Y en Filadelfia...

—Entonces, ¿ve?, sólo tenemos que esperar. Los guardias volverán. Nos librarán de toda esa horrible gente que merodea por los alrededores y vandaliza los rellanos. Tenemos que ser pacientes, y fuertes. Claro que tengo miedo, tengo miedo si permanezco sentada sin hacer nada más de cinco minutos. Empezaría a gritar. Pero usted no puede hacer nada al respecto, como tampoco puede hacerles nada a ellos. ¿Cree usted que deberíamos tomar cuchillos de cocina y romper macetas y correr abajo e intentar echarlos violentamente?

—No, por supuesto que no...

—No soy ese tipo de persona. Ni pretendo convertirme en ella tampoco. ¿Dice usted que tendría que hacer algo? Bien, he mudado a mi familia. ¿No cree que esto puede proporcionarnos mucha... fuerza interior? ¿Quiero decir en *esta* situación? Ni siquiera me he permitido evaluar lo peligroso que todo esto es en realidad. Si lo hubiera hecho, hubiera sido totalmente incapaz de mudarme.

—Por supuesto que es peligroso. Pero yo salgo. Yo vivo ahí fuera, en medio de todo ello; camino por en medio de todo ello. Y no me ocurre nada.

—Oh, Edna me habló de cómo le hicieron ese chirlo en la cabeza. Además, usted es un hombre. Un hombre joven. Yo soy una mujer de edad.

—Pero así es como están las cosas, señora Richards. Tiene usted que aceptarlas porque no hay nada más.

—Todo será diferente si espero. Lo sé porque soy una mujer de edad. Usted no porque todavía es muy joven.

—Su amiga la señora Brown...

—La señora Brown no es yo. Y yo no soy la señora Brown. Oh, ¿acaso está *intentando* no comprender?

Él inspiró aire para protestar, pero le falló la articulación.

—Tengo una familia. Eso es muy importante para mí. La señora Brown está completamente sola ahora. No tiene el mismo tipo de responsabilidades. Pero usted no comprende eso; quizá, dentro de su cabeza, sí lo haga. Pero no del todo, no realmente.

—Entonces, ¿por qué usted y el señor Richards no sacan a su familia fuera de todo esto?

Sus manos, que se movían con lentitud descendiendo por su vestido, se alzaron ligeramente, luego cayeron.

—Una puede retirarse, sí. Supongo que eso es lo que estoy haciendo mudándome. Pero no se puede ceder por completo, echar a correr, rendirse. Me *gustan* los Apartamentos Labry. —Sus manos se unieron para aplastar el regazo de su vestido—. Me gusta este lugar. Hemos vivido aquí desde que estaba embarazada de Bobby.

Tuvimos que aguardar casi un año para poder ocupar el apartamento. Antes de eso, teníamos una pequeña casa fuera, en Helmsford; pero no era tan hermoso como esto, créame. Con la posición de Arthur, esto es mucho mejor para él. He recibido a muchos de sus asociados aquí. Me gustaban especialmente algunos de los más jóvenes y brillantes. Y sus esposas. Eran muy agradables. ¿Sabe usted lo difícil que es crear un hogar?

Su talón descalzo había empezado a picarle, simplemente del peso de su cuerpo al estar de pie. Se balanceó un poco para aliviar el picor.

—Eso es algo que una mujer hace desde dentro de ella misma. Lo haces frente a todo tipo de oposiciones. Los maridos se muestran muy apreciativos cuando todo funciona bien. Pero no se sienten ansiosos por ayudar. Es comprensible. No saben cómo. Los chicos ni siquiera lo aprecian. Pero es terriblemente necesario. Tienes que construirte tu propio mundo. Y todos tienen que ser capaces de sentirlo. *Deseo* un hogar que parezca mi hogar, me haga sentir en mi hogar, un lugar donde mi familia pueda estar segura, donde mis amigos, psicólogos, ingenieros, gente normal..., poetas, puedan sentirse cómodos. ¿Entiende?

Asintió.

Se balanceó.

—Ese hombre, Calkins, el que lleva el *Times*: ¿cree usted que tiene un hogar? Siempre escribiendo artículos sobre la gente que está con él, que le visita, esa gente que él ha decidido que es importante. ¿Cree usted que quiero un lugar así? Oh, no. Éste es un auténtico hogar, un lugar donde ocurren cosas auténticas, a gente auténtica. Usted se da cuenta de ello, sé que se da cuenta. Usted ha pasado a formar parte prácticamente de la familia. Es usted sensible, es un poeta; comprende que romper de esta forma con todo, y volver a recomponerlo de nuevo, aunque sea en el piso diecinueve, es tomar una decisión desesperada, ¿lo ve? Pero lo estoy haciendo. Para usted, mudarse de este modo es sólo un gesto. Pero usted no comprende lo importante que puede ser un gesto. No puedo tener un hogar donde oiga chillar a los vecinos. No puedo mantener la paz mental necesaria *para mí* para hacer *de él* un hogar. No cuando está ocurriendo todo esto. ¿Por qué cree que nos trasladamos a los Labry? ¿Sabe usted cómo he sentido *este* traslado? Como un espacio, un abismo, una hendidura por la que podía penetrar algo terrible y destruirnos, a nosotros, a mi hogar. Tienes que hacerlo todo pedazos, luego volver a juntarlo. Sentía realmente que alguna suciedad, algo inmundo u horrible, podría filtrarse en él mientras estaba siendo montado de nuevo e iniciar una terrible descomposición. Pero aquí —agitó una vez más la mano— ya no podía seguir viviendo.

—Pero si *fuera* todo ha cambiado...

—Entonces tengo que ser —soltó su falda— más fuerte por dentro. ¿No?

—Sí. —Se sentía incómodo con la forzada respuesta—. Supongo que sí.

—¿Lo supone? —Inspiró profundamente, mirando el suelo a su alrededor, como buscando fragmentos de la figura rota que le hubieran pasado por alto—. Bien, yo lo sé. Sé acerca de comer, dormir, cómo tiene que hacerse si la gente quiere sentirse comfortable. Necesito tener un lugar donde pueda cocinar la comida que quiero; un lugar que tenga el aspecto que yo quiero que tenga: un lugar que pueda ser un auténtico hogar. —Luego dijo—: Usted lo comprende. —Tomó otro león de cerámica de las mesitas—. Sé que lo comprende.

Él se dio cuenta que era la figura gemela de la que se había roto.

—Sí, señora Richards, pero...

—¿Mamá? —dijo June por encima del sonido de la puerta al abrirse. Miró vacilante entre los dos—. Pensé que ibas a subir en seguida. ¿Es ésa mi caja de conchas? —Se dirigió hacia el montón de cosas que quedaban—. Ni siquiera recordaba que aún la teníamos en casa.

—Hey —dijo Bobby desde la puerta—. Ya casi hemos terminado de subirlo todo. ¿Queréis que suba la televisión?

—No veo por qué —dijo June—. Ya no puede captarse ningún canal; sólo confetti de colores. Será mejor que dejes que Chicco se encargue del televisor. Tú ayúdame a llevar esta alfombra.

—Oh, de acuerdo.

June arrastró el rollo de la alfombra por un extremo. Bobby agarró el otro.

—¿Estáis seguros de que podéis llevarla entre los dos? —preguntó la señora Richards.

—Podemos —dijo June.

La alzaron entre los dos como una flácida salchicha de cinco metros de largo. Maniobraron en medio de la habitación..., la señora Richards corrió las mesitas nido hacia atrás, Chicco apartó la televisión... June caminaba de cara, Bobby de espaldas.

—¡Hey, no me eches contra la jodida puerta! —dijo Bobby.

—¡Bobby! —exclamó su madre.

June gruñó, aferrando más firmemente la alfombra.

—Lo siento. —Bobby se metió el rollo bajo el brazo, tanteó hacia atrás en busca del pomo—. *Maldita* puerta... ¿Está bien así?

—¿La tienes bien cogida? —preguntó June; parecía muy concentrada.

—Ajá —asintió Bobby, retrocediendo en el rellano.

June le siguió: el borde de la alfombra siseó en la jamba.

—Espera un segundo. —Empujó la puerta con el pie, y pasó.

—De acuerdo, pero no vayas demasiado aprisa —repitió Bobby en el rellano lleno de ecos.

La puerta se entrecerró por sí misma.

—Señora Richards, yo subiré la televisión..., si usted quiere.

Ella estaba yendo de un lado para otro, buscando.

—Sí. Oh. Por supuesto, la televisión. Creo que June tiene razón; no se puede ver nada en ella. Es terrible la forma en que llegas a depender de todas esas cosas de fuera: cincuenta enormes lugares vacíos durante la tarde cuando desearías tener una radio o algo que los llenara. Pero la estática es igual de horrible. Espere. Puedo quitar el resto de todas esas cosas de las mesillas, y así podrá usted subirlas arriba. Una vez tengamos puesta la alfombra de la habitación de delante, intentaré poner esa mesa de aquí al lado de la puerta de la terraza. Eso es lo que realmente me gusta de arriba, la terraza. Cuando vinimos aquí, queríamos un apartamento con terraza, pero no pudimos conseguirlo. Luego abriré las otras y las pondré a cada lado de...

Fuera, en el rellano, June gritó: un largo grito que Chicco pudo oír que vaciaba toda su respiración. Luego gritó de nuevo.

La señora Richards abrió la boca sin emitir ningún sonido; una mano tembló junto a su cabeza.

Él echó a correr entre el televisor y las mesillas, en dirección a la puerta.

June, arrastrando una mano contra la pared, retrocedía por el rellano. Cuando él sujetó su hombro, su grito se cortó en seco y se volvió.

—¡Bobby...! —Casi no había voz en ella—. Yo... No vi el... —Agitando la cabeza, señaló al rellano.

Oyó a la señora Richards tras él, corrió otros tres pasos.

La alfombra estaba tirada en el suelo, el último medio metro colgando en el umbral del vacío pozo del ascensor. La puerta la atrapó, hizo *Ca-chung*, se retiró, luego empezó a cerrarse de nuevo.

—¡Mamá! Bobby ha caído en...

¡*Ca-chung*!

—No. ¡Oh, Dios mío, no!

—¡No lo vi, mamá! ¡Yo no fui! Pensé que era el otro...

—Oh, Dios. Bobby, no, él no puede...

—¡Mamá, no lo sabía! ¡Él iba de espaldas! No vi...

¡*Ca-chung*!

Chicco empujó la puerta marcada SALIDA con ambas manos, bajó un piso casi sin tocar los peldaños, llegó al 16, corrió hacia el extremo del rellano y aporreó la puerta.

—Ya va, ya va. ¿Qué demonios —Trece abrió la puerta— ocurre para que llames de esta manera?

—¡Una cuerda! —Chicco jadeaba—. O una escalera. ¿Tiene alguno de ustedes una cuerda? ¿Y una linterna? El chico de arriba, ¡acaba de caerse por el pozo del ascensor!

—Oh, vaya... —Trece retrocedió unos pasos.

Smokey, tras su hombro, abrió unos ojos como platos.

—¡Entra! Chicos, ¿tenéis una linterna y una escalera? ¿Y una cuerda?

Una mujer negra, con el pelo como dos dedos de betún salpicado de orín, apartó a Smokey a un lado con el hombro, se plantó ante Trece.

—¿Y ahora qué cojones pasa, eh? —En torno a su cuello colgaban algunas docenas de cadenas, agitándose entre sus pechos y las solapas de una chaqueta de cuero y enlazadas en la media docena de los ojales inferiores. Su pulgar estaba metido en un ancho y gastado cinturón; sus muñecas eran nudosas, el dorso de sus manos áspero. La negra piel asomaba por encima del cinturón y por debajo del extremo de la chaqueta.

—¡Un chico acaba de caerse por el maldito pozo del ascensor! —Chicco inspiró de nuevo profundamente e intentó ver más allá del grupo que se había reunido junto a la puerta—. ¿Quiere alguno de ustedes, jodidos bastardos, traer una cuerda y una linterna? ¿Eh?

—¡Oh, hey, hombre! —La mujer negra miró por encima del hombro—. ¡Baby! ¡Adam! ¡Denny, tú tienes esa cuerda! Traedla aquí. Un chico se ha caído por el pozo. —Se volvió—. Yo pondré la luz. —Un mancha triangular de color marrón, que parecía permanente, cruzaba sus largos dientes delanteros—. ¡Vamos!

Chicco se dio la vuelta y retrocedió por el rellano.

Les oyó correr tras él.

Mientras empezaba a bajar las escaleras, la voz de Denny se desgajó de las voces y el ruido de pasos que le rodeaban:

—¡Caerse por el ascensor! Oh, hombre —y una risa que era casi un ladrido—. De acuerdo, de acuerdo, Dragón Lady... Estoy contigo.

Una brusca luz a sus espaldas arrojó su sombra ante él contra el piso inferior. En el rellano, miró hacia atrás:

Las brillantes escamas, garras y colmillos se cernieron tras él, estriados y rígidos como una imagen de televisión de un film de monstruos parado en su proyector: era el dragón que había visto la primera noche en el parque con Tak. Podía asegurarlo porque grifo y mantis resplandecían justo detrás, y a veces a través de él. Pálidos como fantasmas, los demás se apiñaban a un lado, estriados con una luz lateral. Chicco siguió corriendo, con el corazón martilleando en su pecho, la respiración despellejando sus fosas nasales.

Cayó contra la puerta del fondo; se abrió. Salió tambaleante al vestíbulo. Los otros corrían detrás. La dura luz despejó las duras sombras, dispersando el grisor del vestíbulo mientras lo cruzaban.

—¿Cómo se baja al jodido sótano? —Martilleó los botones del ascensor.

—La puerta del sótano está cerrada con llave —dijo Trece—. Intenté entrar cuando vine la primera vez aquí y...

Las dos puertas del ascensor se abrieron.

Dragón Lady, con la luz extinguida, se metió en la que tenía la cabina, arrancó la placa de encima de los botones: la placa golpeó contra el suelo de la cabina mientras ella hacía algo con algunos interruptores.

—Listo; he bloqueado las dos puertas para que sigan abiertas.

Chicco miró hacia atrás —las otras dos apariciones oscilaron hacia delante por entre los demás— y gritó:

—¿Dónde está la cuerda? —Se sujetó a la otra jamba y se inclinó en la ligera corriente de aire del pozo. Las vigas asomaban por entre brumosos ladrillos.

—No puedo ver gran cosa.

Encima y entre el viento, una voz hizo eco:

*¡Oh, no! ¡Está ahí abajo! ¡Debe estar terriblemente herido!*

Y otra:

*No, mamá, ven hacia atrás. Chicco está ahí abajo. ¡Mamá, por favor!*

*Bobby, Bobby, ¿estás bien? ¡Por favor, Bobby! ¡Oh, Dios mío!*

Chicco se tensó para ver: un vago asomo de luz arriba en la distancia... ¿Había alguna puerta de arriba abierta?

—¡Señora Richards! —Su grito resonó por todo el pozo—. ¡Apártese de esa puerta!

*¡Oh, Bobby! Chicco, ¿está bien? Oh, por favor, que esté bien.*

*Mama, retrocede, ¿quieres?*

Entonces las luces a su alrededor avanzaron, proporcionando nitidez a los ladrillos, al hierro pintado. Sombras de cabezas se agitaron en la pared del pozo; algunas crecieron, otras disminuyeron; se formaron nuevas sombras.

—¿Ves algo? —preguntó Dragón Lady, apretándose contra su hombro—. Cógete. —Alzó el brazo, sujetó el de él—. Inclínate más hacia delante si quieres.

La miró.

Ella dijo, inclinando la cabeza hacia un lado:

—¡No voy a dejarte caer, hijo de madre!

Así que afirmó la presa de su brazo.

—¿Me tiene bien cogido?

—Sí.

Sus codos formaron un cálido y confortable cerrojo.

Se inclinó hacia delante, oscilando en la oscuridad. Ella siguió su movimiento.

Las otras luces habían llenado la puerta, poblando el pozo con dobles sombras.

—¿Ves algo ahí dentro? —No era la voz de Dragón Lady, sino la de Denny.

Basura ahí abajo: en una oscuridad como terciopelo, paquetes de cigarrillos, envoltorios de chicle, colillas de cigarrillos y puros, cajas de cerillas, papeles y, allá a un lado, en un confuso montón..., el destello identificó la muñeca.

—Sí, puedo verlo..., creo.

*¿Puede ver dónde está? ¿Bobby? ¿Bobby, Chicco, puede verle? ¡Oh, Dios mío, ha caído todo este trecho! ¡Oh, debe estar herido, muy herido! No puedo oírle. ¿Está inconsciente? Oh, ¿no puede ver dónde está?*

*¡Mamá, por favor, por favor, apártate de ahí!*

Tras él, Dragón Lady dijo con una suave brutalidad:

—¡Cristo, desearía que esa bruja cerrara de una vez la jodida boca!

—Mira, hombre —dijo Trece tras ellos—, ¡es su *hijo* el que está ahí abajo!

—No me llames «hombre», Trece —dijo Dragón Lady; y Chicco sintió ceder su presa..., bien, no mucho, apenas un par de centímetros; su hombro se tensó—. ¡Sigo *deseando* que se esté tranquila!

—Traje la palanqueta —dijo alguien—. Y un destornillador. ¿Necesitáis una palanqueta o un destornillador?

—Después de esa caída —dijo Dragón Lady—, no debe quedar mucho de él. Debe estar muerto.

—Mierda, Dragón Lady —dijo Trece—, ¡su *madre* está ahí arriba!

—Dije: ¡Debe estar muerto! ¿Me has oído?

*¡Mamá, ven!*

*¿Puedes verle ahí abajo? No puedo ver nada. No puedo oír nada. ¡Oh, Bobby, Bobby! ¿Puedes oír a tu madre? ¡Por favor, Bobby!*

La presa cedió bruscamente; por un momento Chicco creyó estar cayendo... Dragón Lady, aún sujetándole, se había inclinado tras él. Su voz rugió al lado de su oreja:

—¡SU HIJO ESTÁ MUERTO, SEÑORA! —Y Chicco fue arrastrado hacia atrás—. Bien, acabemos.

Trece, con expresión desolada, agitó la cabeza.

Denny, ahora frente a él, sujetaba un trozo enrollado de cuerda de tender.

—¿Quieres subirlo? Toma la cuerda. Te sostendremos mientras bajas.

Chicco hizo un lazo en un extremo, metió la cabeza por él, lo sujetó con los brazos. (Grifo y Mantis flanqueaban la puerta.) Trece, Denny y Dragón Lady sujetaron entre los tres el otro extremo.

—Ustedes sólo sujeten —dijo Chicco—. Yo bajaré. —Se puso de rodillas en el umbral, sujetando el borde (una deforme mano perdida en la luz del grifo), bajó una pierna, luego la otra. El pozo a sus espaldas estaba frío. No podía decir si el viento venía de arriba o de abajo. Se dejó caer por el borde, tuvo que mantenerse apartado de la pared primero con la rodilla, luego con el pie.

—¿Estás bien? —preguntó Denny, las piernas abiertas, los puños cerrados.

Chicco gruñó, sujeto a la cuerda, tensa a su espalda (mientras un cristal se clavaba dolorosamente en ella) y tensa en sus sobacos.



—Sí. —La barra inclinada del mecanismo de la puerta se deslizó bajo su pie desnudo. El tacón de su sandalia rozó metal.

Oscilando a los dos lados de la puerta, las apariciones se inclinaban hacia delante, luminosas.

En un momento determinado indicó:

—Pueden bajarla un poco más rápido. Estoy bien.

—Lo siento. —Era Trece, reteniendo el aliento; y la cuerda.

Su tobillo rozó el umbral de la puerta del sótano. Su pie descalzo pisó algo y resbaló, en grasa o en sangre.

Se volvió, mientras la cuerda colgaba flácida en torno a él, y miró a... Tenía que estar muerto.

El pozo quedó momentáneamente en silencio, excepto por el viento.

Finalmente, Dragón Lady llamó:

—¿Sigues bien...?

—Sí. —Chicco inspiró profundamente—. Ataré la cuerda a su alrededor. Ustedes pueden subirlo. —Deslizó la cuerda de debajo de sus brazos, la pasó por encima de su cabeza, pero la dejó en torno a uno de sus hombros; avanzó por entre la rezumante suciedad, se inclinó, y tiró de una pierna de donde había quedado encajada entre dos placas amortiguadoras.

—¿*Está vivo?* —preguntó Trece.

Chicco inspiró de nuevo profundamente.

—No... —Tiró de un brazo, rodeó un pecho blando y flácido. La parte delantera de su camisa se empapó inmediatamente. La sangre goteó a lo largo de su antebrazo. De pie, arrastró el cuerpo un paso hacia atrás. Un pie quedó aprisionado en algún lado, se soltó; la pierna cayó contra su muslo..., su muslo mojado, cálido, hasta la rodilla. Mientras tiraba del flácido cuerpo hacia la cuerda, pensó: ¿Es eso lo que convierte sangre y hoja en algo extravagante? Pensó en Tak, pensó en George, buscó en sí mismo algún indicio de vana sexualidad: desconcertantemente, halló un pequeño calor en sus ingles que, mientras desnudaba los dientes y la cuerda se deslizaba en su pegajosa mano, desapareció.

—¡Denme otro medio metro de cuerda! —Bien, la había encontrado antes en coches accidentados, en felpa azul, en raíces, en la húmeda madera con la corteza recién arrancada.

La cuerda cayó encima de su hombro; las voces, dieciocho pisos más arriba, llegaron de nuevo:

*Oh, mamá...*

*¿Está bien? Chicco, ¿todavía no lo ha encontrado? ¿Bobby? Bobby, ¿puedes oírme?*

*Oh, mamá, escuchaste...*

*Bobby, ¿estás bien?*

Pasó la cuerda en torno al pecho, hizo un torpe nudo —como con las manos llenas de goma— que *quizás* aguantaría. Bobby colgó contra las rodillas de Chicco, lo bastante pesado como para hacer que su pie desnudo resbalara hacia atrás.

—¡Ya está! —dio un tirón a la cuerda.

Pudo verla deslizarse en el umbral encima de él, tensarse, y empezar a subir lentamente. El peso se alzó, apartándose de él. Una zapatilla se arrastró junto a su pie, golpeó contra la puerta, osciló de nuevo y se alzó, goteando sobre su mejilla. Se manchó más la cara intentando restregársela y retrocedió unos pasos.

—¡Jesucristo...! —La exclamación de una de las chicas en el umbral lo silenció todo excepto el viento y la reverberante voz:

*¡Bobby, Bobby, por favor! ¿Puedes oírme?*

Otro muchacho dijo:

—¡Hey, huau...!

Luego, la nerviosa risa de Denny:

—¡Oh, hombre, eso es picadillo...!

Dragón Lady dijo:

—Bien, voy a desatarlo... Tú arrójale de nuevo la cuerda al chico.

De pie en el fondo del pozo, con el pie descalzo contra una viga maestra que cruzaba las placas amortiguadoras, Chicco alzó la vista. Por un momento creyó que la cabina del ascensor descendía sobre él. Pero era una ilusión óptica provocada por la luz de las bestias que flanqueaban la puerta, que oscilaban y parpadeaban ambas al borde de su visión.

La cuerda cayó hacia él. La sujetó con una mano, luego con la otra. Alguien tiró; raspó sus resbaladizas manos.

—¡Hey...! —La cuerda se aflojó de nuevo.

Dragón Lady se inclinó hacia el pozo, con la cuerda enrollada en una de sus muñecas.

—¿La tienes ahora?

—Sí. —La pasó de nuevo por su cabeza, bajo sus brazos—. Adelante.

Tiraron de él hacia arriba.

Cuando su cabeza alcanzó el umbral, Denny y alguien más estaban de rodillas y lo sujetaron por los sobacos. El umbral rascó su barbilla, su pecho.

Smokey se llevó simplemente una mano a la boca y retrocedió detrás de Trece.

Chicco se arrastró al suelo, se puso en pie, avanzó unos pasos. Los otros retrocedieron.

—¡Dios santo! —Dragón Lady agitó la cabeza, con los ojos muy abiertos, la cuerda enrollada en torno a su cadera—. ¡Dios...!

Denny, con una extraña sonrisa, dio unos pasos atrás, con las uñas orladas de

negro raspando contra su pecho.

—Huau, realmente... —Agitó su pálido pelo, pareció pensar en varias cosas que decir—. Pareces casi tan mal como... —miró al suelo.

—Hum... —dijo Trece—, tenemos algo de ropa arriba. Supongo que querrás, esto..., cambiarte.

—Oh, sí... —Chicco bajó la vista hacia la sangre: sobre sí mismo, en el suelo. Ya no goteaba. Parecía como jalea—. Gracias. —Miró también a la cosa en el suelo, mientras el viento y la voz de la mujer arriba creaban torrentes en el pozo—. Será mejor que... lo suba.

La camisa de Bobby estaba rasgada en toda su espalda. La carne que no estaba retorcida y desgarrada tenía un tono púrpura.

—Puedes hacer un cabestrillo, o algo —ofreció Trece—. Hey, ¿no tenemos todavía un poco de aquella lona?

Alguien al que no reconoció dijo:

—La tiramos.

Chicco hizo un ruido con la boca, se inclinó, pasó los brazos por debajo de los hombros de Bobby, tiró de él. Un ojo, abierto, había reventado. El rostro, como si fuera de arcilla, estaba aplastado en una cuarta parte.

Trece, mirando hacia arriba en el pozo, dijo:

—Dragón Lady, ¿por qué le has gritado a ella que su hijo estaba muerto?

—Porque —dijo Dragón Lady—, si yo fuera su madre, ¡querría saber!

—Pero supón que *estuviera* aún...

—Hombre —dijo Dragón Lady—, no se ha caído de la ventana de un segundo piso. ¡Eso son diecisiete, dieciocho pisos!

Chicco hizo cuña con la mano bajo las rodillas de Bobby, se irguió tambaleante, retrocedió un par de pasos.

—¡Cuidado! —Denny agarró a Chicco por el hombro—. No querrás volver abajo otra vez, ¿no?

—¡Haga funcionar el ascensor! —dijo Chicco. El cuerpo era pesado en sus brazos, no tan cálido, y goteaba menos.

—¿Eh? —Dragón Lady, que estaba enrollando la cuerda—. ¡Oh, sí! —Se metió en la cabina, hizo algo de nuevo en los interruptores encima de los botones.

La puerta empezó a cerrarse. La detuvo con su antebrazo. (*Ca-chung.*)

Denny retrocedió mientras Chicco llevaba a Bobby dentro.

—Baby, Adam, vosotros id arriba con los otros —dijo Dragón Lady desde el fondo de la cabina.

Pero Chicco, de cara a la puerta mientras ésta se cerraba, no pudo decir a quiénes de los que estaban de pie detrás de Trece y Smokey se lo había dicho: sus escudos de luz se habían extinguido.

Un momento en la oscuridad; luego oyó la mano de Dragón Lady moverse entre sus cadenas, y la cabina se llenó de luz.

—Así podrás ver qué estás haciendo —dijo el dragón—. Espera, pulsaré el piso. ¿Cuál es? ¿El diecisiete?

—Sí —asintió; se echó a un lado.

La cabina subió.

El dragón a su lado, se dio cuenta, era más grande que el ascensor. Puesto que era luz, hubiera esperado que paredes y techo cortaran el lado de esa garra, la parte superior de esa cabeza. El efecto, sin embargo, era como si esos lugares en las azules paredes y techo esmaltados parecieran transparentes, y la garra y la cabeza brillaran a través de ellos. La aparición se reflejaba en los cuatro lados.

De pie allí, traspasando el peso de uno a otro brazo —tuvo que hacerlo varias veces—, observó las estrías, como una confusa imagen en alguna pantalla vertical de televisión, que se desplazaban a la izquierda si él oscilaba hacia la derecha; si oscilaba hacia la izquierda, se desplazaban a la derecha. Dijo:

—Creo que no debería salir usted conmigo.

—No pensaba hacerlo —respondió el dragón.

Cambió el peso de nuevo, lo miró, y pensó: huele..., tiene un olor específico. Y había un irritante trozo de papel —miró por delante de sus rodillas; ¿era una carterita de cerillas?— pegado a su pie desnudo.

¿Por qué?, pensó Chicco. ¿Por qué estoy de pie aquí con este puñado de pesada, pesada carne, sucia de sangre...? Luego algo se revolvió en el interior de su rostro; su garganta se contrajo, sus ojos se llenaron de lágrimas. Fuera miedo o pesar, se extinguió tan rápidamente como la excitación sexual que había ardido momentáneamente en sus ingles.

Parpadeó, cambió de nuevo el peso a su pie calzado. El desnudo se pegaba al suelo.

A su lado, las oscilaciones y movimientos que podían decirle los pensamientos de Dragón Lady quedaban ocultos en luz.

Cambió de nuevo el peso. Su sandalia también estaba pegada.

La cabina frenó su marcha; la puerta se abrió.

El puño de la señora Richards ascendió hacia su barbilla. El gesto fue una versión más intensa que el de June.

La señora Richards retrocedió, y volvió a retroceder.

June sujetó el brazo de su madre.

La señora Richards cerró la boca y los ojos y empezó a temblar. Unos sollozos agudos y quebradizos rompieron el silencio.

—Será mejor que lleve a su madre arriba —dijo Chicco a June, y salió al rellano, detrás de su grotesca sombra.

La cabeza de June giró bruscamente de él a su madre, de su madre a él, hasta que un borde de sombra barrió su mirada. No era a él a quien estaba mirando, sino a la brillante aparición en el ascensor que se cerraba.

—Lo pondré en el apartamento viejo.

—¿Bobby...? —susurró June, y se aplastó contra la pared para evitarle cuando él pasó por su lado.

—Sí, está muerto.

Tras él, el llanto de la señora Richards cambió de tono.

La puerta del otro ascensor, contra la enrollada alfombra, seguía haciendo *Ca-chung, Ca-chung, Ca-chung...*

Empujó con el hombro la puerta del 17-B. ¿Depositar al muchacho en su propia...? Chicco recorrió el pasillo, entró en la desnuda habitación. Una de las manos de Bobby (la que llevaba la cadena, toda manchada) golpeaba y golpeaba su espinilla. Todo lo que tenía que hacer era ponerlo en el suelo de modo que no pareciera tan triste.

Intentó no dejarlo caer; lo bajó, estuvo a punto de perder el equilibrio; y finalmente lo dejó caer. Tiró de la pierna doblada...; se dobló de nuevo, por el ángulo equivocado. Así que se alzó.

¡Cristo, la sangre! Agitó la cabeza, y se despegó la camisa del estómago y hombros. Mientras se dirigía hacia la puerta se desabrochó los pantalones y, sujetándolos con una mano —bajaron hasta sus muslos— se encaminó al pasillo.

La señora Richards, de pie en medio del pasillo, empezó a agitar la cabeza y a sollozar de nuevo.

Frunció el ceño y se subió los pantalones. Se dirigía al cuarto de baño pero, expuesto a su asombrado dolor, fue arrojado de vuelta al momento de respuesta sexual en el fondo del pozo. Mierda, pensó.

—Señora, ¿por qué no sube arriba? No hay nada que pueda hacer. Quedarse aquí no la hará sentirse... mejor. ¿June...?

June estaba medio escondida detrás de su madre.

—¿...por qué no la lleva arriba? —De pronto sintió deseos de no estar allí—. Mire, tengo que hacer... algo. —Manteniendo cerrados los pantalones, pasó junto a ellos hacia el salón, tomó su bloc de notas y, sujetándolo frente a él, se encaminó a la puerta.

Trece dijo:

—Supongo que se lo está tomando por lo difícil —y se apartó para dejarle entrar.

—Mierda. —Dragón Lady miró al techo.

El sonido de los sollozos, agudos y ahogados, goteaba dentro de la habitación como algo fundido.

—¿Por qué no se calla? —dijo Dragón Lady.

—Mira, hombre... —empezó Trece.

—Lo sé, lo sé. Alguien acaba de preguntarme si quería un vaso de vino. Bien, mierda, sí. ¿Baby? ¿Adam? ¿Traéis ese maldito vino?

—¿Dijeron que tenían alguna ropa? —empezó Chicco.

—Oh, sí. Seguro. Pasa dentro.

Denny, que llevaba una jarra de cristal apoyada en el hueco de su brazo, dijo:

—Supongo que deseas usar el cuarto de baño.

—Sí, querrás lavarte. La bañera está hecha una porquería, pero puedes usarla si quieres. ¿Qué ocurre?

—Nada. —Pero la última frase de Denny le había producido una desagradable piel de gallina, peor que el pesar o el terror—. Sí, será mejor que me lave.

—Al fondo del pasillo. No tiene ninguna jodida ventana. Traeré un quinqué. —Trece tomó uno colgado de un clavo en la pared.

Chicco le siguió al cuarto de baño.

A la oscilante luz del quinqué vio una línea de óxido a lo largo del centro de la bañera, hasta el desagüe. El esmalte había saltado aquí y allá, dejando ronchas negras.

—Tuvimos que meter a un jodido escorpión aquí dentro un par de noches; se llamaba Pimienta, y se puso algo en el brazo que no debería haberse puesto. Se metió en la bañera con espuelas, e intentó patear unos cuantos agujeros en ella. —Con el quinqué alto en una mano, Trece se inclinó y recogió un tornillo del fondo de la bañera, lo miró y se encogió de hombros—. Usa todas las toallas que necesites. No tenemos paños para lavarse. —Depositó el quinqué en el respaldo del water.

Chicco colocó el bloc de notas encima del asiento, abrió el agua y tomó el jabón: escamas de óxido incrustadas se habían secado en él.

Con una toalla gris (arrugada) fregó el fondo de la bañera. No había tapón, así que la enrolló y la metió en el desagüe, luego se metió antes de que el agua hubiera cubierto el fondo.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó una chica desde la puerta.

—Ajá, sí.

Mientras se sentaba, frotándose el rostro, pudo oír los sollozos de arriba. Se preguntó si la señora Richards estaba yendo de habitación en habitación.

La chica entró en el cuarto de baño con una taza blanca en las manos. Llevaba téjanos, era regordeta, y tenía un rostro alegre que estaba intentando que pareciera muy serio.

—Aquí lo tienes. Ese pobre chico... —Se inclinó, derramando rubio pelo por encima del hombro, y puso la taza en el borde de la bañera. Sus generosos pechos estaban sueltos bajo la camiseta azul—. Tiene que haber sido *horrible*.

Su voz era vivaz, e imaginó que probablemente reía mucho. El pensamiento de la risa de ella le hizo sonreír.

—No fue agradable.

—¿Vives arriba? —preguntó ella.

Quizá tendría diecisiete años.

—Sólo trabajo aquí. ¿Sabes?, si sigues mirándome de esta forma vas a excitarme.

Ella dejó escapar una risita.

Él se reclinó en la bañera.

—¿Lo ves?, te lo dije.

—Oh... —Ella hizo un gesto de burlona frustración, se fue..., tuvo que empujar a Denny, que estaba ahora de pie en la puerta, para pasar. El muchacho lanzó una seca y corta risa.

—Realmente te pusiste hecho un asco, ¿eh, chico?

—Oh, sí. Pero creo que no podíamos dejarlo ahí abajo.

—No, supongo que no. —Denny entró y se sentó en la tapa del water, tomó el bloc de notas—. Hey, chico. ¿Es tuyo?

Asintió, dándose cuenta sólo entonces de que el «chico» de Denny no tenía ni C mayúscula ni doble c. Sonrió y quitó el improvisado tapón. (A su alrededor el agua corrió de un color marrón sucio. La carterita de cerillas de su pie flotaba bajo los grifos). Cuando dio un sorbo al contenido de la taza, su boca ardió.

—Mierda, ¿qué es eso?

—Whisky —dijo Denny, alzando la vista—. Querías vino, tenemos vino. Pero pensé que tal vez prefirieras algo bueno y fuerte. Quiero decir, después de... —Su pelo se agitó en pálidos mechones.

—Está bien.

—¿Tú has escrito todo esto?

—Sí. Déjalo tranquilo.

—Oh. —Denny lo depositó rápidamente en el suelo, entre sus botas. Se frotó durante un rato el desnudo pecho con dos dedos. Luego alzó la vista y dijo—: Se lo ha tomado realmente mal, ¿eh? Supongo que es porque se trata de su madre.

Chicco asintió y se frotó los nudillos en el jabón.

—¿Me he quitado toda esa mierda de la cara?

—No. En el lado, debajo de la barbilla.

Frotó allí. El quinqué mostraba los cuajarones oscuros remolineando hacia el desagüe.

Denny hizo un gesto.

—¿Qué te ha producido esta erección?

—Tu huesudo culo colgando en la parte de atrás de tus pantalones.

—¿De veras? —Denny sonrió—. Seguro que es la mejor pieza a la que le hayas echado nunca el ojo.

Pero cuando Chicco hubo eliminado con agua la suciedad de su rostro, Denny

seguía mirándole.

—¿Qué tal fue la corrida? —preguntó Chicco.

—¿Con Pesadilla?

—Ajá.

—Una jodida mierda. —Denny se encogió de hombros—. No conseguimos nada. Hubo un tiempo que correr era realmente bueno. La próxima vez lo volverá a ser.

—¿Tras de qué corréis? —Chicco bebió un poco más de licor, y restregó el oxidado jabón por su estómago.

—¿Estás interesado en esa mierda de los escorpiones?

Chicco se encogió de hombros. El jabón se escapó de entre sus manos.

Denny asintió.

—Si estás interesado, pregúntale a Dragón Lady.

—No estoy tan interesado como eso. —Recuperó el jabón, lo pasó por entre los dedos de sus pies.

—Pregúntaselo a ella, te lo dirá si cree que realmente quieres saberlo. Le caes bien a Dragón Lady. —De pronto, Denny se puso en pie—. Y a Pesadilla también. Vuelvo en un segundo.

Chicco dio otro sorbo y se dedicó a restregar de nuevo. Sus uñas —bordes irregulares y mordidos— estaban orladas de marrón. Inclino la cabeza hacia un lado, frotó, las alzó; regueros oscuros gusanearon entre los dedos.

—Aquí tienes, chico. —Denny volvió con lo que parecía un puñado de ropas y se sentó de nuevo en el water—. Tienes *este par* de pantalones, y este otro par..., no, están demasiado gastados. Creo que éstos te irán bien. Además, tienen un bonito cinturón. Y me pregunto quién dejaría toda esta mierda. Creo que hay alguna camisa por aquí también.

—Creí que los escorpiones no llevaban camisa. —Chicco se puso en pie en la sucia agua para enjabonarse las ingles.

Denny le miró una vez más.

—Mierda, será mejor que conserve el culo fuera de tu camino. ¿Quieres una chaqueta de piel negra? Te caerá bien, ¿sabes, chico? Los escorpiones suelen llevar chaquetas. ¿Has visto la que yo llevo?

—¿Cuántos años tienes?

—¿Eh...? Dieciséis —seguido por una mirada interrogadora.

Quince, decidió Chicco.

—Soy prácticamente una docena de años mayor que tú. Deja de llamarme chico.

—¿Oh? ¿De veras?

—De veras. Ahora échame esa otra toalla. —Mientras la atrapaba, la puerta se abrió de golpe. Dragón Lady entró en tromba, el rostro crispado, los manchados dientes desnudos, agitando un puño con un dedo alzado.



—Mira, cuando vuelvas arriba, dile a esa puta que acabe con esto, ¿oyes? ¡Me están entrando ganas de darme con la cabeza contra las jodidas paredes! Dios mío, sé que era su hijo, pero... ¡bueno, Jesucristo, lleva gimiendo desde hace una jodida hora! —Miró al techo y aulló—: ¡Quiero decir, salga a dar un *paseo*, señora!

—Dragón Lady... —La interrupción de Denny no pareció apaciguar en nada la furia de la escorpión.

—¡Sacamos al mamoncillo de ahí abajo por ella! ¡Si sigue así, voy a subir a sacarle la mierda del culo a patadas!

Furia y aire frío: su erección se había esfumado.

—Las *paredes* son delgadas. —Se frotó el cuerpo con la toalla.

—¿Dragón Lady?

—¿Qué quieres, Denny?

—El... Chico preguntaba acerca de correr.

Chicco tuvo la impresión de que la vacilante desobediencia era alguna aquiescencia a un compromiso previo. Pero no podía estar seguro si la mayúscula recién implicada era respetuosa o burlona.

—¿Sí? —La furia de Dragón Lady se agotó rápidamente.

—Mire, déjeme salir de aquí y ver lo que puedo hacer arriba —dijo Chicco—. Hablaremos de ello en algún otro momento. —Él también deseaba que la señora Richards se tranquilizara.

—Oh, sí. Seguro. Intenta que se calle, ¿quieres? —Dragón Lady salió del cuarto de baño.

—¿No quieres la chaqueta? —Denny seguía revolviendo el montón.

Los sollozos aumentaron bruscamente de tono. Fuera, Dragón Lady dijo:

—¡Maldita sea, Dios!

—Sí, quiero la jodida chaqueta. —Chicco salió de la bañera, se inclinó y vació el whisky de la taza. Calores gemelos de aceptación y alcohol giraron dentro de él.

Denny, aún sentado, estaba casi doblado en dos mientras revolvía las ropas. Las trabillas de su cinturón tiraban de sus téjanos, marcando el pliegue entre sus nalgas.

Chicco chasqueó de nuevo la lengua y se secó las ingles con la toalla.

—¿Qué es lo que busca ella, exactamente?

—¿Dragón Lady? —Denny alzó la vista, irguiendo el torso.

—Sí.

—¿Recuerdas, cuando estuviste aquí la otra noche, a Pesadilla intentando convencer a alguno de nosotros para que corriéramos con él? —Denny se encogió de hombros y volvió a agacharse sobre las prendas—. Bueno, sospecho que luego es ella quien nos devuelve.

—Oh.

La puerta se abrió de nuevo. La muchacha estaba allí de pie, esta vez con una taza

de plástico.

—Oh —dijo—. No sabía que estabais... —Eso fue para Denny, que ni siquiera alzó la vista. De modo que siguió, esta vez para Chicco—: Denny me dijo que debía traerte otra taza dentro de quince minutos. ¿Has terminado la primera?

—No te importa una jodida mierda si la ha terminado o no —dijo Denny, aún doblado sobre sí mismo—. Simplemente dásela.

—La he terminado.

Ella parpadeó rápidamente, mientras intercambiaban tazas. Luego, sin mirar a Denny, se fue. Chicco bebió un poco más, depositó la taza en el borde de la bañera.

—Gracias.

Denny siguió sin decir nada, casi como si estuviera azarado.

Con unos téjanos negros y una chaqueta de piel, Chicco se dirigió a la habitación de delante.

—¡Hey, hombre! —estaba diciendo Dragón Lady—. Esto ya es demasiado...

Los sollozos eran mucho más fuertes allí.

—Dragón Lady —dijo Smokey, tirando de las borlas de su cinturón de macramé—, ¿por qué gritas esas cosas para arriba? No es... ¡No es necesario!

—Bueno —dijo Dragón Lady, con los pulgares metidos en las trabillas del suyo—, si yo estuviera haciendo una estupidez así durante casi una hora, no sé si no apreciaría el que alguien me dijera que parase...

Smokey pareció encontrar aquello divertido; la reacción de Trece, sin embargo, fue una silenciosa y agitada frustración. Se situó, casi protectoramente, entre las dos mujeres. A Smokey no pareció importarle.

—Mira —dijo Trece, con gestos definitivos de las palmas de sus manos—, si tu vecino, quiero decir tu propia *vecina*, está pasando por eso, estás obligado, simplemente *obligado*, entiéndelo, a aceptar...

Dragón Lady le arrojó su vaso. No acertó a Trece. Smokey se agachó también.

—Hey, cuidado... —gritó Trece. Trozos de cristal cayeron al suelo. El vino resbaló por la pared. Smokey sólo parpadeó y miró como si no supiera si sentirse divertida o furiosa.

Pero Dragón Lady estalló en una estrepitosa carcajada.

—Oh, Trece..., Trece, eres tan... —Las cadenas se agitaron, oscilaron alrededor de su cuello mientras se ponía en pie—. ¡Eres *tan* mierda de gallina! —Se rió de nuevo.

Quizá, pensó Chicco, los escorpiones sólo gritaran mucho, rieran muy alto y arrojaran cosas.

—¡Baby! —gritó Dragón Lady—. ¡Adam! Vámonos de aquí, ahora mismo...

—Adiós —dijo Chicco en la puerta, y salió. La chica con la camiseta azul que le había traído el whisky fue la única que le respondió «adiós». De todos modos, pensó,

estaba seguro de que era el momento de marcharse. En el rellano, se le ocurrió que ni siquiera había reparado en si la muchacha enferma seguía aún en su camastro o no.

LLEVÓ las mesitas nido al 19-A.

La señora Richards estaba de pie en mitad de la habitación.

—Hum —dijo él—, pensé que valía la pena subirlas conmigo, ya que estaba de camino. Dijo usted que las quería junto a... —cruzó por su lado y las dejó junto a la puerta de la terraza.

—Sus ropas —dijo ella—. Iba a darle algunas de las de... mi hijo.

—Oh. Conseguí éstas... —Las otras también eran completamente negras.

Las manos de la señora Richards estaban aferradas la una contra la otra debajo de sus pechos. Asintió.

—¿Está bien June?

Asintió de nuevo.

—Creí oírla abajo, pero cuando entré usted ya había subido.

El asentimiento prosiguió, hasta que de pronto ella desvió la cara.

—Subiré el resto de las cosas, señora.

Regresó con alfombras sobre cada hombro, y las dejó caer. La señora Richards había salido de la habitación. En su siguiente viaje (consideró los juguetes de Bobby, pero decidió que era mejor dejarlos abajo), ella pasó por su lado y no le miró. Tres viajes más y todo (los juguetes también: los llevó a la habitación de Bobby y los puso directamente en el armario) estaba arriba.

Se sentó en el sillón y abrió su bloc de notas. Una línea amarronada orlaba aún las mordisqueadas puntas de sus uñas. Tomó el bolígrafo (sujeto ahora a un ojal de la chaqueta) y volvió páginas. Se sorprendió de cuán pocas quedaban vacías. Siguió girando hasta la última, y se dio cuenta de que habían sido arrancadas páginas. Sus restos formaban estrechas tiras dentro de la espiral. La tapa estaba muy suelta. Media docena de los agujeros del cartón se habían roto. Volvió a la primera de las páginas blancas y sacó la punta del bolígrafo.

Luego, lentamente, se perdió en las palabras:

*Las dos piernas estaban rotas. Su cráneo reducido a pulpa y su cadera una masa informe...*

Hizo una pausa; volvió a escribir:

*Las dos piernas rotas, un ojo reventado, la cadera hecha pulpa...*

Sólo que en algún lugar su lengua se trababa con una indeseada tensión. Frunció el ceño, buscando una manera de extirpar una sílaba de modo que le devolviera a la

estrofa toda su violencia. Cuando la halló, se dio cuenta de que tenía que renunciar al *hecha* y reordenar tres palabras; lo que quedaba era una frase declarativa que significaba algo completamente distinto e hizo que se le erizara el vello de la espalda bajo la chaqueta de piel, porque, reconoció de forma irrelevante, era mucho más espantosa de lo que había intentado describir. La primera concepción sólo se había acercado al límite de lo tolerable. Inspiró profundamente, y buscó una frase para cerrar el pasaje; y, mientras la escribía, vio que sólo una palabra era necesaria en ella, de modo que tachó las otras.

La señora Richards entró en la habitación, la rodeó con la mirada, buscando, le vio:

—Oh, está escribiendo. No pretendía molestarle... mientras escribe.

—Oh, no. —Cerró el cuaderno—. Ya he terminado. —Estaba cansado. Pero había terminado.

—Pensé que tal vez estuviera escribiendo usted alguna especie de... elegía. Para... —y dejó caer la cabeza.

—Oh. No... —dijo, y decidió que «Elegía» era el título—. Mire, ya lo tiene todo aquí arriba. Quizá será mejor que me vaya.

—No. —La mano de la señora Richards abandonó su cuello para tenderse hacia él—. ¡Oh, no debe irse! Quiero decir que no ha hablado todavía con Arthur acerca de su paga, ¿no?

—Está bien, de acuerdo. —Volvió a sentarse.

La señora Richards, toda ella exhausto nerviosismo, se sentó al otro lado de la mesa de café.

—¿Dónde está June? —preguntó él.

—Está en su... —terminó su frase con un vago gesto. Luego dijo—: Tiene que ser horrible para usted.

—Es peor para usted. —Estaba pensando: ¿La ropa de su hijo? Ella no podía haberse referido a Bobby, ni siquiera tenían la misma talla. ¿La de Edward?—. Señora Richards, no puedo expresarle lo que lamento...

Ella asintió de nuevo, con la barbilla golpeando sus nudillos.

—Oh, sí. No tiene que hacerlo. Comprendo. Usted bajó hasta allí y lo trajo —en la pausa, él pensó que iba a echarse a llorar de nuevo— de vuelta. ¿Cómo puedo yo darle las gracias por ello? Bajó usted hasta ahí abajo. Le vi cuando lo subió. ¿Cómo puedo expresarle...?

—Está bien, señora Richards. De veras. —Deseaba preguntarle a ella acerca de la estructura de luz que había habido con él en la cabina del ascensor; y no podía pensar en ninguna forma. Por un momento imaginó que quizá ella no la hubiera visto. Pero agitó sus mandíbulas para disipar aquellas implicaciones—. No tengo que esperar aquí al señor Richards. Puedo volver en otra ocasión. Es posible que desee usted estar

a solas con él cuando...

Los desorganizados movimientos del rostro de ella se detuvieron.

—¡Oh, no, necesito alguien aquí! ¡Por favor, quédese, quédese por mí! Eso sería... —empezó a mirar a su alrededor, sentada allá en su silla— lo más considerado que podría hacer. Y puede hacerlo.

—De acuerdo.

Fuera que fuese lo que buscaba, no lo encontró.

—Necesito a alguien conmigo. Necesito a alguien. —Se puso en pie—. Conmigo. Aquí. —De nuevo escrutó la estancia—. Es tan extraño, no tengo ni la menor idea de lo que diré. Desearía poder telefonarle; por teléfono sería todo mucho más fácil. Pero tengo que esperar. Él aparecerá por la puerta. Y yo le diré: Arthur, esta tarde June ha empujado inadvertidamente a Bobby al pozo del ascensor y ha caído diecisiete pisos y se ha matado... —Miró a la cocina, cruzó la habitación, miró al pasillo.

—¿Está usted *segura* de que no se sentirá mejor si me marchó? —Deseaba irse, no podía concebir el que ella deseara que se quedase, ni siquiera cuando ella agitó la mano hacia él, ni siquiera cuando dijo:

—Por favor. Tiene que quedarse.

—Sí, señora. Me quedaré.

Ella volvió a sentarse en su silla.

—No tengo la sensación como de que vivamos aquí. Las paredes son azules. Antes eran verdes. Pero todos nuestros muebles están en el lugar que les corresponde.

—Las alfombras aún no están puestas —sugirió él. Bueno, aquello llenó el silencio.

—Oh, no. No, no creo que sean las alfombras. Es la sensación. Es la sensación de intentar crear un hogar. Un hogar para mi esposo y mis... —Entonces apretó los labios y dejó caer la cabeza.

—Mire, señora Richards, ¿por qué no va a su habitación y se echa un poco o algo hasta que vuelva el señor Richards? Mientras tanto yo pondré las alfombras. —Y pensó bruscamente: Eso es lo que ella deseaba decirme; ¡así que yo tendré que decírselo a él!

¿Quién fue exactamente el que les dijo a los malditos chicos que subieran las alfombras? No pudo recordar si había sido él o ella.

Pero ella negó con la cabeza.

—No podría dormir ahora. No. Cuando vuelva Arthur..., no. —La última palabra fue muy tranquila. Apoyó..., empujó las manos contra su regazo. La pila de libros de Bobby estaba aún en una esquina de la habitación... Chicco deseó haberla puesto en algún otro lugar.

Ella se levantó.

Recorrió la habitación con la mirada una vez más.

Sus ojos parecían desenfocados..., primero más allá de la puerta de la terraza, luego de nuevo al comedor, finalmente al pasillo y al vestíbulo.

Se detuvo detrás de su silla.

—Arthur —dijo, seguido por lo que sonó más como una coma que como una yuxtaposición— está fuera.

—¿Señora?

—Arthur está fuera, ahí. —Se sentó—. Cada día lo veo volver. Puedo verle desde la ventana dar la vuelta a la Cuarenta y cuatro, allí, y desaparecer. En el humo. Así. —Más allá de la terraza, los edificios eran manchas imprecisas—. Nos hemos mudado. —Contempló la bruma mientras su pecho se *alzaba* y descendía cinco veces—. Este edificio es como un tablero de ajedrez. Ahora ocupamos un cuadro distinto. Teníamos que mudarnos. Teníamos que hacerlo. Nuestra posición antes era terrible. —El humo empujaba al otro lado de la ventana, descubriendo más humo—. Pero no creí que el mudarnos fuera a costarnos tanto... —y más—. No estoy preparada para esto. De veras, no. Arthur sale ahí fuera, cada día, y trabaja en Systems. Maitland Systems Engineering. Luego vuelve a casa. —Se inclinó hacia delante—. ¿Sabe?, no creo que todo eso de ahí fuera sea real. Una vez lo cubre el humo, no creo que sea nada. No creo que exista ningún lugar donde ir. —Se echó hacia atrás en su silla—. No creo que haya habido nunca nada. Estoy muy enamorada de ese hombre. Y me siento muy maravillada por él. Me asusta cuánto no comprendo de él. A menudo sospecho que no es feliz, que salir ahí fuera para trabajar cada día en esa... —agitó ligeramente la cabeza—, que eso no le proporciona nada real, las cosas interiores que necesita. Sea lo que sea lo que hace ahí fuera, me asusta. Me lo imagino dirigiéndose hacia un gran edificio vacío, lleno de oficinas, y escritorios, y bancos de trabajo, e instrumentos técnicos, y mesas de dibujo, y archivadores, y armarios de equipo..., pero no gente. Camina arriba y abajo, y mira por las puertas abiertas de las oficinas. No creo que abra las que están cerradas. A veces ordena una pila de papeles sobre el escritorio de alguien. A veces estudia un montón de planos de circuitos, pero los vuelve a dejar, cuidadosamente. Eso es todo. Todo el día. Sin nadie más allí. ¿Cree usted que alguna de las ventanas estará rota? ¿Cree usted que a veces acciona un interruptor de la luz, y sólo uno de esos largos tubos fluorescentes parpadea, ligeramente anaranjado en un extremo? Hay algo maravilloso en la ingeniería, ¿sabe? Quiero decir, usted recurre a ella y resuelve problemas, hace cosas, con sus manos, con su mente. Recurre a ella, y tiene un problema sobre el que trabajar, y cuando ha terminado de resolverlo, ha hecho usted..., bien, ha hecho algo con resultados reales, tangibles. Como un granjero que ve crecer una cosecha; puede ver que está ahí. No se limita a apretar un botón, una y otra vez, o poner interminables pilas de papeles en los cajones adecuados. Los ingenieros son muy inteligentes. Como los granjeros.

También pueden ser muy densos y testarudos. Oh, no sé lo que hay ahí fuera, dónde va ni lo que hace cada día. No habla de ello. Acostumbraba a hacerlo. Pero no ahora. No sé dónde va, cada mañana. Si caminara por las calles durante todo el día, yo podría decirlo. No es eso. Pero sea lo que sea, no es bueno para él. Es un buen hombre. Es más que un buen hombre; es un hombre inteligente. ¿Sabe que fue contratado apenas terminar en la universidad? Oh, eso era algo muy frecuente hace algunos años. Pero no era tan frecuente cuando nosotros estábamos en la universidad. Él necesita... algo... parecería una mujer estúpida si dijera «a su altura». Pero eso es lo que creo. Nunca he comprendido qué había ahí fuera. —Miró de nuevo a través de la puerta de la terraza—. He sospechado, oh, he sospechado que, fuera lo que fuese, no era realmente lo que él necesitaba, lo que podía hacerle... ¿feliz? Oh, aprendí hace mucho tiempo que no buscas eso. Pero lo que haces apunta hacia la... ¿excelencia? ¿Satisfacción? Oh no, oh no: no en un gran edificio de oficinas vacío, donde las luces no funcionan, donde las ventanas están rotas, donde no hay ninguna persona.

—Probablemente haya gente allí —dijo Chicco, incómodo—. Seguro que hay el esqueleto de un personal. Madame Brown y yo estuvimos hablando de ello. Probablemente sea algo como... la oficina de la Dirección.

—Ah. —Sus manos se unieron en su regazo—. Sí. —Se reclinó en su silla—. Pero sólo le estoy contando la sensación que produce. Que me produce. Cuando el humo se aclara, puedo mirar a los otros edificios. Hay tantas ventanas rotas. Quizá los hombres de mantenimiento en la oficina de Arthur hayan empezado ya a reponer los cristales. El mantenimiento es siempre mejor en los lugares comerciales. Bueno, hay más dinero implicado. No dejo de preguntarme cuándo podemos esperar aquí alguna especie de regreso razonable a la normalidad. Hay un cierto estándar mínimo que debe ser mantenido. Deberían enviar a alguien, aunque sólo fuera para hacernos saber cómo está la situación. No saberlo, eso es lo peor. Si yo supiera algo, algo seguro acerca de los planes para reparar los daños, para restablecer los servicios, las luces y todo eso, entonces podríamos esperar que empezaran... —Parecía extrañamente irritada.

—Quizá lo hagan —sugirió él—. Quizá envíen a alguien.

—Usted cree que lo harán. Hemos tenido problemas con ellos antes; se produjo una enorme grieta, se abrió en el techo de la habitación de June. No fue culpa nuestra. Algo arriba cedió. Tardaron tres meses en enviar a alguien. Pero respondieron inmediatamente a mi carta. Ahora no me queda más que esperar y esperar. Y cada mañana envío a Arthur ahí fuera, a eso. —Hizo un gesto con la cabeza—. Ése es el crimen. Por supuesto, no puedo retenerle; no se quedaría. Le digo lo peligroso que creo que es ahí fuera, y las cosas horribles que temo que puedan ocurrir, y él... Oh, me gustaría que se echara a reír. Pero no lo hace. Frunce el ceño. Y se va. Se marcha cada mañana, desaparece, Cuarenta y cuatro abajo. Lo único que yo puedo hacer por



él es intentar mantener un buen hogar, donde nada pueda hacerle daño, al menos aquí, un hogar feliz, seguro y...

Él creyó que ella había visto algo detrás de él, y estuvo a punto de volverse. Pero la expresión de ella se solidificó en algo más violento que el simple reconocimiento.

La señora Richards inclinó la cabeza.

—Sospecho que no he conseguido hacerlo muy bien. No lo he hecho bien en absoluto.

Deseó que ella le hubiera dejado marchar.

—Señora Richards, voy a echar una mirada a eso que queda en la parte de atrás. —Pensó que tal vez hubiera algo en la parte de atrás que aún faltara colocar en su lugar—. Usted quédese aquí tranquila. —Se levantó, pensando: Cuando vuelva puedo poner la alfombra del salón.

No hay nada que pueda hacer, se justificó, para calmar su dolor. Y *no puedo* hacer nada.

Abrió la puerta de la habitación de Bobby, donde los muebles aún no habían sido colocados contra las paredes.

Y los puños de June aplastaron juntos los bordes del póster.

—Hey, lo siento... No me di cuenta de que ésta era su... —Pero *era* la habitación de Bobby. La sonrisa de disculpa de Chicco cayó ante la asombrada desesperación de June—. Mire, la dejaré sola...

—¡Él iba a *decirlo*! —susurró ella, con los ojos muy abiertos, agitando la cabeza—. ¡Me *aseguró* que lo haría! Pero juro —y estrujó de nuevo el póster—, ¡juro que no lo hice a propósito...!

Al cabo de unos momentos, él dijo:

—Supongo que esto es lo primero que se le ocurriría a cualquiera en sus cabales. Pero ni siquiera pensaba en ello en estos momentos. —Entonces, sintiendo un cierto miedo, retrocedió de espaldas de la habitación y cerró la puerta, incapaz de determinar lo que se había formado en el rostro de ella. Sólo soy un observador, pensó, y, mientras lo pensaba, sintió que el pensamiento se arrugaba como el póster de George entre los puños de June.

Mientras caminaba hacia la sala de estar, tuvo la visión de ella saltando sobre él desde la puerta, para morder y arañar su espalda. La puerta siguió cerrada. No hubo ningún sonido. Y él no deseaba volver a la sala de estar.

Justo en el momento en que entraba sonó la cerradura, y la puerta de entrada se abrió.

—Hola, espero haber encontrado sin problemas el camino hasta aquí arriba.

—Hola, Mary —Madame Brown siguió al señor Richards dentro del apartamento.

—Cariño, ¿qué es toda aquella porquería abajo en el vestíbulo? Parece como si

alguien...

La señora Richards se volvió en redondo en el diván.

El señor Richards frunció el ceño.

Madame Brown, tras él, se llevó bruscamente la mano a sus brillantes y enjoyadas cadenas.

La señora Richards estrujó la tela de su falda.

—Arthur, esta tarde Bobby... June... ¡Bobby...!

Sus ojos se abrieron con un restallido capaz de hacer saltar sus globos oculares. Rodó sobre sí mismo, arañando la revuelta manta y las aplastadas hojas, adelantó las manos a la desnuda espalda de ella. De haber tenido uñas, la hubiera arañado.

—Hummm —dijo Lanya, y se volvió hacia él. Luego—: Hey... —porque él la había atraído hacia sí—. Ya sé —murmuró junto a su oído, moviendo sus brazos dentro de los de él para liberarlos—, quieres ser un gran y famoso...

Los brazos de él temblaron.

—¡Oh, hey...! —Lanya apoyó las manos contra la espalda de él, apretó—. ¡Tienes una pesadilla! ¡Acerca de ese chico!

Él agitó la cabeza junto a la de ella.

—Tranquilízate —susurró ella. Tenía una mano lo suficientemente arriba como para acariciar la parte de atrás de su hombro—. Todo va bien. Estás despierto. —Él inspiró tres veces temblorosamente, con intervalos de silencio y anudado estómago, luego se relajó y rodó sobre su espalda. El rojo velo entre él y la oscuridad, aquí, luego allí, cayó.

Ella acarició su brazo, masajeó su hombro.

—Era una pesadilla, ¿verdad?

Él dijo:

—No lo... sé —y dejó de jadear. El follaje colgaba sobre ellos. Cerca del horizonte, difuminada por la niebla, vio una pequeña luna; ¡y más allá, otra! Su cabeza se alzó de la manta..., volvió a descender lentamente.

Eran dos luces del parque que, a través del humo, parecían como difusas perlas.

—No puedo recordar si estaba soñando o no.

—Estabas soñando con Bobby —dijo ella—. Eso es todo. Y te despertaste asustado.

Él agitó la cabeza.

—No hubiera tenido que darle a June aquel maldito póster...

Ella apoyó su cabeza contra el hombro de él.

—No tenías ninguna forma de saberlo... —Su mano cayó sobre el velludo pecho; su muslo cruzó el muslo de él.

—Pero... —él sujetó la pequeña mano entre las grandes suyas—, la *curiosa* falta de expresión que adoptó el señor Richards cuando ella estaba intentando decirle lo

que había ocurrido. Y en medio de todo ello entró June, y se apretó contra la pared, y no dejó de frotarse la barbilla con el puño y parpadear. Y la señora Richards no dejaba de decir: «¡Fue un accidente! ¡Fue un terrible accidente!», y Madame Brown sólo dijo: «¡Oh, Señor!» un par de veces, y el señor Richards no dijo nada. Sólo miraba de la señora Richards a June y de June a la señora Richards, como si no acabara de comprender lo que le estaban diciendo, lo que habían hecho, lo que había ocurrido, hasta que June se echó a llorar y salió corriendo de la habitación...

—Fue horrible —dijo ella—. Pero intenta pensar en alguna otra cosa...

—Lo hago. —Miró de nuevo a las luces del parque; ahora sólo había una. ¿Se había apagado la otra? O tal vez alguna rama, movida por el viento, se hubiera puesto delante de ella—. Acerca de lo que George y tú dijisteis ayer..., acerca del miedo que tenía todo el mundo a la sexualidad femenina, e intentando hacerlo encajar en algo que rompiera la muerte y la destrucción que lo rodea todo. Quiero decir, no sé lo que hubiera hecho el señor Richards si hubiera llegado a saber que su chica preferida estaba corriendo por las calles como una gata en celo, anhelando ser brutalizada por algún acechante, ansioso, sádico macho cabrío negro. Veamos, echó ya a un hijo de casa con amenazas de muerte...

—Oh, Chicco, *no*...

—... y los ruidos que salen de aquel apartamento cuando ellos creen que nadie está escuchando son tan extraños como los que suben del de Trece, créeme. Quizá ella tuviera buenas razones para no desear que su viejo se enterara, y si Bobby estaba amenazándola, de esa forma maliciosa con que pueden hacerlo los hermanos menores, con mostrar el póster a sus padres, bueno, aunque sólo fuera por un instante, mientras estaban llevando la alfombra por el rellano, y en aquel momento la puerta del ascensor se abriera sobre el pozo vacío, entonces, por una especie de impulso semiconsciente, resultaba fácil empujar..., o ni siquiera empujar, sino simplemente no decir nada cuando él retrocediera hacia el lugar equivocado...

—Chicco —dijo Lanya—, ¡oh, *ya basta!*

—Hubiera sido exactamente igual que el mito: ¡su ansia por George, muerte y destrucción! Pero... ¿pero supón que *fue* sólo un accidente? —Hizo una profunda inspiración—. Eso es lo que me asusta. Supón que fue, como he dicho, *sólo* un accidente. Ella no vio lo que ocurría hasta que ya fue demasiado tarde. Bobby se limitó a meterse por la puerta equivocada. Eso es lo que me aterra. De eso es de lo que estoy más asustado.

—¿Por qué? —preguntó Lanya.

—Porque... —Expulsó el aire, notó la cabeza de ella desplazarse sobre su hombro, su mano agitarse dentro de las suyas sobre su pecho—. Porque eso significa que es la ciudad. Eso significa que es el paisaje: los ladrillos, y las vigas, y el deficiente cableado, y la gastada maquinaria del ascensor, todo conspirando a la vez

para *convertir* en realidad ese mito. Y ésa es la locura. —Agitó la cabeza—. No hubiera debido darle ese póster. No hubiera debido hacerlo. Realmente no hubiera debido... —Su cabeza dejó de agitarse—. El hijo de madre aún no me ha pagado mi dinero. Iba a hablarle de eso esta noche. Pero no pude, dadas las circunstancias.

—No, no parecía el momento más propicio para plantear asuntos financieros.

—Sólo deseaba salir de allí.

Ella asintió.

—No *quiero* el dinero. Realmente no lo quiero.

—Bien. —Ella le dio un apretón—. Entonces olvídale todo. No vuelvas allí. Déjales solos. Si la gente está viviendo mitos que a ti no te gustan, deja que lo hagan.

Él alzó la mano por encima de su cabeza, la palma hacia arriba, moviendo los dedos, observándolos, negro contra cuatro quintas partes negro, los músculos de su brazo tirando, hasta que dejó caer los nudillos contra su frente.

—Estaba tan asustado... Cuando desperté, ¡estaba tan *asustado*!

—Fue sólo un sueño —insistió ella. Y luego—: Mira, si *realmente* fue un accidente, el que tú le llevaras ese póster no tiene nada que ver con ello. Y si ella *lo hizo a propósito*, ¡entonces ha ido hasta tan lejos que no hay ninguna forma en la que puedas culparte a ti mismo!

—Lo sé —dijo él—. ¿Pero crees...? —Podía sentir el lugar en su cuello donde el aliento de Lanya creaba un halo de calidez—. ¿Crees que una ciudad puede controlar la forma en que vive la gente dentro de ella? ¿Quiero decir, sólo la geografía, la forma en que son trazadas las calles, la forma en que están situados los edificios?

—Por supuesto que lo hace —dijo ella—. San Francisco y Roma están edificadas las dos sobre colinas. He pasado algún tiempo en ambas, y estoy segura de que la cantidad de energía que tienes que gastar para ir de un lugar a otro de la ciudad tiene más que ver con el estilo de vida en cada una de ellas que lo que pueda decidir el alcalde. Nueva York y Estambul se hallan ambas partidas por grandes extensiones de agua, y aunque no la veas, lo que se siente en las calles es mucho más parecido entre ellas que con, digamos, París o Munich, que sólo están cruzadas por ríos navegables. Y Londres, cuyo río tiene una anchura completamente distinta, proporciona una sensación también completamente distinta. —Aguardó.

Así que finalmente él dijo:

—Sí... Pero pensar que unas calles y unas ventanas vivas están complotando y maquinando para hacer de ti algo que no eres, eso es una locura, ¿no?

—Sí —dijo ella—, es una locura..., pura y simple.

Él deslizó su brazo alrededor de ella y pudo oler su aliento de recién despertada, y la abrazó.

—¿Sabes?, cuando lo saqué, manchándome con toda su sangre, como una rota carcasa del gancho de un carnicero..., ¿sabes?, tuve una media erección. Eso es

demasiado, ¿no?

Ella buscó entre sus piernas.

—Todavía la tienes. —Movi6 sus dedos allí; 6l movi6 sus piernas entre sus dedos.

—¿Quizá era con eso con lo que estaba soñando? —Ri6 secamente—. ¿No crees que podía ser con eso con lo que...?

Su mano se contrajo, se relaj6, se movi6 hacia delante, hacia atrás.

6l dijo:

—No creo que esto vaya a hacer ning6n bien...

Oy6 el achuch6n de ella contra su pecho.

—Inténtalo.

Sin demasiada sorpresa, pero de alg6n modo contra su Voluntad, su volici6n ces6, y funcion6.

Dej6 que mi cabeza cayera hacia atrás en esta furiosa estaci6n. Aquí, las tensiones que había esperado se determinan, con un mero cambio en la maquinaria del cuerpo. El acto es torpe, claudicante, y sin gracia o raz6n. ¿Qu6 puedo leer en el olor de ella, qu6 mensaje en el c6digo de su respiraci6n? Esta montaña abre pasadizos de luz. Las arrugas fruncidas en los apretados párpados encierran como una jaula los estallantes globos oculares. Todos los esfuerzos, muriendo aquí, se coagulan en el bloqueo de oído y garganta, hacia una luminosidad acorporal, un esquema liberado del placer, la retenida sombra de una pura idea.

La hoja se desmenuz6 entre sus gruesos dedos: hoja y carne —desmenuz6 los fragmentos con su ancho pulgar— eran un mismo color, una distinta textura. Mir6, definiendo la distinción.

—Vamos —Lanya cogi6 su mano.

Los fragmentos revolotearon (oy6 caer algunos); con el bloc de notas bajo su otro brazo, se puso en pie de donde había permanecido reclinado al extremo de la mesa de picnic.

—Estaba pensando —dijo Chicco— que quizá debiéramos pararnos en los Labry e intentar cobrar mi dinero.

—¿Y tener al seńor Newboy esperando? —pregunt6 Lanya—. ¡Mira, dijiste que los habías *dejado* mudados!

—S6lo estaba pensando en ello —dijo Chicco—. Eso es todo.

Un hombre joven, con una frente ancha y calva y el pelo de un lado cayendo hasta sus desnudos hombros, se sent6 sobre un cesto de alambre vuelto del revés, con una sandalia descansando sobre la otra. Se inclin6 hacia delante, con una ramita quemada en cada mano. Habían manchado completamente sus dedos.

—Las tomo de ti cruzadas —le dijo a una muchacha sentada a la manera india en el suelo, delante de 6l—, y te las doy cruzadas.

El negro pelo de la muchacha estaba echado prietamente hacia atrás, tenso junto a

la cinta de cuero que daba varias vueltas en torno a su cola antes del nudo que la sujetaba; sus extremos, como pequeñas cascadas, caían sobre el cuello de su camisa rosa con las mangas cortadas y deshilachadas; hilos rosas colgaban sobre sus delgados brazos. Tomó las ramitas con sus dedos, también manchados.

—Las tomo de ti —dudó, concentrada— descruzadas, y te las doy —las atrajo— ¿descruzadas?

Algunos espectadores en el círculo rieron. Otros parecieron tan perplejos como ella.

—No. Has vuelto a hacerlo mal. —El hombre abrió los pies, los tacones de sus sandalias se arrastraron por el suelo, y los apoyó contra el borde inferior del cesto—. Ahora observa. —Con las muñecas cruzadas, tomó las ramitas de ella—. Las tomo de ti... descruzadas —separó las muñecas—, y te las doy...

John, rascándose con una mano bajo el arrugado hombro de su chaqueta peruana y comiendo un trozo de pan con la otra, rodeó el fuego.

—¿Queréis un poco más, chicos? —Hizo un gesto con la rebanada, sin dejar de masticar—. Simplemente cogedlo. Cuando llegasteis aquí estábamos ya terminando de desayunar. —Las estrías doradas de su pelo y los dibujos dorados de su chaqueta enmarcaban el color tostado profundo de su piel; sus pupilas eran como círculos cortados del cubierto cielo.

Chicco dijo:

—Ya hemos comido bastante. De veras.

En el cesto en que se sentaba el hombre calvo («Las tomé de ti descruzadas y te las doy... ¡cruzadas!» Más risas.), dos escorpiones habían traído media docena de hogazas de blando e insípido pan, y se habían llevado dos cajas de cartón de comida enlatada a cambio.

Chicco dijo:

—¿Estás seguro de que es el periódico de hoy? —Era la tercera vez que le hacía la misma pregunta a John en la última hora.

—Seguro que estoy seguro. —John tomó el periódico de la mesa de picnic—. Martes, 5 de mayo de 1904. Faust lo trajo esta mañana. —Lo volvió a doblar, empezó a golpearlo contra su muslo.

—Dile a Milly cuando vuelva que gracias por la camisa limpia. —Lanya se metió un lado del arrugado algodón azul bajo el cinturón—. Se la traeré a última hora de esta tarde.

—Lo haré. Creo que el proyecto de lavandería de Milly —musitó pensativo John, palmeando, masticando— es uno de los mayores éxitos que hemos tenido. ¿No lo crees así?

Lanya asintió, aún tirando de la tela.

—Está bien —dijo Chicco—. Vámonos. Quiero decir, si realmente es martes.

¿Estás segura de que dijo cuando fuera martes?

—Estoy segura —dijo Lanya.

—No, sigues haciéndolo mal. Ahora mira: las tomo de ti cruzadas y te las doy descruzadas. —Sus dedos, manchados hasta los segundos nudillos y aferrando la base de las quemadas ramitas, se adelantaron. Los de ella, igualmente manchados, vacilaron, retrocedieron un poco, se juntaron, avanzaron de nuevo. Dijo:

—No puedo hacerlo. De veras, no puedo hacerlo. —Pocos se rieron esta vez.)

—Hasta luego —dijo Chicco a John, que asintió con la boca llena.

Se alejaron por entre los sacos de dormir.

—Es muy considerado por su parte el darnos de comer... de nuevo —dijo él—. No son malos chicos.

—Son unos chicos estupendos. —Se frotó la limpia y fruncida frente—. Me hubiera gustado tener una plancha.

—Tienes que ir realmente bien vestida para ir a visitar el lugar de Calkins, ¿eh?

Lanya miró complacida los nuevos téjanos negros de él, su negra chaqueta de piel.

—Bien, prácticamente, tú vas de uniforme. En cambio, yo voy más bien desaliñada.

Se dirigieron a la entrada del parque.

—¿Qué es el proyecto de lavandería? —preguntó él—. ¿Tienen algún lugar donde apalean la ropa con maderas sobre las rocas?

—Creo —dijo Lanya— que Milly y Jommy y Wally y Como-se-llame-con-todos-esos-colgajos-indios-de-plata encontraron hace unos días una lavadora automática o algo así. Sólo que no había electricidad. Hoy han ido en busca del enchufe trifásico más cercano que funcione.

—Entonces, ¿cómo os las habéis arreglado con lo que llevas ahora?

—Milly y yo lavamos un montón de ropa a mano ayer en el baño de señoras, mientras tú estabas trabajando.

—Oh.

—De ingeniera de sonido a lavandera —murmuró Lanya mientras cruzaban los leones de la puerta— en menos de un año. —Hizo una mueca—. Si me lo preguntas, sospecho que John lo consideraría un progreso.

—El periódico dice que es martes. —Chicco pasó ausentemente el pulgar por la hoja de su orquídea, que había sujetado a una trabilla lateral de su cinturón; dentro de ella, la cadena del arnés tintineaba a cada paso—. Él dijo que fuéramos cuando el periódico señalara martes. ¿Crees que lo habrá olvidado?

—Si lo ha hecho, se lo recordaremos —dijo Lanya—. No, estoy segura de que no lo ha olvidado.

Él podía apretar su pulgar a sus nudillos contra los afilados bordes y dejar sólo

una ligera señal, que más tarde, como las otras señales entrecruzadas en la superficie de su piel, se llenaría de polvo; pero apenas podía sentirlo.

—Quizá hoy podamos evitar a los escorpiones —dijo mientras cruzaban de Brisbain North a Brisbain South—. Si tenemos suerte.

—Ningún escorpión que se respete estará levantado a esta hora de la mañana —dijo Lanya—. Todos duermen hasta las tres o las cuatro, luego merodean hasta el amanecer. ¿Acaso no lo sabes?

—Suenas como una buena vida. Tú estuviste en casa de Calkins antes, así que puedes decírmelo. ¿Crees que todo irá bien?

—Si no hubiera estado en ella antes —golpeó la armónica contra su palma—, no estaría ahora armando todo este jaleo. —Tres brillantes notas. Frunció el ceño y sopló de nuevo.

—Creo que luces preciosa —dijo él.

Ella tocó más notas, derivándolas casi a una melodía, hasta que cambió de opinión, rió, o se quejó, o guardó silencio, antes de empezar otra. Caminaron, mientras Lanya desarrollaba incompletas melodías.

Su bloc de notas golpeaba contra su cadera. (Su otra mano estaba envuelta en pétalos de acero ahora.) Bajó del bordillo, encajado entre dos protecciones.

—Me pregunto si estoy asustado de lo que él va a decir.

Entre notas:

—¿Hum?

—El señor Newboy. Sobre mis poemas. Mierda, no voy a verle. Quiero ver dónde vive Calkins. No me importa lo que pueda decir el señor Newboy de lo que escribo.

—Dejé tres trajes perfectamente hermosos ahí arriba, en el armario de Phil. Me pregunto si aún seguirán allí.

—Probablemente, si Phil sigue allí —dijo él desde el interior de sus protecciones.

—Cristo, no. Phil no está en la ciudad desde hace... ¡semanas!

El aire era irritante e industrial. Alzó la vista hacia un cielo aquí con el color de la arcilla, allí con el color del marfil, claro por este lado, empañado por ese otro.

—Fue una buena idea que me fuera —dijo Lanya—. Te conseguí a ti. —Deslizó su mano entre hojas, agarró dos de sus dedos. Rodeando su fina muñeca, vuelta hacia arriba, las hojas presionaron, rozaron, rascaron su piel...

—Ve con cuidado. Vas a...

Pero ella no le hizo caso.

De la pared colgaban madejas de hiedra. En la puerta de latón, ella dijo: —Todo está tranquilo dentro.

—¿Llamabas al timbre? —preguntó él—. ¿O gritabas? Luego se decidió—: ¡Señor Newboy! Ella adelantó una mano, insegura.

—Había un timbre, creo... —Tanteó la piedra en torno a la plancha de latón.



—¿Hola...? —desde dentro. Se oyó crujir de pasos sobre la grava en algún lugar detrás de los pinos.

—¡Hola, señor! —exclamó Chicco, quitándose la orquídea, pasando una hoja por una de las trabillas del cinturón.

Ernest Newboy apareció por entre el colgante verdor.

—Sí, es martes, ¿no? —Hizo un gesto con un periódico enrollado—. Lo descubrí hace apenas media hora. —Hizo algo en la parte interior de la placa de latón. La puerta cliqueteó, se entreabrió un poco—. Me alegra verles a los dos. —Acabó de abrirla.

—¿Ya no está el hombre que solía permanecer de guardia aquí? —preguntó Lanya, entrando—. Tenía que estar ahí dentro todo el tiempo. —Señaló hacia una pequeña cabina verde, fuera de la vista desde la acera.

—¿Tony? —dijo el señor Newboy—. Oh, no viene hasta última hora de la tarde. Pero hoy prácticamente todo el mundo está fuera. Roger decidió llevarles a dar una vuelta.

—¿Y usted se ha quedado por nosotros? —preguntó Chicco—. No hubiera debido...

—No, simplemente no tenía ganas de ir. No hubiera ido de todos modos.

—Tony... —murmuró Lanya, contemplando la desconchada pintura de la hoja de la puerta—. Creía que su nombre era algo así como escandinavo.

—Entonces ahora debe ser otro —dijo el señor Newboy. Se metió las manos en los bolsillos—. Tony es lo más italiano que uno puede echarse a la vista. Es un hombre realmente encantador.

—También lo era el otro —dijo Lanya—. Las cosas siempre están cambiando aquí.

—Sí, eso es cierto.

Echaron a andar sendero arriba.

—Hay tanta gente entrando y saliendo de aquí que ya he renunciado a llevar la cuenta. Hay una agitación constante. Pero habéis elegido un día tranquilo. Roger se ha llevado a todo al mundo a ver la oficina del periódico. —Newboy sonrió—. Excepto a mí. Siempre insisto en dormir hasta tarde los martes.

—Es agradable ver este lugar de nuevo —admitió Lanya—. ¿Cuándo volverán todos?

—Imagino que tan pronto como se haga oscuro. Dijo usted que había estado aquí antes. ¿Le gustaría esperar y decirle hola a Roger?

—No —dijo Lanya—. No. Sólo sentía curiosidad.

El señor Newboy se echó a reír.

—Entiendo.

La grava (mordisqueando el calloso pie de Chicco) giraba entre dos imitaciones

de templos de blancas columnas. Los árboles daban paso a los setos; y a lo que debía haber sido antes un huerto.

—¿Podemos acortar cruzando el jardín?

—Por supuesto. Iremos a la terraza de al lado. Sé que la jarra de café aún está caliente, y veré si puedo encontrar algunas pastas de té. Roger siempre me dice que todo el lugar está a mi disposición, pero todavía me siento un poco extraño entrando a husmear de este modo en la cocina de la señora Alt...

—Oh, bueno... —y—: No tiene que... —Chicco y Lanya empezaron a hablar al mismo tiempo.

—No, sé dónde están. Y ya es hora de mi pausa para el café..., ¿no es así como lo llaman ustedes aquí?

—¡Te encantará esto! —exclamó Lanya mientras cruzaban el alto seto—. Roger tiene las flores más hermosas y...

Las *zarzas* trepaban por el enrejado. Los zarcillos secos se enredaban en las astilladas maderas. El suelo estaba revuelto en negra confusión, aquí, y allí, y más allá.

—¿Qué demonios...? —empezó Lanya—. ¿Qué *ha ocurrido*?

El señor Newboy pareció desconcertado.

—No sé que haya ocurrido nada. Siempre ha sido así desde que vine.

—Pero estaba lleno de flores: esas cosas naranjas estriadas de un color más oscuro, como tigres. Y lirios. Montones de lirios...

El pie de Chicco se enfrió sobre húmeda tierra.

—¿De veras? —preguntó Newboy—. ¿Cuánto tiempo hace que estuvo usted aquí?

Lanya se encogió de hombros.

—Semanas... ¿Tres semanas, cuatro?

—Extraño. —El señor Newboy agitó la cabeza mientras cruzaban la revuelta y sucia tierra—. Siempre he tenido la impresión de que esto estaba así desde hace años...

En un gran cuenco de piedra de tres metros de diámetro, las hojas se pudrían en medio de charcos.

Lanya agitó la cabeza.

—La fuente funcionaba todo el tiempo. En ella había un Perseo, o un Hermes, o algo así. ¿Dónde ha ido a parar?

—Dios mío —Newboy miró de reojo—, creo que está entre un montón de basura detrás del pabellón anexo. Vi algo así cuando estaba dando un paseo por ahí. Pero nunca se me ocurrió que tuviera nada que ver con la fuente. Me pregunto, ¿quién lleva por aquí el tiempo suficiente para saberlo?

—¿Por qué no se lo pregunta al señor Calkins? —señaló Chicco.

—Oh, no. No creo que lo haga nunca. —El señor Newboy miró a Lanya con brillante complicidad—. Nunca.

—No —dijo Lanya, con el rostro hundido ante la desolación—. Creo que yo tampoco.

En la depresión de la orilla, el suelo, rezumante bajo una rala hierba, retenía sus huellas como si fuese arcilla.

Pasaron junto a otra cerca con enredaderas; una extensión de césped y, más alta que los pocos árboles en pie, la casa. (En una pequeña elevación a un lado había otra casa, sólo tres pisos. ¿El pabellón anexo?)

Clavada en la hierba, una placa verdegrisácea decía:

## MAYO

Por las cinco rechonchas torres de piedra —buscó una sexta por la simetría, no la encontró—, parecía como si un moderno edificio de madera oscura, cristal y ladrillo hubiera sido edificado en torno a uno más antiguo de piedra.

—¿A cuánta gente tiene aquí? —preguntó Chicco.

—En realidad no lo sé —dijo el señor Newboy. Llegaron a la terraza—. Al menos quince. Quizá veinticinco. La gente que le ayuda siempre está cambiando. Realmente no veo que haga nada para buscarlos. Quizá la señora Alt se encargue de todo. —Subieron los escalones de cemento hasta la terraza.

—¿No se pierden quince personas ahí dentro? —preguntó Chicco.

La casa, por aquel lado, era de cristal: dentro había paredes de paneles de madera de arce, altas lámparas de latón, estatuas de bronce sobre pequeñas mesitas auxiliares entre largos sillones cubiertos de terciopelo dorado, todo ello inundado por una relumbrante luz.

—Oh, nunca tienes la impresión de que el lugar esté atestado.

Pasaron junto a otra parte sin vidriera; Chicco pudo ver dos paredes cubiertas con libros. Vigas oscuras, dentro, sostenían una galería, flanqueada con sillones de brocado dorado y verde; candelabros de plata —uno cerca, otro sumido en las sombras al fondo— resplandecían sobre blancos tapetes que parecían flotar en el río de caoba de una mesa de comedor.

—A veces he paseado por dentro de la casa durante una hora o más pensando que estaba perfectamente solo, para desembocar finalmente en una reunión de diez personas en una de las otras habitaciones. Supongo que si el lugar contuviera toda la gente que puede albergar —hojas secas se desmenuzaron bajo sus pies— no parecería tan solitario. Ya hemos llegado.

Sillas de madera tapizadas con lona de color entretejida ocupaban la *terraza*. Más allá de la balaustrada, las rocas estaban recubiertas de musgo y rematadas con

abedules, arces y, aquí y allá, gruesos robles.

—Siéntense. Vuelvo en seguida.

Chicco se sentó —la silla era más baja y profunda de lo que había esperado—, y colocó el bloc de notas sobre sus piernas. Las puertas de cristal se cerraron detrás de Newboy. Chicco se volvió.

—¿Qué estás mirando?

—El jardín de Noviembre. —Con los brazos cruzados, Lanya se reclinó sobre la barandilla de piedra—. Desde aquí no puedes ver la placa. Está encima de esa roca.

—¿Qué hay en el... jardín de Noviembre?

Ella indicó «nada» con un encogerse de hombros.

—La primera noche que llegué aquí se celebraba una fiesta en este lugar: en Noviembre, Octubre y Diciembre.

—¿Cuántos jardines hay?

—¿Cuántos meses hay?

—¿Qué hay con el primer jardín que cruzamos?

—Ése —volvió la vista— no tiene nombre. —Miró de nuevo a las rocas—. Era una fiesta maravillosa, con luces de colores por todas partes. Y una orquesta: violines, flautas, y alguien tocando un arpa.

—¿Dónde se consiguen violines aquí en Bellona?

—Él los consiguió. Y gente con montones y montones de trajes espléndidos.

Chicco fue a decir algo acerca de Phil.

Lanya se volvió.

—Si mis ropas aún siguen aquí, sé exactamente dónde tienen que estar.

El señor Newboy apareció por las puertas de cristal tirando de un carrito para el té. Cafetera y tazas tintinearón dos veces cuando las gomas cruzaron el umbral. En la parte inferior había bandejas con pastas.

—Ha pillado a la señora Alt inmediatamente después de un día de hornear.

—Hey —dijo Chicco—. Esto tiene buen aspecto.

—Sírvanse ustedes mismos. —Echó el humeante café en la porcelana azul—. ¿Azúcar, crema?

Chicco negó con la cabeza; la taza calentó su rodilla. Dio un mordisco. Unas cuantas migas de la pasta cayeron sobre su bloc de notas.

Lanya, sentada sobre la balaustrada y haciendo oscilar sus zapatillas de tenis contra la piedra, masticó un crujiente cono lleno de crema de mantequilla.

—Bien —dijo el señor Newboy—. ¿Ha traído usted algunos poemas?

—Oh. —Chicco sacudió las migas—. Sí. Pero están escritos a mano. No tengo máquina de escribir. Los pasaré a limpio, una vez haya trabajado en ellos.

—Probablemente podré descifrar su letra.

Chicco miró al bloc de notas, a Lanya, al señor Newboy, al bloc de notas.

—Aquí están.

El señor Newboy se echó hacia atrás en su silla y pasó algunas páginas.

—Ah. Veo que sus poemas están todos a la izquierda.

Chicco mantenía la taza alzada. El café humeaba en sus labios.

—Así que... —el señor Newboy sonrió encima del libro e hizo una pausa— ha recibido usted esa sagrada y espectacular herida que sangra..., bien, la poesía. —Volvió otra página, hizo una pausa para mirar no el tiempo suficiente (en estimación de Chicco) para leerla—. ¿Pero se ha *agazapado* usted lo suficientemente cerca de ella, ha atisbado a través de sus labios el punto de unión de su propia humanidad con la de la raza?

—¿Señor...?

—El amor o la rabia —siguió el señor Newboy, sin alzar la vista— o el desapego impulsan la visión, no importa cuál de ellos. Si no lo hace usted así, toda su sangre es derramada para nada... Oh, supongo que sólo estoy intentando revestir de significado lo que es considerado inadecuadamente en el arte como Universalidad. Es una referencia inadecuada, ¿sabe? —Agitó la cabeza y volvió otra página—. No hay ninguna razón por la cual todo el arte deba interesar a todo el mundo. Pero cada editor y empresario, en lo más profundo de su corazón, está seguro de que sí, lo desea, quiere que así sea. En el bar, preguntó usted acerca de publicación. —Alzó la cabeza, con los ojos brillantes.

—Eso es cierto —dijo Chicco, con reserva y curiosidad. Deseó que Newboy siguiera adelante en silencio con los poemas.

—¡Editores, directores, propietarios de galerías, directores de orquesta! Qué parámetros increíbles para el mundo creativo. Pero es un mundo tan instructivo como un purgatorio para caminar por él con una herida como la nuestra. De todos modos, no creo que nadie entre nunca en él sin haber recibido de manos de otro el Escudo mágico. —Los ojos de Newboy cayeron de nuevo, se alzaron de nuevo, y se cruzaron con los de Chicco—. ¿Le gustaría eso?

—¿Eh? Sí. ¿Qué?

—Por un lado —entonó Newboy con pestañeante gravedad— tiene inscrito: «Sé veraz contigo mismo de modo que puedas ser veraz con tu obra.» En el otro: «Sé veraz con tu obra de modo que puedas ser veraz contigo mismo.» —Una vez más, los ojos de Newboy descendieron hacia la página; su voz prosiguió, preocupada—: Es un poco aterrador mirar más allá del borde de ti mismo y ver a tantos otros desechados y brillando en medio de ese erizado paisaje. Sin mencionar a toda esa gente desnuda haciendo todas esas cosas extrañas en las cimas de sus distintas colinas, o abajo en sus varios pequeños valles, algunos de ellos. Señor, ¿cuántos?, ¡locos más allá de toda duda! Al mismo tiempo —volvió otra página—, nada es más completamente humilde, después de poco tiempo, como darse cuenta de lo cerca que uno ha llegado

ya de abandonarlo todo una docena de veces, tras haber sido distraído, ¡cielos, no!, no por la riqueza o la fama, sino por esas interminables estructuras de lógica y necesidad que avanzan tan tediosamente antes de alcanzar el inevitable fallo que hace que sus uniones se hagan pedazos y te permitan el paso. Uno elige su camino a través de las puertas de cristal y aluminio, las sonrisas de los recepcionistas, los cócteles con demasiado alcohol, las presentaciones con más aún, las multitudes de personas intentando desesperadamente definir el buen gusto con voces tan altas que uno apenas puede oírse a sí mismo reír, mientras todo el asunto se ve iluminado por los flashes y resplandece a través de la ventana manchada de pintura, brilla por debajo de la cerrada puerta o, si uno está dando un raro paseo por el exterior ese día, por una luz difuminándose por todo el cielo, compleja como la aurora boreal. En cualquier caso, hacen que cualquier objeto, desde los ejes de las ruedas de los coches hasta las capotas y las líneas de sus parachoques, arrojen las sombras más sorprendentes. —El señor Newboy alzó de nuevo la vista—. ¿Quizá haya seguido usted algunas docenas de esas luces hasta su fuente? —Sujetó la página entre sus dedos—. Admítalo, puesto que estamos hablando como iguales, que la mayor parte de las veces simplemente no había nadie allí. Aunque para su diario —dejó caer la página sobre la que había estado examinando antes—, o en una carta a un amigo, sienta usted la necesidad de conservarlo para sí, admitirá también que la experiencia en su conjunto fue algo más bien maravilloso y que lo llenó con anhelos más inadmisibles de los que usted querría establecer y, por supuesto, admitir. A veces simplemente encuentra una placa que dice: «Aquí Mozart conoció a da Ponti», o: «Rodin durmió aquí». Tres o cuatro veces habrá descubierto un extraño grupo discutiendo acaloradamente algo que ocurrió en aquel mismo lugar hace mucho tiempo y de lo que, le aseguran, usted hubiera disfrutado absolutamente de no haber llegado demasiado tarde. Si puede soportarlo, si puede escuchar, si puede averiguar por qué ellos siguen aún allí, habrá ganado usted algo igualmente valioso. «¡Por el amor de Dios, deje eso que tiene entre manos y quédese un poco!» Es una invitación terriblemente tentadora. Tan educados en sí mismos, son las únicas personas que parecen dispuestas a hacer concesiones a su barbarismo natural. Y una o dos veces, si tiene suerte, encontrará a un hombre tranquilo y viejo que, cuando usted murmure algo acerca de una cena para él y su ligeramente dudoso amigo, le sorprenderá diciendo: «Muchas gracias; nos sentiremos encantados.» O a una anciana contemplando un partido de béisbol por la televisión que, cuando usted le traiga flores por su cumpleaños, le sonreirá a través de la cadena de la puerta y le explicará: «Es muy amable por su parte, pero ya no recibo a nadie, ya no, nunca.» Oh, eso es lo que tiene usted en sus manos. Y sigue teniéndolo, ¿no?

—Señor, quizá si...

Newboy agitó la mano, volvió a bajar la vista.

—Empieza reflejando por ambos lados: inicialmente tranquilizador, pero

finalmente una distracción. Y siempre en medio del camino. Pero a medida que uno sigue avanzando, el reflejo empieza a empañarse. Ahora puede ver usted más, y más, directamente a través de él. En realidad —Newboy alzó bruscamente la vista, luego volvió sus ojos a la página— es una lente. El período de transición es casi siempre embarazoso, sin embargo. Mientras se siente aún deslumbrado por los fragmentos de su propio reflejo, usted ha empezado a sospechar que quizá se trate de un espejo de un solo sentido... ¡con una mejor visión concedida *al otro lado*! Sin embargo, una vez se ha acostumbrado a él, halla la visión más interesante. Con sólo un poco de práctica consigue poder leer las dos leyendas al mismo tiempo, sin tener que parar lo que ha estado haciendo para darle la vuelta a la cosa. Oh, y cuántas, cuántas veces se acerca usted hasta casi chocar con alguien al que creía completamente desnudo, sólo para descubrir que su Escudo se ha vuelto tan transparente como el de usted. Se vuelve cauteloso a la hora de juzgar con demasiada rapidez a quien todavía lo conserva, y a quien lo ha desechado. Y cuando algún joven, resplandecientemente protegido, por malicia o, peor aún, por alguna incomprensible visión de gentileza, le grita al horrible y desolado peñasco en el que usted está jadeando, o al fétido barranco del que intenta denodadamente salir con sólo una mano libre: «Estás desnudo, ¿no lo comprendes?», usted puede, momentáneamente, mirar de reojo para asegurarse de que la doble leyenda está todavía fijada delante de usted, pero no se supone que deba gastar demasiadas energías en enderezarla, a menos que su propia visión de la gentileza sea tan incomprensible como ésa. Hay cosas más importantes que hacer. Y debe hacerlas de la mejor manera posible. Pero las cosas siguen interrumpiéndose: ahora sus ojos se ven deslumbrados por un recurrente flash polícromo. Intenta ignorarlo. Pero su frecuencia se incrementa. Por costumbre, comprueba las leyendas grabadas para asegurarse. Pero, francamente, durante los momentos de iluminación, resulta prácticamente imposible leerlas, y mucho menos decidir si siguen teniendo sentido. La cosa que ha estado llevando, sin mencionar el hecho de mirar constantemente a través de ella, se ha convertido en un inmenso prisma. —Newboy se reclinó ahora en su silla, los ojos clavados en algún lugar debajo de la balaustrada—. ¿He dicho ya que la primera transición es embarazosa? Ésta es monstruosa. Y el miedo es el mismo: ¡un espejo de una sola dirección! Si sólo no recordara usted a todas esas otras, interminables, viejas damas con sus atuendos color agua, los viejos con sus poemas editados a título personal, a los que uno ha llevado por educación flores, o ha invitado a cenar, pese a que sus cabezas estaban envueltas en papel de aluminio y balbuceaban constantemente acerca de Poesía y Verdad. Después de todo, eran agradables de una forma inútil, lo cual es, al fin y al cabo, la única forma en que se puede ser realmente agradable. Incluso puede discernir dos o tres letras adecuadas entre los pliegues del papel del aluminio, de acuerdo, recortadas en un cartón y pegadas allí con goma. Todos estos humildes fuegos

artificiales son una especie de cruel segunda infancia, un defecto óptico: empieza usted a sospechar, a medida que mira por el agujero de intuición y fuego horadado por usted mismo, que el pensamiento es el instrumento más importante de que dispone, nunca niegue eso ni por un sólo instante, que usted no se ha escudado de nada terriblemente importante. El único consuelo es que, aunque puede arrojarlo usted a un lado en cualquier momento, mañana o noche, nunca lo hace. Uno decide resistir. Sin ninguna seguridad de inmortalidad, ni siquiera de competencia, uno sólo sabe que no ha sido engañado más allá de todo consuelo por carpinteros, contables, médicos, poceros, la gente normal que necesita hacer cosas útiles para ser feliz. Luego, algunos meandros más adelante, medio ciego y un poco loco, preguntándose cuándo supo realmente (¿fue antes de que usted empezara?) el terrible hecho de que *lo había* arrojado a un lado, su herida no tiene mayores probabilidades de sanar: de hecho, en una sociedad de la abundancia como ésta, podría incluso hacer canciones, poemas, cuadros, y ser pagado por ello. La única diferencia sería, y usted lo ha aprendido escuchando a toda esa gente brutalmente infeliz que arrojó a un lado los suyos, que sin ello no habría, de una manera clara y definitiva, nada; no, absolutamente nada.

Newboy clavó sus ojos en Chicco. Chicco sonrió y se sintió incómodo. Luego se sintió beligerante, lo cual quizá tino su sonrisa. Iba a decir: ¿Siempre se lanza usted de este modo cuando alguien...?

El libro de notas se deslizó de pronto de las rodillas de Newboy. El poeta se inclinó, pero Chicco se lo arrebató antes.

Su tapa de atrás había quedado abierta. Chicco frunció el ceño ante el último bloque de escritura que llenaba la última página:

*... el cielo está desgarrado. Me siento demasiado débil para escribir tanto. Pero aún sigo oyéndoles caminar entre los árboles; sin hablar. Aguardando aquí, lejos del aterrador armamento, fuera de las salas de vapor y luz, más allá de la Holanda y a las colinas, tengo que ir a*

—¿Usted...? —La mano de Chicco cayó sobre la página. Alzó lentamente la vista.

La cadena serpenteaba en torno a su muñeca y subía por su brazo. Cruzaba su estómago, su pecho, entre las solapas de su chaqueta.

—¿Cree usted que es eso lo que significan?

—¿Perdón?

Chicco engarrió su pulgar bajo la cadena y tiró de ella.

—Esto. ¿Cree usted que es eso lo que se supone que significan?

El señor Newboy se echó a reír.

—¡No tengo ni la más mínima idea! Usted las lleva. Yo no. He visto a gente con ellas, aquí, pero no. No. Yo sólo las *usaba*. ¡Oh, no! Nunca he presumido de saber lo



que significaban.

Chicco bajó de nuevo la vista.

—¿Siempre les habla así a quienes le traen sus poemas? —preguntó, con nada parecido a la beligerancia que había pretendido: sonrió.

Newboy todavía seguía riendo.

—Oh, vamos. —Newboy agitó la mano—. Ahora léame algunos. —Se sentó hacia delante, dio otro sorbo, luego depositó su taza sobre la mesa—. No, de veras, quiero oír algunos de ellos leídos en voz alta por usted.

—De acuerdo —dijo Chicco, esperando sentir resentimiento, pero experimentando una ansiedad completamente distinta. Observó, una vez más con preocupación, el escaso número de páginas que quedaban con un lado libre.

—Lea ése acerca del perro. Me gustó.

—¿*Murielle*?

Newboy asintió, las manos juntas sobre sus piernas.

Chicco volvió a la parte delantera del cuaderno.

Empezó a leer.

Le faltó el aliento en la tercera estrofa. En algún lugar, algo parecido a la alegría floreció bajo su lengua y, antes que hacerle vacilar, le dio de algún modo una mayor sensibilidad, de modo que, sin hacer ninguna pausa, se dio cuenta de cómo las vocales, tanto en *largo* como en *flujo*, partían del mismo punto pero iban en distintas direcciones. Descubrió que los músculos de su cara perseguían otras resonancias. Dejó que modularan su voz hasta que el staccato de la última estrofa le hizo sonreír.

—Precioso —dijo Newboy—, aunque de una forma más bien horrible. Lea el anterior.

Lo leyó, y se perdió en los movimientos de su boca, hasta que un momentáneo llamamiento en su oído le sorprendió e hizo su voz más aguda. Luego los largos sonidos apaciguaron la respuesta.

—En éste hay dos voces dialogando, ¿no? —comentó al final Newboy—. No lo capté al oíjearlo.

—¿Eh? Oh, sí. Quizá debería separarlas de algún modo en la página...

—¡No, no! —El señor Newboy se irguió en su asiento y agitó la mano—. No, créame, no es necesario. Quedará perfectamente claro en una página impresa. Fue mi atención al leerlo, créame. Siga.

Siguió leyendo.

Lo que había acudido a él como imágenes (recogido entre la punta de su lengua y la punta del bolígrafo) regresó, impresionante, luminoso..., a veces más, a veces menos luminoso que el recuerdo, pero tan intenso que lo arrojó violentamente de su lengua para impedir el intentar tragarlo.

—Es estupendo —dijo Newboy— que disfrute usted tanto de sus propios poemas.

¿Ha observado alguna vez cómo el verso libre tiende a convertirse por sí mismo en pentámetro yámbico? Especialmente con gente que no ha escrito mucha poesía.

—¿Señor?

—Bueno, es natural. Es el ritmo natural del idioma. ¿Sabe?, cuando las estrofas hacen *ba-da*, *ba-da*, *ba-da*, *ba-da*, *ba-da*. Oh, no se quede aquí con esa expresión confusa. Lea algo más. No voy a ponerme pedante de nuevo. Estoy disfrutando con ello. De veras.

Chicco se sintió alegremente azarado. Sus ojos bajaron... a la página. Chicco leyó; giró; leyó... Varias veces pensó que aquello era terriblemente largo. Pero Newboy hizo una señal pidiendo otro, y en una ocasión quiso escuchar las dos versiones («Vi que había dos cuando hojeé el cuaderno»; y, tras la primera versión: «Bien, la mayor parte de sus revisiones van en la dirección correcta»), y le hizo volver a leer varios más. Más confiado, Chicco eligió otros, volvió a uno que había dejado de lado, luego siguió, acumulando una alegría que no era orgullo, y que era mayor cuando menos consciente era del hombre comiendo pastas delante de él, era un esquema de apoyo en las cavernas debajo de su lengua.

Se detuvo para mirar a Newboy...

El poeta estaba frunciendo el ceño a algo que no era él.

Lanya dijo (con una voz que hizo que Chicco se volviera, frunciendo él también el ceño), a tres metros de distancia en la terraza:

—Yo..., no quería interrumpir. —Era azul, era seda, estaba hecho jirones.

—¿Qué es eso?

—Mi... vestido. —Avanzó, llevándolo al brazo—. Miré arriba, en el Ala del Observatorio... buscando mi vestido, mientras tú leías. ¡Cristo, ahí arriba está todo destrozado!

El señor Newboy frunció el ceño.

—Ni siquiera sabía que hubiera alguien allí.

—No parece que haya nadie —dijo ella—, ahora.

—¿Está en el tercer piso?

Lanya asintió.

—Roger dijo algo acerca de no utilizar esa sección... Las Puertas estaban cerradas, ¿no? Pensé que se trataba de algo relativo a reparaciones en la instalación.

—Estaban cerradas, pero no con llave —dijo Lanya—. No tuve ningún problema para entrar. Estaban en uso cuando yo estuve aquí..., buscaba la habitación de Phil, así que entré. Pero..., las alfombras han sido retiradas del suelo, y están rotas y arrugadas. Parece como si alguien hubiera arrancado las luces del techo, llevándose al menos medio metro de yeso con ellas. En el cuarto de baño contiguo al dormitorio, el lavabo está en mitad del suelo, y todos aquellos encantadores azulejos azules Victorianos han sido machacados. Hay dos agujeros en la pared que parece como si

hubieran sido hechos con un ariete... ¡y alguien ha desgarrado todos los colchones! —Miró la destrozada tela—. Y mi vestido. Estaba hecho una bola en un rincón del armario..., las barras de la ropa habían sido arrancadas, y la ropa colgada de ellas pisoteada o aplastada o desgarrada o algo así. —Alzó el vestido—. Alguien ha tenido que *hacer* esto..., ¡parece como si se hubieran ensañado con una navaja! ¿Pero *por qué*?

—¡Oh, querida! —dijo el señor Newboy—. Bueno, eso es perfectamente...

—Quiero decir que no importa —dijo Lanya—. Respecto al vestido. Cuando lo dejé, no pensaba volver a buscarlo. ¿Pero *por qué*...? —Miró a Chicco, a Newboy. De pronto dijo—: Oh, bueno... ¡No quería interrumpir! —Hizo una bola con el vestido, se apoyó contra la balastrada—. Por favor, sigan. No dejes de leer, Chicco...

Chicco dijo:

—Subamos y echemos un vistazo a...

—No —dijo Lanya, con voz sorprendentemente fuerte.

Newboy parpadeó.

—No, de veras; no quiero volver ahí arriba.

—Pero... —Chicco frunció el ceño.

—Roger nos pidió que no entráramos en esa ala —dijo Newboy, incómodo—. Pero no tenía ni idea de que estuviera...

—Cerré las puertas. —Lanya miró la seda azul en su mano—. Hubiera tenido que dejar esto arriba.

—Quizá alguna fiesta loca se les fue de las manos —aventuró Chicco.

—No me pareció como el resultado de ninguna fiesta —dijo Lanya.

Newboy, vio repentinamente Chicco (y se dio cuenta al mismo tiempo que Lanya lo había visto también) estaba alterado. La respuesta de Lanya fue:

—¿Está caliente el café? Creo que tomaré una taza.

—Por supuesto. —Newboy se puso en pie, se dirigió a la cafetera.

—Sigue, Chicco —dijo Lanya—. Lee otro poema —mientras Newboy llenaba su taza.

—Sí. —El viejo poeta, recuperándose, volvió a su silla—. Oigamos otro.

—De acuerdo. —Chicco pasó páginas: todos estaban unidos en alguna conspiración para eliminar, si no las noticias de Lanya en sí, al menos su inquietante efecto. Y él tenía que vivir allí, pensó Chicco. Sólo quedaban tres poemas.

Al cabo de un segundo, Lanya dijo:

—Éste es uno de mis preferidos. —Su mano se agitó sobre el destrozado azul, se apoyó en la pared.

Y leyó el tercero.

—Espero —dijo Chicco, principalmente para seguir diciendo algo— que me dará

usted *alguna* idea de lo que opina de ellos, si son buenos o malos. —Un pensamiento que no se le había ocurrido ni una sola vez desde que había llegado; sólo ahora brotó al exterior.

—Me ha gustado mucho oírle mientras los leía —dijo Newboy—. Pero por lo que respecta a todo lo demás, es usted quien tiene que decirse a sí mismo, con Mann: yo no puedo saberlo, y tú no me lo puedes decir.

Chicco sonrió, tomó otras tres pastas del carrito del té, intentó pensar en alguna otra cosa.

Newboy dijo:

—¿Por qué no vamos a dar un paseo por el lugar? Si fuera un día brillante y soleado, sería algo espectacular, estoy seguro. Pero sigue siendo hermoso, de una manera un tanto otoñal.

Lanya, que estaba contemplando su taza, alzó de pronto los ojos.

—Sí, es buena idea. Me gusta.

Y eso, se dio cuenta Chicco, fue una amabilidad de Lanya hacia Newboy. De alguna forma, después de su confianza inicial, una cierta melancolía se había adueñado del ambiente, pero ella había saltado para disiparla con movimiento y conversación.

Dejó a un lado la taza, bajó de la balaustrada.

Chicco empezó a preguntarle:

—¿Vas a llevarte tu...?

Obviamente, no pensaba hacerlo.

¿Cuáles, se preguntó mientras caminaban a lo largo de la terraza y descendían los bajos escalones, podían ser los detritus emocionales de la violencia de allá arriba en él mismo? Pero, mientras se lo preguntaba, Lanya, en el escalón inferior, sujetó su dedo meñique en una cálida y húmeda presa.

Caminaron por el césped hasta que la roca empezó a asomar debajo de él.

Subieron peldaños de piedra. Llegaron a un puente con barandillas de hierro forjado.

Una pequeña cascada murmuraba a un lado, se deslizaba a sus pies.

—Esto es *Abril* —les informó el señor Newboy, señalando la placa en el centro del puente.

Lo cruzaron.

El extremo del puente mordió el talón de Chicco.

—Usted debe conocer muy bien todo esto —dijo Newboy a Lanya.

—En realidad no. Pero me gusta —asintió ella.

—Siempre he querido preguntarle a Roger por qué tiene invertidos *Septiembre* y *Julio*.

—¿Lo están? —preguntó Lanya—. ¡Debo haber pasado por aquí cincuenta veces,

y nunca me he dado cuenta!

Abandonaron el puente para caminar bajo catalpas de enormes hojas, más allá de baños para pájaros, más allá de un gran reloj de sol de bronce, de un color deslucido y negro de sombra.

En *Agosto* había instalados unos bancos de piedra delante de los setos.

Más allá de los árboles pudo ver los prados de *Septiembre*. Cruzaron altos espigones de piedra donde una puerta de hierro forjado se había soltado de uno de sus goznes, el de abajo, y finalmente, una vez más, se hallaron en el sendero de grava que se curvaba entre los grandes y achaparrados árboles de hoja perenne.

El señor Newboy les acompañó hasta la puerta delantera. Junto a la caseta verde del guardia, intercambiaron adioses, hasta pronto, realmente lo he pasado muy bien, tienen que volver otro día, y más adioses, durante los cuales, sintió Chicco, mientras el cerrojo de la puerta resonaba a sus espaldas, cada uno había dicho una palabra de más.

Se volvió en la acerca para coger la mano de Lanya, seguro de que ella querría volver a suscitar el tema de la destrozada Ala del Observatorio en el momento en que se estableciera el silencio.

Caminaron.

Ella no lo hizo.

Al cabo de una docena de pasos, Lanya dijo:

—Quieres escribir, ¿verdad? —Lo cual, se dio cuenta él, era la expresión de lo que realmente pensaba.

—Sí —dijo—. Supongo que me pararé en el bar, quizá haga algo allí.

—Bien —dijo ella—. Yo volveré al parque. Pero me pasaré por Teddy's más tarde.

—De acuerdo.

Ella caminó a su lado, su hombro rozando el de él, a veces mirando los edificios junto a los que pasaban, a veces el pavimento a sus pies, a veces alzando la vista hacia el muro por encima del que se asomaban las colgantes ramas de los sauces.

Él dijo:

—Quieres ir a tocar un poco tu armónica, ¿verdad? —sabiéndolo a través del mismo esquema de silenciosos indicios por los que ella había conocido su deseo. Rodeó el hombro de Lanya con su brazo; sus pasos se hicieron sincrónicos.

—Sí.

Silencioso en el circuito del año, el habla se halla en exceso de lo que deseo decir, o creo. Extiendo mi restricción en el melancólico aire, despertando reflexivamente, instante a instante. El centro captado, el momento de definición, el punto bajo tal presión extruda un futuro y un pasado que capto sólo como un estremecimiento, extiende la capa de daño con alguna retentiva, tenue enfermedad, el rechazo de

chirriante violencia de ladrillo y mortero. Qué maquinación mucho más sencilla era esa polarizada percepción para producir un ideal tan tosco.

*El habla*, había escrito el propietario del cuaderno al otro lado de la página donde Chicco estaba escribiendo ahora, *se halla siempre en exceso de la poesía del mismo modo que la publicación...*

—Hola.

Alzó la vista de la barra (en la jaula el bailarín plateado saludaba ante los débiles aplausos y desaparecía a través de la cortina negra), luego la bajó cuando la perra lanzó un corto ladrido.

—¡Muriel...!

—Hola, Madame Brown. Hace tiempo que no la veía.

—Sorprendente: yo tampoco le he visto desde hace tiempo. —Se echó a reír, primero alto, luego descendiendo de tono—. Dios, este lugar está muerto esta noche. ¿Puedo sentarme? Puede fingir que invita a una vieja a tomar una copa.

—Por supuesto...

—Pero estoy interrumpiendo su trabajo.

Se encogió de hombros.

—Estoy en una especie de pausa.

Mientras Madame Brown se sentaba, el camarero le trajo la bebida habitual de ella y reemplazó la cerveza de Chicco.

—¿Qué está escribiendo? ¿Otro poema?

—Uno largo. Encaja en el ritmo natural del idioma.

Ella alzó una ceja y él cerró reflexivamente el cuaderno; luego deseó no haberlo hecho.

—¿Cómo están el señor y la señora Richards, y June?

—Oh. —Ella aplastó los nudillos contra la madera—. Como siempre.

—¿Les gusta el nuevo lugar?

Ella asintió.

—Fui allí a cenar anteayer por la noche. Pero esta noche tienen otros invitados, al parecer. Resultó casi divertido observar a Mary intentar asegurarse de que yo no iba a dejarme caer por allí accidentalmente hoy. —No rió—. Oh, sí, ahora ya están completamente aposentados. —Se echó hacia atrás en su asiento—. Desearía que hubiera un poco más de gente aquí. La ciudad los absorbe; o quizá la gente esté simplemente... ¿marchándose?

Chicco colocó la orquídea sobre la tapa de su cuaderno, donde quedó equilibrada sobre las tres garras más largas.

—Sospecho que tiene que llevar usted esto por todas partes, ¿no? —rió Madame Brown—. Quizá yo tuviera que conseguir una también. Pienso que simplemente he tenido mucha suerte hasta ahora en esta peligrosa ciudad.

Desde lados opuestos, él juntó las manos hasta que sus gruesos dedos se apoyaron en el centro de la jaula y las puntas de las hojas arañaron la piel, de forma ardiente, casi a punto del corte.

—Tengo que ir a verles. —Separó un poco los dedos—. Para hablarles de mi dinero.

—¿No le han pagado?

—Cinco dólares, el primer día. —La miró—. Esa mañana que la encontré a usted en el parque, usted me dijo que me pagarían cinco dólares a la hora.

Ella asintió y dijo algo, muy suave. Él creyó oír:

—... pobre chico —pero no pudo decir si lo de «pobre» iba precedido por alguna otra palabra o seguido por una mayúscula y una «c» doble.

—¿Qué le dijeron ellos?

Ella le miró inquisitiva.

—¿Qué le dijeron exactamente?

Ella volvió su ceño fruncido hacia el vaso.

—Me dijeron que si encontraba a un joven que pudiera ayudarles con la mudanza, le dijera que le pagarían cinco dólares a la hora.

—¿El señor Richards?

—Exacto.

—Ésa es una de las razones por las que acepté el trabajo. Sin embargo, Dios lo sabe, no necesitas dinero aquí. Pero supongo que ellos sabían lo que estaban haciendo, ¿no?

—Tendría que haber hablado usted con ellos. Le han dado... algo.

—Quiero que me den lo que él dijo que iban a darme... Mierda, no pude pedírselo ese último día.

—Sí, hubiera quedado un tanto extraño.

—Voy a tener que volver y hablar con él, supongo. —Abrió el bloc de notas—. Creo que voy a escribir un poco más, señora.

—*Me gustaría* que hubiera algo más de gente aquí. —Se apartó de la barra.

—Bueno, es pronto.

Pero ella no escuchaba.

Él fue pasando las páginas hasta que encontró: ... *del mismo modo que la publicación se halla en exceso, o las palabras. Deseo escribir; pero sólo puedo fijar con palabras el propio deseo. Supongo que debería sentir un cierto consuelo en el hecho de que, para los pocos escritores que he conocido realmente, el ser publicados, en proporción directa al talento de cada uno, parece haber sido una circunstancia siempre conectada con la catástrofe. De nuevo, pues, quizá fueran simplemente un extraño grupo de...*

—Ba-da —susurró, y giró el cuaderno a una página en blanco—, ba-da, ba-da,

ba-da, ba-da.

La carta seguía todavía en el buzón.

Entre las dobladas y rotas puertas, un reborde rojo, blanco y azul cruzaba la única intacta. Creyó poder ver la tinta de un remitente. Puedo fingir, pensó, que dice Edward Richards, desde un hotel en Seattle, Washington, más allá de la Freemont Avenue. Podía hacer que algunas cosas aparecieran de aquel modo, cuando todo estaba tan oscuro... Se volvió y se dirigió al ascensor.

Alguien, al menos, había fregado el vestíbulo.

Pulsó el botón.

El viento sopló silbando del vacío pozo. Entró en la cabina.

Había salido ya al rellano completamente oscuro antes de darse cuenta —mientras la puerta hacía *ca-chung*— de que la costumbre le había hecho pulsar el diecisiete, no el diecinueve. Frunció el ceño en la oscuridad y avanzó. Su hombro rozó una pared. Adelantó una mano y notó una puerta. Siguió caminando hasta que encontró otra.

Luego se detuvo..., debido al olor. Frunció más el ceño.

Cuando alcanzó la siguiente puerta (¿tres, cuatro puertas en aquel lado del rellano?), el olor era fuerte y nauseabundo.

—Jesús... —susurró; su respiración le hizo eco.

Se obligó a seguir.

La siguiente puerta, que tenía que ser la del antiguo apartamento de los Richards, cedió bajo su mano. El olor le hizo retroceder y perder enfoque cinestético. Se apresuró hacia atrás, golpeándose un par de veces contra las paredes, una con el hombro izquierdo, otra con el derecho.

Estaba preguntándose cuánto tiempo necesitaría para encontrar el botón del ascensor...

*Ca-chung... ca-chung... ca-chung.* Una de las puertas había quedado atrapada en algo. Entre los *ca-chung*, reminiscencias de su propia respiración, le llegaron bocanadas de aire.

Hizo una pausa, desorientado en la pútrida oscuridad. ¿La puerta del ascensor de la izquierda? ¿De la derecha? Entonces el miedo, como el más ligero de los dedos índice, palpó su hombro. Casi se dobló en dos, y se apoyó vacilante contra la pared; que no era una pared, porque cedió.

Al otro lado de la puerta de salida a la escalera, se aferró a la barandilla y se derrumbó.

Una débil luz griseaba el cristal en el piso de abajo. Engullendo bocanadas de aire fresco, salió al rellano del dieciséis. Una bombilla ardía en el extremo más alejado.

La siguiente bocanada despertó un eco de histérica risa. Chicco agitó la cabeza. Bien, ¿qué jodida cosa se suponía que debían hacer con él? Echó a andar hacia el fondo del rellano, sonriendo y disgustado. Entonces, ¿por qué me tomé la molestia de



subirlo arriba?

Cuando llamó a la puerta con los nudillos, el sonido sugirió que estaba abierta. Cuando la empujó, una muchacha contuvo el aliento al otro lado.

—Hey, ¿hay alguien en casa? —preguntó.

—¿Quién..., quién es? —Sonaba temerosa y agotada. La ventana dejaba entrar una luz azul oscuro sobre los camastros de hierro, los montones de ropa, una banqueta volcada.

—Soy Chicco. —Aún seguía sonriendo.

—Todos se han ido —dijo ella, en medio de la arrugada manta—. Sólo estoy yo. Por favor..., todos se han ido.

—No voy a hacer nada. —Entró.

Ella se alzó sobre un codo, se echó hacia atrás el enmarañado pelo y parpadeó unos hinchados ojos.

—¿Usted es... la que estaba enferma?

—Estoy mejor —gimió ella—. De veras, estoy mejor. Sólo que me han dejado sola.

—¿Trece y todos los demás? ¿Cuánto hace que se fueron?

Ella suspiró y se dejó caer hacia atrás.

—¿Van a volver?

—No. Mire, sólo...

—¿Tiene usted comida y todo eso?

—Por favor..., sí. Estoy bien. Se marcharon hará un par de días. ¿Qué quiere usted?

Pensando que había habido un momento en que había tenido miedo de ella, se acercó más.

—¿Tiene alguna luz?

—¿Luces, eh? —Pluralidad e inflexión le desconcertaron—. Mire, estoy bien, sólo váyase. ¿Luces? Ahí... —Hizo un gesto hacia el maniquí.

Él fue a ver lo que ella señalaba.

—¿Ha venido Faust a comprobar cómo se encontraba? Estaba muy preocupado por usted la última vez que estuve aquí. —Los pechos de desnudo yeso estaban cruzados por cadenas.

—Sí, viene. Mire en torno al cuello. —Eso era más preciso—. Algunos chicos las dejaron. Él no va a volver. —Tosió—. No dejaron pilas.

Alzó los pesados eslabones del cuello. La sonrisa del maniquí estaba deformada con pintura, y uno de los pómulos estaba astillado.

—¿Luces? ¿Un escudo de luz? —La cosa enganchada al fondo cliqueteó contra la barbilla de yeso, la nariz, la frente.

—Exacto. Ahora se irá, ¿verdad?

—¿No tiene pilas?

Ella se limitó a suspirar, agitó la manta.

—De acuerdo, si usted dice que está bien, me iré. —Algo en él... ¿se estremeció? Eso era lo que había oído decir a la gente. Él miedo era débil, la reacción física chorreaba y se enterraba. Probó el espejo:

Su camastro estaba lleno de sombras y de arrugada manta.

—De acuerdo —repitió—. Adiós. Dígales a Trece o a Denny, si vuelven...

Ella suspiró; se agitó.

—No van a volver.

Así que cerró la puerta a sus espaldas. Ominoso: ¿pero qué podía decirle? Colocó la cadena en torno a su cuello. Una de las hojas mordió un eslabón. Apartó su mano armada.

¿Escudo de luz?

La cosa unida al fondo era esférica, del diámetro de un dólar de plata, negra, y con lentes. Los pesados eslabones cruzaban la cadena de cobre y los trozos de cristal. Pasó el pulgar en torno a la parte de atrás de su chaqueta, cerró las solapas sobre su cuello, y echó a andar por el rellano.

La puerta del ascensor se abrió.

Mientras ascendía en la oscuridad, con el «19» suspendido naranja a la altura de sus ojos, pensó en pilas y se frotó el desnudo estómago.

Ante la puerta del nuevo apartamento de los Richards, oyó voces. Una mujer, que no era ni la señora Richards ni June, reía.

Llamó.

Unos tacones se acercaron, ahogados por la alfombra.

—¿Sí? —preguntó la señora Richards—. ¿Quién es? —La mirilla cliqueteó—. ¡Es Chicco!

Se oyó la cadena, la puerta se abrió de par en par.

—¡Oh, entre! Bill, Ronnie, Lynn; ¡éste es el joven de quien les estaba hablando! —El aire de la abierta puerta de la terraza hizo oscilar las llamas de las velas: la luz pareció agitar todo el pasillo—. Entre, entre. Chicco, éstos son algunos amigos de Arthur..., del trabajo. ¿Arthur? Vinieron a cenar. ¿Quiere tomar un poco de café con nosotros? ¿Y postre?

—Mire, están ocupados, sólo déjeme hablar un minuto con el señor Richards.

—¿Chicco? —llamó el señor Richards desde el comedor—. Entre, ¿quiere?

Chicco buscó alguna expresión adecuada, pero al no encontrar nada que encajara con su impaciencia entró, pacientemente, en el apartamento; su gesto era hosco.

La sonrisa de la señora Richards era perfecta.

Chicco entró en el comedor.

La mujer que estaba sentada al lado del señor Richards estaba haciendo algo con

su pendiente.

—Usted escribe poemas, nos ha dicho Mary. ¿Nos leerá alguno?

—¿Eh? Oh. No, no traje ninguno.

El hombre sentado frente a ella apartó sus codos parcheados con cuero del mantel.

—Eso que trae puesto parece más bien peligroso.

—Oh. —Chicco miró la orquídea—. Bueno, ya casi es oscuro. —Soltó la banda de sujeción, extrajo los dedos del arnés, mientras la gente a todo alrededor de la mesa reía discretamente.

Desde donde permanecía de pie, la llama al extremo de la blanca vela cubría el ojo izquierdo de June. La muchacha sonrió.

—Tome —dijo la señora Richards detrás de él—. Aquí tiene una silla. Muévase un poco, Sam. Sírvele una taza de café, Arthur.

—¿Qué crees que estoy haciendo, cariño? —dijo el señor Richards con absoluta afabilidad.

Una mujer corpulenta con un traje de pana marrón empezó a hablar de nuevo con el hombre de su izquierda. La taza pasó de mano en mano.

La mujer del vestido verde sonrió, pero no podía apartar los ojos (gris pálido) de la jaula de metal que él había depositado en una esquina del mantel. Dejó la taza de café al lado de ella. La señora Richards apartó un poco su silla para sentarse.

—Realmente, en estos momentos les estaba diciendo que usted, Chicco, nos había salvado la vida. Fue una ayuda tan grande. Incluso empezamos a pensar en él como parte de la familia.

Al otro extremo de la mesa, un hombre grueso se frotó la nariz con un dedo y dijo:

—Mary, lleva usted anunciando ese postre desde hace quince minutos, y yo ya voy por mi segunda taza de café.

La señora Richards se echó a reír.

—He estado *hablando*. Lo traigo ahora mismo.

—June —dijo el señor Richards desde su extremo de la mesa—, ve a ayudar a tu madre.

June, con sus pequeños puños susurrando sobre blanco tafetán, rodeó la mesa en dirección a la cocina.

El hombre al lado de la mujer de verde se inclinó junto a ella y dijo:

—Mary nos estaba contando acerca de usted y sus poemas. ¿Es cierto que vive en el parque?

—Sí —dijo—. ¿Dónde vive usted?

—Ajajá. —Aún inclinado hacia delante, se pasó un dedo por el cuello de su camisa deportiva—. Ésa sí es una buena pregunta. —Sus uñas no estaban limpias, y

un lado del cuello de su camisa se veía deshilachado—. Sí, una muy buena pregunta. —Se echó hacia atrás en su silla, aún riendo.

Sin dejar de tironear de su pendiente, la mujer a la derecha del señor Richards dijo:

—No tiene usted aspecto de poeta. Parece más bien una de esas personas de las que siempre están hablando en el *Times*.

—¿Escorpiones? —dijo el hombre muy rubio (tweed y parches de cuero en los codos) sobre sus apretadas manos—. Su pelo no es tan largo como eso.

—Su pelo *es* largo —insisto la tironeapendientes.

—*Bastante* largo —explicó el hombre rubio, y se volvió para recoger una servilleta que había caído junto a la vacía silla de June.

Chicco sonrió a la mujer.

—¿Dónde vive usted?

Ella dejó de tironearse el pendiente, pareció sorprendida.

—Ralph y yo vivíamos fuera, en Temple. Pero ahora nos hemos quedado... —y se interrumpió porque alguien dijo algo a su otro lado, o quizá incluso le dio un codazo.

—¿Le gusta más esto? —preguntó Chicco, vagamente curioso acerca de dónde estaba Temple.

—¡Si es que a alguien puede gustarle Bellona en estos momentos!

La señora Richards entró con un gran bol de cristal.

—¿Qué es eso? —preguntó el hombre a la izquierda de la señora del traje de pana marrón—. ¿Almíbar?

—¡No, *no* es almíbar! —La señora Richards depositó el bol delante del señor Richards—. Es jalea de vino. —Frunció el ceño hacia el mar púrpura—. Oporto. La receta no menciona azúcar. Pero supuse que seguramente se trataba de un error, así que le puse un poco de todos modos.

Al lado de la señora Richards, June sujetaba un bol coronado con crema batida, reluciente como el tafetán. Rodeando una de sus muñecas, brillando a la luz de las velas... No, pensó Chicco, ella *no* la habría cogido de... Pero la idea le hizo hacer una mueca.

—¿Quieres servir tú, Arthur?

En su esquina, Chicco estudiaba si ser beligerantemente amable con la mujer del pendiente. Pero ella estaba demasiado lejos. Se volvió a la mujer de verde a su lado.

—¿Trabaja usted con el señor Richards?

—Mi esposo trabajaba —dijo ella, y le pasó un plato de postre cubierto por una montañita blanca.

Probó una cucharada: arce.

—Yo —dijo, y tragó— tengo que hablar con el señor Richards acerca de un

asunto de dinero. ¿Le gusta este lugar?

—Oh, sí, es un apartamento precioso. Usted trasladó todos los muebles, nos han dicho.

Sonrió, asintió, y decidió que simplemente no podía tomar almíbar de vino con crema de arce batida encima.

El hombre al lado de la mujer se inclinó hacia delante.

—En realidad no he trabajado nunca con Arthur. Trabajé para Bill, allí, que colaboraba con la MSE..., donde trabaja Arthur. Así que Lynn y yo estamos aquí un poco de rebote.

—Oh —dijo Lynn como disculpándose, mientras Chicco bebía su café—. Pero tenemos que extender nuestro círculo de amistades, ¿sabe?, mientras continúa todo esto.

—Eso es lo que estoy haciendo; eso es lo que estoy haciendo. Nos hemos reunido un puñado de nosotros, ¿ve? Estamos viviendo juntos en..., bueno, estamos viviendo juntos. Quiero decir, lo estábamos hasta que fuimos echados de nuestra casa. Por algunos tipos con esas cosas, ¿entiende? —El hombre señaló la orquídea—. Pero hoy, yo llevaría una si la tuviera.

—¡No, no lo harías! —insistió Lynn—. No lo harías.

—Es más bien duro —admitió Chicco.

—De la forma en que nos unimos —explicó Lynn—, es mucho mejor para los chicos. ¿Entiende?

—¡Sí, claro! —Había oído el repentino tono de impotencia de ella, y respondió a él.

—¿Qué hay por aquí sobre lo que escribir poemas? —Era su esposo de nuevo—. Quiero decir, nunca ocurre nada. Te sientas aquí, asustado de salir fuera. O cuando lo haces, es como andar por un maldito pantano.

—Ése es precisamente el asunto —admitió Lynn—. De veras. En Bellona. Quiero decir, ahora. No hay nada que hacer.

Desde el lado de su padre, June dijo:

—Chicco escribe unos poemas encantadores. —Bajo las velas, las sombras parecían sumergirse en la crema.

—Oh, sí —afirmó la señora Richards, depositando sendos platos de jalea de oporto ante la mujer corpulenta vestida de pana y el hombre rubio con tweed—. Chicco, nos leerá algo, ¿verdad?

—Sí —dijo el señor Richards—, creo que Chicco tendría que leernos un poema.

Chicco hizo chasquear irritado la lengua.

—No tengo ninguno. No los he traído conmigo.

—Yo tengo uno —irradió la señora Richards—. Un momento. —Se dio la vuelta y salió apresuradamente.

La irritación de Chicco creció. Tomó otra cucharada de almíbar de oporto, cosa que no había deseado hacer. Así que bebió el resto de su café. Tampoco había deseado eso.

—¡Aquí estamos! —exclamó la señora Richards, de regreso; deslizó el papel ribeteado de azul ante él.

—Oh —dijo Chicco—. Había olvidado que usted tenía éste.

—Adelante, léalo.

—Espero que sea bueno —dijo el rubio del tweed con afabilidad—. O de otro modo Ronnie echará a correr hacia otro lado cada vez que le vea por la calle porque pensará que es usted...

—Yo no *salgo* a la calle —dijo Ronnie—. Quiero oír qué tipo de poemas escribe usted. Adelante.

Un hombre que no era el señor Richards dijo:

—Yo no sé mucho de poesía.

—Póngase en pie, Chicco —dijo el señor Richards, agitando una cucharilla manchada de crema—. Así podremos oírle todos.

Chicco se puso en pie y dijo, tan torpemente como le fue posible:

—Señor Richards, sólo vine para arreglar con usted el asunto del dinero por el trabajo que hice —y aguardó la reacción.

El señor Richards echó los hombros hacia atrás y, sonriendo, asintió:

—Adelante, Chicco.

Ronnie dijo al señor Richards:

—Quiere su dinero. Es un poeta más bien práctico. —Aunque habló en voz baja, todo el mundo rió.

Bajó la mirada a la copia de la señora Richards de su poema, y apartó la lengua contra los dientes para pronunciar la primera palabra.

En el rellano, un hombre gritó, sin palabras ni inflexión; ruido de pisadas, varios golpes sordos... El grito cambió de tono a cada uno de ellos.

Chicco empezó a leer. Hizo una pausa en la tercera estrofa, sintiendo unos incontenibles deseos de reír, pero no alzó la vista.

Rumor de pasos: voces precipitadas discutiendo..., muchas de ellas.

Chicco siguió leyendo hasta que alcanzó la coma omitida por la señora Richards.

Lynn, a su lado, dejó escapar un pequeño grito. Con el rabillo del ojo vio a su esposo sujetar su brazo. Alguien golpeó la pared de fuera con algo que sonó como una palanqueta. Y el grito se quebró en un histérico acento mexicano:

—Oh, vamos, por favor, vamos, déjenme solo. No merodeen así por aquí... ¡No! Vamos, vamos... No. No, por favor...

Chicco leyó las últimas estrofas de su poema y alzó la vista.

Los golpes se habían trasladado de la pared a la puerta, y caían con rítmicos y

deliberados sonidos. Dentro del golpe en sí, como si fuera un envoltorio de sonido, podía oír el resonar de la cadena, el chirrido de las bisagras, el cliquetear de la cerradura.

Mientras miraba alrededor de la mesa, el pensamiento cruzó su mente con una oblicua ociosidad: probablemente tienen el mismo aspecto que yo cuando los ojos de alguien se ponen rojos.

Fuera, por encima de los gritos, alguien rió.

El propio miedo de Chicco, obstinado y luminoso y lo suficientemente familiar como para ser casi inconsciente, estaba clavado en algún lugar en el pasillo de entrada. Y sin embargo no deseaba reír. Seguía deseando hacer una mueca.

Ahí fuera, alguien echó a correr. Otros corrieron detrás.

Un músculo en la parte de atrás del muslo de Chicco se tensó casi a punto de estallar. Sonrió vagamente, confuso. Le hormigueaba la nuca.

La silla de alguien crujió.

—Oh, por el amor de Dios, ¿por qué no —y, donde el ritmo predecía el siguiente golpe, sólo se oyó su voz— paran?

El ruido de pasos se hizo más débil; pareció bajar escalones, se retiró detrás de resonantes puertas.

Chicco se sentó, miró a los invitados, algunos de los cuales le miraban a él, otros se miraban entre sí; la mujer con el vestido de pana estaba contemplando su regazo; la señora Richards respiraba dificultosamente. Se preguntó si a alguien le habría gustado su poema.

—También hacen eso por aquí, ¿eh? —forzó Sam, en tono de broma.

Entonces una mujer, a la que Chicco no podía ver bien al final de la mesa, derramó su café.

—¡Oh, traeré un paño! —chilló la señora Richards, y salió huyendo de la habitación.

Tres personas intentaron a la vez decir nada en particular.

Pero cuando la señora Richards regresó con un paño de cocina blanco y negro, con un dibujo pop-art, una voz se alzó en un vacilante tono de barítono:

—Por el amor de Dios, ¿no podemos hacer nada al respecto? Quiero decir, ¿tenemos que hacer algo!

De varios sentimientos, el único definido que sentía Chicco era la irritación.

—¿Señor Richards? —dijo, volviendo a ponerse en pie—. Señor Richards, ¿puedo hablar con usted ahora?

El señor Richards alzó las cejas, luego echó hacia atrás su silla. June, a su lado, sorprendentemente preocupada, sujetó el brazo de su padre... ¿coercitivamente? ¿protectoramente? El señor Richards apartó la mano y se dirigió al final de la mesa.

Chicco tomó su orquídea y avanzó por el pasillo.

La mujer del traje de pana estaba diciendo:

—Cuando *pienses* en algo que podamos hacer, te *agradeceré* que me lo hagas saber. Tendrás mi cooperación en un cien por ciento. En un cien por ciento, créeme.

En la puerta, Chicco se volvió.

—Creo que deberíamos dejar arreglado ahora ese asunto de los cinco dólares a la hora, ¿no cree, señor Richards? Porque...

La ligera y tensa sonrisa del señor Richards se quebró.

—¿Qué está intentando hacer usted, eh? —preguntó en un susurro—. ¿Qué pretende? Quiero decir, cinco dólares a la hora, ¿tiene que estar loco!

La señora Richards, sujetando aún el paño de cocina, se deslizó hasta detrás del hombro de su esposo, parpadeando, en una perfecta imitación de Smokey con Trece.

—Quiero decir, ¿qué está intentando hacer exactamente? —prosiguió el señor Richards—. No tenemos ningún dinero que darle, y será mejor que lo comprenda.

—¿Eh? —porque aquello parecía absurdo.

—¿Cinco dólares a la hora? —repitió el señor Richards—. ¡Tiene que estar usted loco! —Su voz era insistente, tensa y baja—. ¿Para qué necesita alguien como usted ese tipo de dinero, además? No cuesta nada vivir en esta ciudad..., no hay que pagar por la comida, ni por el alquiler. El dinero ya no significa nada aquí. ¿Qué está intentando hacer...? Tengo una esposa. Tengo una familia. La MSE no ha pagado ninguna nómina desde hace meses. ¡Ni siquiera ha habido nadie en la maldita oficina! Hemos tenido que aferrarnos a lo que teníamos. No puedo gastar ese tipo de dinero ahora, con todo como está. No puedo...

—Bueno, pero ¿no es eso lo que usted le dijo...? —Estaba furioso—. Oh, mierda. Mire, entonces, ¿por qué no...? —Rebuscó en su bolsillo.

Los ojos del señor Richards se abrieron mucho cuando la orquídea de Chicco pasó muy cerca de él.

Pero Chicco solamente buscaba algo en sus bolsillos.

—Entonces, ¿por qué no conserva también éste? —El señor Richards se tambaleó cuando el húmedo y arrugado billete verde saltó de la camisa y cayó al suelo, desdoblándose como un papel alcanzado por las llamas.

Chicco abrió la cerradura y abrió la puerta de un tirón. La cadena la detuvo — ¡*crac!*— a los cinco centímetros.

La señora Richards, inmediatamente al lado de él, trasteó con el cierre de la cadena. Chicco dio un paso en el rellano, miró hacia atrás para mostrarles su disgusto.

La sorpresa que el señor Richards le devolvió, mientras la señora Richards, con variadas expresiones de amargura en sus ojos, cerraba la puerta ante él, fue inesperada, fue satisfactoria, se vio cortada por el brusco resonar de la hoja.

Contó los quince dientes rematados con pintadas astillas antes de decidir (alguien estaba riendo de nuevo dentro de él) marcharse.



En el ascensor, bajó rumiando. En una ocasión alzó la vista para fruncir la nariz ante una débil putrescencia. Pero siguió bajando. Creando ecos en el pozo, con el viento, se oía ruido de pasos en alguna escalera, había voces.

No había nadie en el vestíbulo.

¿Satisfecho?

Su irritación, en cualquier caso.

Pero todos los vagos cabos sueltos rodaban y luchaban en busca de una definición.

—¿Ba-da ba-da ba-da? —preguntó—. Ba-da ba-da —respondió, sentándose. Escuchó como aceite en turbulencia. Al menos ¿Ba-da ba-da ba-da? creaba los fragmentos de una pregunta, pero Ba-da ba-da no encajaba con ninguna respuesta articulada. Flexionó los dedos sobre la punta del bolígrafo hasta que le dolieron, entonces volvió a debatirse con las recalcitrantes cantidades de sonido que abrumaban sus sentidos. Volvió a oír algunas docenas de estrofas alternativas para el principio de un párrafo: con el deleite de la resignación, decidió, con el cambio de un «esto» a un «eso», conservar aquella versión inicial.

Una vela en el alto alféizar de la ventana arrojaba a los proyectores sin pilas oscilantes sombras a través del bloc de notas abierto sobre su desnudo muslo.

Alguien llamó a la puerta justo en el momento en que descubrió que estaba copiando, con rápida y apretada letra, la misma estrofa por cuarta vez (su mente había estado vagando).

—¿Estás ahí dentro? —preguntó Lanya.

—¿Eh? —Alzó la vista hacia los superpuestos garabatos que llenaban la hoja de la puerta.

—Sí. Ahora salgo. —Se puso en pie y se subió los pantalones, tiró de la cadena.

—Él dijo que estabas aquí dentro. —Lanya indicó al camarero cuando Chicco abrió la puerta—. Ven.

—¿Eh? ¿Dónde?

Ella sonrió.

—Ven. —Tomó su mano.

—Hey —dijo, cuando pasaban junto a la barra—. ¿Puede guardarme esto otra vez?

El camarero tendió la mano hacia el bloc de notas.

—En el sitio de siempre, chico. —Se empinó y lo metió entre las barras de la jaula.

Ella se detuvo en la puerta para preguntar:

—¿Cómo te fue con los Richards?

—Le devolví sus jodidos cinco pavos.

Su confusión se transformó bruscamente en risa.

—¡Eso es demasiado! Cuéntame qué ocurrió. —Y tiró de él hacia el vestíbulo y a la calle.

—¿Qué ocurrió? —preguntó ella de nuevo al cabo de un momento, metiendo su hombro bajo el sobaco de él. Caminaron rápidamente manzana abajo. Cuando ella se volvió para mirarle, su pelo le hizo cosquillas en el brazo.

—No quiso pagarme. Estaban celebrando una cena o algo así en el nuevo apartamento. Así que le devolví lo que me había dado, ¿sabes? —Se frotó el pecho bajo las solapas de la chaqueta. El arnés de la orquídea tintineó en su costado—. ¿Sabes que a su chico, ese muchachito, simplemente lo han dejado ahí...? —Agitó la cabeza contra la de ella—. Infiernos, no quiero hablar de ello. ¿Adónde vamos?

—Al parque. A la comuna.

—¿Por qué?

—En primer lugar, tengo hambre.

—Siempre y cuando yo no tenga que hablar.

Ella le hizo apresurarse al cruzar la calle, y entraron en un océano de humo y anochecer. Él intentó olerlo, pero sus fosas nasales estaban embotadas o aclimatadas. Los leones bostezaron en la borrosidad con pétrea y sorprendida protesta. Se acercaron a la neblinosa perla de una farola que aún funcionaba.

—Esta mañana —dijo Lanya—, después de que te fueras para escribir, algunos dijeron que había habido nuevos fuegos al otro lado del parque.

—Evidentemente, el humo es más denso.

—Ahí abajo —asintió ella—, antes, creí verlos parpadear. Y aún no se había hecho oscuro.

—No puede haber fuegos en el parque —anunció de pronto él—. Todo se limitaría a arder, ¿no? O ardería todo, o no ardería.

—Supongo que sí.

—¿Enviaron a alguien a comprobar? Quizá tendrían que mandar a algunas personas ahí abajo para cavar una de esas cosas, un cortafuegos. —¿Cortafuegos? Y oyó la palabra resonar con imágenes de un bosque calcinado, que había recorrido hacía años con un depósito de agua sujeto a la espalda, bombeando de la boquilla de cobre a las siseantes cenizas—. Quizá tú y John y su gente podríais ir.

Ella se encogió de hombros bajo su brazo.

—No, realmente, prefiero no tener que ir ahí...

Intentó reconstruir por su voz lo que le decía su expresión, y la recordó sentada en la balaustrada de piedra, con los brazos llenos de desgarrada seda azul.

—¡Estás mortalmente asustada!

Su cabeza se volvió bruscamente, en interrogación o afirmación.

—¿Por qué?

Ella inclinó la cabeza hacia delante y le sorprendió reiterando:

—Vamos. —Suavemente, secamente.

Su pie desnudo pasó del cemento a la hierba.

La noche ondulaba y se estremecía: la costumbre lo guió a través de un laberinto de bruma.

Vio vacilantes fuegos.

Pero eran del hogar de ladrillos de cenizas del campamento. La gente se movía silenciosa, inquieta, delante de las llamas.

Perchados a lo largo de la mesa de picnic, vestidos con una variedad de chaquetas del ejército, camisas de vistosos colores y mugrientas camisetas, una serie de jóvenes miraban a través del filamentoso aire. Alguien arrastró un saco de dormir hasta delante del fuego. Una sombra: pálida y velluda piel; cuero negro: Tak se plantó ante el fuego, los brazos cruzados, las piernas abiertas. La adornada orquídea de metal amarillo colgaba de su cinturón. Tres escorpiones estaban detrás de él, susurrando.

Uno era el pelirrojo y pecoso negro que le había golpeado con el trozo de tubería junto al muro de Calkins; los otros dos eran más oscuros. Pero aquel sobresalto inicial no fue seguido por más intranquilidad. Alguien caminó farroneándose junto a ellos con una caja de cartón llena de latas, arrugados envoltorios de celofana, vasos de papel. Se dio cuenta (muy sorprendido) de que era muy alto. Sin embargo osciló en su mente, fragmentado, chisporroteando como agua sobre cenizas calientes. Es el humo, pensó frenético. Quizá haya algo en esta bruma y este humo. No...

John caminó junto al borde del fuego, su desnudo pecho resplandeciente bajo su chaqueta abierta, se detuvo para hablar con Tak; se inclinaron sobre el arma de Tak. Luego, en el puño de John: hojas de cobre, conchas, garras... Las amarillas y muy largas hojas de la orquídea se curvaban desde la ornamentada banda de la muñeca en torno a los dedos de John. Estaba efectuando movimientos desde el codo, como si el brazo que palmeaba su pierna fuese el de su mano no armada.

Tak sonrió y John se alejó.

Chicco parpadeó, frío e inquieto. Allí estaba Lanya —se había alejado de su lado—, hablando con algunas de las personas reunidas en torno a la mesa. Brotaron preguntas aisladas, de modo inarticulado. Un músculo dio un tirón en su costado, y se sintió terriblemente asustado por ello. Avanzó, rozando con el hombro a alguien que olía a vino. El fuego depositó una mano cálida contra su mejilla, su pecho y su brazo, dejando frío el resto de él.

Milly agitó el pelo en algún lugar a la sombra de un árbol: sangrantes mechones cobrizos rozaron sus hombros.

¿Por qué estaban allí? ¿Por qué se habían reunido allí? Sentía la parte interior de su cráneo tierna e inflamada. Obsérvalos, escúchales, una retazos de acciones y conversaciones: buscó en la pantalla donde la percepción se transformaba en información, esperando que alguien se pusiera a bailar, a comer, a cantar. Deseó que

Lanya le hubiera dicho por qué habían venido. Pero estaba muy cansado. Así que fue de un lado para otro. Algún día voy a morir, pensó de forma irrelevante: pero la sangre aún latía dentro de su oído.

Retrocedió del calor, y volvió a retroceder. (¿Dónde estaba Lanya?) Pero se sentía demasiado aturdido para volver la cabeza. Todo significaba, fuerte e insistentemente, mucho, demasiado: el humo, inmóvil sobre las ramas; la pequeña piedrecita que mordisqueaba su talón; la caliente franja del fuego cruzando su inclinada frente; los murmullos a su alrededor que se *alzaban* aquí, descendían allí.

Milly estaba a unos pocos pasos frente a él, las desnudas piernas agitándose al compás de una música que él no podía oír. Luego John se dejó caer, con las piernas cruzadas sobre las hojas de hierba, al lado de ella, jugueteando ausentemente con las otras hojas en torno a su mano.

Se dio cuenta de que, hacía un rato, había pensado de nuevo: por favor, no quiero ponerme enfermo otra vez, por favor, pero apenas había oído el pensamiento, y sólo ahora, de una forma desinteresada, podía discernir el eco.

Algo, o alguien, estaba a punto de emerger en el claro..., estaba seguro de ello; ¡y estaba igualmente seguro de que, desnudo y reluciente, iba a ser George! ¡Iba a ser June!

—¿No es esto estúpido —estaba diciendo alguien a quien Chicco no podía ver—, cuando podría estar en Hawai...?

Con la lengua asomada como un pequeño botón rosa por una de las comisuras de sus labios, John miraba los agitados tobillos de Milly. Alzó su mano recubierta de hojas (un reflejo cruzó su barbilla) y, con un seco barrido hacia abajo, sajó.

Milly jadeó, retuvo el jadeo, pero no emitió ningún otro sonido. No varió el ritmo de sus movimientos, ni siquiera miró.

Alucinado, Chicco contempló la sangre, un torrente ancho (el pensamiento le golpeó de forma irrelevante en medio de su terror) como un lápiz, que descendía por el tobillo de Milly hasta su talón.